
De la autora best-seller
Sarah MacLean
·Segunda Regla de los Canallas·
Amor con amor se paga
VERSATIL
Romántica

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: One Good Earl Deserves a Lover.
The Second Rule of Scoundrels
Published by arrangement with Avon Books,
an imprint of HarperCollins Publishers

© 2013 by Sarah MacLean
Traducción: María José Losada Rey
Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya
Fotografías cubierta @Shutterstock

1ª edición: noviembre 2014

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2014: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601. Planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para todas las chicas que usan gafas.

Table of Contents

Cross
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Nota de la autora

Cross

·Londres, primeros días de primavera, 1824·

Ser el segundón tenía sus ventajas.

Si había algo irrefutable en la sociedad era, sin duda, que un heredero tendría que reformarse si había resultado ser un canalla, un granuja o un sinvergüenza. Un heredero podía causar estragos, cometer excesos juveniles o escandalizar a la sociedad con sus inmaduras indiscreciones, pero su destino estaba labrado en piedra por el mejor de los canteros; al final acabaría víctima de su título, sus tierras, su herencia… Sería un noble prisionero, que ocuparía su escaño junto a sus iguales en la Cámara de los Lores.

No, la libertad no estaba hecha para el heredero, sino para su sustituto. Y Jasper Arlesey, el segundón del conde de Harlow, lo sabía muy bien. También sabía, con el profundo entendimiento de un criminal que se había librado de la horca por los pelos, que a pesar de verse privado de heredar el título, las tierras y la fortuna familiar, era el hombre más afortunado de la tierra por haber nacido diecisiete meses después que Owen Elwood Arthur Arlesey, primogénito, vizconde de Baine y heredero del condado de Harlow.

Era sobre Baine sobre quien recaía el peso de la respetabilidad y la responsabilidad que venían aparejadas con el hecho del ser el heredero. Sobre él descansaban las esperanzas y sueños de una larga lista de lores Harlow. Era Baine quien estaba obligado a cumplir las expectativas de todos los que lo rodeaban; sus padres, sus iguales, sus sirvientes… de todos.

Y el perfecto, correcto y aburrido Baine estaba a la altura de todas esas expectativas.

«¡Gracias a Dios!».

Y esa fue la razón por la que, aquella noche, Baine fue el acompañante de su hermana menor en la primera vez que esta asistió a una fiesta en Almack’s. Sí, al principio, Jasper estuvo de acuerdo en ejercer el papel y prometió a Lavinia que no se perdería por nada del mundo una noche tan importante para ella, pero sus promesas no fueron más que palabras que se llevó el viento —como todo el mundo sabía que ocurriría— y por eso fue Baine quien se ocupó de escoltarla. Como siempre, a la altura de las expectativas de los demás.

Por su parte, Jasper estuvo ocupado ganando una fortuna en uno de los garitos más notorios de Londres… Y, más tarde, celebrando poder hacer, precisamente, el tipo de cosas que los segundones disolutos solían hacer; divertirse en la cama de una hermosa mujer.

«Baine no era el único que estaba a la altura de las expectativas».

Jasper curvó los labios en una secreta sonrisa cuando recordó el placer que había encontrado a lo largo de la noche, pero esta desapareció al acordarse del pesar que sintió cuando salió de aquellas sábanas calientes, de aquellos brazos dispuestos.

Giró el picaporte de la entrada trasera a las cocinas de Arlesey House y entró de manera sigilosa. La estancia estaba oscura y silenciosa aquella fría y grisácea mañana de marzo. Lo bastante oscura como para ocultar sus desaliñadas ropas, la corbata con el nudo medio deshecho y la marca de amor que asomaba por debajo del abierto cuello de la camisa.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, una criada de la cocina alzó la mirada alarmada desde el lugar donde estaba agachada, ante el hogar de la chimenea, avivando las llamas en previsión de la llegada de la cocinera. La joven se puso en pie al tiempo que llevaba una mano a sus florecientes y exuberantes pechos.

—¡Milord! ¡Me ha asustado!

Él le lanzó una de sus pícaras sonrisas antes de realizar una reverencia que enorgullecería a

cualquier cortesano.

—Mil perdones, preciosa —se disculpó, arrastrando las palabras. Y percibió con agrado el adorable sonrojo que iluminó las mejillas de la joven cuando le perdonó.

Se inclinó sobre su espalda, lo suficientemente cerca como para percibir que la chica contenía la respiración y se le aceleraba el pulso, y robó un panecillo del plato que ella había preparado para el resto del personal de la cocina, entreteniéndose en el movimiento más de lo necesario porque le encantó la manera en que ella se estremeció de anticipación.

No iba ni a rozarla, por supuesto. Hacía mucho tiempo que sabía que el personal era intocable.

Pero eso no impidió que sintiera un poco de amor por ella.

Y es que él amaba a todas las mujeres; de todas formas, tamaños y clases sociales. Adoraba la suavidad de su piel y de sus curvas, la manera en que contenían el aliento y emitían risitas ahogadas, la forma en que suspiraban, los tímidos juegos de las más ricas y la manera en que le miraban las menos afortunadas, con estrellas brillando en sus ojos, ansiosas por reclamar su atención.

Las mujeres eran, sin duda alguna, la mejor creación de Dios. Y, a sus veintitrés años, planeaba pasarse la vida adorándolas.

Masticó con fruición el dulce panecillo y le guiñó el ojo.

—No le dirás a nadie que me has visto, ¿verdad?

Ella abrió mucho los ojos antes de negar enérgicamente con la cabeza.

—N-no, señor. Milord, señor.

Sí, sin duda ser el segundón tenía sus ventajas.

Tras haber hurtado otro panecillo y haber vuelto a guiñar el ojo a la chica, Jasper salió de la cocina y recorrió el pasillo que llevaba a las escaleras de servicio.

—¿Dónde se ha metido?

Vestido de negro de pies a cabeza, Stine, el hombre de confianza de su padre, se materializó en las sombras con una expresión de acusación y algo mucho peor en su pálida cara alargada. Se le aceleró el corazón por la sorpresa, pero no lo admitiría en su vida. No aceptaba las órdenes de Stine. Ya era suficientemente malo estar obligado a aceptar las que emitía el amo de Stine.

Su padre.

El hombre que tenía menos expectativas puestas en su hijo más joven que en cualquier otra persona del mundo.

El hijo en cuestión se balanceó sobre los talones y esbozó una amplia sonrisa con experimentada afectación.

—Stern… —comenzó arrastrando la sílaba y disfrutando de la manera en que el hombre se tensó al escuchar el inapropiado nombre—. Es demasiado temprano para estar cazando, ¿verdad?

—No es demasiado temprano para usted.

Él se rio como si fuera un gato que acabara de comerse a un canario.

—Que correcto es usted siempre. Digamos que es muy tarde. He tenido una buena noche y preferiría que no me arruinara… los maravillosos recuerdos. —Dio una ruidosa palmada en el hombro del empleado y pasó junto a él.

—Su padre le anda buscando.

Él no volvió la vista atrás.

—Estoy seguro de ello. Y también estoy seguro de que puede esperar.

—No creo que pueda, lord Baine.

Le llevó un momento digerir las palabras. Escuchar el título. Comprender su significado. Se dio la vuelta, horrorizado e incrédulo al mismo tiempo. Cuando habló, su voz resultó muy

infantil y rota, apenas un susurro.

—¿Cómo me ha llamado?

Stine entrecerró ligeramente los ojos. Con rapidez. Mucho más tarde, sería ese casi imperceptible movimiento de aquellas frías pupilas negras lo que él recordaría.

Subió el tono de voz, lleno de furia.

—He hecho una pregunta.

—Te llamó Baine.

Jasper se dio la vuelta para mirar a su padre. El conde de Harlow, alto, fuerte e, incluso en ese trance, inflexible. Incluso en ese momento… mientras su legado se desmoronaba a su alrededor, su padre miraba cara a cara a la desilusión de su vida.

Al que ahora era su heredero.

Luchó para recuperar primero el aliento y luego la capacidad de hablar.

Fue su padre el que lo hizo primero.

—Deberías haber sido tú.

Capítulo 1

·Siete años después·

«Las vías de investigación se han visto gravemente limitadas, al igual que el tiempo. En nombre de la correcta información, he afinado mi investigación. He hecho ~~secretos~~ serios ajustes».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
21 DE MARZO DE 1831, QUINCE DÍAS ANTES DE SU BODA.

La dama estaba loca.

Cross se habría dado cuenta de ello cinco minutos antes, si no hubiera estado medio dormido y demasiado sorprendido por haberse encontrado a una joven rubia, con gafas, sentada ante su escritorio, hojeando el libro de contabilidad.

Podría haberse dado cuenta tres minutos antes si ella no hubiera proclamado, con total seguridad, que él había sumado mal la columna F, provocando que la paciencia que poseía sobre la locura femenina se viera anulada por la enorme conmoción que sintió ante tal muestra de coraje y la profunda admiración por las habilidades matemáticas de la dama. O quizá hubiera sido a la inversa.

Y, definitivamente, se habría dado cuenta de que aquella mujer estaba loca de atar sesenta segundos antes si no hubiera tenido que vestirse de manera desordenada. Pues durante un buen rato, su camisa parecía haber perdido la abertura para pasar la cabeza, lo que supuso una evidente distracción.

Sin embargo, ya estaba muy despierto, había cerrado el —correctamente sumado— libro de contabilidad y estaba completa —aunque no correctamente— vestido. El universo había vuelto a corregir su eje, y había recuperado, más o menos, la capacidad de pensar de manera racional en el momento en que la dama le explicó lo que quería.

Y fue entonces, en el silencio que siguió a su anuncio, cuando se había dado cuenta de la verdad.

No cabía duda, lady Philippa Marbury, hija del marqués de Needham y Dolby, cuñada del marqués de Bourne y dama respetada de la sociedad, estaba loca de remate.

—¿Perdón? —dijo, sorprendido de poseer la habilidad de permanecer sereno ante tal muestra de absoluta locura—. No estoy seguro de haber oído bien.

—Oh, estoy convencida de que sí lo ha hecho —repuso ella con sencillez, como si hubiera hecho un comentario sobre el clima, con sus grandes e inquietantes ojos azules, abiertos de par en par como los de un búho, tras los cristales de las gafas—. Es posible que le haya dejado sorprendido, pero a su oído no le pasa nada, se lo aseguro.

Ella se le acercó de manera amenazadora, deslizándose entre media docena de columnas formadas por libros y un busto de Medusa que él llevaba mucho tiempo posponiendo el momento de moverlo. El borde de su falda color azul claro rozó contra el alargado cuerpo de una de las serpientes de la estatua y el frufrú de la tela contra el bronce hizo que le atravesara una punzada de consciencia.

«Un error».

No era consciente de la presencia de esa mujer. No iba a ser consciente de la presencia de esa

mujer.

Aquella habitación estaba demasiado oscura. Se movió para encender la lámpara que había cerca de la puerta y, cuando apartó la mirada de la tarea, se encontró con que ella había modificado su trayectoria.

Se acercaba a él, obligándole a apretarse contra la pesada puerta de caoba, trastornando su cordura. Durante un momento consideró abrirla, solo para comprobar si ella podría salir sin más dejándole solo en su despacho y liberándolo de su presencia. «De lo que representa». Le hubiera gustado poder cerrar la puerta a su espalda, fingir que ese encuentro no había ocurrido y retomar sus tareas diarias.

Chocó contra un enorme ábaco y el ruido de las bolas le arrancó bruscamente de sus pensamientos.

Dejó de moverse.

Ella siguió acercándose.

Él era uno de los hombres más poderosos de Gran Bretaña, copropietario de una de las casas de juego más famosas de Londres, unos veinticinco centímetros más alto que ella y muy temible cuando quería.

Lady Philippa Marbury no era del tipo de mujer en el que él solía fijarse, ni del que esperaba recibir visitas. Estaba seguro de que no era el tipo de mujer que le hacía perder el control.

«Compórtate, hombre».

—Alto.

Ella se detuvo. La palabra, brusca y defensiva, flotó en el aire entre ellos. A él no le gustó. No le gustó que aquel sonido estrangulado dejara en evidencia la forma en que esa extraña criatura le afectaba.

Pero ella, gracias a Dios, no lo notó. Se limitó a ladear la cabeza como si fuera un cachorrito ansioso y curioso, y fue él quien tuvo que resistir la tentación de quedársela mirando durante más tiempo.

«No debes mirarla».

No. Sin duda, él no debía mirarla.

—¿Tengo que repetirlo? —preguntó ella al ver que él no decía nada.

Él no respondió. No era necesario que repitiera nada. La petición de lady Philippa Marbury se había quedado grabada a fuego en su mente.

Pero ella alzó la mano, se colocó de nuevo las gafas sobre el puente de la nariz y respiró hondo.

—Quiero que me lleve a la ruina. —Sus palabras eran tan sencillas e inquebrantables en ese instante como lo fueron la primera vez que las dijo. No se percibía en ellas ninguna señal de nerviosismo.

«A la ruina». Observó la manera en que sus labios se curvaron para pronunciar las sílabas, acariciando las consonantes y alargando las vocales, convirtiendo la experiencia de escuchar aquel vocablo en algo demasiado parecido a su significado.

En ese despacho hacía demasiado calor.

—Está loca.

Ella se detuvo, claramente sorprendida por su declaración. Bien. Ya era hora de que alguien que no fuera él mostrara sorpresa ante los acontecimientos del día. Por fin, la vio sacudir la cabeza.

—Creo que no.

—Y yo creo que debería considerar seriamente la posibilidad de que lo esté —repuso él,

alejándose con intención de aumentar el espacio entre ellos, algo difícil en aquel desordenado despacho—, dado que no existe una explicación racional para que se encuentre, sin acompañante, en la casa de juegos más famosa de Londres pidiéndome que la lleve a la ruina.

—Pues venir acompañada no habría sido nada racional —señaló ella—. De hecho, una acompañante habría imposibilitado por completo esta situación.

—Precisamente —convino él, dando una larga zancada por encima de un montón de periódicos e ignorando el aroma a ropa limpia y sol que la envolvía. Que le envolvía también a él.

—Sin duda, venir con una dama de compañía a la casa de juegos más famosa de Londres sí habría sido una locura, ¿no cree? —Ella estiró la mano y pasó un dedo por las macizas cuentas del ábaco—. Es precioso, ¿lo utiliza a menudo?

Él se distrajo con el movimiento de sus dedos, largos y pálidos, sobre las bolas negras. Se fijó en que la punta del índice estaba ligeramente torcida hacia la derecha. Que era imperfecta.

¿Por qué no se había puesto guantes? ¿Es que aquella mujer no hacía nada normal?

—No.

Ella se volvió hacia él y le lanzó una mirada llena de curiosidad.

—¿No? ¿No usa el ábaco? ¿O no cree que venir con una dama de compañía habría sido una locura?

—Ninguna de las dos cosas. El ábaco es difícil de usar…

Ella empujó una de las esferas de un lado a otro del marco.

—¿Es capaz de calcular más rápidamente si no lo usa?

—En efecto.

—Pues lo mismo me ocurre a mí con las damas de compañía —explicó con seriedad—, soy mucho más eficiente sin ellas.

—La encuentro mucho más peligrosa sin ellas.

—¿Me considera un peligro, señor Cross?

—Solo Cross, no es necesario usar el «señor». Y sí, la considero un peligro.

No pareció que ella se sintiera insultada.

—¿Para usted? —Sin duda sonaba complacida consigo misma.

—Básicamente para usted misma, pero imagino que también será un peligro para mí si su cuñado la encuentra aquí. —Aunque fueran viejos amigos, aunque fueran socios, Bourne le arrancaría la cabeza si descubría allí a lady Philippa.

Ella aceptó la explicación.

—Bueno, me daré prisa con el asunto.

—Preferiría que se diera prisa en salir.

La vio mover la cabeza y elevar el tono de voz, como si quisiera que él fuera consciente de que estaba allí. De que fuera consciente de ella.

—¡Oh, no! Mucho me temo que no me iré. Verá, he trazado un plan muy práctico y necesito su ayuda.

Gracias a Dios, él había logrado llegar hasta el escritorio. Se hundió en la silla rechinante y abrió el libro contable para fingir leer los números anotados allí, ignorando el hecho de que la presencia de esa mujer convertía las cifras en ininteligibles líneas grises.

—Mucho me temo, lady Philippa, que su plan no forma parte de mis planes. Ha venido aquí para nada. —Levantó la mirada—. Y, ya que estamos en eso, ¿cómo es que ha venido aquí?

Notó que la firme mirada de la joven vacilaba.

—Me figuro que de la manera acostumbrada.

—Como ya hemos discutido, la manera acostumbrada implica a una dama de compañía, y sobra el club de juego.

—Vine caminando.

Hubo una breve pausa.

—Vino caminando…

—Sí.

—Sola.

—A plena luz del día. —Su tono contenía una pizca de actitud defensiva.

—Atravesó Londres a pie…

—No está demasiado lejos. Mi casa está…

—A casi un kilómetro de aquí, subiendo por el Támesis.

—No es necesario que lo diga como si estuviera en Escocia.

—Atravesó Londres a pie, a plena luz del día, hasta la entrada de El Ángel Caído, donde imagino que llamó a la puerta y esperó a que le abrieran.

La vio fruncir los labios, pero se negó a sentirse atraído por el mohín.

—Sí.

—En una calle pública.

—Una calle pública de *Mayfair*.

Él ignoró el énfasis que puso en su última palabra.

—La calle pública en la que se encuentran los clubs de caballeros más selectos de Londres. —Hizo una pausa—. ¿La ha visto alguien?

—No podría asegurarlo.

«Está loca».

—¿Puedo suponer que sabe que las damas no hacen esta clase de cosas?

Vio aparecer una diminuta arruga entre sus cejas.

—Esa es una regla absurda, ¿no cree? Quiero decir que el sexo femenino tiene acceso a la locomoción bípeda desde… bueno… desde Eva.

Cross había conocido a muchas mujeres a lo largo de su vida. Había disfrutado de su compañía, de sus conversaciones, de su curiosidad... Pero jamás había estado con una tan extraña como esa.

—No obstante, estamos en 1831. En el presente, las mujeres utilizan carruajes... Y no frecuentan los clubs de juego.

Ella sonrió.

—Bueno, eso no es exacto, dado que yo no lo hice; vine andando y aquí estoy, en un club de juego.

—¿Quién la dejó entrar?

—Un hombre. Pareció ansioso de que lo hiciera cuando anuncié quién soy.

—Sin duda lo estaba. Bourne lo hubiera destrozado si su reputación se hubiera visto manchada.

Ella consideró sus palabras.

—No lo había pensado así. La verdad es que nunca he tenido un protector.

«Él la podía proteger».

¿Cómo se le ocurría pensar tal cosa?

No importaba.

—Lady Philippa, lo que me parece es que usted necesita un ejército de protectores. —Volvió a concentrarse en el libro de cuentas—. Por desgracia, no tengo ni el tiempo ni el interés

necesarios para ocupar el puesto. Confío en que sepa encontrar la salida.

Ella siguió avanzando, ignorándole, y él alzó la mirada, asombrado. Nadie le ignoraba.

—Oh, no es necesario que me llame lady Philippa, de veras. Y menos si tenemos en cuenta la razón por la que estoy aquí. Por favor, llámeme Pippa.

«Pippa». Le iba bien. Mucho más que la versión larga y extravagante de su nombre. Pero él no tenía intención de llamarla así, ni de ninguna otra manera.

—Lady Philippa… —Dejó que el nombre flotara entre ellos a propósito—. Ha llegado el momento de que se marche.

Ella dio un paso más en su dirección y posó la mano en el enorme globo terráqueo que había al lado de su escritorio. Él deslizó la mirada por el lugar donde su palma cubría Gran Bretaña y reprimió el deseo de dar un significado cósmico a aquel gesto.

—Me temo que no puedo marcharme, señor Cross. Necesito…

Él pensó que no soportaría que dijera aquello otra vez.

—Que la lleve a la ruina, s*í, y*a lo ha dejado claro. Y de igual manera, yo he manifestado mi rechazo a ayudarla.

—Pero… no puede… No puede negarse.

Él volvió a mirar el libro de contabilidad.

—Me temo que sí puedo.

Ella no respondió, pero él vio por el rabillo del ojo que movía los dedos, esos dedos extraños y fuera de lugar, por el borde del escritorio de ébano. Esperó a que se detuvieran, a que se quedaran quietos… A que se marcharan.

Cuando alzó la cabeza, ella tenía los ojos clavados en él, azules y enormes detrás de las lentes redondas de las gafas, como si llevara esperando toda una vida a que le sostuviera la mirada.

—Le he seleccionado a usted, señor Cross. Lo he hecho con sumo cuidado. Tengo un plan muy concreto, muy claro y, al mismo tiempo, muy sensible, que requiere de un compañero en mi investigación. Debe comprender que tiene que ser esa persona.

«¿*Un* compañero en su investigación?».

No importaba de qué se tratara. «No lo harás».

—¿Qué necesita investigar?

«¡Maldición!».

La vio entrelazar los dedos, retorcerlos con nerviosismo.

—Usted es un hombre legendario, señor.

Aquellas palabras le hicieron estremecer.

—Todo el mundo habla de usted. Dicen que es experto en los aspectos cruciales cuando se trata de llevar a alguien a la ruina.

Él apretó los dientes; aquellas palabras le resultaban odiosas. Fingió que el tema no le interesaba.

—¿De veras?

Ella asintió con la cabeza de manera despreocupada, y comenzó a enumerar los diversos aspectos con los dedos, al tiempo que los mencionaba.

—En efecto. Juego, licores, boxeo y… —Ella se interrumpió bruscamente—. Y…

Notó que lady Philippa tenía las mejillas rojas como cerezas, y quiso que dijera el resto. Deseó escuchar el disparate; poder detener esa locura.

—¿Y…?

Ella se enderezó, poniendo su columna vertebral derecha como una vara. Él hubiera apostado todas sus posesiones a que no respondería.

Pero habría perdido.

—Y el coito.

La palabra fue dicha con suavidad, pero con firmeza. Como si finalmente hubiera soltado lo que había venido a decir. Lo que no era posible. Sin duda alguna había oído mal. Seguramente su cuerpo estaba volviéndose loco y respondiendo a la dama de manera equivocada.

Antes de que pudiera decirle que lo repitiera, ella respiró hondo y continuó hablando.

—Por lo que he oído, esta es la materia en la que le consideran más diestro. Y, si le soy sincera, es justo en ese tema en el que requiero de sus servicios.

Solo años de jugar a las cartas con los tahúres más expertos de Europa impidieron que él revelara su sorpresa. La estudió durante mucho tiempo. Una mirada larga y penetrante.

No parecía una loca.

De hecho, se mostraba bastante normal. Cabello rubio normal, ojos azules normales, algo más alta que la media pero no tanto como para llamar la atención, vestida con un diseño absolutamente normal que dejaba al descubierto una extensión normal de piel clara y tersa.

No, no había nada que pudiera sugerir que lady Philippa Marbury, hija de uno de los aristócratas más poderosos de Gran Bretaña, fuera otra cosa que una joven perfectamente normal.

Nada, claro estaba, hasta que abría la boca y decía cosas como «locomoción bípeda».

«Y coito».

La vio suspirar.

—Está poniéndomelo muy difícil, ¿sabe?

—Lo siento —se disculpó sin saber muy bien qué más decir.

Ella entrecerró los ojos detrás de los cristales.

—No me parece a mí que lo lamente demasiado, señor Cross. Si los chismorreos de las damas en todos los salones de Londres son fiables, y le aseguro que hay muchos y variados, es usted el libertino adecuado.

Qué Dios le librara de las damas y sus lenguas viperinas.

—No debería creer todo lo que escuche en los salones femeninos.

—Por lo general no lo hago, pero cuando una oye mencionar muchas veces a un caballero en particular, como pasa con usted, tiende a creer que existe bastante verdad en los cotilleos. Donde hay humo, hay fuego… ya sabe.

—No soy capaz de imaginar qué puede haber escuchado.

Era mentira, claro. Por supuesto que era capaz.

Ella hizo un gesto con una mano.

—Bueno, alguna de las cosas son tonterías. Dicen, por ejemplo, que puede despojar a una dama de su ropa sin usar las manos.

—¿De veras?

Ella sonrió.

—Una tontería, lo sé. No me lo creí.

—¿Por qué no se lo creyó?

—Sin fuerza física que lo mueva, un objeto en reposo permanece en reposo —explicó ella.

Él no pudo reprimirse.

—¿La ropa de las damas es el *objeto en reposo* en este caso en particular?

—Sí. Y la fuerza física que requiere para moverse serían sus manos.

¿Se imaginaría ella la tentadora imagen que había pintado en su mente con aquella descripción tan precisa y científica? No lo creía.

—Me han dicho varias veces que mis manos poseen talentos ocultos.

Ella parpadeó.

—Como ya hemos establecido, me han dicho lo mismo. Pero le aseguro, señor, que no pueden desafiar las leyes de la física.

¡Oh, cómo le hubiera gustado demostrarle que se equivocaba!

Pero ella siguió hablando.

—De cualquier forma, la hermana de una de sus doncellas, la amiga de sus primas, la prima de uno de sus amigos, o la prima de la criada… ¿qué más da? Las mujeres hablan, señor Cross. Y usted debería ser consciente de que no les da ninguna vergüenza revelar detalles… sobre usted.

Él arqueó una ceja.

—¿A qué clase de detalles se refiere?

La vio vacilar y sonrojarse de nuevo. Él contuvo el escalofrío de placer que le recorrió al ver aquella pátina rosada. ¿Había algo más tentador en el mundo que una mujer ruborizada por culpa de un pensamiento escandaloso?

—Estoy informada de que usted es el tipo de caballero que tiene un profundo entendimiento sobre… la mecánica… del acto en cuestión. —Ella se estaba mostrando total y absolutamente práctica. Como si estuviera hablando del clima.

Y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. De que estaba tentando a la bestia. Lo que sí tenía, sin embargo, era coraje… La clase de coraje que llevaba a las damas honradas a meterse en problemas.

Y él sabía mejor que nadie que no debía ser su cómplice en esa cuestión.

Puso las dos manos sobre el escritorio, se levantó y, por primera vez en esa tarde, dijo la verdad.

—Me temo que le han informado incorrectamente, lady Philippa. Y ahora debe marcharse. Le haré un favor y me olvidaré de mencionarle a su cuñado que ha estado aquí. De hecho, me olvidaré de que estuvo aquí.

Ella se quedó inmóvil durante un buen rato, y él se dio cuenta de que permanecer quieta era una cualidad que no poseía. No había reprimido sus movimientos desde que él se despertó al escuchar el suave sonido de la punta de sus dedos pasando las páginas del libro de contabilidad del club. Que ahora estuviera quieta le enervaba. Se preparó para lo que vendría a continuación; para alguna defensa lógica, para alguna frase extraña que acabaría tentándole más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Supongo que a usted le resultará muy fácil olvidarme.

No había nada en el tono que sugiriera que ella estaba buscando un cumplido o un rechazo. Nada de lo que hubiera esperado en otras mujeres, aunque comenzaba a darse cuenta de que en lady Philippa Marbury no había nada que le recordara a otras mujeres.

Y, solo por eso, estaba dispuesto a garantizar que le resultaría imposible olvidarla.

—…pero me temo que no puedo permitírselo —continuó ella, con evidente frustración en su tono, aunque él tuvo la impresión de que hablaba más para sí misma que para él—. Me hago muchas preguntas y no tengo a nadie que me las responda. Solo me quedan catorce días para aprender.

—¿Qué ocurrirá dentro de catorce días?

¡Maldición! No le importaba. No debería haber formulado la cuestión.

Ella se mostró sorprendida al escuchar la pregunta, y él tuvo la sensación de que se había olvidado de su presencia. La vio ladear la cabeza, frunciendo el ceño como si sus palabras fueran ridículas. Algo que, por supuesto, era cierto.

—Dentro de catorce días me casaré.

Él lo sabía. Durante dos temporadas lady Philippa había sido cortejada por lord Castleton, un caballero con poco seso entre las orejas. Pero Cross había olvidado todo lo referente a su futuro marido en el momento en que la vio en su despacho; atrevida, brillante y muy extravagante.

No había nada en esa mujer que indicara que no pudiera convertirse en una condesa apropiada para Castleton.

«Eso no es problema tuyo».

Se aclaró la voz.

—Mi más cordial enhorabuena.

—Ni siquiera sabe con quién me voy a casar.

—De hecho, sí lo sé.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Lo sabe? ¿Cómo?

—Obviando el hecho de que su cuñado es mi socio, y de que la doble boda de las dos hermanas Marbury más jóvenes es tema de conversación en toda la sociedad, debo informarla de que ocurren pocas cosas a cualquier nivel social de las que yo no esté enterado. —Hizo una pausa—. Castleton es un hombre afortunado.

—Es usted muy amable.

Meneó la cabeza.

—No es amabilidad, es la verdad.

Ella hizo una mueca con los labios.

—¿Y yo?

Él cruzó los brazos. Ella se aburriría de Castleton antes de que llevara casada veinticuatro horas. Y luego sería desgraciada.

«No es problema tuyo».

—Castleton es un caballero.

—Qué diplomático por su parte —dijo ella, haciendo girar el globo terráqueo y dejando un rastro con los dedos por encima de la topografía de la esfera mientras esta daba vueltas de manera vertiginosa—. Lord Castleton es, sin duda, un caballero. También es conde. Y le gustan los perros.

—¿Son esas las cualidades que requieren las mujeres de sus futuros maridos en estos tiempos?

¿Ella no estaba a punto de marcharse? ¿Por qué, entonces, seguía allí, hablando con él?

—Son mejores que otras cualidades menos gratas que podrían tener —repuso ella. Él creyó notar cierta actitud defensiva en su tono.

—¿Por ejemplo?

—La infidelidad, la inclinación por la bebida o el hostigamiento a los toros.

—¿El hostigamiento a los toros?

Ella asintió con la cabeza una sola vez, de manera lacónica.

—Es un deporte muy cruel, tanto para el toro como para los perros.

—Yo no lo consideraría un deporte, la verdad… Y más importante todavía, ¿está usted familiarizada con muchos hombres que disfruten con ello?

Ella se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Leo mucho. Hubo un serio debate sobre la práctica del mismo en el *News of London* de la semana pasada. Por lo que parece, hay muchos más hombres de los que usted piensa que disfrutan con tamaña barbaridad. Gracias a Dios, lord Castleton no es uno de ellos.

—Un verdadero príncipe entre los hombres —se burló él, ignorando la entrecerrada mirada airada que ella le lanzó al notar su tono de sarcasmo—. Imagine mi sorpresa, entonces, al

haberme encontrado a su futura condesa esta misma mañana junto a mi cama, pidiéndome que la lleve a la ruina.

—No sabía que usted dormía aquí —se justificó ella—. Ni tampoco esperaba que estuviera durmiendo a la una de la tarde.

Él arqueó una ceja.

—Es que trabajo hasta altas horas de la noche.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya me imagino. Sin embargo, le aconsejo que se compre una cama —dijo señalando el provisional jergón de paja—. No creo que eso sea demasiado cómodo.

Aquella mujer estaba desviando cada vez más el tema y él la quería fuera de su despacho... de inmediato.

—No tengo ningún interés, y usted tampoco lo tiene, en que la lleve a la ruina pública.

Ella buscó bruscamente su mirada. Parecía conmocionada.

—No le estoy pidiendo que me lleve a la ruina públicamente.

A él le gustaba pensar que era un hombre dotado con una inteligencia más que razonable, le fascinaban las ciencias y se le consideraba un genio con las matemáticas. No podía ponerse a jugar al *vingt-et-un* sin contar las cartas y sostenía sesudos debates sobre política y leyes con precisión serena y lógica.

¿Cómo era posible entonces que se sintiera profundamente estúpido ante esa mujer?

—¿No me ha pedido usted dos veces, en los últimos veinte minutos, que la lleve a la ruina?

—En realidad, han sido tres veces. —La vio ladear la cabeza—. Bueno, el último en mencionarlo fue usted, pero creo que debería contar también.

«Sí, profunda y completamente estúpido».

—Tres veces pues.

—Sí, pero no me refiero a que me lleve a la ruina de manera pública. Se trata de algo diferente.

Él sacudió la cabeza.

—Vuelvo a confirmar mi diagnóstico original, lady Philippa.

Ella parpadeó.

—¿Que estoy loca?

—Exacto.

Ella guardó silencio durante un buen rato y él supo que estaba tratando de encontrar las palabras correctas para convencerle de que accediera a su petición. La vio lanzar una mirada al escritorio y estudiar un par de pequeñas esferas de plata que colgaban una junto a otra. Ella alargó la mano y las hizo oscilar con suavidad. Ambos observaron el movimiento sincronizado de los pesados péndulos durante mucho tiempo.

—¿Por qué los tiene? —preguntó ella con curiosidad.

—Me gusta mirar cómo se mueven. —La manera previsible en que lo hacían. Primero oscilaban en una dirección y luego lo harían en la otra. Sin preguntas. Sin sorpresas.

—A Newton le pasaba lo mismo —comentó ella con sencillez, en voz baja, casi como si hablara más para sí misma que para él—. Dentro de catorce días me casaré con un hombre con el que tengo muy poco en común. Lo haré porque es lo que se espera que haga una señorita. Lo haré porque es lo que todo Londres está esperando que haga; porque no creo que me surja nunca la oportunidad de casarme con alguien con quien tenga algo más en común. Y lo más importante, porque ya he aceptado y soy una mujer de principios.

Él la observó, deseando poder ver sus ojos sin el escudo que suponían los gruesos cristales de

las gafas. La vio tragar; el movimiento de su delicada garganta cuando lo hizo.

—¿Por qué piensa que no encontrará a alguien con quien tenga algo más en común?

Ella le miró.

—Soy rara —confesó con sencillez.

Él arqueó las cejas, pero no dijo nada. No estaba seguro de qué se podía responder a semejante afirmación.

Ella sonrió al ver su vacilación.

—No es necesario que diga nada caballeroso al respecto, no soy tonta, ¿sabe? He sido rara durante toda mi vida. Debería dar gracias a Dios de que haya alguien dispuesto a casarse conmigo… Que ese alguien sea un conde es casi inimaginable. Y aun así es cierto, me ha cortejado.

»Y, honestamente, estoy muy feliz al ver la manera en que se perfila mi futuro. Me mudaré a Sussex y jamás me veré obligada a frecuentar Bond Street ni los salones de baile otra vez. Lord Castleton me ha ofrecido espacio para mi invernadero y mis experimentos, e incluso me ha pedido que le ayude a administrar sus bienes. Creo que está encantado de disponer de colaboración.

Considerando que Castleton era un tipo muy amable pero muy poco inteligente, Cross se imaginó que el conde estaba celebrando que su brillante prometida estuviera dispuesta a ocuparse de la hacienda familiar y evitarle así dichas complicaciones.

—Eso parece estupendo. ¿Le dejará disponer también de una jauría?

Si ella notó el tono sarcástico en sus palabras no lo demostró, y él comenzó a lamentar haberlo usado.

—Eso espero. De hecho, lo estoy deseando, ¿sabe? Me encantan los perros. —Ella se quedó quieta un instante antes de alzar la barbilla y mirar al techo fijamente durante un momento—. Pero me preocupa mucho todo lo demás —confesó finalmente.

Él sabía que no debía preguntar. Que los votos matrimoniales no eran algo que le hubieran importado especialmente hasta el momento y, sin duda, no iban a empezar a importarle ahora.

—¿Todo lo demás?

Ella asintió con la cabeza.

—Honestamente, no me siento preparada. No tengo ni idea sobre ninguna de las actividades que se realizan después de casarse… Por la noche… En el lecho matrimonial —añadió a poquitos, como si él no fuera capaz de entenderlo.

Como si él no tuviera ya una visión muy clara de esa mujer en el lecho matrimonial.

—Si le soy sincera, encuentro que los votos matrimoniales son más bien engañosos.

Él arqueó las cejas.

—¿Los votos matrimoniales?

La vio asentir con la cabeza.

—Bueno, concretamente, el momento anterior a los votos.

—Sospecho que esa puntualización es importante para usted.

Ella sonrió y, de pronto, hizo mucho calor en la oficina.

—¿Lo ve? Sabía que sería un extraordinario compañero de pesquisas. —Él no respondió y fue ella la que llenó el silencio, recitando muy despacio—. «El matrimonio no debe ser emprendido de manera imprudente, a la ligera o con descuido».

Él parpadeó.

—Se dice en la ceremonia —explicó ella.

Era, sin duda alguna, la única vez que alguien había citado el *Libro de Liturgia de la Iglesia*

Anglicana en su despacho. Seguramente jamás se había recitado en el edificio.

—Me parece razonable.

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, pero continúa, «tampoco debe ser emprendido para satisfacer los apetitos y lujurias carnales de los hombres como si fueran bestias salvajes sin contención».

No pudo contenerse.

—¿Eso está en la liturgia?

—Curioso, ¿verdad? Quiero decir, que si yo hiciera referencia a la lujuria carnal en una conversación que se esté desarrollando, por ejemplo, a la hora del té, me expulsarían de la sociedad, pero delante de Dios y en la basílica de San Jorge, está bien. —Meneó la cabeza—. No importa. ¿Entiende ahora qué es lo que me preocupa?

—Creo que está dándole demasiadas vueltas, lady Philippa. Lord Castleton puede no poseer la más aguda inteligencia, pero no tengo duda de que sabrá qué hacer en el lecho conyugal.

Ella frunció el ceño.

—Pues yo sí lo dudo.

—No debería.

—Creo que no me entiende —presionó ella—. Es crucial que sepa lo que se espera de mí. Que esté preparada para ello. Y bien, ¿es que no lo ve? Todo esto se refiere a la más importante tarea que tendré que realizar cuando sea una mujer casada.

—¿Y cuál es?

—La procreación.

La palabra, científica y fría, no debería haber llamado su atención. No debería haberle hecho pensar en largas piernas, piel suave y ojos enormes, abiertos como platos detrás de los cristales. Pero lo hizo.

Cambió de posición, inquieto, mientras ella proseguía.

—Me gustan los niños, me gustan de verdad, así que con respecto a eso sé que todo irá sobre ruedas, pero tiene que comprender que quiera respuestas a mis interrogantes. Y, dado que se supone que usted es un experto en el tema, no puedo imaginarme a nadie mejor para ayudarme en mi investigación.

—¿En el tema de los niños?

Ella suspiró de frustración.

—En el tema de la procreación.

A él le encantaría enseñarle todo lo que sabía sobre reproducción.

—¿Señor Cross?

Él carraspeó.

—No me conoce.

Ella parpadeó; al parecer esa era una idea que ni siquiera se le había ocurrido.

—Bueno, sé muchas cosas sobre usted. Con eso es suficiente. Será un excelente compañero en la investigación.

—¿Para investigar qué?

—He leído mucho sobre el tema, pero me gustaría comprenderlo. Mi única finalidad es comenzar mi matrimonio libre de preocupaciones. Si soy honesta, lo de «bestias salvajes sin contención» me resulta bastante inquietante.

—Ya me figuro —respondió él en tono seco.

Y aun así, ella siguió hablando como si él no estuviera allí.

—También me he enterado de que para las mujeres… inexpertas… en ocasiones… el acto en

cuestión no es demasiado placentero. En ese caso en particular, la investigación sería de suma ayuda. De hecho, tengo la certeza de que si me beneficio de su vasta experiencia, tanto Castleton como yo disfrutaremos más. Tendremos que hacerlo varias veces antes de que resulte soportable, imagino, y cualquier cosa que usted pueda proporcionarme para arrojar cierta luz sobre la actividad…

Por alguna razón, cada vez le resultaba más difícil escucharla. Oír sus propios pensamientos. Sin duda alguna ella no acababa de decir…

—Son péndulos acoplados.

«¿Cómo?».

Él siguió la dirección de su mirada hasta las esferas de metal, que habían sido puestas en movimiento en la misma dirección y ahora oscilaban en sentido contrario. No importaba que estuvieran condenados a seguir la misma trayectoria, una de las bolas acababa invirtiendo su sentido. Siempre.

—Lo son, sí.

—Uno afecta al movimiento del otro —comentó ella casualmente.

—Eso dice la teoría.

Ella asintió con la cabeza, observando cómo cada esfera plateada se columpiaba hacia la otra una y otra vez. Luego lo miro muy seria.

—Si tengo que hacer un voto, me gustaría comprender todas las obligaciones que implica. La lujuria carnal es algo que todavía no comprendo y me gustaría hacerlo. ¿Sabe usted por qué el matrimonio puede convertir a los hombres en bestias salvajes sin contención?

Una imagen parpadeó de manera intermitente ante sus ojos… Unos dedos clavados en su piel, unos ojos azules mirándose en los suyos con una expresión de placer absoluto…

«Sí». Lo sabía sin ninguna duda.

—No.

Ella asintió, tomando sus palabras al pie de la letra.

—Es evidente que tiene algo que ver con el coito.

«¡Santo Dios!».

—Hay un toro en Coldharbor —explicó ella—, donde está la finca de mi padre. No estoy tan verde como piensa.

—Si piensa que un toro en una pradera se parece en algo a un hombre, está incluso más verde de lo que pienso.

—¿Ve? Por eso precisamente necesito su ayuda.

«¡Maldición!». Se había metido solito en la trampa. Intentó no ceder, resistir el tirón.

—Entiendo que usted es muy bueno en eso —continuó ella, ignorando el descalabro que estaba provocando en su interior. O quizá sí fuera consciente de ello, ya no podía asegurarlo. Ni siquiera sabía durante cuánto tiempo podría seguir confiando en sí mismo—. ¿Es cierto?

—No —repuso al instante. Quizá eso conseguiría que se marchara de una vez.

—Sé lo suficiente sobre los hombres para asegurar que no admitirían ninguna falta de habilidad en esa área, señor Cross. No esperará en serio que me crea eso. —Ella se rio; un sonido brillante y embriagador, totalmente fuera de lugar en aquella estancia oscura—. Como conocido hombre de ciencia… esperaba que estuviera dispuesto a ayudarme en mi investigación.

—¿Piensa investigar sobre los hábitos copulativos de los toros?

Ella sonrió divertida.

—Mi investigación versará sobre el apetito y la lujuria carnal.

Solo quedaba una opción, aterrorizarla para que huyera. Insultarla si era necesario.

—¿Me está pidiendo que la folle?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Sabe? Jamás había escuchado esa expresión en voz alta.

Y así, sin más, con aquellas palabras tan sencillas y francas, lo hizo sentir como si fuera una sabandija. Abrió la boca para disculparse.

Ella le ganó también en esa ocasión, hablando con él como si fuera un niño. Como si estuvieran discutiendo sobre algo ordinario.

—Estoy dándome cuenta de que no me he explicado con claridad. No quiero que realicemos el acto... por así decirlo. Solo deseo que me ayude a comprenderlo.

—A comprenderlo…

—Exacto. Por los votos, los niños y todo lo demás. —Hizo una pausa antes de añadir—: Necesito una clase sobre el tema, sobre la cría de animales de granja, y de otro tipo.

—Busque a otra persona… de otro tipo.

Ella entrecerró los ojos al notar su tono burlón.

—No hay nadie más.

—¿Ha buscado bien?

—¿Quién cree que podría explicarme el proceso que nos ocupa? Mi madre queda descartada, claro está.

—¿Y qué me dice de sus hermanas? ¿Les ha preguntado?

—Primero, no tengo la seguridad de que Victoria o Valerie tengan interés o hayan experimentado demasiado el acto. Y Penelope… Ella se comporta de manera absurda cuando le pido que me hable sobre cualquier cosa que haga con Bourne. Parlotea sobre el amor y todo eso. —Puso los ojos en blanco—. No hay lugar para el amor en mi investigación.

Él arqueó las cejas.

—¿No?

Ella le miró con horror.

—Claro que no. Sin embargo, usted es un hombre de ciencia con legendaria experiencia. Estoy segura de que puede aclararme muchísimas cosas. Por ejemplo, siento una gran curiosidad sobre el miembro masculino.

Él se atragantó y tosió.

—Estoy seguro de ello —dijo cuando por fin recuperó su habilidad para hablar.

—He visto algunas ilustraciones en… textos de anatomía, pero quizá usted podría ayudarme a comprender algunos detalles. Por ejemplo…

—No. —La cortó antes de que formulara alguna de aquellas preguntas francas y científicas.

—No me importaría pagarle —anunció como si tal cosa—. Por sus servicios.

Un sonido agudo y entrecortado resonó en la estancia. Fue él quien lo emitió.

—¿Pagarme?

Ella asintió con la cabeza.

—No me importaría, de verdad. ¿Qué tal veinticinco libras?

—No.

Ella frunció el ceño.

—Claro, por supuesto, una persona con su… experiencia… debe cobrar más. Discúlpeme por haberle ofendido. ¿Cincuenta? Me temo que no puedo ofrecer más. Supone mucho dinero para mí.

¿Ella pensaba que lo ofensivo era la cifra que había ofrecido? ¿Es que no entendía que estaba a punto de hacerlo gratis? ¿De pagarle a ella para que le dejara mostrarle todo lo que estaba

pidiendo?

A lo largo de su vida no había habido nada que deseara más que arrojar a aquella extraña mujer sobre su escritorio y demostrarle todo aquello de lo que estaba hablando.

El deseo era irrelevante… O quizá fuera lo único que importaba. Daba igual, no podía ayudar a lady Philippa Marbury.

Era la mujer más peligrosa que hubiera conocido nunca.

Movió la cabeza a uno y otro lado y pronunció las únicas palabras que se vio capaz de decir. Precisas y exactas.

—Me temo que no puedo solucionar sus dudas, lady Philippa. Le sugiero que consulte a otra persona. Quizá podría probar con su prometido. —Odió la sugerencia desde el mismo momento en que la hizo. Contuvo el deseo de borrarla.

Ella se mantuvo en silencio durante un largo rato mientras le miraba, parpadeando detrás de los gruesos lentes de las gafas, recordándole que era intocable.

Él esperó que redoblara sus esfuerzos. Que se abalanzara de nuevo sobre él con sus miradas directas y sus palabras francas.

Pero, por supuesto, aquella mujer era impredecible.

—Me hubiera gustado que me llamara Pippa —se limitó a decir. Y después se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 2

Pippa tenía apenas seis o siete años, cuando las cinco niñas Marbury habían desfilado como cinco patitos rubios ante los aristocráticos invitados de sus padres para ejecutar un interludio musical en una fiesta campestre de la que no podía recordar más detalles, algo que solían hacer a menudo los hijos de los anfitriones.

Al salir de la habitación, la había detenido un caballero de edad avanzada con alegre mirada, que le preguntó qué instrumento le gustaba tocar. Si en ese instante el hombre hubiera hecho semejante pregunta a Penelope, su hermana le habría respondido con total seguridad que su favorito era el pianoforte. Si se hubiera dirigido a Victoria o a Valerie, las gemelas habrían contestado al unísono que lo que más les gustaba tocar era el violonchelo. Y Olivia lo habría encandilado con su sonrisa de cinco años, ya entonces coqueta, antes de comunicarle que le gustaba tocar la trompa.

Pero aquel hombre se equivocó y le preguntó a ella, quien anunció, tan ufana, que tenía poco tiempo para la música porque estaba muy ocupada aprendiendo anatomía. Confundiendo el conmocionado silencio del caballero con interés, procedió a levantarse las enaguas y el delantal para recitar con orgullo todos los huesos del pie y la pierna.

Acababa de citar el peroné cuando apareció su madre, llamándola a voz en grito, con las risas de la sociedad como música de fondo.

Fue la primera vez que se dio cuenta de que era rara.

Y también fue la primera vez que sintió vergüenza. Le resultó una emoción extraña, diferente a todas las demás, puesto que todas menos esa desaparecían con el tiempo. Por ejemplo, una vez que se había comido, era difícil recordar con precisión las características del hambre. Sí, sabía que antes había tenido apetito, pero el intenso anhelo de conseguir alimento no era recordado con claridad.

De igual manera, le resultaba familiar sentirse irritada… Después de todo, tenía cuatro hermanas, pero no lograba precisar lo que suponía sentirse completa y totalmente furiosa con cualquiera de ellas. Bien sabía Dios que algunos días hubiera empujado, sin ninguna sensación de culpa, a Olivia debajo de un carruaje en movimiento, pero no podía resucitar la emoción a voluntad.

Sin embargo, recordaba la ardiente vergüenza que acompañó a las risas escuchadas en aquella fiesta campestre con la misma claridad que si hubiera ocurrido el día anterior. Como si hubiera pasado hacía apenas unos minutos.

Pero lo que había ocurrido hacía unos momentos era, realmente, mucho peor que el hecho de que una niña de siete años mostrara sus tobillos a media aristocracia. Ser etiquetada como la más rara de las chicas Marbury desde temprana edad le había permitido formar una coraza protectora, por lo que siempre había pensado que hacían falta mucho más que unas risitas para que se sintiera avergonzada.

Sin embargo, estaba viendo que solo era necesario que un hombre rechazara su petición de que la llevara a la ruina.

Uno muy alto, con gran inteligencia… Un hombre evidentemente fascinante.

Ella había hecho todo lo que estaba en su mano. Expuso detalladamente el asunto, apeló a su interés por las ciencias y, aun así, él la había rechazado.

Ni siquiera se le había ocurrido considerar que podía darse esa posibilidad.

Debería haberlo hecho, por supuesto. Tendría que haberse dado cuenta en el mismo momento

en el que entró en aquel maravilloso despacho, lleno de toda clase de curiosidades; debería haber sabido entonces que su oferta no le iba a interesar. Por lo que había deducido, el señor Cross era un hombre que poseía muchos conocimientos y experiencia, y ella no dejaba de ser la cuarta hija de un marqués por partida doble, capaz de enumerar todos los huesos del cuerpo y, por tanto, un poco rara.

No importaba demasiado que necesitara un socio en sus investigaciones y que solo le quedaran catorce días —trescientas treinta y seis horas y menguando— para resolver todas las dudas que tenía sobre su futuro matrimonio.

Era evidente que él había perfeccionado su experiencia lo suficiente y no necesitaba una socia para continuar investigando el tema.

Ni siquiera una que estaba dispuesta a pagarle.

Mientras curioseaba por la enorme sala de juego, ahora vacía, supuso que tampoco debería sorprenderse tanto. Después de todo, un tipo que poseía un club de juego, que llevaba todas aquellas finanzas que había visto contabilizadas en el grueso volumen forrado en piel que hojeó al entrar en su despacho, no era la clase de hombre que podía verse tentado por veinticinco libras… Ni por cincuenta.

Tendría que haberlo considerado.

Sin embargo, era una lástima. Le había resultado un hombre prometedor. La opción más sugerente cuando concibió el plan unas cuantas noches antes, después de leer el texto de la ceremonia de la que formaría parte dos semanas después.

«Lujuria carnal».

«Procreación».

¿Acaso no era un error que una mujer formara parte de semejantes experiencias sin tener ni idea del asunto? ¿Sin haber disfrutado al menos de una explicación racional del tema en cuestión? Y era algo a lo que los novios se comprometían antes de que el sacerdote llegara al momento en el que se mencionaban la obediencia y la servidumbre.

Todo aquello resultaba muy inquietante.

Y todavía era más inquietante admitir lo decepcionada que se había sentido cuando el señor Cross había rechazado formar parte de su plan.

Le hubiera gustado poder disponer de más tiempo con el ábaco.

«Y no solo con el ábaco, reconócelo».

No le gustaba mentir, ni a sí misma ni a los demás. Le parecía perfectamente bien que los que la rodeaban quisieran ocultarse la verdad, pero ella había descubierto hacía ya mucho tiempo que la mentira solo lo complicaba todo a largo plazo.

Así que no, no solo le intrigaba el ábaco.

También lo hacía el hombre. Cuando llegó al club, esperaba encontrar al legendario Cross; guapo, inteligente, encantador y capaz de desnudar a cualquier mujer en cuestión de segundos… sin utilizar las manos.

Pero no se había encontrado a ese hombre. No cabía duda de su inteligencia, pero no se había mostrado demasiado encantador cuando conversó con ella, y con respecto a que era guapo… Bien, era muy alto, de largos miembros y ángulos afilados, con una buena mata de pelo de color rojizo, desordenada por haber pasado los dedos por ella muchas veces, algo que jamás imaginó que poseyera. Pero no, no era guapo. Al menos al estilo clásico.

Era atractivo, lo que resultaba mucho mejor.

O peor, según se mirara.

Estaba claro que era un erudito en materias como física y geografía, y bueno, también con los

números. Apostaría cualquier cosa que no ver encima de su escritorio ningún papel lleno de cálculos evidenciaba una magnífica habilidad para sumar mentalmente las cifras del libro de contabilidad. Algo impresionante, si consideraba las enormes cifras que había allí anotadas.

Y dormía en el suelo.

«Medio desnudo».

Esa parte le había resultado muy intrigante.

Y ella era muy curiosa.

Pero parecía que él no. Y eso era crucial.

Había tenido una cantidad ingente de problemas para idear un plan, y no pensaba permitir que la tozudez de un hombre, por muy fascinante que fuera, se interpusiera en su camino. Después de todo, se hallaba en una casa de juego y todo el mundo sabía que esos lugares se llenaban de hombres tarde o temprano. Seguro que encontraría a otro que pudiera complacer su petición. Era científica, y los científicos debían amoldarse a las circunstancias.

Tendría, por tanto, que adaptarse. Hacer lo que fuera preciso para conseguir la comprensión que necesitaba y asegurarse de estar completamente preparada para su noche de bodas.

«Su boda».

No le gustaba hablar de ella, ni siquiera le gustaba pensar en ella, porque el conde de Castleton no era precisamente el más excitante de los futuros maridos. Oh, era agradable mirarle y ostentaba un título, algo que su madre apreciaba. Y poseía una finca maravillosa.

Pero no era demasiado inteligente. Y esa era una manera benigna de decirlo. Una vez había llegado a preguntarle de qué parte del cerdo procedían las salchichas. No quería tener en cuenta la que él creía que era la respuesta.

No era que no quisiera casarse con él. No tenía ninguna duda de que constituía su mejor opción, aunque fuera insulso y menos brillante que los demás. Al menos, él era consciente de su falta de destreza intelectual y se mostraba deseoso —incluso ávido— de que le ayudara a administrar su herencia y su casa. Y ella lo esperaba con ansiedad; había leído multitud de textos sobre la rotación de cultivos, riegos modernos y cría de animales.

En ese sentido, sería una esposa excelente.

Era en el resto en lo que tenía dudas. Y solo contaba con catorce días para solucionarlas.

¿Era mucho pedir?

Parecía que sí. Echó una mirada a la puerta cerrada del despacho del señor Cross y sintió una punzada de algo no muy agradable en el pecho. ¿Pesar? ¿Descontento? No importaba. Lo que sí importaba era que tenía que reajustar su plan.

Suspiró y el sonido la envolvió, haciéndola consciente de lo vacía y grande que era la estancia.

Antes había estado tan concentrada en encontrar el camino correcto a las habitaciones que ocupaba el señor Cross, que no tuvo la oportunidad de explorar el casino. Como la mayoría de las mujeres de Londres, había escuchado múltiples cotilleos sobre El Ángel Caído, un lugar tan impresionante como escandaloso en el que las damas no tenían cabida. Había llegado a sus oídos que era en los salones de El Ángel, y no en el Parlamento, donde se forjaba el futuro de Gran Bretaña; que sus dueños eran los que poseían el poder más absoluto de Londres.

Mientras miraba la tranquila y cavernosa estancia, reconoció que, sin duda, resultaba un espacio impresionante… Pero el resto de las murmuraciones le parecían demasiado exageradas. No había mucho más que decir sobre él más que…

…era muy oscuro.

Una hilera de pequeñas ventanas cerca del techo en uno de los lados suponía la única fuente de luz, y por allí entraban unos errantes rayos de sol. Ella siguió con la vista uno de ellos, en el que

flotaban lentas y pequeñas partículas de polvo, hasta el lugar donde iluminaba a varios metros de distancia una pesada mesa de roble con un grueso fieltro verde con letras, números y líneas estampadas en color amarillo y blanco.

Se acercó. Había una extraña cuadrícula de números y palabras impresas hasta donde alcanzaba la vista, y no pudo resistir el impulso de pasar los dedos por las marcas —auténticos jeroglíficos para ella— hasta que rozó una torre formada por dados blancos apilados contra un lateral de la mesa.

Levantó un par de ellos y estudió los perfectos orificios que había en las caras, comprobando el peso del marfil con la mano mientras se preguntaba por el poder que contenían. Parecían inocuos, sin valor, pero existían hombres que vivían y morían por lanzarlos. Hacía mucho tiempo, su cuñado lo había perdido todo en una apuesta. Finalmente lo había recuperado, pero ella todavía se sorprendía de que la tentación llevara a alguien a hacer algo tan estúpido.

Sin duda, aquellos pequeños dados blancos poseían mucho poder.

Los hizo bailar en su mano, imaginando que estaba apostando… imaginando qué haría falta para sentirse tentada a jugar. Sin duda su investigación suponía para ella una gran tentación; poder llegar a comprender los secretos del matrimonio, de la vida conyugal… de la maternidad. Tener unas expectativas claras para ese futuro tan opaco en ese momento.

Quería respuestas, dado que no tenía ninguna.

Necesitaba esa información que aliviaría la opresión que sentía en el pecho, agobiándola cada vez que pensaba en el matrimonio.

Si pudiera apostar por obtener ese conocimiento… lo haría.

Movió los dados en sus manos, preguntándose por la apuesta que la arrancaría de la ignorancia antes de seguir su destino. Sin embargo, unos golpes atronadores en la puerta del club atrajeron su atención con su estridente e incesante alboroto. Dejó los dados en el borde de la mesa y se aproximó a la fuente del ruido antes de darse cuenta de que a ella no le correspondía hacer nada y que por tanto no debía abrir esa puerta.

Pum

Pum, pum

Lanzó una mirada a su alrededor, a la enorme estancia. Alguien tenía que haber escuchado aquel bullicio. ¿Una criada? ¿Una chica de las cocinas? ¿El caballero con gafas que le había permitido pasar?

Pum, pum, pum

Parecía que nadie lo oía.

¿Debía ir en busca del señor Cross?

Aquel pensamiento la paralizó. O quizá fue que aquella idea inundó su mente con una desaliñada imagen del pelirrojo cabello del señor Cross con los mechones de punta, antes de que él se lo peinara con los dedos. Se detuvo en seco al notar un extraño incremento de los latidos de su corazón. Frunció la nariz. Ese aceleramiento de su pulso no tenía importancia, aunque no era del todo cómodo.

Pumpumpumpumpum

La persona que aporreaba la puerta estaba perdiendo la paciencia. Y redoblaba sus esfuerzos.

Parecía evidente que el asunto que le llevaba allí era urgente.

Se acercó a la maciza puerta de caoba por la que se accedía al salón de juego, oculta tras unos pesados cortinajes de terciopelo que colgaban desde más de seis metros de altura. La tela apenas estaba corrida, protegiendo una entrada pequeña y oscura que resultaba tranquila e inquietante a un tiempo… Un proverbial río Estigia que separaba el club del mundo exterior.

Atravesó aquella oscuridad hacia la contundente puerta exterior de acero, que era incluso más grande que su compañera interior y que permanecía cerrada durante las horas diurnas. En la penumbra, pasó la mano por el lugar donde la hoja de madera se unía al marco, molesta por la manera en que las sombras sugerían que alguien podía alargar el brazo y tocarla sin que ella se enterara de que estaba allí. Abrió los dos cerrojos existentes antes de girar la maciza manilla para abrir la puerta. Entrecerró los ojos automáticamente para proteger sus pupilas de la grisácea luz de aquella mañana de marzo, que parecía el día más brillante del verano después de haber permanecido en el oscuro interior de El Ángel.

—Bien, puedo prometer que no había esperado un recibimiento tan bonito.

Abrió los ojos al instante al escuchar aquellas lascivas palabras y alzó la mano para protegerse del sol, con intención de conseguir que sus ojos se acostumbraran a la luz.

Podía asegurar muy pocas cosas sobre el hombre que tenía delante. Llevaba un sombrero negro de estilo clásico, adornado con una cinta de seda color púrpura, ladeado sobre la frente; sostenía en una mano un bastón con el mango de plata, y tenía los hombros anchos y su ropa era elegante. Pero sabía… tenía la certeza, de que ese tipo no era un caballero.

De hecho, ningún hombre, caballero o no, le hubiera sonreído como lo hacía este; como si él fuera un zorro y ella una gallina. Como si fuera todo el gallinero. Como insinuando que, si no tenía cuidado, él se la zamparía y se alejaría por St. James con una pluma entre sus grandes dientes, descubiertos en una enorme sonrisa.

Evidentemente, era un réprobo.

Cualquier mujer inteligente escaparía de él, y ella se consideraba inteligente. Dio un paso atrás para regresar a la ahora segura oscuridad de El Ángel.

Él la siguió.

—Eres un portero mucho mejor que los que acostumbro a encontrar. Ellos no me dejan entrar.

Ella dijo lo primero que se le ocurrió.

—Yo no soy uno de los porteros.

Los ojos azules y fríos del hombre brillaron al escuchar esas palabras.

—Ni tampoco eres un hombre, palomita. El viejo Digger ya se ha dado cuenta de ello.

La puerta de la entrada se cerró de un portazo y ella se estremeció con el sonido, mientras retrocedía al interior del casino. Cuando su espalda chocó con la puerta interior, se echó a un lado y la atravesó apartando las cortinas.

Él la siguió.

—Entonces, ¿será posible que seas el propio Ángel Caído?

Ella sacudió la cabeza.

Parecía que esa era la respuesta que él estaba esperando, porque sus dientes brillaron en la penumbra del salón antes de bajar la voz hasta que no fue más que un susurro.

—¿Te gustaría serlo?

La pregunta flotó en el aire, cada vez más escaso entre ellos, distrayéndola. Era posible que no conociera a ese hombre, pero sabía de manera instintiva que detrás de su sonrisa había un bribón, quizá un sinvergüenza, que había experimentado todos los vicios conocidos… Es decir, el conocimiento que ella buscaba cuando llegó a aquel lugar, no hacía ni una hora, dispuesta a pedírselo a otro hombre. Uno que no había mostrado ni el más mínimo interés en impartirlo.

Así que cuando ese hombre disoluto y malvado le hizo aquella pregunta, ella hizo lo que hacía siempre: responder con sinceridad.

—De hecho, tengo algunas preguntas.

Notó que sus palabras le habían sorprendido. Aquellos extraños y gélidos ojos azules se

abrieron mucho durante un segundo, antes de que se entrecerraran cuando su propietario esbozó una amplia y alegre sonrisa. Él se echó a reír, atrevido y desenvuelto.

—¡Excelente! —aulló antes de estirar el brazo hacia ella, para rodearle la cintura con su fuerte brazo y acercarla como si ella fuera una muñeca de trapo y él una niña ansiosa—. Yo tengo muchas respuestas, palomita.

A ella no le gustó la sensación que le produjo ser apresada por aquel tipo tan atrevido, por lo que plantó la mano en su pecho para apartarlo. El corazón se le aceleró cuando se dio cuenta de que era muy posible que hubiera dicho lo que no debía a la persona menos indicada. Él creía que ella quería…

—Milord —intentó detenerlo—. No era mi intención…

—Si bien no soy *lord*, mi dulce palomita, te aseguro que no me importaría ser *tuyo*. —Lo escuchó reírse de aquel chiste fácil antes de hundir el rostro en su cuello. Ella luchó contra la caricia, intentando no respirar. Aquel hombre olía a sudor y a cierta sustancia dulzona. Una combinación bastante desagradable.

Giró la cabeza al tiempo que lo volvía a empujar, deseando haber analizado la situación con un poco más de claridad antes de comenzar a conversar de manera tan inconsciente con aquel bribón. Él se rio y la acercó todavía más, mostrándose más atrevido de lo que ella esperaba, estrujándola entre sus brazos al tiempo que presionaba los labios contra su hombro.

—Venga, palomita, tío Digger se ocupará de ti.

—Estoy segura de que lo que me está proponiendo no es algo que haría un tío —señaló ella, tratando de sonar lo más severa posible, mientras se intentaba zafar de su abrazo. Miró a su alrededor con ansiedad. Tenía que haber alguien en aquel enorme edificio dispuesto a ayudarla. El problema era, ¿dónde?

Digger soltó otra carcajada.

—Me resultas fascinante, ¿lo sabías?

Ella echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo, no quería estar en contacto con él.

—De eso nada. No soy fascinante.

—Tonterías. Estás aquí, ¿verdad? Si eso no es ya fascinante, no sé qué puede serlo.

Tenía razón, pero si le concedía ese punto, acabarían tomando un camino muy desagradable, así que se enderezó y recurrió a toda la educación aristocrática que poseía.

—¡Señor! —soltó con firme irritación, retorciéndose entre sus brazos como una anguila para tratar de obligarlo a que la soltara—. Debo insistir, ¡suélteme!

—Vamos, palomita, demos un paseo. Lo que sea que te paguen aquí, lo doblaré si vienes a mi local.

«¿Qué es lo que doblaría».

Ese no era el momento de pensar en la respuesta a esa pregunta.

—A pesar de lo tentadora que es esa oferta…

—Te enseñaré un par de cosas sobre la tentación, te lo prometo.

¡Ay, Dios! Aquello no transcurría según lo planeado. Iba a tener que gritar pidiendo ayuda. Y gritar era demasiado emocional; una respuesta muy poco científica.

Pero las situaciones desesperadas requieren de… bueno, medidas desesperadas. Inspiró hondo, preparada para gritar tan fuerte como fuera posible, cuando unas palabras surcaron el aire como una bala.

—¡Quítale las manos de encima!

Tanto ella como Digger se quedaron paralizados ante aquel sonido bajo pero sumamente audible. Y agresivo. Ella giró la cabeza y miró por encima del hombro al señor Cross. Alto y

esbelto, con aquel espeso y corto cabello rojo, ahora perfectamente domado como si no pudiera estar de otra manera. También se había metido la camisa por la cinturilla del pantalón y se había puesto una chaqueta, en lo que ella consideró un gesto de civilización por su parte. Claro que ahora todo aquello era irrelevante, dado que civilizado sería la última palabra que utilizaría para describirlo.

Sin duda, no había visto a nadie tan furioso en su vida.

Parecía como si estuviera dispuesto a matar.

A acabar con alguien.

«Seguramente con ella».

Aquel pensamiento la hizo regresar a la realidad y se puso a luchar de nuevo, moviéndose muy pocos centímetros antes de que la dominara la fuerza superior de Digger, y se viera arrastrada como si no fuera más que un trozo de carne.

—No.

Cross posó aquellos ojos grises en su vientre, el lugar donde descansaba la mano de Digger, en un gesto claro y posesivo.

—No era una petición. Suéltala.

—Fue ella la que vino a mí, Cross —replicó Digger en tono burlón—. Me condujo directamente hacia la tentación, así que creo que voy a quedármela.

—Eso es falso —se defendió ella de manera automática, luchando contra aquel repugnante agarre mientras rezaba para sus adentros que Cross buscara sus ojos—. Él llamó a la puerta.

—Y tú me abriste, palomita.

Ella frunció el ceño, mirando al socio de su cuñado.

Él siguió sin mirarla.

—No parece demasiado interesada en seguir contigo.

—Por supuesto que no lo estoy —convino ella.

—¡Suelta a la dama!

—Tú siempre tan democrático, llamando damas a las mujeres de El Ángel.

Ella se puso rígida.

—Perdone usted, pero yo soy una dama.

Digger soltó una carcajada.

—Con esos aires, acabarás engañando a algún tonto.

Entonces estalló. Ya había soportado a aquel tipo suficiente tiempo. Estiró el cuello para mirar sus ojos azules.

—Veo que he cometido un gran error al hablar con usted, señor… —Hizo una pausa, esperando a que él hiciera lo correcto y le dijera su apellido. Al ver que no lo hacía, continuó—. Señor Digger. Le aseguro que soy una dama. De hecho, estoy a punto de convertirme en condesa.

Él arqueó una de sus negras cejas.

—¿En serio?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. E imagino que no le gustaría enfrentarse a la ira de un conde, ¿verdad?

Digger sonrió, volviéndole a recordar a un zorro.

—No sería la primera vez, palomita. ¿De qué conde se trata?

—No responda a eso —intervino Cross bruscamente—. Digger, largo.

Pero, antes de soltarla, Digger deslizó de manera lenta e inquietante la mano que tenía sobre su vientre. En el instante en que recobró la libertad, se apresuró a acercarse a Cross, que ahora le

prestaba todavía menos atención, si es que eso era posible. Lo vio avanzar de manera amenazadora hacia Digger.

—Ahora que hemos resuelto eso, quizá podrías explicarme qué demonios haces en mi local. —Sus relajadas palabras se oponían a la brutal amenaza que exudaba cada uno de sus movimientos.

Digger, por su parte, parecía concentrado en ella. Pensativo incluso mientras respondía.

—Ya va..., ya va, Cross. Te olvidas de todo. Solo vine de visita para facilitarte cierta información que pensé que podrías apreciar… Ya sabes, siempre soy el vecino perfecto.

—No somos vecinos.

—Sea como sea, vas a querer esta información.

—No hay ninguna posibilidad de que poseas una información que me interese.

—¿No? ¿Ni siquiera si es sobre tu hermana?

Cross se puso rígido. La tensión hizo que se le contrajera el cuello y los músculos de su espalda, pareciendo ser todavía más alto que antes.

Digger siguió hablando.

—Y además supongo no solo que la quieres… sino que, además, estás dispuesto a pagar por ella.

El aire pareció espesarse. Pippa siempre había escuchado esa expresión con la seguridad de que era absurda. Sí, el aire se espesaba con la niebla o el humo, incluso había llegado a pensar que lo hacía con el hedor de los perfumes que usaba Olivia, pero siempre había considerado que era una idea ridícula pensar que una emoción podía afectar a la densidad del aire. Un cliché tonto. Una frase que debería ser desterrada de su idioma.

Pero en ese momento el aire se espesó, y le resultó difícil aspirar incluso aunque se inclinara hacia delante.

—Bien sabe Dios que ella no recurrirá a ti, tahúr de mierda —añadió Digger.

Ella jadeó al escuchar el insulto. Estaba segura de que el señor Cross no lo pasaría por alto, pero él no pareció darse cuenta del desaire hacia su persona.

—No pondrás las manos encima a mi hermana.

—No es mi problema que las damas se sientan atraídas por mí —se jactó Digger—. No sería un caballero si me negara a ofrecerles un par de minutos de mi tiempo. —Volvió a mirarla a ella una vez más—. ¿No es cierto, lady *CasiCondesa*?

—Me resulta difícil de creer. Tanto que las damas se sientan atraídas por usted, como que, si eso ocurriera, usted se comportara como un caballero.

—¡Caray! ¿Has oído eso? —se rio Digger. El sonido de su carcajada retumbó en el enorme espacio vacío—. Es como una pequeña zorrita.

Ella entrecerró los ojos.

—No creo que esa sea la palabra apropiada.

—Claro que lo es. Es una zorrita, llena de dientes afilados y… —Deslizó por su cuerpo aquella lasciva mirada— pelaje suave, supongo. Cuéntame, Cross, ¿ya lo has tocado?

Ella no entendió el significado de las palabras, pero cuando vio que Cross se abalanzaba sobre Digger y que apresaba bruscamente al hombre de más edad por las solapas, no le cupo duda alguna de que la había insultado.

—Vas a disculparte con la dama.

Digger se libró con esfuerzo del agarre y alisó su levita color granate.

—Ah, supongo que todavía no —dedujo con aguda inteligencia—. Pero no creo que la espera vaya a ser demasiado larga, por lo menos no es esa tu costumbre. —Hizo una profunda

reverencia con un brillo burlón en los ojos—. Discúlpeme, lady *Casi*.

Ella apretó los dientes al escuchar el sarcástico mote.

—Lárgate. —Había una gélida amenaza en el tono de Cross.

—¿No quieres escuchar lo que vine a decirte?

Cross apenas dudó medio segundo, quizá menos. Aunque ella lo percibió.

—No.

Digger curvó una de las comisuras de su boca en una afectada sonrisa.

—Ya cambiarás de opinión. Tienes dos días. —Esperó un instante, y ella tuvo la clara sensación de que entre aquellos dos hombres pendía una espada invisible, cada uno era fuerte a su manera. Se preguntó quién acabaría empuñando el arma.

Digger siguió profundizando en la cuestión.

—Nunca pudiste resistirte a los asuntos familiares.

Cross alzó la barbilla de manera desafiante.

Digger hizo un gesto de despedida llevándose la mano al sombrero y aprovechando para lanzarle una mirada lasciva.

—En cuanto a usted, lady… No será la última vez que nos encontremos.

—Lo será, si sabes lo que es mejor para ti. —Las palabras de Cross fueron firmes y concisas, sin espacio para la duda.

—Chorradas. La dama tiene preguntas. —Digger la taladró con sus gélidos ojos azules—. Yo tengo respuestas.

Cross dio un paso hacia él al tiempo que emitía un sonido ronco y tenebroso, captando por fin la atención de Digger, que clavó entonces en el dueño del club una malvada sonrisa.

—Otro motivo más para que vengas a verme.

La furia de Cross fue inconfundible y le hizo sentir un estremecimiento no demasiado agradable.

—Largo.

Digger no pareció demasiado impresionado, pero no se entretuvo más.

—Dos días, Cross.

Tras guiñarle a ella el ojo de manera insolente, se marchó.

Ellos permanecieron en silencio durante un buen rato, observando cómo se balanceaban las pesadas cortinas de terciopelo después de que Digger saliera. Escucharon el fuerte portazo cuando atravesó la puerta de la calle. Solo entonces soltó ella el aire que retenía sin haberse dado cuenta.

Al escuchar su siseo, Cross se volvió hacia ella, con los ojos grises brillantes de furia.

—¿Quizá le gustaría explicarme por qué está todavía aquí?

Capítulo 3

«Se me ocurre que debería haber considerado un curso de acción diferente. Después de todo… si se desea comprender el comportamiento de la gansa, se debe observar al ganso.El macho del ganso gris común (Anser anser) es fácilmente identificable. Es más grande que las hembras, con la cabeza más ancha y el cuello largo. Cuando alcanzan la madurez sexual, se observa un comportamiento agresivo alrededor de las gansas. Como curiosidad, añadir que los machos también pueden mostrar una actitud muy protectora hacia las hembras, aunque a menudo sea difícil distinguir los dos tipos de conducta».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
22 DE MARZO DE 1831, CATORCE DÍAS ANTES DE SU BODA.

Por puro instinto de conservación, Pippa dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Ese hombre llamó a la puerta.

—¿Y no se le ocurrió pensar que podría no desear relacionarse con una persona que se pusiera a golpear la puerta de una casa de juego?

Para ser alguien con reputación de ser amable y encantador, no lo parecía en absoluto en ese momento.

—Señor Cross, no soy idiota.

Él cruzó los brazos mientras la miraba.

—Decirlo en voz alta no lo convierte en cierto, lady Philippa.

Ella se vio seriamente tentada a levantarse las faldas y comenzar a enumerar los huesos del pie. Pero se quedó callada.

—Bien, guardar silencio podría ser lo único inteligente que haya hecho en el día de hoy.

—No había nadie más para abrir la puerta. Esperé. De hecho, me sorprendió que alguien pudiera golpear la puerta de esa manera sin que nadie respondiera.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Le aseguro que no volverá a ocurrir tal cosa. Y, para que conste en acta, Digger Knight no es un caballero.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Entrecerró los ojos detrás de los cristales—. Claro que cuando lo supe, él ya estaba dentro.

—¿Podría explicarme por qué tenía las manos sobre usted?

Estaba segura de que sería mejor no responder a eso. No le gustaría que la situación fuera mal interpretada.

Pero, al verla vacilar, él pasó al ataque.

—¿Le ha pedido ayuda? ¿Lo eligió como compañero en su investigación, después de no conseguir que lo fuera yo?

Ella intentó eludir la respuesta mientras miraba hacia la puerta y pensaba cómo escapar.

—No… no exactamente.

«Tengo algunas preguntas».

A Cross no le gustaría nada saber que había dicho eso.

Él dio un paso hacia ella, bloqueando la salida.

—¿Qué le dijo exactamente?

Ella le miró. Se sentía culpable, aunque no tenía por qué. Después de todo, no era como si se hubiera arrojado a los brazos de otro hombre.

—¿Se lo propuso?

—¡No! —Ella no vaciló. No lo había hecho, y eso era exacto.

Él escuchó sus pensamientos como si los hubiera gritado a los cuatro vientos.

—No sé si creerla o no. Después de todo, no hace ni media hora que me lo propuso a mí.

—No fue lo mismo y lo sabe.

«Y si usted hubiera aceptado, no estaríamos en esta situación».

—¿No? —preguntó mientras se balanceaba sobre los talones.

—¡No! —replicó ella con disgusto—. Usted era el objetivo de mi plan.

«Un plan que ha destrozado por completo».

Él continuó mirándola como si leyera su mente.

—Supongo que tiene sentido, aunque sea raro. —Lo vio alejarse, atravesando el oscuro salón del club con grandes y veloces pasos mientras seguía hablando con crueldad—. Le sugiero que regrese a su casa y espere allí a su cuñado, lady Philippa; estoy seguro de que irá a buscarla en cuanto le cuente que está loca de atar.

Él no podía contárselo a Bourne. Su cuñado se lo contaría a su padre y su padre la encerraría en Surrey bajo siete llaves hasta la mañana de la boda. No tendría ninguna oportunidad. Y si todo eso ocurría, no podría adquirir la confianza que necesitaba. Porque no la conseguiría si no alcanzaba el conocimiento que la proporcionaba. Sin esa seguridad, no se sentiría a salvo. ¡No podía permitirlo!

—¡No! —gritó para que la oyeran en el otro lado de la estancia.

Él se giró con el semblante oscuro.

—Tiene la equivocada impresión de que me interesa hacer su voluntad, milady.

Ella vaciló.

—No me acerqué a él. No pasó nada. Me iré… Por favor, no le diga nada a Bourne.

Era posible que lo que acababa de decir no sirviera de nada, porque él la ignoró. En cambio se puso a mirar el borde de caoba de la mesa de juego, donde estaban olvidados los dados que ella había estudiado antes.

Dio un paso hacia él, que clavó su mirada penetrante y directa en la de ella. Contuvo el aliento mientras intentaba recuperar la serenidad.

—¿Ha tocado usted estos dados?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Llegó a apostar?

—Estuve a punto de hacerlo —confesó con rapidez—. Donde fueras, haz lo que vieras, ya sabe.

Él ignoró sus palabras.

—¿Con Knight?

—Conmigo misma.

—¿Cuáles eran los términos?

—Todavía no lo había decidido. Estaba pensando que… quizá… —Se interrumpió con la cara caliente por la vergüenza—. Que tal vez… podría…

La mirada de Cross comenzaba a resultar abrasadora.

—¿Que podría…?

Ella miró los dados.

—Que podría utilizarlos para conseguir su ayuda.

—Con respecto a llevarla a la ruina.

Bueno… Si lo decía de esa manera, en aquel enorme salón, parecía todavía mucho más escandaloso.

—Sí.

—¿Contra qué? Si pierde, ¿se irá a casa y esperará al día de su boda, como una buena chica?

Él hablaba como si ella fuera una niña. Como si sus planes fueran estúpidos. ¿No entendía que era necesario? ¿Que se trataba de una investigación científica?

—Todavía no lo había decidido —intervino con rapidez—. Pero estaba considerando posibles alternativas. Estamos en plena temporada; no es como si hubiera escasez de libertinos en Londres en estos momentos. Alguno de ellos podría ayudarme.

—Es usted tan problemática como su hermana —aseguró él en tono rotundo.

Ella le miró confusa.

—¿Está hablando de Penelope?

—De ella misma.

Imposible. Penelope siempre era correcta en todas las situaciones. Jamás habría ido al club sin acompañante. Meneó la cabeza.

—Penelope no es problemática.

Él arqueó una de sus cejas rojizas con incrédulo sarcasmo.

—Dudo mucho que Bourne estuviera de acuerdo con usted. Lo mire como lo mire, Digger Knight no es un candidato adecuado para nada semejante. Sería mejor que corriera tan lejos y tan rápido como pudiera si vuelve a verlo en alguna ocasión.

—¿Quién es?

—Alguien que no debería haber conocido —aseguró él con el ceño fruncido. Muy bien, le alegraba ver que no era la única que estaba irritada—. No llegó a lanzar los dados.

—No, no lo hice —confirmó ella—. Estoy segura de que está considerándose afortunado por ello. Después de todo, ¿qué ocurriría si hubiera ganado?

Notó que la mirada de él se oscurecía.

—¿Habría sido en realidad una victoria?

Ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Usted es el hombre que elegí para que me ayudara en mis pesquisas. Sin embargo, como jamás tuve la oportunidad de apostar, puede considerarse afortunado —confesó, antes de levantarse las faldas para marcharse con la mayor elegancia posible.

—Pues no me considero afortunado. De hecho, no creo en la suerte.

Ella soltó las faldas.

—Así que posee un club de juego, pero no cree en la suerte.

Él esbozó media sonrisa.

—Precisamente porque poseo un club de juego, no creo en ella. En especial en los juegos de dados. Existen probabilidades con relación al juego. Pero lo cierto es, lady Philippa, que las probabilidades no habrían afectado a su lanzamiento de los dados; es imposible apostar contra uno mismo.

—Tonterías.

Él se apoyó en la mesa.

—No se corre ningún riesgo. Si el resultado es el que deseabas, has ganado; si no es el que deseabas… siempre puedes volver a tirar. Si no hay nadie que te obligue a seguir lo que diga el azar, no existe motivo para tomarse en serio los resultados.

Ella se irguió.

—Yo misma me obligaría a aceptar la suerte. Se lo he dicho ya; no me gusta la falta de honradez.

—¿Jamás se miente a sí misma?

—Ni a los demás.

—Eso solo demuestra que no está preparada para asumir aquello por lo que habría apostado.

—¿Acaso la honestidad es un impedimento para el conocimiento?

—Para la perversión. El mundo está lleno de mentirosos, lady Philippa. De mentirosos, tramposos y toda clase de canallas.

—¿Cómo usted? —replicó sin poder contener su lengua.

Él no pareció sentirse insultado.

—Justo, como yo.

—Bueno, entonces es mejor que siga siendo honesta, así contrarrestaré su deshonestidad.

Él arqueó una ceja.

—¿Acaso no considera que querer arruinar su reputación en secreto sea deshonesto?

—No, en absoluto.

—¿Está diciéndome que lord Castleton no espera que llegue virgen a su cama?

Ella notó las mejillas calientes. Supuso que debería haber esperado esas palabras tan sinceras por su parte, pero aquél tópico específico no había salido en conversaciones anteriores.

—Espero… —Apartó la mirada—. Espero llegar siéndolo. Solo quiero tener más conocimiento del acto en sí.

Él frunció el ceño.

—Permítame decirlo con otras palabras. ¿Lord Castleton no espera que llegue a su cama siendo inocente?

—Lo cierto es que no hemos discutido al respecto.

—Así que ha buscado la manera de retorcer la realidad.

Ella le miró bruscamente a los ojos.

—No.

—La falta de honestidad por omisión no deja de ser falta de honestidad.

Era un auténtico milagro que él tuviera fama de ser encantador. Ella no lo consideraba así, ni en broma.

—Si me hace una pregunta directa, no mentiré.

—Debe ser encantador creer que todo es blanco o negro.

No debía preguntar.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Solo que, en la vida real, donde a las jovencitas no se las protege entre los algodones de la sociedad, todos estamos envueltos por tonos grises en los que la verdad es algo relativo.

—Estoy dándome cuenta de que me equivocaba al considerarlo un científico. La verdad es la verdad, punto.

Él curvó los labios en una sonrisa irónica.

—Cielo, eso no es cierto.

Odió la manera en que él dijo esas palabras. La seguridad con que las pronunció. Era evidente que aquella iniciativa había sido un error. Había acudido allí con la esperanza de adquirir experiencia y conocimiento, no de sufrir una lección de superioridad masculina.

Había llegado el momento de que se marchara.

Él no abrió la boca cuando ella cruzó la estancia en dirección hacia la salida. No dijo nada

hasta que la vio separar las cortinas y abrir la puerta interna, deseosa de salir de allí.

—Si quiere apostar, debería hacerlo de una manera honesta.

Se quedó inmóvil, sosteniendo con una mano el pesado terciopelo. Tenía que haber entendido mal. Giró la cabeza para mirar por encima del hombro al punto donde estaba él, alto y delgado como una vara.

—¿Cómo ha dicho?

Cross sacó lentamente la mano del bolsillo de la chaqueta y se la tendió. Por un instante, ella pensó que estaba reclamándola.

Y, por un instante, casi fue a su encuentro.

—Ha llegado hasta aquí, Pippa. —Era la primera vez que la llamaba por el diminutivo de su nombre, y quedó impactada por el sonido en su voz. La rápida repetición de las consonantes; cómo sus labios se movían al pronunciarlas. Burlones… y algo más. Algo que no podía definir.

—Debería hacer una apuesta de verdad, ¿no cree?

Él abrió la mano y reveló dos pequeños dados de marfil.

Ella buscó su mirada, gris y especulativa.

—Me acaba de decir que no cree en la suerte.

—Y no lo hago —confirmó él—. Pero creo mucho menos en apostar contra uno mismo y, por consiguiente, forzar el resultado para que se adapte a su aventura…

—No es una aventura —protestó—. Es una experiencia.

—¿Y dónde está la diferencia?

«¿De verdad no se daba cuenta?».

—Una es una tontería, la otra es ciencia.

—Perdone mi equivocación. Dígame, ¿en qué parte de su potencial apuesta entra la ciencia?

No tenía respuesta para eso.

—Lo cierto es que… no hay relación. Los científicos no hacen apuestas. Son demasiado inteligentes. Saben que no importa cuántas veces ganen, las probabilidades siguen estando en su contra.

Él se acercó más, obligándola a volver a la oscuridad. No la tocó, pero por extraño que pareciera, no importaba. Estaba tan cerca que podía sentirlo, espigado, y aun así cálido.

—Pero usted va a apostar, ¿verdad, Pippa?

Estaba confundiendo su mente, haciendo que le resultara difícil pensar con claridad. Respiró hondo, y el aroma a sándalo que él desprendía la envolvió, distrayéndola por completo.

No debería decir que sí.

Pero para su sorpresa, descubrió que no podía decir que no.

Alargó la mano para coger los dados de donde estaban, pequeños y blancos contra la ancha palma masculina. Los tocó… Lo tocó… Rozó su piel con la punta de los dedos y eso produjo una cascada de sensaciones en su interior. Se detuvo al sentirla, tratando de analizarla, de identificarla… de saborearla. Pero pronto él se alejó y bajó la mano, dejando en la suya los cubos de marfil, cálidos por su contacto.

«Igual que estaba ella».

Aquel era un pensamiento ridículo. Uno no se calienta por un contacto fugaz. Eso era cosa de las novelas. Algo que haría suspirar a sus hermanas.

Él se movió y dio un paso atrás, al tiempo que le indicaba la mesa de los dados.

—¿Está preparada?

Su voz fue apenas un suave susurro, casi privado a pesar de la cavernosa estancia en la que se encontraban.

—Sí.

—Como está jugando en mi club, seré yo quien establezca los términos de la apuesta.

—No me parece justo.

Él no vaciló.

—Cuando apostemos en su casa, milady, estaré más que feliz de jugar con sus reglas.

—Imagino que es lo más lógico, entonces.

Cross ladeó la cabeza.

—Me encantan las mujeres que siguen la lógica.

Ella sonrió.

—Sigamos las reglas de los canallas, pues.

Estaban en uno de los extremos de la larga mesa.

—Si no sale un siete o un once en el primer lanzamiento, gana la banca, es decir El Ángel. Como es usted quién apuesta, le permitiré elegir el premio.

No tuvo que pensarlo.

—Si gano, me contará todo lo que quiero saber.

Él se quedó quieto y ella pensó, por un momento, que cambiaría de opinión. Pero, finalmente, asintió con la cabeza.

—Me parece bien. Y si pierde… Regresará a su casa, a su vida, y esperará con paciencia a que llegue el día de su boda. No se acercará a ningún otro hombre para realizarle esta insensata propuesta.

Frunció el ceño dispuesta a protestar.

—Es una condición ridícula.

Él ladeó la cabeza.

—Es la única manera de que tenga la oportunidad de conseguir que participe en esto.

Ella consideró las palabras, calculando mentalmente las probabilidades que tenía al lanzar los dados.

—No me parece que las probabilidades estén de mi parte. Solo existe un veintidós coma dos por ciento de que gane.

Él arqueó las cejas, impresionado.

«Seguro que está pensando que no soy tan tonta, después de todo».

—En ese punto es en el que entra la suerte —comentó él.

—¿La fuerza en la que usted no cree?

Cross encogió los hombros de manera casual.

—Es posible que me equivoque.

—¿Qué ocurriría si decido no apostar?

Lo vio cruzar los brazos.

—Entonces me veré obligado a contarle todo esto a Bourne.

—¡No puede hacer eso!

—Por supuesto que puedo, milady. Era lo que tenía pensado hacer. Lo cierto es que no puedo confiar en que sea capaz de mantenerse a salvo usted sola. Esa tarea le corresponde a los que la rodeamos.

—Podría mantenerme a salvo aceptando mi propuesta —señaló ella.

Él sonrió. El destello de sus dientes blancos hizo que la atravesara una vertiginosa y extraña sensación… como si estuviera en el interior de un carruaje y este hubiera girado muy deprisa.

—Es una tarea que a Bourne le resultará mucho más fácil. Además, me encanta la idea de que la encierre en una torre hasta el día de su boda. Eso la mantendrá lejos de aquí.

«De él». Pensó que la idea no le apetecía nada.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—Está consiguiendo que apostar se convierta en mi única opción.

—No es el primer jugador que se siente así. Tampoco será el último.

Sacudió los dados con la mano.

—Bueno, si sale cualquier cosa que no sea siete u once, me iré a casa.

—Y no le hará proposiciones a ningún otro hombre —puntualizó él.

—No se trató de algo tan obsceno como quiere hacerlo parecer —matizó ella.

—Fue lo suficientemente obsceno.

Él estaba casi desnudo cuando entró en su despacho. Esa parte había sido muy obscena. Sintió que se le calentaban las mejillas y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. No le pediré a ningún otro hombre que me ayude en mi investigación.

Él pareció satisfecho.

—Láncelos.

Respiró hondo, armándose de valor para lo que deparara el momento. El corazón le latía a mil por hora cuando arrojó los dados de marfil. Observó cómo chocaban contra el borde de caoba y rebotaban para aterrizar muy juntos sobre una enorme C blanca…

«Nueve».

«Una pena, sin duda».

Había perdido.

Apoyó las manos en la fría madera de la mesa y se inclinó sobre ella, como si así pudiera conseguir que el dado siguiera rodando para hacerla ganar.

Alzó la mirada hacia él.

—*Alea jacta est* —dijo él.

«La suerte está echada». Las palabras que había dicho Julio César cuando marchó a luchar por Roma. Por supuesto, la suerte había proporcionado un imperio a César, a ella le había hecho perder la última y efímera oportunidad de saber.

—He perdido —dijo. No supo qué más decir.

—Sí.

—Quería ganar —añadió, mientras una dura y desconocida desilusión la atravesaba.

—Lo sé. —Cross levantó la mano y la acercó a su mejilla, haciendo que ella dejara de pensar en los dados y necesitara desesperadamente algo distinto. Contuvo el aliento ante la vertiginosa sensación… Como si su pecho se viera inundado por algo indescriptible.

Sus largos dedos la tentaban sin tocarla, dejando un cálido rastro donde casi la rozaban.

—Tengo que cobrar la apuesta, lady Philippa —comentó él en voz baja. «Cobrar». La palabra era más que las letras que la componían. De repente, fue consciente de que él podría poner un precio y ella lo pagaría gustosa.

Buscó sus ojos grises bajo la tenue luz.

—Solo deseaba saber qué me espera en el matrimonio.

Cross inclinó la cabeza, haciendo que un mechón del color del jengibre le cayera sobre la frente.

—Es lo más normal del mundo. ¿Por qué le preocupa tanto?

«Porque no lo entiendo».

Guardó silencio.

—Ha llegado el momento de que se vaya a casa.

Abrió la boca para hablar, para tratar de convencerlo de que la apuesta había sido una tontería,

para intentar camelarlo y que la dejara quedarse, pero en ese preciso momento él movió la mano y le recorrió el cuello; un sutil recordatorio, una promesa no cumplida. La necesidad de suplicarle se convirtió en un extraño y voraz deseo de sentir su contacto. Contuvo la respiración al tiempo que reprimía el impulso de acercarse a él.

—Pippa —susurró él, y había algo oculto en su nombre… Algo que no lograba concretar. Tenía problemas para pensar. Estaba cerca… Muy cerca, y aun así no era suficiente—. Váyase a casa, cielo —le indicó, al tiempo que apoyaba los dedos por fin, ¡por fin!, con la suavidad de una pluma, en el lugar donde palpitaba su pulso. De alguna manera le daba a la vez todo y nada de lo que anhelaba. Se apoyó en la caricia sin pensarlo, deseando más. Quiso renunciar…

Él retiró la mano al instante, antes de que pudiera recrearse en el contacto de sus dedos y, por un momento de locura pasajera, sintió el impulso de extender la mano y devolverle la caricia.

«¡Es fascinante!».

«¡Es aterrador!».

Respiró hondo y dio un paso atrás. Y otro… y otro… hasta cinco. Lo vio cruzar los brazos en un movimiento tenso y controlado que estaba a empezando a identificar como característico de él.

—Este lugar no es para usted.

No pudo dejar de mirarlo, mientras sentía la casi irresistible tentación de permanecer en el club. Supo en ese momento que aquel lugar era mucho más atractivo de lo que había pensado.

Capítulo 4

«Las flores han brotado —dos capullos perfectos y rosados— del tallo de un rosal de rosas rojas, justo como indicaba mi hipótesis. Me sentiría profundamente orgullosa de mi logro si no hubiera fracasado de manera tan estrepitosa en otras investigaciones no relacionadas con el mundo de la botánica. Parece que comprendo mejor a las plantas que a los humanos.Por desgracia para mí, no es un descubrimiento que me sorprenda».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
23 DE MARZO DE 1831, TRECE DÍAS ANTES DE SU BODA.

—De verdad, Pippa —suspiró Olivia Marbury desde la puerta de entrada del invernadero de Dolby House—, a cualquiera se le hubiera ocurrido algo mejor que hacer en vez de perder el tiempo con las plantas. Después de todo, dentro de doce días estaremos casadas.

—Trece —la corrigió Pippa, sin levantar la mirada del papel en el que catalogaba las observaciones que había realizado esa mañana en las rosas. No pensaba explicar a Olivia que su trabajo con las flores era muy interesante e importante para la ciencia y que no pensaba perder el tiempo.

Su hermana no diferenciaba la ciencia del arte de navegar.

—¡Hoy no cuenta! —replicó al instante la segunda, o quizá la primera, novia de lo que pretendía ser la «boda doble del siglo» (al menos, según su madre), en un tono de excitación que no se podía pasar por alto—. ¡Casi se ha acabado ya!

Resistió el deseo de corregir a su hermana menor, pues imaginó que si esperaba con ilusión el casamiento en cuestión, el día presente, de hecho, no contaría. Pero como ella continuaba sintiéndose insegura e inquieta con respecto al magno acontecimiento, sin duda la fecha actual contaba. Y contaba mucho.

Faltaban catorce horas y… —miró al reloj cercano— cuarenta y tres minutos del 23 de marzo, el día que estaban viviendo, y no tenía intención de ignorar el resto de uno de los doce días que faltaban para su boda antes de haber apurado cada uno de sus segundos.

Olivia se encontraba ahora al otro lado de su mesa de trabajo, inclinada sobre la superficie con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No notas hoy algo diferente en mí? —preguntó.

Dejó la pluma sobre la tabla y miró a su hermana.

—¿Quieres decir, aparte de que estás a punto de caerte sobre un montón de tierra?

Vio que Olivia fruncía la nariz con repugnancia y se erguía.

—Pues no.

Ella se subió las gafas por la nariz para observar los brillantes ojos de su hermana, su sonrisa misteriosa y su aspecto general, tan encantador como siempre. No había nada diferente.

—¿Cofia nueva?

Su hermana esbozó una sonrisa tonta.

—No.

—¿Estrenas vestido?

La sonrisa se convirtió en una risita.

—¿Sabes? Para ser una científica, no resultas demasiado observadora. —Olivia pasó la mano

por la clavícula y fue cuando lo vio. Era un rubí enorme y muy brillante. Abrió los ojos como platos, haciendo que su hermana soltara una carcajada—. ¡Ajá! ¡Ahora sí lo has visto!

Tendió la mano en cuestión hacia Pippa, que tuvo que echarse rápidamente hacia atrás para evitar verse golpeada por la piedra.

—¿No es preciosa?

Ella se inclinó para estudiar la joya.

—Sí, lo es. —Alzo la cabeza—. Y también es enorme.

Oliva sonrió ufana.

—Mi futuro marido me adora.

—Tu futuro marido está malcriándote.

Su hermana hizo un gesto desdeñoso con la mano al escuchar sus palabras.

—Lo dices como si no me lo mereciera.

Ella se echó a reír.

—¡Pobre Tottenham! No sabe dónde se está metiendo.

Olivia la cortó en seco con una mirada airada.

—Tonterías, sabe perfectamente dónde se está metiendo. Y está encantado. —Volvió a mirar el anillo—. Es precioso... y muy rojo.

—Es por el cromo —convino ella, asintiendo con la cabeza.

—¿El qué?

—El cromo. Es el aditivo que lleva el cristal para ser rojo. Si no lo tuviera, no sería un rubí… sino un zafiro. —Olivia parpadeó y ella continuó—. Es un error muy común pensar que todos los zafiros son azules, sin embargo, esta es la prueba de que no es así. Pueden ser de cualquier color… verdes, amarillos e incluso rosados. Depende del aditivo. Aun así, todos son zafiros. Solo reciben otro nombre si son rojos. Así que los rubíes son rubíes gracias al cromo.

Se detuvo, reconociendo la expresión neutra de su hermana. Era la mirada que aparecía en el rostro de la mayoría de las personas cuando ella hablaba demasiado.

«Sin embargo, no es así como reacciona todo el mundo».

No lo hacía así el señor Cross.

Él había parecido realmente interesado a pesar de haber dicho que estaba loca. Hasta que la expulsó de su club. Y de su vida... Sin contarle nada de lo que necesitaba saber.

Observó cómo su hermana volvía a mirar el anillo.

—Bueno, mi rubí es rojo. Y precioso.

—Sí, lo es —convino ella—. ¿Cuándo te lo dio?

Una sonrisa íntima iluminó la hermosa cara de Olivia.

—Tottenham me lo entregó anoche, después de asistir a una representación en el teatro.

—¿Cómo es que mamá no lo mencionó en el desayuno? Me sorprende mucho.

Olivia sonrió de oreja a oreja.

—Es que mamá no estaba presente cuando me lo dio.

Notó una súbita añoranza en las palabras de su hermana… Un conocimiento que estuvo a punto de no percibir. Que podría haber pasado por alto, de no ser por el brillo azul de complicidad con que la miró Olivia.

—¿Dónde estaba?

—Imagino que buscándome. —Hubo una larga pausa y ella supo que debería estar entendiendo el significado oculto—. Pero no estaba con nosotros.

Se inclinó hacia su hermana.

—¿Y dónde estabas?

Olivia sonrió.

—No debería contártelo.

—¿Estabas a solas con el vizconde? —jadeó.

La risa de Olivia fue ligera y embriagadora.

—De veras, Pippa… No te pongas en plan dama de compañía escandalizada. —Bajó la voz—. No estuvimos solos demasiado tiempo. Solo el suficiente para que me entregara el anillo... y que yo se lo agradeciera convenientemente.

—¿Cómo se lo agradeciste?

Su hermana sonrió.

—Ya puedes imaginártelo.

—La verdad es que no puedo. —Y no mentía.

—No me lo puedo creer. Estoy segura de que algo habrás tenido que agradecer a Castleton.

No había sido así. Bueno, sin duda había pronunciado la palabra «gracias» a su prometido alguna vez, pero nunca había tenido motivos para estar a solas con él mientras lo hacía. Y estaba segura de que a él jamás se le había ocurrido entregarle un regalo tan lujoso como el que le había ofrecido a Olivia su prometido.

—Dímelo, Olivia, ¿cómo se lo agradeciste exactamente?

—Estábamos en el teatro, Pippa —comentó Olivia con aire de superioridad—. No pude agradecérselo profusamente. Solo intercambiamos unos cuantos besos.

«Besos». En plural.

Se estremeció con violencia al pensarlo, tirando el tintero y dejando un charco negro sobre la mesa, que se deslizó hacia un joven limonero que florecía en una maceta. Olivia dio un salto atrás al tiempo que lanzaba un chillido.

—¡Mi vestido!

Ella reaccionó y puso derecho el tintero antes de secar el líquido con un paño, desesperada por obtener más información.

—¿Has… —lanzó una mirada hacia la puerta del invernadero para asegurarse de que estaban a solas— besado a Tottenham?

Olivia dio un paso atrás.

—Claro que sí. No podría casarme con él sin saber que entre nosotros existe cierta… compatibilidad.

Parpadeó.

—¿Compatibilidad? —Clavó la mirada en su diario científico, que estaba abierto sobre la mesa, lleno de notas sobre rosas y dalias, gansos y anatomía. Lo cambiaría todo por unos apuntes sobre la experiencia que poseía su hermana.

—Sí. ¿Seguramente habrás estado preguntándote cómo sería… Cómo sería que Castleton y tú… Cómo será cuando estéis casados?

«Preguntándose» era una palabra cuyo significado no alcanzaba a describir lo que ella sentía con respecto a cómo sería la parte física de su relación con Castleton.

—Por supuesto.

—Pues ahí lo tienes —concluyó Olivia.

Pero ella no lo *tenía*. No tenía nada. Reprimió el deseo de decirlo en voz alta mientras pensaba en la mejor manera de que Olivia siguiera hablando de su experiencia sin que pareciera que ella estaba desesperada por que lo hiciera. Algo que, por supuesto, sí estaba.

—Mmmm… ¿y te gustaron sus besos?

Su hermana asintió con entusiasmo.

—¡Oh, sí! Sabe besar fantásticamente. Al principio me sorprendió un poco su… entusiasmo.

En aquel momento, Pippa odió el idioma inglés y todos los eufemismos que contenía.

—¿Entusiasmo?

Olivia soltó una risita.

—De manera positiva, claro… Antes me habían besado algunos muchachos —«¿De verdad?»—. Pero me sorprendió un poco su… —Se interrumpió y movió su mano con el anillo en el aire, como si con aquel gesto transmitiera un revelador significado.

Quiso estrangular a su hermana pequeña.

—¿Su…? —la presionó.

Olivia bajó la voz.

—Su pericia —susurró.

—Cuéntame los detalles.

—Bueno, para empezar, su lengua es muy hábil.

Ella frunció el ceño.

—¿Su *lengua*?

Al escuchar el tono conmocionado de su respuesta, Olivia se interrumpió.

—¡Oh! Castleton no te ha besado.

¿Qué demonios hacía un hombre con la lengua en una situación semejante? La lengua era un órgano diseñado para comer y hablar. ¿Qué papel jugaba en los besos? Sin embargo, si usaba la lógica, que dos bocas se tocaran propiciaba que las lenguas también lo hicieran… solo que, si era sincera consigo misma, la idea resultaba muy inquietante.

—…imagino que no debe sorprenderme, claro está —decía Olivia.

«¡Alto!».

Miró a su hermana.

—¿Qué?

Olivia volvió a mover la mano con el rubí.

—Me refiero a que es Castleton.

—Castleton no tiene nada malo —le defendió ella—. Es un hombre amable y bueno. — Incluso mientras hablaba, sabía a qué se refería Olivia. A lo mismo que se había referido el señor Cross el día antes, cuando sugirió que Castleton era un novio defectuoso.

Porque Castleton era un tipo muy agradable, pero no inspiraba a besar.

Y menos con lengua.

De cualquiera que fuera la forma en que esta estuviera implicada.

—Claro que lo es —convino Olivia, ignorando los alterados pensamientos que daban vueltas en su cabeza—. Y además es muy rico. Algo que también ayuda.

—No me voy a casar con él porque sea rico.

Olivia la miró fijamente.

—¿Por qué te vas a casar con él?

No era una pregunta irrelevante.

—Porque he aceptado.

—No me refería a eso, y lo sabes.

Lo sabía y había un gran número de razones por las que iba a casarse con él. Todo lo que había dicho a Olivia y al señor Cross era cierto. El conde era bueno, amable y le gustaban los perros; valoraba su inteligencia y estaba dispuesto a darle vía libre para que gestionara su hacienda. Podía no ser demasiado inteligente, audaz o divertido, pero era mejor que la mayoría de los hombres.

No, no era lo que la mayoría de las mujeres considerarían un buen partido… No estaba destinado a ser primer ministro, como el prometido de su hermana, ni un marqués que se hubiera hecho a sí mismo siendo el propietario de un club de juego al tiempo que se labraba una pésima reputación como Bourne, el marido de Penelope… Pero tampoco era un viejo como el de Victoria, ni se pasaba todo el tiempo ausente, como el de Valerie.

«Y se lo había pedido».

Vaciló ante aquella idea.

Eso también.

Philippa Marbury era rara, pero a lord Castleton no le importaba.

Sin embargo, no quería decirlo en voz alta. Y menos a Olivia… que era la novia más perfecta de todos los tiempos y estaba a punto de casarse por amor con uno de los hombres más poderosos de Gran Bretaña.

—Quizá sea un hombre que besa muy bien —dijo, por el contrario.

La expresión de Olivia reflejaba claramente los mismos pensamientos que tenía ella.

—Quizá…

Ella no iba a poder poner a prueba la alocada teoría.

No, no podía ponerla, porque había apostado con el señor Cross. Y lo había prometido.

En su mente destelló una imagen de dados rodando sobre un tapete verde, el cálido roce de unos dedos fuertes y elegantes, unos ojos serios y grises, una voz profunda, poderosa e insistente… «No le hará proposiciones a ningún otro hombre».

Pippa Marbury jamás faltaba a su palabra.

Claro que esto era una emergencia, ¿verdad? Después de todo, Olivia sí besaba a Tottenham. Y estaba segura de que besar a su propio prometido no entraba en los límites de la apuesta.

¿O no?

«Pero no quieres besar a tu prometido».

Su mirada recayó en el rosal en el que había estado concentrada antes de la llegada de su hermana. En el precioso descubrimiento científico que palidecía si lo comparaba con la información que Olivia le había proporcionado.

Era irrelevante que no tuviera deseos de hacerle una proposición a Castleton.

Era completamente irrelevante que quisiera hacerle esa proposición a otro hombre, en especial si tenía en cuenta de que este la había echado de su club con una expresión de absoluto desinterés.

Y en lo que concernía a la opresión que sentía en el pecho, estaba segura de que no era en respuesta al recuerdo de un hombre alto y fascinante, sino al normal nerviosismo prenupcial.

Todas las novias tenían ataques de ansiedad.

—A ver si pasan rápido estos doce días —rogó Olivia, aburrida ya de la conversación e ignorante de sus absortos pensamientos.

Al parecer, todas las novias tenían ataques de ansiedad… menos Olivia.

—Veintiocho horas. —Digger Knight comprobó la hora en su reloj de bolsillo antes de sonreír de oreja a oreja con aire de prepotencia—. Confieso que nunca pensé que tardarías más de doce.

—Me gusta mantenerte en vilo. —Cross se quitó el abrigo y se sentó en una incómoda silla de madera ante el macizo escritorio de Knight. Lanzó una penetrante mirada por encima del hombro al tipo que le había conducido al despacho privado de Digger—. Cierra la puerta.

El hombre, que tenía el rostro picado por la viruela, obedeció su orden, pero no salió.

—Te has quedado en el lado equivocado —dijo Cross al tipo, con expresión de desdén.

Knight se rio.

—Déjanos solos. —Cuando por fin se quedaron a solas, dijo—. ¿Qué puedo decir?, mis hombres son muy protectores.

Cross se recostó en el respaldo de la pequeña silla y apoyó un tobillo en la rodilla contraria, decidido a que aquel mobiliario no estropeara su objetivo: la intimidación.

—Tus hombres lo único que protegen es su sustento.

Knight no le llevó la contraria.

—La lealtad tiene su precio.

—Una buena regla para un canalla.

Knight ladeó la cabeza.

—¿Estás insinuando que tus hombres no son leales a El Ángel por dinero?

—El Ángel ofrece algo más que seguridad financiera.

—Bourne, Chase y tú jamás fuisteis capaces de resistiros a un alma perdida —se burló Knight, que permanecía de pie—. Siempre he pensado que esa tarea en particular es mejor dejarla en manos de un vicario. ¿Una copa de ginebra?

—Soy demasiado inteligente para beberme algo que me sirvas tú.

Su oponente pareció ofendido mientras se servía una.

—¿Me consideras capaz de envenenarte?

—Digamos que prefiero no averiguar lo que me harías si te diera la oportunidad.

Knight sonrió.

—Los planes que tengo para ti, muchacho, precisan que sigas con vida.

No le gustó cómo sonaban aquellas palabras. La presuntuosa certeza de que se encontraba en el lado equivocado de la mesa, que estaba a punto de ser arrastrado para jugar algo peligroso cuyas reglas no conocía. Se tomó un momento para echar un buen vistazo al despacho de Knight.

Había estado antes allí, la última vez hacía seis años, y la habitación no había cambiado. Seguía siendo impersonal y aséptica. No contenía nada que pudiera dar pistas sobre su dueño o sobre la vida privada de este. A un lado, estaban apilados ordenadamente los voluminosos libros de contabilidad —su seguro, como los llamaba Knight—. Él sabía mejor que nadie qué contenían; la historia financiera de todos los hombres que habían jugado en las mesas de la notoria casa de juego de Knight.

Él lo sabía, no solo porque una biblioteca similar ocupaba un lugar de honor en su propio despacho, sino porque los había visto esa noche, seis años atrás, cuando Digger abrió uno de esos enormes volúmenes y le mostró la prueba de sus transgresiones, instantes antes de que sus hombres casi le mataran a golpes.

No había luchado contra ellos.

De hecho, había rezado para que tuvieran éxito.

Knight los detuvo antes de que remataran la faena y les ordenó que le despojaran de su dinero y lo echaran de su local.

Pero antes, lo puso en un nuevo camino.

El hombre se había inclinado sobre él, ignorando su cara ensangrentada y amoratada, su ropa manchada y las costillas y dedos rotos.

«¿Acaso crees que no me doy cuenta de tu intención? ¿De cómo me estás utilizando? No pienso dejar que te maten. No ha llegado tu hora».

Él tenía los ojos hinchados, casi cerrados, pero había visto la rabia con la que Knight le hablaba.

«Sin embargo —había continuado sermoneándole—, no permitiré que vuelvas a desplumarme. Mi seguro será la manera en que te sientes en este momento. Si regresas, será todavía peor. Hazte

un favor a ti mismo y mantente alejado, no permitas que no me quede más remedio que destruirte».

Ya había sido destruido; no obstante, se mantuvo alejado.

Hasta ese momento.

—¿Por qué estoy aquí?

Knight se hundió en su sillón y bebió un trago de licor.

—Tu cuñado me debe diez mil libras —dijo al tiempo que hacía una mueca.

Solo los años de práctica evitaron que él mostrara su sorpresa. Diez mil libras resultaba una cifra exorbitante. Mucho más de lo que la mayoría de los hombres ganarían en toda la vida. Más de lo que la mayoría de los nobles ganarían en un año… o en dos. Y, sin duda alguna, mucho más de lo que el barón Dunblade podría pagar nunca. Ya había vendido cada acre de terreno no vinculado a su baronía, y sus ingresos apenas eran de dos mil libras al año.

«Dos mil cuatrocientas treinta y cinco, el pasado año».

No era mucho, pero llegaba para que conservara un techo sobre la cabeza de su esposa y sus hijos. Suficiente como para que, con el tiempo, pudiera enviar a su hijo al colegio. Suficiente como para crear una ilusión de respetabilidad que permitiera a los barones seguir recibiendo las codiciadas invitaciones del resto de la sociedad.

Él mismo se había asegurado de ello.

—¿Cómo es posible?

Knight se reclinó en la silla mientras giraba la copa de cristal entre los dedos.

—A tu cuñado le gusta jugar. ¿Quién soy yo para impedírselo?

Cross resistió el impulso de saltar por encima de la mesa y apresar el cuello de su oponente con las manos.

—Tener una deuda de diez mil libras implica algo más que te gusten las mesas de juego, Digger. ¿Cómo ha ocurrido?

—Al parecer, le concedieron una línea de crédito que no podía cubrir.

—Jamás en su vida ha poseído tal cantidad de dinero.

—Me aseguró que era solvente —señaló Knight en tono inocente y casual—. Yo no soy responsable de que me mintiera. —Le miró a los ojos, y supo que no estaba diciendo la verdad —. Algunas personas no pueden dejar de jugar. Tú mismo me lo mostraste.

Las palabras estaban destinadas a molestar, a que recordara aquella noche, hacía tanto tiempo, cuando era un joven recién salido de la universidad y con los ojos brillantes y toda la seguridad que poseía en sí mismo había jugado en las mesas de Knight y había ganado. Una y otra vez, llegando a dominar con maestría las jugadas al *vingt-et-un*, incapaz de hacer otra cosa que ganar.

Había saltado de garito en garito durante meses, jugando una noche aquí, dos allí, convenciendo a cada espectador de que solo tenía suerte.

A todos los que le veían ganar, menos a Digger.

—¿Así que esta es la manera en que piensas vengarte? ¿Tras seis años en el negocio?

Knight suspiró.

—No digas tonterías. No me van esas cosas. Jamás he creído eso de que la venganza sea un plato que se sirva frío. Siempre me ha gustado comer caliente; es mucho mejor para la digestión.

—Entonces, perdónale la deuda.

Su oponente se rio y puso las manos con los dedos muy abiertos sobre el escritorio de caoba.

—Todavía no hemos llegado a eso, Cross. La deuda existe. Dunblade es idiota, sí, pero eso no quita que me deba esa cifra. Y esto es un negocio. Estoy seguro de que estarás de acuerdo. —Permaneció en silencio un buen rato antes de continuar—. Es una lástima que pertenezca a la

aristocracia, la prisión de deudores podría ser mejor que lo que tengo preparado para él.

Cross le entendió perfectamente. Después de todo, también dirigía una casa de juego y sabía mejor que nadie los castigos secretos que se les imponía a los pares que creían que las deudas no iban con ellos. Se inclinó hacia delante.

—Puedo convertir este lugar en escombros. La mitad de los nobles son miembros de nuestro club.

Knight también se inclinó hacia delante.

—No necesito a la mitad de la nobleza, muchacho. Tengo a tu hermana.

«Lavinia».

Su hermana era la única razón de que estuviera allí.

Una imagen atravesó su mente: Lavinia, con su rostro joven e inocente, riéndose de él mientras le adelantaba con su yegua favorita, una potranca de pelaje castaño, por los acantilados de Devonshire. Era siete años menor que él, una jovencita consentida que no temía nada. No era una sorpresa que se hubiera atrevido a enfrentarse a Knight. Lavinia no era de las que se quedaban de brazos cruzados sin hacer nada… Incluso aunque eso fuera lo mejor para todos.

Se había casado con Dunblade un año después de la muerte de Baine, de que él hubiera abandonado la casa familiar. Leyó la noticia de su compromiso en los periódicos, que fue seguido por una boda rápida, con licencia especial para saltarse el luto que conservaba la familia. Sin duda, su padre quería que el matrimonio se consumara con rapidez para asegurarse de que su hermana se casaba con alguien.

Sostuvo la intensa mirada azul de Knight.

—Ella no forma parte de todo esto.

—Oh, claro que sí. Resulta muy interesante ver cómo se meten las damas en problemas, ¿no crees? Da igual lo mucho que se quiera mantenerlas a raya, si una dama quiere hacer su voluntad, la hará —concluyó Knight, al tiempo que abría una caja de ébano tallada que había sobre el escritorio para extraer un cigarro. Golpeó el escritorio un par de veces con el alargado cilindro marrón antes de encenderlo. Después de dar una larga calada, continuó—. Y tú tienes dos en tus manos, nada menos. Hablemos de mi nueva amiga. La dama de ayer. ¿Quién es?

—Nadie importante. —Se dio cuenta de inmediato que había metido la pata. Debería haber ignorado la pregunta. Debería haberla dejado correr, porque con aquella respuesta inmediata había revelado demasiado.

Knight ladeó la cabeza con curiosidad.

—Parece que es muy importante.

«¡Maldición!».

Ese no era el lugar ni el momento para recordar a Philippa Marbury, con sus enormes ojos azules, su mente analítica y sus insólitas y tentadoras excentricidades. La apartó como pudo de sus pensamientos.

«¡No pienso mencionarla!».

—He venido a hablar de mi hermana.

Knight le permitió cambiar de tema. Quizá con demasiada facilidad.

—Debo admitir que tu hermana tiene carácter.

En aquella habitación comenzaba a hacer demasiado calor y era muy pequeña. Resistió el deseo de cambiar de posición en el asiento.

—¿Qué quieres?

—No se trata de lo que yo quiero, sino de lo que tu hermana me ha ofrecido. Ha sido muy… amable. Al parecer, está dispuesta a hacer cualquier cosa para tener la seguridad de que sus hijos

están libres del escándalo.

—Los hijos de Lavinia estarán al margen del escándalo. —Sus palabras fueron firmes, inquebrantables… Movería cielo y tierra para asegurarse de que era así.

—¿Estás seguro? —dijo Knight, reclinándose en el sillón—. Me da la impresión de que están muy cerca de estar en el centro de varios escándalos, la mar de devastadores; la pobreza, un padre con inclinación a perder sus posesiones en el juego, una madre con la reputación arruinada… Añade a eso un tío que se apartó de la familia y de la sociedad sin mirar atrás y… —La frase quedó en el aire. No era necesario terminarla.

«Eso no era cierto».

Al menos no del todo.

Jamás se había apartado de ellos.

Entrecerró los ojos.

—Has perdido tu acento de caballero, Digger.

Knight curvó la comisura de la boca.

—No es necesario usarlo con los viejos amigos. —Dio una larga calada al cigarro—. Volviendo a esos afortunados niños… Tienen una madre fuerte. Se ha ofrecido a pagarme, lástima que no tenga dinero.

No hacía falta poseer una mente demasiado brillante para darse cuenta de la insinuación. Un hombre poco inteligente se hubiera dejado llevar por la furia sin conocer todas las piezas en juego, pero él no era precisamente imbécil.

Se limitó a no escuchar la amenaza y se centró en la oferta.

—No volverás a hablar con mi hermana.

Knight bajó la cabeza.

—¿Crees de verdad que estás en posición de hacer tal afirmación?

Él se puso en pie y se colgó el abrigo del brazo.

—Pagaré las deudas. Pagaré el doble. Te enviaré el giro mañana. Mantente alejado de mi familia.

Se dio la vuelta para irse.

—No —dijo Knight sin inmutarse.

Se detuvo y le miró por encima del hombro, permitiendo por primera vez que sus emociones se vieran reflejadas en su tono.

—Esta es la segunda vez que me rechazas en los últimos días, Digger, y no me gusta.

—Mucho me temo que esta deuda no puede ser solventada con tanta facilidad.

Digger Knight no se había labrado la reputación de ser uno de los mejores jugadores de Londres siguiendo las reglas. De hecho, era su inclinación por romperlas lo que le había salvado el pellejo a él hacía muchos años. A su adversario le gustó la manera como trabajaba su mente; le obligó a revelarle cómo contaba las cartas, cómo calculaba la siguiente, cómo sabía cuándo y cuánto apostar.

Por qué ganaba siempre.

«Al menos en las mesas».

Se volvió hacia su enemigo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Digger se echó a reír a carcajadas; risas que hicieron que se le moviera la barriga y que él apretara los dientes.

—¡Qué memorable momento! El gran Cross dispuesto a ofrecerme lo que yo quiera. ¡Qué responsable por tu parte! —No había sorpresa en su tono, solo relamida satisfacción.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquello no trataba de Dunblade. Knight quería otra cosa, y para conseguirla, había utilizado lo único que él amaba.

—No pierdas el tiempo. ¿Qué demonios quieres?

—En realidad es muy sencillo —dijo Knight—. Quiero que mi hija sea condesa.

Si le hubieran pedido que adivinara el precio que Knight pondría a la reputación de su hermana, a la seguridad de sus sobrinos, habría dicho que nada podría sorprenderlo. Estaba preparado para que le dijera que quería ser copropietario en El Ángel, que quería convertirse en su gerente o que él mismo dirigiera la casa de juegos de Digger.

Había esperado extorsión, que doblara la deuda o la triplicara, que la incrementara lo suficiente como para llevarlo a la quiebra. Incluso había imaginado que le propusiera unir ambos clubs. Knight odiaba la manera en que El Ángel había alcanzado el éxito entre la alta sociedad tan solo unos meses después de su apertura, mientras que su garito se convertía en un local mediocre, de segunda categoría, que aceptaba los aristócratas que no podían ser miembros de El Ángel debido a sus rigurosas condiciones.

Pero nunca, jamás, se habría imaginado eso.

Así que hizo lo único que podía hacer en tal situación; se echó a reír.

—¿Estamos jugando a «me gustaría…»? Si es así, a mí me gustaría tener un aparato volador de oro.

—Y yo encontraría la manera de que lo tuvieras si tú tomaras en tus manos a una de las pocas personas que aprecio. —Knight apagó el cigarro.

—No sabía que apreciabas tanto a Meghan.

Su némesis se puso rígido.

—¿Cómo sabes su nombre?

«Un golpe de suerte».

Consideró lo que sabía de la única hija de Knight, la información que había reunido gracias a los archivos que atesoraba bajo llave en la caja fuerte de El Ángel, donde guardaba los más celosos secretos de sus potenciales enemigos; políticos, criminales, hombres de Dios con amor por los fuegos del infierno y sus competidores.

Recordó la información con la misma precisión que si el archivo de Knight estuviera abierto sobre el escritorio que los separaba.

Nombre: Meghan Margaret Knight. Fecha de nacimiento: 3 de julio de 1812.

—Sé algo sobre la joven Meghan. —Hizo una pausa—. ¿O debería llamarla Maggie?

Knight se recompuso con rapidez.

—Jamás me he ocupado de ella.

—No, me lo había imaginado ya. Es irlandesa por los cuatro costados. —Dejó el abrigo sobre el respaldo de la silla mientras disfrutaba de haber recuperado el control—. Meghan Margaret Knight. Me sorprende que lo permitieras.

El otro hombre apartó la mirada.

—Fue su madre la que le puso ese nombre.

—Mary Katharine.

Mary Katharine O'Brien, irlandesa. Fecha de nacimiento: 1796. Casada con Knight en febrero de 1812.

—Debería haberme imaginado que obtendrías información sobre ella. —Knight frunció el ceño—. Chase es un demonio. Llegará el día en que pueda darle los golpes que se merece.

Cross cruzó los brazos ante aquella referencia a su socio. La persona que había fundado El Ángel Caído.

—Te garantizo que eso no ocurrirá nunca.

—Imagino que en el fondo debo estar agradecido —comentó Knight, mirándole a los ojos—. Después de todo, ya la conoces. Será como casarse con una vieja amiga.

Residencia: Bedfordshire, en una pequeña casa en High Street.

Knight les envía doscientas libras el día 4 de cada mes. No las visita. No ha visto a la niña desde que ambas fueron enviadas al campo, en octubre de 1813.

La muchacha se crió con una institutriz. Se defiende con el francés.

Asistió a la Academia para Señoritas de la señorita Coldphell como estudiante no interna.

—¿Desde cuándo te importa tu hija?

Knight encogió los hombros.

—Desde que es lo suficientemente mayor como para tener valor.

Había una línea más, escrita en mayúsculas con la letra de Chase y subrayada.

Importante: Knight obliga a la muchacha a que le escriba todas las semanas. La carta es enviada los martes.

Él no responde nunca.

—Qué padre tan cariñoso… —dijo él con ironía—. ¿No has pensado en comprarte un título?

—Es así como se hace ahora, ¿verdad? La aristocracia ya no es lo que era. Bien sabe Dios que cada vez tienen menos dinero, gracias al buen trabajo que hacemos tú y yo. Meghan llega dentro de seis días. Te casarás con ella. Mi hija conseguirá el título y mi nieto será el conde de Harlow.

«El conde de Harlow».

Habían pasado muchos años desde que lo oyó en voz alta por última vez.

Temple, el cuarto copropietario del El Ángel Caído, lo había dicho cuando su padre murió y él atacó a su indestructible socio, al que golpeó sin tregua hasta que el macizo hombre cayó al suelo. Sin embargo, en el presente, contuvo la furia que se avivó en su interior al escucharlo y compuso una afectada sonrisa.

—Si tu hija se casara conmigo, conseguiría un título manchado… cubierto de cenizas y hollín. No obtendrá respeto. No podrá alternar en sociedad.

—El Ángel será quien se encargue de que tenga las invitaciones pertinentes.

—Primero tendría que querer conseguirlas.

—Querrás hacerlo.

—Te aseguro que no —prometió él.

—No tienes elección. Las quiero yo. Tú te casarás con mi hija y yo le perdonaré las deudas a tu cuñado.

—Tu precio es demasiado alto. Hay otras formas de poner fin a todo esto.

—Me dejas una elección difícil. ¿Qué crees que podría ser peor para los niños? ¿Qué escándalo será el que más afecte a sus nombres? ¿Quizá el silencioso castigo de que puedo sacar a colación la deuda de su padre cualquier noche, cuando menos se lo esperen? ¿La prostitución de su madre? Te aseguro que con todo ese cabello rojo, hay muchos que pagarían por llevársela a la cama… Con o sin cojera.

Fue entonces cuando la furia tomó el control. Saltó sobre la mesa y arrancó a Knight de la silla.

—Si la tocas, te destruiré.

—Pero antes los destruiré yo. —Las palabras de Knight salieron ahogadas, pero contenían la suficiente certeza para detenerlo. Su enemigo percibió el cambio—. ¿No crees que ha llegado el momento de que mantengas a salvo a alguien de tu familia?

Las palabras le atravesaron. Un eco de los cientos de veces que las había pensado él mismo.

Odió a Knight por decirlas.

Pero se odió todavía más a sí mismo.

—Tengo la mano ganadora —aseguró su adversario. Y esta vez no había reluctancia en su tono.

Sencillamente era cierto.

Capítulo 5

«La investigación me ha revelado que la lengua no es un músculo, sino ocho, cuatro de los cuales están sujetos al hueso (los que reciben el nombre de glossus). La forma y la función del órgano mayor viene dada también por la mitad de ellos. Aunque esta investigación paralela ha arrojado una brillante luz sobre un área de la anatomía humana que ignoraba por completo, me siento insegura sobre la función que ejerce dicho músculo en actividades que no tienen nada que ver con la alimentación o el habla.Quizá tenga que pedir más detalles a Olivia. Y esa no es la mejor solución».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
24 DE MARZO DE 1831, DOCE DÍAS ANTES DE SU BODA.

Quiero castigarlo.

Cross observó la manera en que Temple se inclinaba sobre la mesa de billar. Se encontraban en una de las suites que usaban los propietarios en El Ángel Caído y su socio estaba a punto de efectuar un lanzamiento limpio, en el que la bola blanca chocaría con la roja, rebotaría contra la banda y golpearía, finalmente, a una tercera.

—¿Estás seguro? Vengarte no ha sido nunca tu especialidad. Particularmente de Knight. —Bourne dio un paso adelante y examinó la mesa de billar—. ¡Menuda suerte tienes, Temple!

—Al menos dejadme disfrutar al billar —repuso este—. Es el único juego en el que puedo ganaros. —Temple retrocedió y apoyó la cadera en una silla cercana, antes de volver a concentrarse en él—. Hay maneras de hacerlo desaparecer.

—Bien, prefiero que seas tú el que sugiera cómo asesinarlo —comentó Bourne mientras tiraba. No le dio a la segunda bola por poco y maldijo sin contenerse.

—Es algo rápido y definitivo. —Temple encogió su robusto hombro.

—Si alguien te escuchara decir eso fuera de esta sala, se creería todo lo que se cuenta sobre ti —intervino él.

—Todo el mundo se cree ya lo que cuentan sobre mí. De acuerdo, no lo mataremos. ¿Por qué no te limitas a pagar la deuda?

—Porque no es una opción.

—Seguramente sea lo mejor. Dunblade acabaría perdiendo más y estaríamos en las mismas en menos de un mes. —Bourne se acercó al aparador donde Chase guardaba el *whisky* más añejo del club—. ¿Alguno quiere una copa?

Cross sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? —preguntó Temple.

—Quiere casar a su hija.

—¿Contigo?

Él no respondió.

Temple emitió un largo silbido por lo bajo.

—Es brillante.

Clavó en él una mirada airada.

—Que me obliguen a casarme, no me parece en absoluto brillante.

—¿Por qué no? —intervino Bourne—. Eres conde, riquísimo y… mejor todavía, trabajas en el

negocio familiar. Regentas también una casa de juego para nobles.

—Pues entonces, casaros con ella uno de vosotros.

Temple esbozó una burlona sonrisa mientras aceptaba la copa de *whisky* que había ofrecido Bourne.

—Los dos sabemos que Digger Knight no permitiría que me acercara a su hija ni en sueños. Te quiere a ti, Cross. Bourne ya está casado, mi reputación está arruinada para siempre y Chase… Bueno, Chase es Chase. Añade a la ecuación que eres el único al que él respeta y, *¡voilá!*, te conviertes en la elección perfecta.

Ni hablar.

—Me ha juzgado mal.

—No sería el primero —intervino Bourne—. Admito que si fuera mi hermana la que estuviera entre sus garras, consideraría hacer su voluntad. Digger Knight es un tipo despiadado. Siempre se las arregla para conseguir lo que quiere.

Él ignoró aquellas palabras y la sensación de culpa que las acompañaba. Después de todo, la cuñada de Bourne había estado en las garras de Knight el día anterior. Recordó a la alta y esbelta Pippa, atrapada entre los fuertes brazos de su enemigo, apretada contra su cuerpo mientras él susurraba solo Dios sabía qué en su oído. La imagen le enfureció.

Primero la hermana de Bourne… y luego la suya.

Dejó el taco de billar a un lado y se paseó por la sombría sala, hasta que llegó a la pared más alejada, donde una vidriera de colores permitía ver lo que ocurría en el salón de juegos, en la planta de abajo. Aquel vitral era la decoración principal de El Ángel Caído y representaba la caída de Lucifer con minucioso detalle: un ángel rubio caía desde el cielo a los fuegos del infierno. Medía unas seis veces la altura de un hombre normal y las alas estaban extendidas a su espalda, imposibles de utilizar porque tenía una cadena alrededor del tobillo. Completaba la escena la brillante corona con piedras preciosas engarzadas que aferraba con la mano.

Aquella vidriera era una advertencia a todos los hombres que jugaban abajo; un recordatorio del lugar en el que estaban y lo próxima que podía encontrarse su propia caída. Era la representación del pecado, del lujo que acompañaba al vicio.

Pero para los propietarios de El Ángel, la ventana era otra cosa.

Era la prueba fehaciente de que los desterrados, los exiliados, podían convertirse también en eficaces gobernantes por sí mismos, con poder para rivalizar con el que ostentaban aquellos a los que habían servido en otra vida.

Él se había pasado los últimos seis años de su vida demostrando que era mucho más que el temerario joven que había sido expulsado de la sociedad, que era algo más que su título. Más que las circunstancias que envolvían su nacimiento; que las que rodeaban la muerte de su hermano… Que lo que había venido después.

Y no pensaba permitir que Digger Knight resucitara a ese muchacho.

Sobre todo, después de todo lo que había trabajado para mantenerlo a raya.

«Y menos, con todo lo que había sacrificado».

Su mirada vagó por encima de los hombres que había en el salón de juego. Un puñado en las mesas de dados y otros jugando al *écarté*. La rueda de la ruleta giraba en un remolino de color mientras se apostaba una fortuna a lo largo de la mesa. Estaba demasiado lejos para saber dónde había caído la bola, para escuchar al *croupier*, pero sí podía notar la decepción en la cara de los hombres que miraban el proceso y que sentían el aguijón de la pérdida. También vio la manera en que la esperanza se colaba en su interior para tentarlos de nuevo, induciéndolos a colocar una nueva apuesta sobre otro número… o quizá el mismo, porque esa noche, sin duda, era su noche

de suerte.

«Ilusos».

Estudió una partida de *vingt-et-un*, justo debajo de él. Las cartas eran visibles desde su posición. Ocho, tres, diez, cinco, reina, dos, seis, seis…

La baraja solo ofrecía naipes altos.

El *croupier* siguió sacando cartas.

Rey… «Se ha pasado».

Jota… «Pasado».

«La suerte no existe».

Con la decisión tomada, se volvió hacia sus socios.

—No pienso permitir que arruine la reputación de mi hermana.

Bourne asintió con la cabeza una vez, comprendiéndolo.

—Tampoco vas a permitir que Temple lo mate. Así que, ¿vas a casarte con su hija?

Él negó con la cabeza.

—Si él amenaza lo mío, yo amenazaré lo suyo.

Temple arqueó las cejas.

—¿Vas a ir a por la muchacha?

—Esa chica le importa muy poco —aseguró él—. Me refiero a su club.

Bourne apoyó el brazo en el taco.

—Vas a ir a por Knight's. —Sacudió la cabeza—. Jamás convencerás a sus clientes para que lo abandonen, al menos sin invitarlos a unirse a nosotros.

—Algo que no va a ocurrir —puntualizó Temple.

—No sería necesario que todos le abandonen para siempre —intentó convencerle él, adelantándose a sus objeciones—. Con que no pisen su local durante una noche, será suficiente. Tengo que demostrarle que si tiene un reino, es solo porque nosotros lo permitimos. Que si quisiéramos, podríamos acabar con él. —Volvió a mirar el salón de juego de la planta baja—. Su hija llegará dentro de seis días. Tengo que tener la mejor mano mucho antes.

«Tengo que hacerme con el control».

—¿Dentro de seis días? —repitió Temple, sonriendo de oreja a oreja cuando él asintió con la cabeza—. Sería el veintinueve de marzo.

Bourne silbó por lo bajo.

—Ahí tienes tu jugada.

—Será el día del Pandemónium. —La palabra flotó en la estancia en sombras, una solución que no podría haber sido mejor planificada si la hubiera diseñado el propio diablo.

El Pandemónium se celebraba todos los veintinueve de marzo; era el único día del año en el que El Ángel abría sus puertas a la gente que no era miembro. Una invitación otorgaba al que la llevara acceso al casino, desde la puesta del sol al amanecer. Con una de ellas, un hombre se sumergía en el pecado, en experimentar el vicio que se ocultaba en el secreto y legendario mundo de El Ángel Caído.

Cada miembro del club recibía tres invitaciones para el Pandemónium, unas pequeñas tarjetas cuadradas, tan codiciadas que se llegaban a pagar miles de libras por hombres cuyo mayor anhelo era formar parte del club. Hombres desesperados por mostrar su valía a los propietarios, seguros de que si sus apuestas eran lo suficientemente altas podrían obtener un pase permanente.

Aunque era muy raro que ocurriera.

Lo más frecuente era que salieran con miles de libras menos en los bolsillos y una buena anécdota con la que regalar los oídos de sus amigos, que no habían sido tan afortunados de

recibir dicha invitación.

Su mirada se encontró con la de Temple.

—Todos los clientes regulares de Knight's estarán desesperados por acceder a El Ángel.

Bourne asintió.

—Es un buen plan. Una noche sin sus habituales le demostrará que podemos apropiarnos de ellos cuando queramos.

—¿Cuántos son? ¿Treinta?

—Más bien cincuenta —apuntó Bourne.

Él volvió a concentrarse en la planta baja del club mientras elaboraba un plan mentalmente, ajustando todos los engranajes. Iba a salvar a su familia.

«En esta ocasión al menos».

—Necesitas a alguien de dentro para que identifique a esos hombres.

—Tengo a la persona apropiada —aseguró, sin dejar de observar las apuestas que hacían en las mesas.

—Por supuesto —dijo Temple con tono de admiración—. Tus mujeres.

—No son mías —protestó. Se había asegurado de eso. Ninguna lo había sido jamás, ni había estado cerca de serlo.

—Eso es irrelevante —intervino Bourne—. Te adoran de todas maneras.

—Adoran lo que puedo hacer por ellas.

—Claro que sí.

—¿Y qué vas a hacer con tu hermana? —se interesó Bourne—. La amenaza solo funcionará si ella se mantiene alejada… lo mismo que Dunblade.

Él siguió observando a los hombres en la planta baja, calculando las apuestas con aire ausente… Si sabía lo que solían apostar, también sabía cuánto ganaban cuando perdían la mano. Y cuánto arriesgaban cuando el cliente ganaba.

—Hablaré con ella.

Se hizo un largo silencio imposible de malinterpretar. La idea de que pudiera hablar con su hermana —en realidad con cualquier miembro de su familia— era una sorpresa. Ignoró la conmoción de sus socios y se giró para buscar la mirada de Bourne.

—¿Por qué hay tan pocos caballeros esta noche en el club?

—Porque esta noche es el baile del compromiso matrimonial de las Marbury —informó Bourne, enfatizando sus palabras con el sonido de los choques de las bolas de marfil—. Creo que mi suegra ha invitado a toda la sociedad. De hecho me sorprende que vosotros no hayáis recibido invitación.

Temple se echó a reír.

—Lady Needham necesitaría las sales aromáticas si yo apareciera en su puerta.

—Eso no significa nada. Esa mujer recurre a las sales con más frecuencia que las demás.

El baile de los compromisos matrimoniales de las Marbury.

«El baile para celebrar el compromiso de Pippa Marbury».

Volvió a sentirse culpable. Quizá debería hablar con Bourne.

«No se lo cuente a Bourne, por favor».

La súplica de la dama resonó en sus oídos y apretó los dientes.

—¿Lady Philippa se casará finalmente con Castleton? —preguntó, sintiéndose idiota. Estaba seguro de que Bourne vería la intención de la pregunta, de que reconocería su curiosidad… y se haría preguntas.

—Ha tenido muchas oportunidades para poner fin a la boda —comentó Bourne—. Esa chica

es demasiado honorable para su propio bien. Se aburrirá de él en solo dos semanas.

En menos.

—Deberías detenerlo. ¡Maldición!, Needham debería poner fin a eso —dijo él. El marqués de Needham y Dolby había puesto fin antes a otros compromisos. Casi había arruinado las posibilidades de que sus cinco hijas consiguieran casarse de manera apropiada al poner fin a uno hacía años. Una leyenda.

—Es culpa mía, ¡maldita sea! Debería haberle puesto fin antes de que comenzara —se lamentó Bourne con amargura, y no poco pesar—. Le he pedido que le ponga fin, y también lo ha hecho Penelope. Los dos le hemos asegurado que la protegeremos. ¡Maldición!, le conseguiría otro marido más apropiado esta misma noche si pensara que así lo arreglaría, pero Pippa no quiere oír hablar del tema.

«Y lo más importante, lo haré porque ya he aceptado y soy una mujer de principios».

Escuchó las palabras en su cabeza, volvió a ver la seria mirada azul mientras ella defendía su intención de casarse con Castleton, un hombre tan por debajo de ella intelectualmente que resultaba imposible creer que el inminente matrimonio no fuera una farsa.

La dama había hecho una promesa y tenía intención de mantenerla.

Y eso, por sí solo, la convertía en una mujer notable.

Ignorando lo que él estaba pensando, Bourne se irguió y ajustó las mangas de la chaqueta con una maldición.

—Ya es demasiado tarde. Mientras nosotros hablamos, ella está en el baile de compromiso con toda la sociedad. Debo irme ya. Penelope me cortará el cuello si no aparezco.

—Tu mujer te maneja a su antojo —comentó Temple con sequedad. Consiguió una carambola que resonó con estrépito cuando las bolas chocaron entre sí mientras hablaba.

Bourne no picó el cebo.

—Sí, lo hace. Y si algún día tenéis suerte, disfrutaréis del mismo placer que yo con ello. —Se volvió hacia la puerta, en dirección hacia su otra vida; la de un aristócrata rehabilitado.

Cross lo detuvo.

—¿Estará allí la mayoría de la nobleza?

Bourne le miró por encima del hombro.

—¿Buscas a alguien en concreto?

—A Dunblade.

Los ojos castaños de Bourne brillaron al entenderlo.

—Imagino que sí. Estará allí, acompañado de su baronesa.

—Quizá debería visitar Dolby House.

Bourne arqueó una ceja.

—Me encanta actuar sin que se entere mi suegro.

Asintió con la cabeza. Había llegado el momento de hablar con su hermana. Siete años eran demasiado tiempo.

La mitad de la sociedad londinense estaba en Dolby House. Pippa miró al piso de abajo con atención desde su escondite, bajo la arcada que se asomaba sobre el salón de baile. Se apretó contra la columna de mármol y acarició la cabeza de Trotula, su spaniel, mientras observaba los remolinos de rasos y sedas que giraban al compás del vals sobre el suelo de caoba. Apartó el pesado cortinaje de terciopelo para ver cómo su madre daba la bienvenida a un sinfín de invitados a lo que podría ser considerado su mayor logro como marquesa de Needham y Dolby.

Después de todo, no todos los días tenía la oportunidad de anunciar la madre de cinco hijas el compromiso de la última. De sus dos hijas menores, en realidad. Su madre debía estar, como era

lógico, ahíta de regocijo.

Por desgracia, no estaba lo suficientemente ahíta como para renunciar a celebrar una fiesta por el doble compromiso tan fastuosa que había cabida para todo un ejército.

—Solo una selecta representación de amigos íntimos —había dicho su madre la semana anterior, cuando le preguntó sobre la gran cantidad de respuestas recibidas en una sola tarde y que vio apiladas en una bandeja de plata, a punto de caer sobre la brillante bota negra del lacayo.

«Selecta representación…», recordó ella con ironía, escudriñando la multitud con la mirada. Juraría que no le habían presentado a la mayoría de las personas que llenaban el salón de la planta inferior.

No era que no entendiera la emoción de su madre. Después de todo, un día como ese —en el que las cinco hermanas estaban oficial y públicamente comprometidas— se había hecho esperar y era algo que no siempre estuvo claro que llegara a suceder. Pero por fin, la marquesa estaba a punto de conseguir su victoria.

Las bodas no serían nada si no fuera por las madres, ¿verdad?

O, si no eran las bodas, al menos sí los bailes de compromiso.

Y esa sensación se duplicaba cuando el baile en cuestión era para celebrar el compromiso de dos hijas.

Deslizó la vista desde la ruborizada cara de su madre y sus efusivos gestos hasta su hermana más joven, que tenía su propia corte en el extremo opuesto del salón, donde estaba siendo apretujada por personas cargadas de buenas intenciones. Ella sonreía feliz y apoyaba su mano —con el anillo— en el brazo de su alto y apuesto prometido.

Olivia era la más guapa y divertida de todas las hermanas. Parecía haber conseguido una mezcla genética mejor que el resto de la familia. ¿Que era también muy egocéntrica y bastante soberbia? Desde luego. Pero resultaba muy difícil juzgar esos rasgos con dureza; no había habido una sola persona a la que Olivia no hubiera logrado conquistar.

Incluyendo al hombre que todos pensaban que se convertiría muy pronto en uno de los más poderosos de Gran Bretaña, pues si había dos cosas que necesitaba la esposa de un político, eran una sonrisa luminosa y gran deseo de conquistar… Algo que su hermana poseía en abundancia.

De hecho, en todos los rincones de Londres se hacían eco del inminente matrimonio de la pareja. Era tal la expectación que causaban, que ella estaba segura de que si desapareciera del mapa, ninguno de los presentes se daría cuenta, a pesar de ser la otra hermana Marbury que iba a casarse.

—Ya sabía yo que te encontraría aquí.

Dejó caer la cortina y miró a su hermana mayor, que recientemente se había convertido en marquesa de Bourne.

—¿No deberías estar en el baile?

Penelope se inclinó para dedicar a Trotula algo de atención, y sonrió cuando la perra gimió y se aproximó para disfrutar de la caricia.

—Lo mismo podría preguntarte yo. Después de todo, ahora que estoy fuera del mercado matrimonial, mamá está mucho más pendiente de ti que de mí.

—Mamá no sabe lo que se pierde —aseguró ella—. Eres la única de nosotras que se ha casado con un canalla legendario.

Penelope sonrió de oreja a oreja.

—Es cierto, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Y orgullosa que pareces de haberlo hecho. —Se volvió hacia el baile y ojeó la multitud que

se apiñaba abajo—. ¿Dónde se ha metido Bourne? No lo veo.

—Le retuvieron unos asuntos en el club.

«El club».

Aquellas palabras resonaron en su mente, recordando lo ocurrido dos días antes… con el señor Cross.

Un señor Cross que se habría sentido tan fuera de lugar en el salón de baile como se sentía ella. Un señor Cross contra el que había apostado… Y perdido.

Se aclaró la voz, y Penelope interpretó el sonido a su manera.

—Me prometió que estaría aquí —defendió a su marido—. Que llegaría tarde, pero que vendría.

—¿Qué suele ocurrir en el club a estas horas? —No pudo contener la pregunta.

—No… no lo sé.

Ella sonrió de medio lado.

—Mientes muy mal. Si tus vacilantes palabras no te hubieran delatado, lo habría hecho tu cara, que está roja como un tomate.

Notó que su hermana estaba ahora más disgustada que avergonzada.

—Se supone que las damas no conocen ciertos hechos.

Ella parpadeó.

—No digas tonterías. Las damas que están casadas con caballeros que son dueños de clubs de juego, te aseguro que saben esas cosas.

Penelope arqueó las cejas.

—Mamá no estaría de acuerdo.

—Mamá no es un buen barómetro en lo que respecta a cómo deberían comportarse. Hace uso de sus sales cada treinta minutos. —Apartó la cortina y clavó los ojos en su madre, que estaba enfrascada en una conversación con lady Beaufeth*er*i*ng*stone, una de las mayores chismosas de la sociedad. Como si fuera una señal, su madre lanzó un chillido de emoción que llegó hasta donde ellas estaban.

Miró a Penelope con astucia.

—Ahora, cuéntame que es lo que ocurre en el club.

—Que juegan.

—Eso ya lo sé, Penny. ¿Qué más suele pasar por allí?

Penelope bajó la voz.

—Hay mujeres.

—¿Prostitutas? —preguntó arqueando las cejas.

Se suponía que las debía haber. Después de todo, en los libros que había leído, había llegado a descubrir que los hombres disfrutaban con mujeres con las que muchas veces no estaban casados.

—¡Pippa! —Penny parecía escandalizada.

—¿Qué?

—Esa palabra no debería formar parte de tu vocabulario.

—¿Por qué? ¡Si hasta está en la Biblia, por el amor de Dios!

—No lo está.

Pippa reflexionó sobre ello durante un buen rato, antes de apoyarse de nuevo en el arco.

—Creo que sí. Y si no está, debería estarlo. No se trata de una profesión moderna, ¿sabes?

De pronto, se quedó paralizada.

Las prostitutas debían poseer cantidades industriales de conocimientos que solventarían sus

preocupaciones. Podrían contestar a sus preguntas.

«¿Y qué me dice de sus hermanas? ¿Les ha preguntado?».

El eco de las palabras de Cross durante la tarde anterior, hizo que se volviera hacia su hermana mayor. ¿Y si le preguntaba a Penny?

—¿Puedo preguntarte algo?

Su hermana arqueó una ceja.

—Dudo que pueda evitarlo.

—Me preocupa cierta… logística relativa al matrimonio.

—¿Logística? —repitió Penelope con mirada penetrante.

Ella agitó una mano en el aire.

—Me refiero a… a la parte más personal.

Penelope se puso como un tomate.

—Ah…

—Olivia me contó lo de las lenguas.

La mayor de las Marbury arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que sabe ella al respecto?

—Creo que más de lo que ninguna imaginamos —repuso ella—. Pero no fui capaz de pedirle que me diera más detalles. No soportaría que mi hermana pequeña anduviera dándome lecciones. Tú, por otra parte…

Transcurrió una dilatada pausa mientras las palabras calaban en la mente de su hermana y, por fin, la vio abrir los ojos como platos.

—¡No estarás pidiéndome que te instruya! ¿Verdad?

—Solo en un par de temas, los más importantes —suplicó ella con urgencia.

—¿Por ejemplo?

—Bueno… por ejemplo, el papel de las lenguas.

Penelope se cubrió las orejas con las manos.

—¡Basta! No quiero pensar en Olivia y Tottenham haciendo… —Se interrumpió.

Quiso sacudirla.

—¿Haciendo *qué*?

—¡Haciendo nada de eso!

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¿Cómo voy a estar preparada para eso si no lo entiendo? ¡Observar a los toros de Coldharbor no es suficiente!

Penelope se rio.

—¿A los toros de Coldharbor?

Se puso roja.

—Les he visto…

—¿Crees que es parecido a eso?

—Bueno, no lo creería si alguien tuviera a bien contarme… quiero decir, ¿son los hombres…? ¿Son sus…? —Agitó la mano señalando una parte específica—. ¿Son tan grandes?

Su hermana se llevó la mano a la boca para ahogar la risa, y ella se sintió cada vez más irritada.

—Me alegra hacerte gracia.

—No es eso… —aseguró Penny, sacudiendo la cabeza. Volvió a reírse y ella le lanzó una mirada incendiaria—. ¡Lo siento! Lo siento. Es solo… ¡No! No lo son. Tienen poco en común con el toro de Coldharbor. —Hizo una pausa—. Demos gracias a Dios por ello.

—¿Resulta… aterrador?

Y de pronto, vio que los ojos rasgados de Penelope rebosaban emociones.

—No, en absoluto —susurró mimosa, y aunque la sincera respuesta era reconfortante, ella no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Bueno, pues no entiendo nada.

Penelope sonrió.

—Sientes curiosidad, Pippa. Entiendo que te ocurra, pero todo se aclarará.

No estaba dispuesta a confiar en una más que dudosa promesa de que se acabaría aclarando. Quería saberlo ya.

¡Maldito fuera el señor Cross y aquella estúpida apuesta!

¡Maldita fuera ella por haber aceptado!

Penelope siguió hablando en aquel tono suave y empalagoso.

—Y si tienes suerte… descubrirás que… —suspiró—. Espero que lo llegues a disfrutar mucho. —Meneó la cabeza saliendo de su ensimismamiento y se volvió a reír—. Deja de pensar en toros.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo iba a saber que no era lo mismo?

—¡Si tienes una biblioteca entera llena de libros de anatomía! —susurró Penny.

—Bueno, ¡es que me cuestiono la escala de las ilustraciones de esos textos! —le respondió en voz muy baja.

Penny abrió la boca para responder, pero debió de pensarlo mejor.

—Las conversaciones contigo acaban tomando unos giros inesperados. Y peligrosos. Deberíamos bajar.

Sus hermanas no eran la solución. Supo que sería mejor hablar con una prostituta.

«Prostitutas».

Se ajustó las gafas.

—Volviendo al tema de las damas, Penny. ¿Son prostitutas?

Su hermana suspiró y la miró.

—No exactamente. No aplicaría ese término.

—Solo es una palabra —señaló ella.

—Bueno, solo voy a decirte que van acompañadas de caballeros, pero no son damas.

«¡Fascinante!».

Pippa se preguntó si el señor Cross también se haría acompañar de esas damas. Se preguntó si tendrían relaciones sexuales con él en aquella extraña y estrecha litera que había en el suelo de su desordenado despacho. Al pensarlo, ardió en su pecho algo agobiante y pesado. Analizó la sensación. No llegaba a ser una náusea ni tampoco se trataba de falta de aire.

No era demasiado agradable, pero antes de que pudiera evaluarla más detenidamente, su hermana siguió hablando:

—De todas maneras, da igual lo que esté ocurriendo en el club esta noche. Bourne no alterna con prostitutas, te lo aseguro.

De hecho, ella no podía imaginar a su cuñado haciendo nada por el estilo, si no mimando a su esposa. La suya era una relación curiosa… Uno de esos matrimonios tan raros, cuyas bases eran algo más que las reglas de la conveniencia.

Es más, la mayoría de las personas inteligentes estarían de acuerdo con que Penelope y Bourne no se habían casado por conveniencia.

Y, por extraño que resultara, se habían casado justo por eso.

Curioso, sí.

Sin duda, algunos lo llamarían amor. Y quizá lo fuera, pero ella jamás había creído demasiado en ese sentimiento, habiendo como había tan pocos matrimonios por amor entre sus iguales. El amor era algo tan mitológico como el Minotauro, los unicornios o los pegasos.

«¿Pegasos?».

Lo cierto es que la mitología solo hablaba de un Pegaso, pero lo mismo que pasaba con los matrimonios por amor, ¿quién podía asegurarlo?

—¿Pippa? —presionó Penelope.

Volvió a la realidad bruscamente. ¿Sobre qué estaban discutiendo?

«Sobre Bourne».

—Bueno, no sé por qué va a venir —indicó—. Nadie espera que se adapte de nuevo a alternar en sociedad.

—Yo sí lo espero —replicó Penelope con sencillez, como si eso fuera todo lo que contara.

Y al parecer lo era.

—De verdad, Penny. Deja en paz a ese pobre hombre

—Pobre hombre… —se burló Penny—. Bourne consigue todo lo que quiere… justo cuando lo quiere.

—No es como si no le costara ningún sacrificio —replicó ella—. Tiene que amarte con locura si de verdad está viniendo hacia aquí. Si yo pudiera evitar hacerlo, lo haría.

—Ya estás consiguiendo no estar —ironizó su hermana—, pero por muy buen trabajo que estés haciendo, esta noche tienes que estar aquí.

Penny tenía razón, por supuesto. La mitad de Londres estaba abajo, sí, y al menos uno de los presentes estaba esperando a que ella diera la cara.

«Mi futuro marido».

No era difícil encontrarlo entre la multitud. Incluso aunque estaba vestido con las mismas prendas elegantes que el resto de sus iguales; una levita negra y un pantalón, el conde de Castleton sobresalía porque había algo en él que le hacía menos agraciado que cualquier otro aristócrata.

Se encontraba en el extremo opuesto del salón, inclinado para que su madre le susurrara al oído. No se había fijado nunca, pero la oreja en cuestión sobresalía en un ángulo complicado.

—Aún podrías echarte atrás —susurró Penelope—. Nadie te lo reprocharía.

—¿No asistir al baile?

—Me refiero al compromiso.

Ella no respondió. Podría hacerlo. Podría decir un montón de cosas entre divertidas y mordaces, y Penny jamás la juzgaría por ello. Por el contrario, a su hermana la haría muy feliz escuchar que tenía alguna opinión —ya fuera buena o mala— sobre su prometido.

Pero se había comprometido con el conde y no pensaba faltar a su palabra. Él no se lo merecía. Era un buen hombre, con un gran corazón, y eso era más de lo que podía decirse de la mayoría de los asistentes.

«La falta de honestidad por omisión no deja de ser falta de honestidad».

Las palabras resonaron en su mente, recordando al hombre que dos días antes había cuestionado su falta de compromiso con la verdad.

«El mundo está lleno de mentirosos, lady Philippa. De mentirosos, tramposos y toda clase de canallas».

No era cierto, por supuesto. Ella no mentía… ni hacía trampas.

Trotula suspiró y se apoyó en su muslo. Ella acarició sin pensar las orejas de la perra.

—He dado mi palabra.

—Ya lo sé, Pippa. Sin embargo, en ocasiones, las promesas… —Penelope dejó la frase sin terminar.

Pippa observó a Castleton durante un buen rato.

—No me gustan los bailes.

—Lo sé.

—Ni los salones de baile.

—Ya.

—Es un buen hombre, Penny. Y pidió mi mano.

Penelope la miró con cierta ternura.

—Está bien que desees algo más que eso, ¿sabes?

No lo sabía.

«¿O sí lo sabía?».

Hinchó sus pulmones con inquietud dentro del firme corsé.

—Tampoco me gustan los vestidos de baile.

Su hermana le permitió cambiar de tema.

—Sin embargo, es un diseño precioso.

Su vestido, elegido casi con fanático entusiasmo por lady Needham, estaba confeccionado con una hermosa gasa de color verde pálido sobre satén blanco. Tenía el corte bajo y dejaba los hombros y el escote al aire, antes de dibujar su silueta con el corpiño, ceñirse a la cintura y caer formando unas faldas voluminosas y elegantes que hacían frufrú cuando se movía. Cualquier mujer estaría preciosa con él, pero ella…

Pero a ella, el vestido la hacía parecer más esbelta, más alta, más flaca.

—Con él parezco una *Ardea Cinerea*.

Su hermana parpadeó.

—Una garza.

—No seas tonta. Estás preciosa.

Penelope pasó las manos por la tela, elaboradamente bordada.

—Creo que será mejor que me quede aquí y mantenga intacta esa ilusión.

—Solo estás posponiendo lo inevitable —se rio Penny.

Era verdad.

Y solo porque era verdad, permitió que su hermana la guiara hasta abajo por las estrechas escaleras que conducían a la puerta de atrás del salón de baile, donde dejaron a Trotula en los jardines de Dolby House antes de mezclarse con la multitud de personas, como si llevaran mucho tiempo presentes en el evento.

Su futura suegra fue a su encuentro a los pocos instantes.

—¡Philippa, querida mía! —pronunció con efusividad, agitando con rapidez un abanico de plumas de pavo real ante su rostro—. ¡Tu madre me aseguró que sería una pequeña *fête*! ¡Pero vaya *fête*! ¡Una *fête* por todo lo alto para mi Robert y la que pronto será su esposa!

Ella sonrió.

—No se olvide de que también es la fiesta de compromiso del joven James Tottenham y de la que pronto será su esposa.

Por un momento le dio la impresión de que la condesa Castleton no la entendía y esperó. Cuando por fin comprendió sus palabras, su futura suegra comenzó a reírse de una manera estruendosa y chillona.

—¡Oh, claro! ¡Tu hermana está preciosa! ¡Igual que tú! ¿Verdad que sí, Robert? —preguntó al conde, dándole un manotazo en el brazo—. ¿A que está preciosa?

Él se apresuró a estar de acuerdo.

—¡Lo está! Bien… ¡lo está, lady Philippa! ¡Lo está! ¡Está preciosa!

Ella sonrió.

—Gracias.

Su madre se abalanzó sobre ellos en ese instante. La marquesa de Needham y Dolby estaba a punto de ganar el premio a «madre más excitada del año».

—¡Lady Castleton! ¿A que forman una pareja preciosa?

—¡Son guapísimos los dos! —convino lady Castleton, al tiempo que empujaba a su hijo para que se acercara a ella—. Venga, ¡id a bailar! ¡Todos están deseando veros bailar!

Ella estaba prácticamente segura de que en aquel salón solo había dos personas interesadas en verlos bailar. De hecho, cualquiera que la hubiera visto bailar en alguna ocasión, sabía que no debía esperar elegancia y habilidad, y por lo que había experimentado en circunstancias anteriores con Castleton, existía una falta de agilidad semejante por su parte. Sin embargo, y por desgracia, las dos personas en cuestión eran sus madres… Así que bailar resultaba inevitable.

Y ahorraría una gran cantidad de exclamaciones en sus oídos.

Sonrió a su prometido.

—Milord, me temo que estamos obligados a bailar.

—¡Cierto! ¡Cierto! —Castleton le prestó bruscamente atención, e hizo chocar los tacones antes de hacer una pequeña venia—. ¿Me concedería el enorme honor de bailar conmigo, milady?

Ella sintió el impulso de reír al escuchar la formalidad de la pregunta, pero se resistió y se limitó a aceptar su mano para que la condujera a la pista de baile.

Fue un desastre, por supuesto.

Prácticamente trastabillaron por toda la pista, dando un devastador espectáculo. Cuando se acercaban el uno al otro, se pisaban, tropezaban con los pies. En una ocasión, ella llegó a tener que aferrarse a él después de perder el equilibrio. Cuando se alejaban, se ponían la zancadilla ellos mismos. En el instante que no estaba contando los pasos para mantener el ritmo marcado por la orquesta, Castleton seguía conversando a gritos por toda la pista.

Las parejas cercanas hicieron lo posible para no mirarlos, pero incluso ella tuvo que admitir que fue casi imposible cuando él comenzó a gritarle desde casi tres metros de distancia, al otro lado de la fila.

—¡Oh! ¡Casi me olvido! ¡Tengo una perra nueva!

Hablaba de su jauría, por supuesto —una de las cuestiones que tenían en común—, pero ella imaginó que aquella frase había supuesto una especie de *shock* para Louisa Holbrooke cuando su prometido lanzó el anuncio por encima de su cabeza impecablemente peinada.

No pudo evitarlo. Se echó a reír con disimulo, consiguiendo que incluso su pareja la mirara con extrañeza. Se llevó la mano a los labios para ocultar la sonrisa.

—¡Es preciosa! —agregó Castleton—. ¡Con el pelaje mezclado! ¡Marrón y pálido… como su pelo!

Todas las personas que los rodeaban abrieron los ojos de par en par al escuchar que Castleton comparaba el rubio de su cabello con el dorado pelaje de su reciente adquisición de cuatro patas. Fue entonces cuando la risita se convirtió en una carcajada. Después de todo, era la más extraña e interesante conversación que había tenido nunca en un baile.

Se rio mientras trazaban los pasos finales de la cuadrilla. Sus hombros se estremecieron mientras se inclinaba para realizar la reverencia que correspondía a las damas. Observó a los demás asistentes, consciente de la presencia de Castleton a su lado. «Robert».

¿Cuántas veces había escuchado que Penny se refería a su marido, Michael, en ese tono de

absoluta devoción?

Se volvió hacia su prometido. No se imaginaba llamándolo «Robert».

—¿Le apetece un poco de limonada? —preguntó él, rompiendo el silencio.

Ella negó con la cabeza, girando la cabeza para escudriñar la estancia.

—No, gracias.

—Tendría que haber esperado a que dejáramos de bailar para contarle lo del perro —aseguró él, atrayendo su atención una vez más. Tenía las mejillas rojas.

No le gustó la idea de que él se avergonzara. No se lo merecía.

—¡No! —protestó, agradeciendo que volviera a sacar el tema. Era fácil hablar de perros—. Debe ser un animal precioso. ¿Qué nombre le ha puesto?

Él sonrió. Una sonrisa sincera y brillante. Lo hacía con frecuencia, y esa era otra buena cualidad.

—Se me ocurrió que podría ponérselo usted.

Aquellas palabras la dejaron anonadada. Jamás se le hubiera ocurrido pedirle a Castleton opinión para nada semejante. Se limitaría a ponerle nombre a la perrita y la presentaría como parte de la familia. Su sorpresa debió de ser muy evidente, porque él intentó justificarse.

—Después de todo, estamos a punto de casarnos. Será nuestra.

«Será nuestra».

Aquel animal era el particular anillo de rubís de Castleton. Un cristal con cromo muy vivo.

De repente, todo pareció mucho más serio.

Iban a casarse. Tendrían una perra… y sería ella la que le pusiera nombre.

Un animal era mucho más sólido que la fiesta de compromiso, el ajuar o los planes de boda… Todo le resultaba intrascendente si lo comparaba con eso.

Un perro hacía que el futuro fuera real.

Significaba hogar, años, visitas a los vecinos, misas dominicales y fiestas de la cosecha. Un perro significaba familia, niños… Los hijos de Castleton.

Alzó la mirada a los sonrientes y bondadosos ojos de su prometido.

Estaba esperando lleno de ansiedad a que ella hablara.

—Yo… —Se interrumpió sin saber qué decir—. No se me ocurre nada.

Él se rio entre dientes.

—Bueno, ella no nota la diferencia, puede pensárselo. —Se inclinó y ella observó que le caía un rizo rubio sobre la frente—. Quizá le ayudaría conocerla primero.

Forzó una sonrisa.

—Es posible, sí.

Quizá eso haría que tuviera más ganas de casarse con él.

Le gustaban los perros. Ambos tenían eso en común.

Aquel pensamiento le recordó su conversación con el señor Cross, en la que había alegado justo eso como prueba de su compatibilidad con el conde. Ella había ignorado la réplica burlona con que él le respondió.

Fue todo lo que habían dicho sobre el conde… hasta que el señor Cross se negó a realizar su petición y la envió a casa con un comentario que ahora mismo resonaba en su mente, mientras permanecía de pie junto a su futuro esposo de manera torpe.

«Le sugiero que consulte a otra persona. Quizá podría probar con su prometido».

Sí, quizá debería consultar a Castleton. Seguramente sabía más sobre las complejidades que rodeaban al matrimonio de lo que dejaba ver. No importaba en absoluto que ni una sola vez hubiera hecho la más leve sugerencia de que le interesaban un poco dichas complejidades.

Los caballeros acostumbraban a saber sobre ese tema mucho más que las damas.

Aunque esa realidad, tan desigual, no era el asunto que le interesaba ahora.

Observó a Castleton con atención; él no la miraba. Lo cierto es que parecía pasear la vista por cualquier punto que no fuera ella. Le llevó un momento decidirse a dar el siguiente paso. Después de todo, él estaba cerca… Lo bastante como para tocarlo. Quizá debería hacerlo.

Él bajó la mirada, la sorpresa fue evidente en sus cálidos ojos castaños cuando la vio. Le sonrió.

Era ahora o nunca.

Alargó la mano y lo tocó, dejando que sus dedos cubiertos por la seda del guante se deslizaran por su mano, también enguantada. La sonrisa no desapareció. Él se limitó a levantar el otro brazo y a darle un par de palmaditas en la mano, igual que hubiera hecho en la cabeza de uno de sus perros de caza. Fue el contacto menos carnal que podía imaginarse. Nada que ver con lo que encerraban los votos matrimoniales. De hecho, eso indicaba que a él no le quitaría el sueño contraer matrimonio con una bestia lujuriosa.

Apartó la mano.

—¿Pasa algo? —preguntó él volviendo a mirar la multitud.

No hacía falta tener una gran experiencia en lides femeninas como para saber que su caricia no había tenido ningún efecto en él. Lo que imaginó que era justo, ya que su contacto tampoco había supuesto nada para ella.

Una dama cercana se rio y ella se volvió hacia el cristalino, ligero y fingido sonido. Era la clase de risa que no había logrado perfeccionar. Su risa siempre era demasiado fuerte, llegaba a destiempo o no llegaba.

—Si la oferta sigue en pie, me encantaría tomar una limonada —dijo.

Él volvió a mirarla.

—¡Iré a buscarla!

—Sería un detalle encantador —repuso ella, sonriendo.

—¡Ahora vuelvo! —añadió él mirando el suelo.

—Estupendo.

Y lo miró alejarse, abriéndose paso entre la multitud con un ansia que cualquiera identificaría con algo más excitante que una limonada.

Ella tenía intención de esperar, pero resultaba demasiado aburrido y hacía un calor agobiante en la habitación; a Castleton podía llevarle más de un cuarto de hora regresar y había centenares de personas allí dentro y se sentía extraña esperando sola en público. Así que se deslizó hasta el rincón más oscuro y tranquilo del salón, donde podía observar a la gente sin ser vista.

Todos parecían pasarlo estupendamente. En el extremo más alejado, Olivia era el centro de atención. Tottenham y ella estaban rodeados de una multitud que querían alternar con el futuro Primer Ministro. Su madre y lady Castleton se habían reunido con la madre de Tottenham y otras matronas, y sin duda estaban despellejando a alguien con un montón de chistes mordaces.

Mientras escudriñaba la multitud, se fijó en un hueco entre la gente, justo enfrente de ella, donde un caballero alto de cabello oscuro se inclinaba sobre una mujer, rozándole casi la oreja para hablarle al oído de una manera que hablaba claramente de una cita secreta. La pareja no parecía dar importancia al hecho de que estaban en público y que, sin duda, agitaban las malas lenguas todo a lo ancho del salón de baile.

No es que tal cosa les importara demasiado.

Sonrió. Bourne ya había llegado y, como siempre, solo tenía ojos para su hermana.

Eran muy pocos los que entendían cómo Penny había logrado pescar al frío, distante e

indiferente Bourne. Pocas veces se veía sonreír o mostrar alguna emoción al marqués, salvo las cariñosas interacciones que tenía con su esposa. Pero no cabía duda de que su hermana le había pescado; de que estaba completamente enamorado de ella.

Estaba claro que eso era amor, y esa era la parte que Pippa no entendía. Jamás le habían gustado los matrimonios por amor… eran demasiadas las facetas que no se explicaba. Había algo demasiado etéreo, y ella no creía en lo intangible, creía en los hechos.

Observó cómo la siempre correcta Penelope apoyaba las manos en el torso de su marido y lo apartaba riéndose, sonrojada como una debutante. Él volvió a acercarse y la besó en la sien antes de que ella se alejara para volver a zambullirse entre la multitud. Bourne la siguió como si estuviera atado con una cadena.

Ella meneó la cabeza ante la improbable imagen que apareció en su mente.

Sin duda, el amor era algo muy extraño.

Una corriente de aire frío movió sus faldas y se giró. Las enormes puertas-ventana que había a su espalda habían sido abiertas, seguramente para luchar contra el sofocante calor reinante en el salón, y una de ellas lo estaba de par en par. Se acercó para cerrarla, asomándose al enorme balcón de piedra para llegar hasta la manija.

Entonces fue cuando lo escuchó.

—Me necesitas.

—No es cierto. Hace mucho tiempo que me cuido sola.

Se quedó inmóvil. Allí había alguien. De hecho, había dos personas.

—Puedo arreglarlo. Te ayudaré. Solo necesito que me des tiempo, seis días.

—¿Desde cuándo te interesa ayudarme?

Pippa cerró los dedos en el borde de la puerta de cristal. Quería cerrarla; fingir que no había oído nada; regresar al salón.

No se movió.

—Siempre he querido ayudarte. —La voz masculina era suave y apremiante. Ella salió al balcón.

—Pues te aseguro que no lo has demostrado. —La femenina era dura como el acero. Llena de furia y firmeza—. De hecho, jamás lo has hecho. Solo has estorbado.

—Tienes problemas.

—Ni que fuera la primera vez…

Una vacilación.

—¿Qué más ha ocurrido? —preguntó el hombre, en tono cortante y lleno de preocupación.

—Nada que puedas arreglar ahora.

—No deberías haberte casado con él.

—No tenía otra opción; no me dejaste otro camino.

Pippa abrió los ojos de par en par. Se había topado con una riña de amantes. Bueno, no de amantes actuales, parecían más bien antiguos amantes. La pregunta era de quién se trataba.

—Debería haberlo detenido —murmuró él.

—Bueno, pues no lo hiciste —replicó ella.

Pippa se apretó contra la alta columna de piedra que le proporcionaba una necesaria sombra en la que ocultarse, y asomó la cabeza por un lado. Contuvo la respiración, incapaz de reprimir la necesidad de descubrir la identidad de la pareja.

El balcón estaba vacío.

Asomó la cabeza por el otro lado.

Nada, no había nadie.

«¿Dónde están?».

—Puedo reparar el daño, pero debes mantenerte alejada de él. Lo más lejos posible. No quiero que tenga acceso a ti.

«Están en los jardines de abajo».

Se acercó silenciosamente a la balaustrada de piedra, muerta de curiosidad.

—¡Oh! ¿Debo creerte ahora? Así que de pronto ¿estás dispuesto a mantenerme a salvo?

Ella se estremeció.

La dama escupía las palabras en tono mordaz. El caballero en cuestión —que no debía ser caballero en absoluto— la había perjudicado mucho en el pasado. Se adelantó todo lo que pudo, casi hasta el borde, desde donde podía asomarse sobre el jardín e identificar a los misteriosos amantes.

—Lavinia… —dijo él con suavidad, suplicando. Pippa se vio atravesada por un ramalazo de excitación… «Por fin, ¡un nombre!»

Entonces, dio sin querer una patada a una maceta.

Es posible que ellos no hubieran escuchado el breve sonido que produjo su contacto con aquel chisme… si no, hubiera lanzado un grito de dolor. No importó que se cubriera al instante la boca con la mano, transformando un fuerte «¡Ay!» en un distorsionado «¡Uff!».

El instantáneo silencio que se originó abajo fue suficiente para que supiera que la habían escuchado con claridad cristalina.

—No debería estar aquí —susurró la dama, y se escuchó el crujido de sus faldas cuando se alejó.

Hubo un largo silencio, durante el que ella permaneció inmóvil como si fuera de piedra, mordiéndose los labios para aplacar el dolor del pie. Por fin, escuchó que él maldecía en la oscuridad.

—¡Maldición!

Ella se agachó para palparse los dedos del pie.

—Se lo merecía, no cabe duda —masculló, antes de darse cuenta de que burlarse de un desconocido en los oscuros jardines de la ancestral casa de su padre no era una buena idea.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el hombre en voz baja, que ya no era un susurro.

Pippa sabía que debería regresar al salón de baile.

—Parecía como si no hubiera sido muy amable con la dama —dijo.

Silencio.

—Y no lo he sido.

—Bueno, entonces se merece que le abandone. —Se apretó el dedo meñique y emitió un gemido de dolor—. Seguramente se merece un castigo peor.

—Se ha hecho daño.

—Me golpeé el pie con una maceta. —Debía de estar distraída por el dolor, o no hubiera respondido.

—¿No será un castigo divino por estar espiando?

—Seguro que sí.

—Eso la enseñará.

Sonrió para sus adentros.

—Lo cierto es que lo dudo mucho.

No podía asegurarlo, pero estaba casi segura de que él se echó a reír.

—Deberá asegurarse de que su pareja de baile no le pise los pies cuando regrese.

En su mente parpadeó una imagen de Castleton.

—Mucho me temo que es muy probable que, al menos una, haga precisamente eso. —Hizo una pausa—. Al parecer ha agraviado a la dama. ¿De qué manera fue?

Él permaneció callado durante tanto tiempo que pensó que se había marchado.

—No estuve junto a ella cuando me necesitó.

—Ah…

—¿Ah? —repitió él.

—No es necesario leer novelas románticas con la frecuencia que lo hace mi hermana para entender lo que pasó.

—Por supuesto… usted no lee novelas románticas.

—No demasiado a menudo —convino ella.

—Imagino que lee sobre cosas más importantes.

—De hecho, así es —aseguró ella, con orgullo.

—Volúmenes de física o botánica. —Ella abrió los ojos de par en par—. Ahí es donde lady Philippa Marbury se mueve como pez en el agua.

Se incorporó y miró con atención por el borde del balcón, hacia la oscuridad. No vio nada. Escuchó el susurro de la tela cuando el hombre movió los brazos, o quizá fueran las piernas. Estaba allí, justo debajo de ella.

Se movió sin pensar, tratando de tocarlo.

—¿Quién es usted? —susurró, mientras extendía los brazos.

Su cabello era suave incluso a través de la seda de los guantes, espeso como el pelaje de una marta. Dejó que sus dedos jugaran con los mechones y se hundieran hasta rozar el cuero cabelludo. El calor que desprendía supuso un gran contraste con el frío aire de marzo.

Se interrumpió antes de que pudiera disfrutarlo, cuando una mano más grande y firme que la suya, solo una sombra en la oscuridad, capturó sus dedos con facilidad.

Ella jadeó y tiró.

Él no la soltó.

«¿En qué estaba pensando?».

Le resbalaron las gafas y se quedó quieta, temiendo que se le cayeran si se movía demasiado.

—Debería ser más lista, Pippa, y no meter las manos donde no ve —dijo él con suavidad. El sonido de su nombre le resultó familiar—. No se sabe qué se puede encontrar.

—Suélteme —susurró, arriesgándose a mirar por encima del hombro hacia la puerta abierta del balcón—. Nos va a ver alguien.

—¿Y no es eso lo que quiere? —Aquellos dedos se entrelazaron con los de ella. Le quemaban de tal modo que el contacto resultaba casi insoportable. ¿Cómo podía alguien estar tan caliente, a pesar del frío?

Meneó la cabeza y notó que las gafas resbalaban todavía más.

—No.

—¿Está segura? —Él movió la mano y, de repente, era ella la que lo retenía.

Se obligó a soltarlo.

—Sí. —Apoyó las manos en la seguridad de la barandilla de piedra y se enderezó. Sin embargo, no pudo evitar que sus gafas cayeran en la oscuridad. Trató de alcanzarlas, llegando a rozarlas con la punta de los dedos, pero no logró atraparlas.

—¡Mis gafas!

Él desapareció. La única señal de su presencia fue el susurro de la tela mientras se alejaba de ella. No supo cómo, pero sintió su pérdida. A pocos metros, entró en su campo de visión la parte superior de la cabeza masculina, de un naranja vívido y abrasador bajo la luz de las velas que

llegaba desde el salón de baile.

Lo reconoció con un relámpago de excitación.

«El señor Cross».

Lo señaló con el dedo.

—Ni se le ocurra moverse.

Se dirigió rumbo al extremo más alejado del balcón, donde una empinada escalera conducía a los jardines.

Él se reunió con ella en la base de la misma. La tenue luz proveniente de la casa dejaba en sombras la mayor parte de sus rasgos.

—Vuelva al baile —le ordenó, tendiéndole las gafas.

Ella se las arrebató bruscamente y se las puso. El rostro del señor Cross volvió a ser claro y anguloso ante sus ojos.

—No.

—Convinimos que renunciaría a buscarse la ruina.

Ella respiró hondo.

—Entonces, no debería haberme alentado.

—¿La he alentado acaso a escuchar a escondidas y a golpearse el pie?

Ella cargó el peso sobre el tobillo e hizo una mueca ante la punzada de dolor que sintió en el dedo.

—Creo que, en el peor de los casos, se trata de una fractura menor de la falangiana. Se curará sola. Ya me ha ocurrido antes.

—Se ha roto el dedo del pie.

Ella asintió con la cabeza.

—Solo el meñique. En cierta ocasión, un caballo me pisó el mismo dedo en el otro pie. No es necesario señalar que el calzado femenino no ofrece demasiada protección ante los que están mejor calzados que nosotras.

—¿Debo suponer que la anatomía es otra de sus especialidades?

—Lo es.

—Me siento impresionado.

No estaba segura de que estuviera diciendo la verdad.

—Puedo decirle, por experiencia propia, que *sentirse impresionado* no es la reacción habitual a mi conocimiento de la anatomía humana.

—¿De veras?

Agradeció la tenue luz, dado que al parecer era incapaz de permanecer callada.

—A la mayoría de la gente le resulta extraña.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

Retrocedió un paso ante la respuesta.

—Imagino que no. —Hizo una pausa, pensando en la conversación que había escuchado por casualidad. Ignoró con decisión la incomodidad que acompañó al recuerdo.

—¿Quién es Lavinia?

—Regrese al baile, Pippa. —Él le dio la espalda y se alejó de la casa.

No podía permitir que se marchara. Era posible que hubiera prometido no acercarse a él, pero estaba en los jardines de su casa. Lo siguió.

Él se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Conoce las partes del oído?

Ella sonrió, agradeciendo el interés.

—Por supuesto. La parte exterior se llama *pinna*. Hay algunos eruditos que se refieren a ella como aurícula, pero a mí me gusta más *pinna*, que es como se dice pluma en latín, y creo que relacionar la oreja con una pluma tiene algo de divertido. El oído interno está formado por un conjunto de huesos y tejidos, comenzando por…

—¡Es increíble! —la interrumpió él—. Parece que sabe mucho sobre el órgano en cuestión, pero no lo usa adecuadamente. Juraría que le dije que volviera al baile.

Él volvió a darse la vuelta. Ella le siguió.

—Oigo perfectamente, señor Cross. Y poseo libre albedrío.

—Es una mujer difícil.

—Por lo general, no.

—¿Acaso ha hecho borrón y cuenta nueva? —Cross ni siquiera se volvió.

—¿Acostumbra a obligar a las damas que le conocen a correr para seguirle el paso?

Él se detuvo tan bruscamente que ella casi tropezó con él.

—Solo a aquellas a las que quiero perder de vista.

—Ha sido usted quien vino a mi territorio —señaló sonriente—. No se olvide.

Él miró al cielo y luego a ella; deseó poder verle los ojos.

—Los términos de la apuesta fueron muy claros; usted no debe buscarse la ruina. Si permanece aquí, conmigo, quedará arruinada y será porque se lo ha buscado. Y si es descubierta, no habrá vuelta atrás. Regrese. Ya.

Había algo autoritario en ese hombre. Algo en su calma y control… Jamás había tenido en su vida menos ganas de algo que de alejarse de él.

—Nadie me echará de menos.

—¿Ni siquiera Castleton?

Ella vaciló, notando la comezón de algo parecido a la culpa. Seguramente el conde estaba esperándola, con un vaso de limonada cada vez más caliente en la mano.

Cross pareció leerle la mente.

—Él sí la echará de menos.

Quizá fue por la oscuridad. O por el dolor en el pie. O quizá por la rapidez con la que transcurría la conversación… pero algo la hizo sentir como si por fin hubiera encontrado a alguien con una mente que funcionaba como la suya.

—Quiere que le ponga un nombre a su nueva perra de caza —espetó, sin saber por qué.

Hubo un largo silencio durante el que pensó que él se echaría a reír.

«Por favor, que no se ría».

No lo hizo.

—Se va a casar con ese hombre. Resulta una petición más bien ridícula en el grandioso esquema del universo.

No lo entendió.

—No es ridículo.

—¿Hay algo malo en ello?

—¿En la perra?

—Sí.

—No creo. Seguramente sea una perra preciosa. —Alzó las manos y las dejó caer—. Solo parece tan… tan…

—Definitivo —completó Cross.

¡Sí! Él la entendía.

—Exacto.

—Es que es definitivo. Va a casarse con él. Tendrá que ponerle nombre a sus hijos. Me parece que ponérselo a su perra es mucho más fácil.

—Sí, bueno… Sin embargo, parece que lo del perro es mucho más difícil. —Respiró hondo—. ¿Alguna vez ha pensado en casarse?

—No. —Fue una respuesta rápida y honesta.

—¿Por qué?

—No estoy hecho para el matrimonio.

—Parece muy seguro.

—Lo estoy.

—¿Por qué lo sabe?

Él no respondió. Fue salvado de ese trance por la llegada de Trotula, que apareció trotando por la esquina de la casa con un ladrido de excitada felicidad.

—¿Es suyo? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza mientras la spaniel se sentaba sobre los cuartos traseros y él se inclinaba para darle una palmadita. El animal suspiró y buscó ansioso la mano que le acariciaba.

—Eso le gusta mucho —dijo ella.

—¿Cómo se llama?

—Trotula.

Él curvó los labios en una media sonrisa, como si supiera por qué.

—¿Cómo Trotula de Salerno? ¿El médico italiano?

Por supuesto, él tenía que saber que había llamado Trotula a la perra por un científico. No le había cabido ninguna duda.

—Era una doctora.

Él meneó la cabeza.

—Es un nombre horrible. Quizá no debería ponerle usted el nombre a la perra de Castleton.

—¡Eso no es cierto! ¡Trotula de Salerno es una magnífica tocaya!

—No. Puedo pasar que la denomine «magnífico ejemplo para las jóvenes» o «magnífica científica», pero no puedo pasar por alto «magnífica tocaya». —Él hizo una pausa para rascar las orejas del spaniel—. Pobre animal —se lamentó, y ella se enterneció con la dulzura de su tono —. Esta mujer te maltrata de manera abominable.

Trotula se tendió boca arriba, mostrando sus vergüenzas con una alarmante falta de pudor. Él le rascó la barriga y ella se quedó inmóvil al ver sus fuertes y hermosas manos… observando la manera en que peinaban el pelaje.

—Prefiero quedarme aquí fuera. Con vosotros —anunció después de observarlos durante un rato.

Él detuvo la mano con la que acariciaba el vientre de la perra.

—¿Qué ha pasado con su aversión a la falta de honestidad?

—Sigo teniéndola —repuso ella con el ceño fruncido.

—Está intentando escaparse de su baile de compromiso con otro hombre. Diría que es la viva estampa de la falta de honestidad.

—No es por otro hombre.

Él se puso rígido.

—¿Cómo ha dicho?

Ella decidió explicarse mejor.

—Quiero decir que sí, que usted es otro hombre, por supuesto, pero no es de verdad. Me refiero a que no supone una amenaza para Castleton. Con usted me siento a gusto. —Se

interrumpió… De pronto, ella no se sentía demasiado a salvo.

—¿Y qué me dice del hecho de que me haya pedido que la ayude en un sinnúmero de actividades que podría acabar con su reputación y, por tanto, con su compromiso?

—Eso no lo convierte en un hombre —respondió con rapidez. Con demasiada rapidez. Tanta como para tener que retirar las palabras—. Es decir… bueno… ya sabe a qué me refiero. No tiene el significado que le da usted.

Él soltó una risa y se incorporó.

—Primero se ofrece a pagarme por sexo, luego cuestiona mi virilidad. Un hombre con la autoestima baja se sentiría muy herido por usted.

Ella abrió los ojos de par en par. Jamás quiso insinuar que…

—No era mi intención… —se interrumpió.

Dio un paso hacia ella, deteniéndose tan cerca que pudo sentir su calor.

—Un hombre con la autoestima baja intentaría demostrar que usted se equivoca —dijo él muy bajo.

Ella tragó saliva. Cuando estaba tan cerca, su altura resultaba intimidadora. Era mucho más alto que cualquier otro hombre que ella conociera.

—Er…

—Dígame, lady Philippa… —Él alzó la mano y acercó la punta de un dedo a la hendidura sobre el labio superior, pero sin llegar a tocarla—. Mientras estudiaba anatomía, ¿llegó a conocer el nombre del lugar que existe entre la nariz y la boca?

Ella entreabrió los labios, reprimiendo el impulso de inclinarse hacia él y obligarlo a tocarla.

—*Philtrum*.

Él sonrió.

—Muy lista. Lo ha dicho en latín. ¿Conoce su significado?

—No.

—Significa poción de amor. Los romanos consideraban que ese punto era el lugar más erótico del cuerpo. Lo llamaron arco de Cupido, por la forma con la que moldea el labio superior. —Mientras hablaba, dibujaba con el dedo la curva de su labio; más una tentación que un roce. Su voz se volvió suave y profunda—. Creían que era la marca del dios del amor.

Ella respiró apenas.

—No lo sabía.

Él se inclinó más cerca, pero dejó caer la mano.

—Apuesto lo que sea a que hay un sinfín de cosas que no conoce sobre el cuerpo humano, mi pequeña sabionda. Y me gustaría enseñarle todas.

Él estaba muy cerca, tanto que sus palabras eran más un siseo que un sonido. Las sintió contra el oído, contra la mejilla… haciendo que la atravesaran una miríada de sensaciones.

«Esto es lo que debería sentir con Castleton».

El pensamiento surgió de la nada. Lo desechó, decidida a lidiar con él más tarde.

Pero por el momento…

—Me gustaría aprenderlas —confesó con sencillez.

—Siempre tan honesta. —Él sonrió. La curva del labio masculino, de su *philtrum*, estaba muy cerca, tan peligroso como el arma con la que él lo había denominado—. Esta será su primera lección.

Quería que le enseñara todo.

—No juegue con fuego —dijo él, rozando sus labios con las palabras. Ella entreabrió la boca al sentir su contacto—. O acabará quemándose.

«¡Santo Dios! Recibiría la quemadura con placer».

Él se enderezó, dio un paso atrás y se ajustó los puños de la chaqueta de manera casual, sin saber lo que ella estaba sintiendo.

—Regrese al baile de compromiso, con su prometido, Pippa.

Él se giró y se alejó. Ella respiró hondo, sintiéndose como si hubiera estado privada de oxígeno durante demasiado tiempo.

Lo observó desaparecer en la oscuridad, deseando que volviera… sin conseguir que lo hiciera.

Capítulo 6

Horas después Cross seguía sentado ante su escritorio, mucho después de que el último cliente abandonara El Ángel, intentando calcular por tercera vez las ganancias obtenidas esa noche. Y fracasando por tercera vez consecutiva.

Se equivocaba porque no podía alejar de su mente la visión de Philippa Marbury, rubia y con gafas, bajando las escaleras de Dolby House para reunirse con él. De hecho, cada vez que llevaba una cifra de una columna a la siguiente, se imaginaba los dedos de Pippa enredándose en sus cabellos, veía sus labios curvándose bajo su mano… y perdía la cuenta.

Él no se equivocaba nunca con los números. De hecho, había recibido fuertes castigos a lo largo de su vida adulta por no ser capaz de perder la cuenta.

Se inclinó de nuevo sobre el papel.

Añadió tres líneas a la columna antes de que el péndulo que tenía sobre el escritorio captara su atención. Recordó a Pippa impulsando la esfera con suavidad. La tentación se avivó e imaginó aquel mismo contacto moviendo otras cosas… como las cintas de sus pantalones.

La punta de la pluma estalló contra el libro, salpicando tinta por toda la página blanca.

«Pippa te considera inofensivo».

Y con cualquier otra mujer, lo era. Con otra cualquiera, era la seguridad hecha carne.

Pero con ella… su control —algo que él valoraba por encima de todas las cosas— pendía de un hilo. Un hilo delicado, sedoso y suave como el rubio cabello de Pippa, como su piel, como su voz en la oscuridad.

Se pasó las manos por el pelo con un gemido y alejó la silla del escritorio, chocando contra la pared con el respaldo y separando las piernas. Tenía que exorcizar la presencia de esa mujer de su despacho. Daba igual donde mirara: el ábaco, el globo terráqueo, el escritorio, todo le recordaba a ella. Estaba casi seguro de que su esencia seguía allí, flotando en el aire e impregnando su persistente olor a sol y ropa limpia en cada superficie.

«¡Maldita sea!».

Había arruinado su despacho… de la misma manera que si hubiera entrado en el cuarto y se hubiera quitado la ropa.

Como si se hubiera tendido sobre el escritorio sin llevar otra cosa encima que las gafas y aquella media sonrisa embaucadora, vio toda su piel pálida y hermosa contra el ébano.

Cerró los ojos. Aquella visión era demasiado fácil de conjurar. Él la sostenía con una mano por debajo de los blancos y perfectos pechos, que tenían las puntas del mismo color que sus labios, como melocotones frescos rociados con miel. Se le hizo la boca agua. Se recostaría sobre ella y tomaría uno de esos pezones perfectos con la boca para saborearlo a placer. Estaría una eternidad recreándose en ellos, atormentándolos hasta que ella se retorciera bajo su cuerpo; degustándola hasta que se sintiera tan desesperada por seguir adelante, que le rogaría que se moviera más abajo.

Y solo cuando ella le suplicara que le diera lo que los dos deseaban… le separaría los muslos, pasaría las manos por su suave piel cremosa y…

El golpe en la puerta resonó como el disparo de un rifle. La silla cayó al suelo, seguida por una maldición.

Fuera quien fuera, iba a asesinarle. Muy despacio y con sumo gusto.

—¿Qué? —atronó.

La puerta se abrió para revelar a la persona que había fundado El Ángel Caído.

—Menudo recibimiento…

Se planteó saltar por encima de la mesa y estrangular a Chase.

—No te equivoques. A menos que haya un incendio en el club, no voy a darte la bienvenida.

Chase no le hizo caso y, en su lugar, cerró la puerta y se dejó caer sobre el sillón que había enfrente del escritorio.

Cross frunció el ceño.

Su socio se encogió de hombros.

—Pues digamos que hay un buen incendio en el club.

—¿Qué quieres?

—El libro.

Todos los clubs de caballeros de Londres se sentían orgullosos de sus libros de apuestas, y El Ángel no era diferente. Era un enorme volumen forrado en piel, y allí se catalogaban todas las apuestas que se realizaban en el salón de juego. Los miembros podían anotar cualquier apuesta en él, no importaba lo trivial que resultara. El Ángel cobraba un porcentaje de la apuesta por constatar que se jugaba conforme a las reglas que se establecían de antemano, daba igual lo extrañas que fueran.

Era Chase quien gestionaba la información, y adoraba ese libro por los secretos que contenía sobre los miembros del club. Por la seguridad que proporcionaba conocerlos.

Cross puso el pesado tomo sobre la mesa.

Chase no lo miró.

—Justin me acaba de decir que has pasado casi toda la noche fuera.

—Justin va a recibir una buena paliza por dar cuenta sobre lo que hacemos o dejamos de hacer.

—Me importa un bledo por dónde se muevan los demás estos días —replicó Chase, extendiendo el brazo y poniendo el pesado globo terráqueo en movimiento—, pero tú me preocupas.

Él miró cómo giraba la esfera. La última persona que jugó con ella fue Philippa Marbury y odió la idea de que Chase la hubiera tocado.

—Pues no sé por qué.

—Es fácil vigilar a Knight cuando sé dónde encontrarle.

Él arqueó las cejas. Estaba seguro de que había entendido mal.

—¿Estás sugiriéndome que ignore que ha arruinado a mi cuñado, que ha amenazado a mi hermana y, por si eso fuera poco, me ha chantajeado a mí?

—No, claro que no. —Chase detuvo el giro del globo poniendo un largo dedo sobre el Sáhara —. Me importa muy poco si te casas o no con esa chica, pero quiero que tengas cuidado con la forma en la que decides castigar a Knight. Si lo haces, no te quedes a medias.

Buscó la mirada de su socio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que solo tendrás una oportunidad para conseguir tu objetivo. O te impones con toda nuestra fuerza, o no te molestes en mover un dedo.

—Mi idea era hacerlo de forma contundente.

—Sabes tan bien como yo que existen razones por las que sus mejores jugadores no son miembros de El Ángel. No son el tipo de hombres a los que daríamos la bienvenida a nuestras mesas.

—Es posible. Pero se ven tentados por el respeto… el poder. La oportunidad de codearse con quien lo ostenta, con quienes tienen un título. Ansían la oportunidad de jugar en El Ángel.

Chase asintió y se movió hasta una mesa cercana para abrir una caja y coger un cigarro.

—¿Dónde te has metido esta noche?

—No necesito un guardián.

—Claro que sí. ¿Acaso piensas que no sé dónde has estado?

Las palabras llegaron desde detrás de una nube de humo.

—¡No tenías por qué haberme seguido! —estalló.

Chase no respondió a su irritación.

—No me fío de Knight. Te vigila. Vosotros dos habéis mantenido siempre una relación… problemática.

Él se puso en pie, cerniéndose sobre el escritorio y sobre su socio.

—No tenías que haberme seguido.

Chase hizo rodar el cigarro entre el pulgar y el índice.

—Ojalá guardaras algo de *whisky* aquí dentro.

—Largo. —Ya había tenido suficiente.

Chase no se movió.

—No te he seguido. Pero ahora me doy cuenta de lo interesante que habría sido que haberlo hecho.

Él lanzó una gráfica maldición.

—Has tenido una mala noche, ¿verdad? ¿A dónde has ido? —insistió Chase.

—He estado hablando con mi hermana.

Chase arqueó sus doradas cejas.

—¿Has asistido al baile de Needham?

«Y también he hablado con Philippa Marbury». Bueno, eso no se lo iba a contar a Chase, así que se mantuvo callado.

—Doy por hecho que el encuentro no ha ido bien —dedujo Chase.

—No quiere tener nada que ver conmigo. Ni siquiera reaccionó cuando le dije que me encargaría de Knight. No me cree.

Chase permaneció en silencio durante un buen rato y consideró la situación.

—Las hermanas son seres complicados. No siempre responden adecuadamente a las órdenes de sus hermanos mayores.

—Y tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Quieres que hable yo con ella?

—Te tienes en muy alta estima.

Chase sonrió.

—Las damas suelen darme la bienvenida con los brazos abiertos, incluso las que son como tu hermana.

Él entrecerró los ojos.

—No te quiero cerca de ella. Ya es suficientemente malo que tenga que tratar con Digger… y conmigo.

—Me ofendes —dijo Chase con ironía al tiempo que saboreaba el cigarro—. ¿Crees que se mantendrá alejada de él?

Meditó la pregunta al tiempo que recordaba la furia mostrada por su hermana esa misma noche. Lavinia tenía diecisiete años cuando murió Baine, cuando él se marchó de casa. La obligaron a casarse con Dunblade porque era el único dispuesto a aceptarla… a pesar de sus imperfecciones.

Las imperfecciones que le había provocado él, su propio hermano.

Imperfecciones que se habrían pasado por alto si ella hubiera logrado escapar de la tristeza de su madre y de la ira de su padre. Si no se hubiera visto obligada a sobrevivir por sí sola, sin nadie que la ayudara.

Sin un hermano que la protegiera.

No era de extrañar que su hermana no le creyera cuando decía que repararía el daño que su marido y Knight habían provocado. Ira, frustración y desprecio por sí misma ardían en su interior.

—No tengo ni idea de qué hará ella, pero sé que Knight no hará nada que ponga en peligro el matrimonio de su hija.

—Deberíamos haberle arruinado hace años. —Al ver que él no respondía, Chase siguió hablando—. Siempre has sentido debilidad por él.

Él se encogió de hombros.

—Sin él…

Chase sonrió, mostrando sus brillantes dientes blancos.

—No nos tendrías a nosotros.

Él se rio al escuchar esas palabras.

—Si lo pones así, quizá no debería haber dudado en arruinarle.

—Hay que mantener el engaño hasta que todo esté preparado para llevarse a cabo. Debemos proteger a Lavinia. —Él asintió. Chase dio otra larga calada al cigarro, meditando antes de añadir nada—. Temple dice que estás planeando utilizar a las damas. Como comprenderás, me necesitas para eso.

Cross arqueó una ceja.

—No creo que sea necesario

—¿Estás seguro? Me tienen mucho cariño.

—Estoy seguro.

Chase asintió.

—Me pregunto cómo será la hija de Knight.

—Siendo hija de él, imagino que será una fulana o una pobre infeliz.

—También es mujer, así que tienes razón, esas son las opciones más probables. —Hizo una pausa—. Quizá deberías casarte con ella. El matrimonio ha obrado maravillas en Bourne.

—Yo no soy como él.

—No. No lo eres. —Chase se levantó y volvió a hacer rodar el globo mientras miraba a su alrededor—. Es un milagro que puedas encontrar algo aquí dentro. Creo que voy a decirles a las chicas que vengan a limpiar.

—Ni se te ocurra.

—No es necesario que te enfades. —Chase apagó el cigarro y se puso en pie. Después, se acercó y pasó el dedo por el libro de apuestas—. Es tarde. Me voy a casa ya, pero he pensando que antes de que me vaya, te gustaría hacer una apuesta.

—Yo no anoto mis apuestas en ese libro. Ya lo sabes.

Chase volvió a arquear una de sus cejas rubias.

—¿Estás seguro de que no quieres hacer una excepción esta vez? Las probabilidades están a tu favor.

Notó una inquietud en el pecho. Se cruzó de brazos y se recostó en la silla para tener los ojos a la misma altura que su socio, que le miraba con frialdad.

—¿Sobre qué quieres apostar?

—Sobre lady Philippa Marbury.

La inquietud se incrementó. «Chase lo sabe». No era una sorpresa, la verdad. Chase siempre lo sabía todo. Aun así, él no tenía por qué admitirlo.

—¿Sobre quién?

Chase le lanzó una mirada intencionada.

—¿Va a ser así? ¿Vas a fingir que no sabes a qué me refiero?

—No estoy fingiendo nada. —Reclinó la silla hacia atrás y comenzó a balancearse sobre las patas traseras—. No tengo ni idea de qué hablas.

—Justin le permitió entrar, Cross. Le indicó dónde estaba tu despacho. Me lo ha contado.

«¡Maldición!».

—Justin es un cotilla.

—Pues a mí me viene muy bien tener por aquí a un par de chismosos. Ahora, háblame de esa chica.

Frunció el ceño. Su humor pasó de sombrío a letal en un segundo.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué quería?

—Eso no es asunto tuyo.

—Pero podría serlo de Bourne, así que prefiero que me respondas.

Recordó las palabras de Bourne sintiéndose culpable: «Admito que si fuera mi hermana la que estuviera entre sus garras, consideraría hacer su voluntad».

—Lo que quería no tiene importancia. Lo que sí debes saber es que Knight la vio.

Un observador casual no hubiera reparado en la leve rigidez de la espalda de Chase.

—¿Y la reconoció?

—No. —«¡Gracias a Dios!».

Chase se dio cuenta de lo que callaba.

—¿Entonces?

—Ella le dejó intrigado.

—No puedo decir que me sorprenda. Lady Philippa es una mujer intrigante.

—Esa es una manera suave de decirlo.

No le gustó la comprensión que leyó en los brillantes ojos de su socio al escuchar esas palabras.

—¿Se lo has contado a Bourne?

No, y no sabía por qué. Bourne era considerado uno de los hombres más fríos y duros de Londres. Si pensara, aunque solo fuera por un momento, que Pippa corría peligro, destruiría la amenaza con sus propias manos.

Pero había prometido guardar el secreto y era un hombre de palabra.

«El mundo está lleno de mentirosos».

Las palabras le atravesaron como flotando en el viento. No había ninguna razón para mantener la palabra dada a la dama. Debería contárselo a Bourne y esperar a ver qué pasaba.

Sin embargo…

Pensó en la joven. En la expresión que mostraba esa misma noche, cuando sonrió feliz a la perra. Aquella sonrisa le hacía sentir calidez en su interior, incluso horas después. Le gustaba verla sonreír. Le gustaba observarla en cualquier situación.

«Pippa te gusta».

«¡Maldita sea!».

—Me encargué de ello.

—Te encargaste de ello… —repitió Chase después de permanecer en silencio un buen rato.

Cross tuvo que contener el impulso de apartar la mirada.

—La chica vino a buscarme a mí.

—Ese detalle es lo que sigo sin comprender.

—No es necesario que lo comprendas todo.

Chase curvó los labios con ironía.

—Aun así, suelo hacerlo.

—Esto no.

Chase lo estudió detenidamente, una larga batalla de voluntades.

—No, eso parece.

—¿Te callarás la boca y se lo ocultarás a Bourne?

—A no ser que él me lo pida —replicó, apoyando la espalda en el respaldo—. Además, si se lo cuento a Bourne, no ganaré la apuesta.

No debería intrigarle.

Pero estaba claro que haber rozado suavemente a Pippa y entrado en contacto con sus extrañas palabras, lo habían vuelto tan loco como estaba ella.

—¿Cuáles serían los términos?

—Cien libras a que ella es la mujer que rompe tu maldición.

«Mi maldición».

Hubo de recurrir a todo su control para no reaccionar a esas palabras. A la burla que contenían.

Vio arquearse de nuevo la ceja dorada.

—¿Quieres apostar?

—Yo no anoto mis apuestas en el libro —repitió. Las palabras se le escaparon con voz ronca.

Chase sonrió, pero no dijo nada. Él observó cómo se ponía en pie, estirando sus extremidades con elegancia.

—Una lástima… Me hubiera hecho rápidamente con cien libras.

—No sabía que necesitabas efectivo.

—No lo necesito. Pero me gusta ganar.

Cross no le respondió y le observó marchar. El sonido de la puerta de caoba cerrándose fue la única señal de que Chase había estado allí.

Cuando por fin salió, él soltó el aliento que estaba conteniendo.

«Debería haber aceptado la apuesta».

Chase podía saber casi todos los secretos de la sociedad londinense, pero había algo que estaba fuera de dudas; no volvería a abordar a Philippa Marbury.

No podía hacerlo.

—Pippa, tienes que probarte el vestido.

Las palabras de la marquesa de Needham y Dolby, entre excitadas e irritadas, le hicieron apartar la atención de lo que estaba mirando; la masa de cuerpos que entraban y salían de las tiendas de Bond Street. Aunque le gustaba mucho el escaparate de la tienda de madame Herbert, que ofrecía una espectacular vista del resto de la aristocracia mientras se ocupaba de sus asuntos diarios, no le interesaban demasiado las modistas. Al igual que los bailes, no formaban parte de sus pasatiempos favoritos.

Pero los vestidos de novia era lo que tenían, que debían ser confeccionados por una modista… Lo mismo que los ajuares.

Así que allí estaba, en la que seguramente era la visita más larga al taller de costura en toda su vida.

—¡Philippa! —Apartó la atención del grupo de hombres que había al otro lado de la calle, ante la entrada de *Boucher & Babcock's Tobacconist* y reaccionó al fuerte chillido de su madre en el interior del probador—. ¡Ven a ver a tu hermana!

Pippa se alejó del escaparate y atravesó las cortinas con un suspiro, como si se estuviera preparando para una dura batalla. El terciopelo todavía no había vuelto a su sitio cuando se detuvo en seco. Olivia estaba subida a una plataforma elevada, en el centro del probador... menuda, perfecta y vestida con el que debía ser el modelo más precioso jamás confeccionado.

—Olivia… —dijo en voz baja al tiempo que movía la cabeza—. Estás…

—¡Preciosa! —exclamó la marquesa, comenzando a aplaudir con júbilo maternal.

Olivia movió las faldas de precioso encaje color marfil y sonrió de oreja a oreja.

—Estoy absolutamente impresionante, ¿verdad?

—Sí, impresionante —convino ella. Después de todo era cierto. Pero no pudo contener el siguiente comentario—. Y muy modesta.

—¡Tonterías! —repuso Olivia mientras se estudiaba detenidamente en el espejo—. Si no puedes sincerarte en el probador de Herbert, ¿dónde vas a hacerlo? Los talleres de costura son lugares propicios para el cotilleo y la honestidad.

La modista, a la que todos consideraban la mejor de Gran Bretaña, tomó un alfiler que sostenía entre los labios y lo clavó en el corpiño del vestido antes de guiñarle un ojo desde detrás del hombro de Olivia.

—No puedo estar más de acuerdo.

Su hermana parecía incapaz de apartar los ojos de su propio reflejo en uno de los veinte espejos que cubrían las paredes de la estancia.

—Sí, así está perfecto.

Y, por supuesto, lo estaba. Pero Olivia no necesitaba que un vestido destacara su hermosura. La menor de las hermanas Marbury era preciosa y podría ponerse uno de los sacos de los establos de Needham Manor y seguiría siendo más hermosa que casi cualquier otra mujer en su mejor momento. No, no cabía duda de que dos semanas después, cuando Olivia y el vizconde Tottenham estuvieran en San Jorge, ante el altar, frente a toda la aristocracia de Londres, sería la novia más impresionante… y el tema de conversación de todos los presentes.

Ella, palidecería en comparación cuando desempeñara su papel en la doble ceremonia.

—Lady Philippa, Alys está esperándola.

La modista interrumpió sus pensamientos con el movimiento que hizo con su largo brazo, adornado con un acerico rojo en dirección a una joven ayudante que aguardaba junto a un biombo al final del probador, con un bulto de encaje y seda entre las manos.

Era su vestido de novia.

Sintió un retortijón en su interior y vaciló.

—Venga, Pippa, póntelo ya. —Olivia miró a la modista—. Espero que sea muy diferente, no me gustaría que nadie pensara que llevamos vestidos iguales.

Ella sabía a ciencia cierta que, aunque el vestido fuera una copia exacta, nadie la confundiría con la otra novia ese día que tan deprisa se acercaba.

Las cuatro Marbury mayores tenían también el cabello rubio, pero era de un tono ceniza apagado, su piel era demasiado sonrojada (Victoria y Valerie) o demasiado pálida (Penelope y ella), y sus cuerpos rollizos (Penelope y Victoria) o demasiado delgados (Valerie y ella). Sin embargo, Olivia era perfecta. Su pelo era dorado y brillaba bajo la luz del sol, su piel era clara y apenas ruborizada y no pecaba de ser un palo ni de tener demasiadas curvas. La suya era una figura hecha para lucir la moda francesa, y el modelo que había diseñado madame Herbert lo

demostraba.

Ella dudaba que la modista —aunque fuera la mejor de Londres— pudiera hacer lo mismo por ella.

Se pasó el vestido por la cabeza y el crujido de la tela resonó en sus oídos, apartando cualquier otro pensamiento. La joven ayudanta apretó y abrochó, abotonó y ató… y ella no pudo mantenerse quieta durante el proceso, consciente del áspero encaje sobre su piel y de la manera en que el corsé de ballenas amenazaba con asfixiarla.

Todavía no se había visto, pero el vestido no podía ser más incómodo.

Cuando Alys terminó su trabajo, hizo un gesto con la mano para que regresara al espacio central del probador. Por un breve instante, se preguntó qué ocurriría si en lugar de mostrarse ante la crítica mirada de su hermana, su madre y la más cotizada modista de Gran Bretaña, escapara por la trastienda hacia la puerta trasera.

Quizá fuera la manera de conseguir que Castleton y ella pudieran renunciar a una boda pomposa e ir directamente a la parte del matrimonio. Después de todo, eso era lo más importante, ¿o no?

—¡Va a ser la boda de la temporada! —alardeaba su madre al otro lado del biombo.

«Bueno, quizá la boda en sí fuera la parte más importante para las madres».

—Claro que sí —convino Olivia—. ¿No te lo había dicho, mamá? Con o sin el «desastre Penny», yo me casaría bien.

—Sí, cariño. Y siempre logras lo que te propones.

«¡La afortunada Olivia!».

—¿Milady? —La joven ayudanta parecía confusa. Ella imaginó que no todos los días las novias eran tan reacias a mostrar su vestido.

Salió de detrás del biombo.

—Bueno, aquí estoy.

—¡Oh! —Su madre casi se cayó al suelo desde el fastuoso sofá en el que estaba sentada, y el té se derramó al platito mientras se volvía a acomodar encima del brillante brocado color zafiro —. ¡Oh, bien! ¡Vas a ser una condesa la mar de elegante!

Ella miró a Olivia, situada más allá de su madre, que seguía dando órdenes a la más de media docena de costureras que, de rodillas a su alrededor, prendían alfileres en el ruedo del vestido y medían volantes y encajes en movimiento.

—Es muy bonito, Pippa. —Hizo una pausa—. No tanto como el mío, por supuesto…

Algunas cosas siempre eran igual. ¡Gracias a Dios!

—Por supuesto…

Las jóvenes ayudantes trabajaron en silencio mientras ella se pasaba la punta de los dedos por el corpiño, acariciando las blondas y franjas de seda.

—La seda está fabricada por gusanos —informó. Esos datos eran un extraño consuelo en ese momento—. Bueno, en realidad no es precisamente de los gusanos, sino de los capullos que forman. —Al ver que nadie respondía, bajó la mirada a las manos y continuó—. La *Bombyx Mori* se transforma dentro en una crisálida y, antes de que se forme la mariposa, obtenemos la seda.

Hubo un largo silencio que la obligó a alzar la vista. Todos los presentes la miraban como si le hubiera salido otra cabeza.

—Eres tan rara… —respondió su hermana.

—¿Quién puede pensar en gusanos de seda en un momento como este? —intervino su madre —. Los gusanos no tienen nada que ver con las bodas.

Ella pensaba que, por el contrario, era el momento ideal para pensar en gusanos. Gusanos muy trabajadores que habían abandonado la vida que conocían y todas sus comodidades a través de un capullo de hilo, donde se prepararon para una vida que no entendían ni podían imaginar, solo para ser interrumpidos a mitad de proceso para ser convertidos en un vestido de seda.

Sin embargo, imaginó que a su madre no le interesaría nada esa descripción, así que permaneció en silencio cuando la modista comenzó a prender los alfileres y el ceñido corpiño se ciñó todavía más. Después de un rato, tosió.

—Está demasiado apretado.

Madame Herbert no pareció escucharla, porque pellizcó otro poco de tela en su cintura y lo marcó con un alfiler.

—¿Está segura?

Ella intentó respirar de nuevo antes de que la modista la paralizara con su mirada.

—Sí, estoy segura.

«No tengo ninguna duda».

Luego la modista se echó a un lado y ella pudo verse en el espejo, donde se enfrentó a su futuro. El vestido era precioso. Se ajustaba a sus pequeños pechos y a su largo talle sin hacerla parecer un ave zancuda.

No, parecía una novia.

El vestido se volvía más apretado por momentos. ¿Era posible tal cosa?

—¿Qué le parece? —preguntó madame Herbert, observándola a su vez en el espejo.

Ella abrió la boca para responder sin saber bien qué decir.

—¡Le parece adorable, por supuesto! —chilló su madre—. ¡Las dos adoran sus vestidos! ¡Va a ser la boda de la temporada! ¿Qué digo? ¡La boda del siglo!

Su mirada se encontró con los ojos castaños de la modista.

—… y el siglo apenas ha comenzado.

Los ojos de madame Herbert chispearon por un instante, antes de que Olivia lanzara un suspiro de felicidad.

—Lo será, no hay duda. Y Tottenham no será capaz de resistirse a mí cuando lleve este vestido. Ningún hombre lo conseguiría.

—¡Olivia! —la reprendió la marquesa desde el sofá—. Eso es impropio de una dama.

—¿Por qué? ¿Acaso no es ese el objetivo? ¿Tentar a mi marido?

—¡A los maridos no se los tienta! —insistió la marquesa.

La sonrisa de Olivia se volvió más traviesa.

—Pues tú debiste tentar al tuyo bastantes veces, mamá.

—¡Oh…! —Su madre se derrumbó contra el sofá.

Madame Herbert se apartó discretamente de la conversación, al tiempo que hacía señas a las dos chicas que se ocupaban del dobladillo de su vestido.

Olivia la miró y le guiñó un ojo.

—Al menos cinco veces.

Ella no pudo resistirse a puntualizar.

—Cuatro. Victoria y Valerie son gemelas.

—¡Basta! ¡No puedo tolerarlo! —La marquesa se levantó y atravesó las cortinas para dirigirse a la tienda, alejándose de sus hijas y sus risas.

—Es un poco preocupante que tú puedas llegar a ser la esposa del Primer Ministro algún día —dijo Pippa.

Su hermana sonrió.

—Tottenham disfruta conmigo. Dice que todos los líderes europeos apreciarán mi exuberante personalidad.

Ella se echó a reír, feliz por la distracción que habían supuesto las palabras de su hermana para olvidar la inquietante imagen en el espejo.

—¿Exuberante personalidad? Menudo eufemismo más amable.

Olivia asintió con la cabeza al tiempo que hacía una seña a la modista.

—Madame —le dijo en voz baja—. Quizá ahora que no está mi madre, podríamos discutir algunos detalles para tentar a mi marido.

Pippa frunció el ceño.

—¡Olivia!

Su hermana hizo un gesto con la mano, descartando el tono de reprimenda, y continuó.

—Imagino que el ajuar que encargó mi madre rebosará algodón y metros y metros de lino, ¿verdad?

Madame Herbert curvó los labios con ironía.

—Tendría que revisar el pedido, pero conociendo las preferencias de la marquesa, no hay mucho material diseñado para tentar.

Su hermana esbozó su sonrisa más dulce y luminosa. Esa con la que se metía en el bolsillo a cualquier persona de la tierra; la que la convertía en la hermana Marbury preferida de toda Gran Bretaña.

—Pero, ¿podríamos cambiarlo?

—*Oui*. La lencería es mi especialidad.

Olivia asintió.

—Excelente. Las dos necesitamos lo mejor que tenga de lencería. —La señaló a ella con la mano—. Pippa más que yo.

Eso la hizo intervenir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Castleton parece un tipo que necesita señales indicadoras en su camino. —Su hermana miró a la modista—. Imagino que añadir señales no es una opción, ¿verdad?

La francesa se echó a reír.

—Me aseguraré de que encuentre el camino.

«Señales indicadoras». Pippa recordó cómo su mano se había encontrado con la de Castleton la noche anterior. Cómo le había sonreído y que ella no había sentido ni una pizca de tentación. Ni un leve indicio del conocimiento que estaba buscando.

«Quizá eres tú la que necesita señales indicadoras».

¿Cómo podía saberlo?

—Yo no me preocupo —se jactó Olivia. En cuyos ojos brillaba un conocimiento superior a sus años, bajando la mano con el anillo de rubí por el escote del vestido—. Tottenham no tiene dificultades para encontrar el camino. —Ella la miró boquiabierta. Esas palabras llenaban su mente de pensamientos que iban mucho más allá de besarse. Su hermana la miró y se echó a reír —. No es necesario que me mires tan sorprendida.

—¿Has…? —bajó la voz hasta que fue un susurro—. ¿Has hecho algo más que besarle? ¿Con lengua?

Su hermana sonrió y asintió con la cabeza.

—Ayer por la noche. También hubo besos, claro. Y mucha cantidad de lengua… por lugares muy interesantes. —Ella pensó que se le saldrían los ojos de las cuencas—. Por tu cara, imagino que no has tenido una experiencia similar.

«¡No!».

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Bueno, esa es la respuesta a mi pregunta —comentó Olivia, secamente, mientras se inspeccionaba una manga de encaje—. Me parece que de la manera normal. En lo que respecta a cuándo y dónde, te sorprenderías de lo ingenioso que puede llegar a ser un caballero inteligente y ansioso.

La pequeña Olivia, la más joven de las Marbury. Desflorada.

Lo que la convertía a ella en la única Marbury que seguía siendo… ¡virgen!

Olivia bajó la voz.

—Espero por tu bien que Castleton acabe teniendo algo de ingenio. Es una experiencia muy gratificante.

Ella meneó la cabeza.

—Tú no… —No supo cómo continuar.

Olivia la miró con sorpresa.

—De verdad, Pippa… Es perfectamente normal que las parejas comprometidas… experimenten. Todas lo hacen.

—¿¡Todas!?

—De acuerdo, al parecer no lo hacen *todas*.

Olivia se volvió hacia la modista para discutir sobre el diseño de su vestido, el corte de la tela o algo igual de absurdo, ignorando por completo los pensamientos que se agolpaban en su mente.

«Experimenten».

La palabra retumbó en su mente, y recordó su encuentro con el señor Cross. La noche anterior había planeado conseguir algún conocimiento antes del matrimonio, pues sabía que los encuentros con su esposo serían elementales, en el mejor de los casos.

Pero jamás habría supuesto que Olivia… que Olivia y lord Tottenham… habrían obtenido mutuo conocimiento… en el sentido bíblico.

Castleton ni siquiera había intentado besarla. Nunca. Ni una sola vez en los dos años que llevaba cortejándola. Ni en el último mes de cortejo formal, ni la noche anterior, en su baile de compromiso, ni siquiera después de que ella lo tocara. Y había tenido un montón de oportunidades para escapar con ella mientras estaban al fondo del salón de baile.

Pero no lo había hecho.

Y ella no lo había encontrado extraño.

Hasta ahora.

Cuando necesitaba más que nunca un poco de experiencia.

Y había perdido la oportunidad de obtenerla en una apuesta. ¡Una apuesta!

«No le pediré a ningún otro hombre que me ayude en mi investigación».

La apuesta resonaba en sus oídos como si hubiera pronunciado las palabras en voz alta, en ese mismo momento, en ese mismo lugar. Había apostado y perdido. Había dado su palabra. Pero ahora, con su corazón y su mente corriendo a toda velocidad, necesitaba encontrar una solución desesperadamente. Una cosa era que no tuviera la experiencia deseada su noche de bodas, y otra muy distinta que no tuviera la experiencia que se esperaba que tuviera.

Y faltaba muy poco tiempo para que estuviera casada. Captó su imagen en el espejo.

«¡Por el amor de Dios, si estás vestida de novia!».

Quedaba muy poco tiempo. Tenía que seguir investigando. Con o sin el señor Cross.

Quizá debería preguntar a Olivia.

Deslizó la mirada por la rosada sonrisa de su hermana… Brillaba de una manera que ella no

había visto antes, llena de conocimiento que ahora podía precisar.

Era preciso que actuara… De inmediato.

De pronto, la solución estuvo clara.

«Tengo que llegar a El Ángel».

Con aquella clara idea en la mente, miró a su hermana pequeña, hermosa con su vestido de novia.

—Me siento mal —anunció, y no era del todo falso.

Olivia se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Te sientes indispuesta?

Pippa negó con la cabeza y llevó las manos al estómago.

—Me siento muy mal… —Observó a las muchachas que la rodeaban, que se afanaban con su vestido como hormiguitas con una miga de dulce olvidada en un picnic.

—Pero, ¿y tu vestido? —Su hermana meneó la cabeza.

—Es precioso… muy elegante. Pero tengo que quitármelo. —Las chicas se miraron—. Ahora.

Tenía que seguir con una investigación. Una investigación muy apremiante.

Miró a madame Herbert

—No puedo quedarme. Regresaré en otro momento. Ahora me siento demasiado indispuesta.

La francesa la miró durante un buen rato.

—Por supuesto.

Olivia clavó en ella los ojos, con horror.

—Será lo mejor. Sea lo que sea, no quiero contagiarme.

Descendió de la plataforma y se precipitó detrás del biombo.

—No. No me gustaría que te sintieras…

Fue madame Herbert la que terminó la frase.

—¿Indispuesta?

Supuso que repetir la palabra resultaría extraño.

—Enferma —farfulló.

Olivia arrugó la nariz con insolencia.

—Por Dios, Pippa. Vete a casa. Pero ve en coche de alquiler. Mamá y yo necesitaremos nuestro carruaje para llevar los paquetes.

No esperó a que lo repitiera dos veces.

—Sí, creo que haré eso.

Por supuesto, no lo haría.

Se puso su vestimenta habitual, aseguró a su madre que no le pasaría nada en su regreso a casa y salió del taller de la modista con un destino claro e inequívoco.

Con la cabeza gacha y oculta dentro de la capa, se dirigió calle abajo por Bond y luego atravesó Picadilly, donde ella y su doncella subieron juntas a un carruaje de alquiler. Ella se deslizó en el asiento, se puso la capucha de la capa y pidió a la joven que guardara silencio antes de descender, sola, por la puerta contraria.

Caminó sigilosamente por un callejón que corría paralelo a St. James y contó los edificios… Uno, dos, tres… hasta que se detuvo en una pesada puerta de acero, que golpeó con breve y rápida firmeza.

No respondió nadie.

«Si la descubrían…».

Había un centenar de maneras de terminar esa frase, y sería mejor no fijarse en ninguna.

Volvió a golpear la puerta, ahora más rápido y fuerte.

Y después de lo que pareció una eternidad, se abrió una ranura oculta en el centro de la gran puerta de acero. Unos ojos negros se encontraron con los suyos y la irritación del poseedor se convirtió con premura en sorprendido reconocimiento.

—¿Qué demonios? —La voz quedó ahogada por el acero.

—Soy lady Philippa Marbury —anunció. Pero sus palabras se perdieron con el sonido de la ranura al cerrarse. Escuchó que se corrían varios cerrojos y el roce del acero sobre la piedra.

La puerta se abrió para mostrar una negrura abisal y al hombre más enorme y de aspecto más peligroso que hubiera visto nunca. Alto y ancho, con una cicatriz en el labio y la nariz abultada, señal de que se la había roto más de una vez.

—Soy… —titubeó con bastante incertidumbre.

—Ya sé quién es —repuso él lacónicamente—. Adelante.

—Yo no… —comenzó, aunque luego se detuvo—. ¿Quién es usted?

Él alargó una mano, una mano enorme, la agarró del brazo y tiró de ella hacia el club.

—¿No se le ha ocurrido que podría verla alguien? —dijo él, asomando la cabeza por la puerta y mirando a ambos lados con rapidez. Satisfecho de que no hubiera nadie a la vista, cerró la puerta, corrió los cerrojos y le dio la espalda para abrirse paso entre los cortinones hasta un vestíbulo elegantemente decorado—. ¿Para qué demonios pagamos a los porteros? ¿Por qué no se ocupa nadie de la maldita puerta?

—A estas horas del día no parece haber nadie que se encargue de la puerta —gritó ella desde la entrada.

El hombre enorme se volvió hacia ella con una mirada de curiosidad.

—¿Cómo sabe eso?

—Ya he estado aquí antes —repuso ella con sencillez.

Él meneó la cabeza con una irónica sonrisa.

—¿Y sabe Bourne que Penelope trae a su hermanita de excursión?

—Oh, me ha malinterpretado, no he venido con Penelope. Estuve aquí con el señor Cross.

Aquello hizo que el hombre retrocediera.

—¿Con Cross? —Pippa notó el cambio en su tono. La incredulidad, o tal vez algo más.

Asintió con la cabeza.

—Sí.

Él arqueó las cejas, negras como el carbón.

—Cross… —repitió— y usted.

Ella frunció el ceño.

—Sí. Bueno, no he venido con regularidad, pero a principios de semana tenía una buena razón para recurrir a él.

—Ya veo.

No le preguntó nada, pero ella respondió como si lo hubiera hecho.

—Sí. —Vaciló—. Aunque sería mucho mejor que no le dijera que estoy aquí.

Él la miró con cierto entendimiento.

—Sería, sí.

Demasiado entendimiento.

Le tendió la mano.

—Mucho me temo que me lleva ventaja, señor. No tengo el placer de conocerlo.

Él miró durante un buen rato sus dedos antes de clavar los ojos en los de ella, como si quisiera darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—Soy Temple.

El duque de Lamont.

«El asesino».

Dio un paso atrás y dejó caer la mano de manera involuntaria ante aquel pensamiento sin poder evitarlo.

—Oh…

Él curvó los labios en una sonrisa irónica.

—Ahora estará deseando no haber venido, ¿verdad?

Su mente se aceleró. Ese hombre no le haría daño. Era socio de Bourne; del señor Cross. Apenas era media mañana. La gente no resultaba asesinada en Mayfair a media mañana.

Y además, a pesar de todo lo que había oído decir sobre aquel hombre oscuro y peligroso, no existía ni una sola prueba de que hubiera hecho lo que se suponía que había hecho.

Volvió a tenderle la mano.

—Soy Philippa Marbury.

Él arqueó una ceja negra y estrechó los dedos con firmeza.

—Una chica valiente.

—No existe ninguna prueba de que sea lo que dicen.

—Con las murmuraciones es suficiente.

Ella sacudió la cabeza.

—Soy científica. Cualquier hipótesis resulta inútil sin pruebas.

Él alzó la comisura de los labios.

—Ojalá el resto de Inglaterra fuera tan minucioso.

Él le soltó la mano y sostuvo la cortina para que pasara a un corredor tan lujosamente decorado como el vestíbulo, con las paredes cubiertas de seda y terciopelo. Ella no pudo evitar alzar los dedos y tocarla.

—Bourne no está aquí —dijo él.

Sonrió.

—Ya lo sé. Se encuentra en Surrey, con mi hermana. No he venido a verlo a él.

Temple vaciló y detuvo las zancadas. Ella se tomó un instante para preguntarse cómo un hombre tan grande, uno que no era ajeno a la violencia y la brutalidad, podía moverse con tanta gracia y frenar su peso con tanta facilidad.

De pronto él volvió a andar, como si no se hubiera detenido.

—¿Y tampoco por Cross?

—No. Al parecer no disfruta con mi compañía.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas, y Temple la miró a los ojos.

—¿Le ha dicho eso?

Ella encogió los hombros, ajustándose las gafas.

—No con tantas palabras, pero dejó muy claro que no le interesaba ayudarme en mi proyecto, así que…

—¿Qué proyecto? —la presionó él.

«Cómo arruinarme». Pero no podía decirlo.

—Se trata de un trabajo de investigación en el que esperaba que él… me ayudara.

Temple sonrió.

—¿Y no puedo ayudarla yo?

Ella consideró su oferta durante un momento. Sin duda aquel hombre podría responder a todas sus preguntas, incluso más.

Pero no era Cross.

Se resistió a la idea y al malestar que la acompañaba en vez de concentrarse en el duque, que se volvió hacia ella casi distraídamente. Él abrió una de la interminable serie de puertas cerradas y se hizo a un lado para que ella entrara en una sala enorme. En el centro de la misma había dos mesas cubiertas con fieltro verde.

—No, gracias. Le prometí al señor Cross que no… —se interrumpió.

—¿Que no qué? —presionó él.

—Que no le preguntaría a otro hombre.

Él abrió los ojos como platos.

—Ahora estoy seguro de que se trata de una investigación fascinante.

Ella ignoró las palabras y se volvió hacia él. Se retorció las manos con nerviosismo al ver que él cerraba la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo.

—Pero él no dijo nada de las mujeres.

Vio que el duque se quedaba inmóvil.

—¿Cómo ha dicho?

Ella respiró hondo.

—Tengo que concertar una reunión con una de sus damas.

—¿De mis damas?

Ella movió la mano en el aire con gesto ausente.

—Sí, s*us,* en plural. Sus damas. —Al ver que él no respondía, intentó aclarar la cuestión—: con una de sus prostitutas.

Él permaneció en silencio durante un instante tan largo que ella se preguntó si la habría oído o no.

De pronto, el duque se echó a reír con resonantes carcajadas.

Pippa se preguntó si no habría cometido un grave error.

Capítulo 7

«Con el fin de producir seda de calidad, el fabricante de seda (Nota: sericultor) proporciona a los gusanos una cuidadosa dieta de hojas de morera, con la precaución de que ningún alimento extraño (e incluso olor) entre en contacto con sus criaturas. Una vez que comen hasta hartarse, los gusanos forman una crisálida, hacen girar los capullos y, al cabo de unos días, el sericultor interrumpe la incubación y detiene la aparición de la polilla para extraer los capullos de seda. No tengo intención de permitir que me ocurra lo mismo. Doy gracias a Dios por ~~las lagunas mentales~~ los pensamientos lógicos».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
25 DE MARZO DE 1831, ONCE DÍAS ANTES DE SU BODA.

La risa de Temple resonó en la estancia.

—¿Excelencia? —le apremió ella.

Él dejó de reír tan bruscamente como empezó. No respondió. Se limitó a pasar junto a ella para llegar hasta la biblioteca que dominaba el extremo más alejado de la habitación, donde se dedicó a husmear entre los libros durante un buen rato.

Estaba mandándola a casa. Parecía como si estuviera buscando un libro capaz de mantener a la extraña Philippa Marbury ocupada hasta que pudiera avisar de su presencia.

—No necesito un libro —aseguró ella—. Soy capaz de entretenerme sola.

Él no dijo nada.

—Por favor, no se lo diga a Bourne. Ni a mi padre.

Él deslizó un volumen con la cubierta de piel roja de uno de los estantes de arriba.

—¿Que no les diga qué?

La pregunta quedó olvidada cuando vio que se movía la pared, que giraba hacia dentro para revelar un abismal espacio negro.

Jadeó antes de acercarse a inspeccionarlo.

—Jamás…

Alargó la mano hasta el estante y se asomó a lo que parecía un pasillo sin fin. Le miró sin poder contener la sonrisa.

—¿Es un pasadizo secreto?

Temple sonrió.

—Sí, lo es.

Él le tendió una vela y puso el libro en su lugar, después la llamó desde el misterioso espacio. Antes de seguirle, ella leyó el título del libro que contenía aquel impresionante secreto.

Paraíso perdido.

Entró en la oscuridad.

«Como no».

Mientras Temple la conducía por el pasaje, a ella se le aceleró el corazón. Se sentía cada vez más excitada. Su ansiedad crecía de manera exponencial según se adentraba en las profundidades del edificio. No veía puertas y la pared se curvaba en lo que parecía un círculo enorme.

—¿Qué hay detrás de esta pared?

Temple no vaciló.

—Nada importante.

—Ya, claro. Me lo creo.

Él se echó a reír.

—Quizá Cross se lo enseñe algún día. O tal vez lo haga lady Bourne.

Pippa arqueó las cejas.

—¿Penelope lo sabe? —Resultaba difícil imaginar a su correctísima hermana explorando un pasadizo secreto en el interior de un notorio club de caballeros. Aunque si tenía en cuenta que estaba casada con uno de los propietarios… —. Por supuesto que lo sabe.

Por desgracia, no podía preguntar a Penelope al respecto sin despertar sus sospechas.

Bueno, más que sospechar, le daría un ataque de pánico si supiera que había estado allí.

Lo cierto era que no entendía que el pánico fuera necesario. Después de todo, si Penny conocía los secretos del club, ¿por qué no iba a hacerlo ella?

Porque allí no tenía nadie que la protegiera.

«Al menos nadie de verdad».

Después de lo que le pareció una eternidad, Temple se detuvo y puso la mano abierta sobre la pared. Como por arte de magia, se abrió una puerta invisible.

La ayudó a pasar a un cuarto, en la primera planta del club, y cerró la puerta a su espalda con un suave clic. Ella se giró para estudiar la pared y deslizó los dedos por el revestimiento de seda. Solo encontró la fisura porque sabía que existía. Cuando logró abrir otra vez la puerta secreta, miró a su acompañante con los ojos muy abiertos.

—¡Es increíble!

Él no respondió de inmediato, porque estaba mirando fijamente el largo pasadizo con la misma concentración que si lo viera por primera vez y por fin fuera consciente de que en el resto de los edificios no existían pasajes secretos, paredes curvas y hombres misteriosos.

—Sí que lo es, ¿verdad? —concluyó sonriente, como si acabara de comprender lo inusual que era.

—¿Quién lo diseñó?

Temple sonrió y sus dientes blancos brillaron en la habitación en penumbra.

—Cross.

Ella volvió a poner la mano en la fisura invisible que aparecía cuando se cerraba la puerta.

«No podía haber sido otro».

—¡Temple!

Aquel bramido la sorprendió pero Temple debía estar preparado, porque se limitó a abrirse paso a través de las cortinas de entrada a la estancia. Su movimiento le dejó ver una habitación monumental, que ella conocía, y… una oleada de furia francesa. El enorme hombre se limitó a levantar las manos en señal de rendición y accedió al salón de juego, pero fuera de la vista. Pippa asomó la cabeza para mirar.

Había una mujer en el extremo opuesto de la sala. Tenía la cara roja, el pelo peinado con raya al medio, lucía un delantal negro y… ¿llevaba un pescado en la mano? Lo cierto era que aquel extraño ser estaba maldiciendo como un marinero. Un marinero francés.

Tradujo mentalmente al inglés.

—Ese idiota de Irvington ha enviado un aviso de que va a traer a un grupo de amigos tan idiotas como él a cenar. ¡Ha osado decirme cómo debo preparar el pescado! ¡A mí, que he cocinado para un rey! ¡Ese idiota debería ponerse de rodillas y dar gracias a Dios de que me digne a cocinar para alguien como él!

Pippa tenía la certeza de que el tal Irvington no era el primer hombre idiota. Ni el primer

insensible. Ni tampoco el primer ingrato.

—Bueno, Didier… —intentó tranquilizarla Temple en perfecto francés, con la voz tan baja y suave como si estuviera hablando con un animal salvaje.

Y quizá sí que lo estaba haciendo.

—Le enviará un mensaje a ese… a ese cretino… y le dirá que si no quiere el pescado como yo lo voy a cocinar, puede buscarse otro pez, otra cocinera y… ¡otro club!

Las últimas palabras hicieron que se estremecieran hasta las vigas de la habitación.

A unos cuantos metros de donde estaba la extraña mujer, se abrió la puerta del despacho del señor Cross.

—¿Qué demonios ocurre aquí?

Ella contuvo el aliento cuando vio que aparecía aquel hombre alto, desgarbado y sin afeitar. Iba en mangas de camisa, con los puños doblados y dejaba al descubierto sus antebrazos, largos y delgados, con los músculos marcados y perfectamente amoldados a los huesos. Se le secó la boca de golpe. Jamás había pensado que esa parte del cuerpo resultara demasiado interesante, pero también era cierto que no todos los días se podía contemplar semejante espécimen.

Sí. Lo que le interesaba era la anatomía. Los huesos.

«El radio. El cúbito».

Pensar en los huesos ayudaba.

La cocinera agitó el pescado.

—¡Espero que a Irvington no se le ocurra criticar mi salsa especial! ¡No reconocería cuál es la apropiada ni aunque la llevara en el bolsillo!

Cross puso los ojos en blanco.

—Didier, regresa a la cocina y prepara el pescado como quieras. Irvington comerá lo que le digamos que coma.

La cocinera abrió la boca.

—Ese hombre tiene el paladar de una cabra —murmuró.

—Engullirá lo que le sirvamos y reconocerá que jamás ha probado nada mejor —apostilló Temple, sonriendo antes de abrir los brazos—. Aunque bueno, por la salud de todos espero que no le sirvas *poisson en papier maché*.

La mujer sonrió.

—Ese tipo no me gusta nada.

—Ni a mí, pero a él y a sus amigos le gusta perder, así que le permitiremos seguir viniendo… a pesar de su mal gusto —intervino Cross.

La pelea culinaria parecía haber terminado.

—De acuerdo —se rindió la cocinera, blandiendo el pescado en la mano—. Cocinaré esto.

—Quizá sería mejor que no prepararas justo ese —dijo Cross con ironía.

Pippa se echó a reír, olvidándose de que estaba escondida. Olvidándose de que el sonido flotaba claro y alto en la enorme habitación. Los ojos grises de Cross la localizaron en el acto. Ella volvió a esconder la cabeza y apretó la espalda contra la pared, con el corazón en un puño.

—Tranquilo, Cross —escuchó decir a Temple en el salón de juego.

No hubo respuesta. Se esforzó por oír lo que ocurría a continuación, aproximándose más a la cortina. Necesitaba saber si él la había visto, si se había fijado en ella.

Solo había silencio… Y parecía durar una eternidad.

Por fin, incapaz de reprimirse más, echó una mirada al otro lado de las cortinas.

Descubrió que el señor Cross estaba a solo unos centímetros de distancia, esperando con los brazos cruzados a que ella asomara la nariz.

Se sorprendió tanto por su cercanía que dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—Hola…

Lo vio arquear una ceja pelirroja.

—Hola.

Pippa dio un paso adelante para enfrentarse a él, retorciendo las manos por la ansiedad. Temple y la cocinera los miraban con suma curiosidad, como si pensaran que aquella confrontación era más extraña que ver a una cocinera francesa blandiendo una trucha en el salón de juego.

Pues bien, no lo era.

Y ella lo sabía con absoluta certeza.

Sostuvo la fría mirada gris del señor Cross y esperó a que fuera él quien hablara.

No lo hizo.

Bien… podía esperar. Ya lo había hecho antes.

Pero, después de lo que pareció un cuarto de hora, ya no pudo soportarlo más.

—Imagino que estará preguntándose por qué estoy aquí.

—Comienza a parecer una acosadora, lady Philippa.

Ella se irguió en toda su altura.

—No estoy acosándole.

—¿No? Primero fue mi despacho, luego su balcón, ahora mi club… Concretamente un rincón oscuro de mi club. Si eso no es acosar…

—El balcón era mío —hizo notar ella—. Así que si alguien acosó allí, fue usted.

—Mmm… —Lo vio entrecerrar los ojos—. Quizá le gustaría explicar esta situación.

—Estaba cerca —explicó ella—. Me refiero a muy cerca del club, no del rincón. Sin embargo, me figuro que podía decir que estar cerca de uno es estar cerca del otro. Aunque supongo que el concepto de cercanía es relativo para cada uno. Al menos racionalmente.

Temple resopló a distancia.

—Será mejor que nos dejes a solas —indicó Cross a su socio, sin apartar la mirada de ella—. Antes de que la tome contigo por haberla dejado entrar.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que la dejara en el callejón, golpeando la puerta, hasta que alguien la viera? —El tono de Temple fue ligero y burlón. Absolutamente fuera de lugar en aquella tensa situación—. Además, no está aquí por ti.

La mirada de Cross se oscureció al escuchar esas palabras. A ella se le desbocó el corazón; estaba furioso. Se alejó de él sin poder evitarlo. Giró en el pequeño espacio, pero él la siguió, haciéndola retroceder y dejando que las cortinas cayeran tras ellos, sumiéndolos en la oscuridad. Estaban a pocos metros de los demás, sin embargo su pulso se incrementó todavía más cuando él empezó a hablar en un tono amenazador y tenebroso.

—¿A qué ha venido?

Ella alzó la barbilla.

—No es… —se aclaró la voz—. No es asunto suyo.

Él contuvo la respiración y no dijo nada durante un buen rato. Parecía que le había pillado por sorpresa.

—¿Hicimos, o no, una apuesta?

—La hicimos.

Él alzó la mano y la apoyó en la pared, justo al lado de su cabeza. Aquel antebrazo desnudo suponía toda una distracción.

—¿Me equivoco al recordar que se comprometió a mantenerse alejada de hombres que no

fueran su prometido?

No le gustó ni un pelo su tono de voz.

—No, no se equivoca.

Él se cernió sobre ella. Ahora estaba demasiado cerca y ella no pudo evitar posar la mirada en el cuello abierto de la camisa, donde debería haber una corbata que, por supuesto, no se había puesto. Se sintió irracionalmente atraída por aquel triángulo de piel salpicado de vello. Quería tocarlo.

—Explíqueme entonces, ¿qué demonios hace con Temple?

La ira contenida del señor Cross la hizo salir de su ensimismamiento. Era palpable en su voz, baja y perturbadora.

Trató de pensar, algo casi imposible en aquel espacio tan oscuro con él tan cerca.

—Él me abrió la puerta.

—Como se le haya pasado por la cabeza olvidar nuestra apuesta, me encargaré de que Dios, Bourne y su padre la mantengan a raya. Y en ese orden.

—No me sorprende en lo más mínimo que se crea con poder sobre el Todopoderoso —replicó ella.

Cross parecía a punto de asesinar a alguien.

—Cross —llamaron desde detrás de la cortina. Temple acudía en su rescate.

«Salvada». Ella soltó el aliento, aliviada.

Cross giró la cabeza, pero no se movió del lugar donde la aprisionaba contra la pared.

—¡Déjanos en paz!

Temple apartó de las cortinas, permitiendo que la luz iluminara el oscuro espacio.

—No creo que sea una buena idea. La dama no ha venido a verte a ti.

Cross regresó al salón en cuestión de segundos.

—Lo que te aseguro es que no está aquí por ti.

Ella se estremeció al escuchar sus palabras. Parecía como si la estuviera protegiendo, como si estuviera dispuesto a luchar por ella.

«Fascinante…».

Contuvo el aliento mientras observaba cómo se desplazaba, con rápidos y precisos movimientos, hasta quedar a escasos centímetros de su socio. Cross alto, delgado con tensos músculos prominentes, y Temple, algo más bajo pero mucho más ancho, que sonreía burlón.

—No. Es cierto —aseguró Temple—. Ha venido en busca de otra persona.

Cross la miró por encima del hombro, lanzando chispas por los ojos.

—Solo me quedan once días —se disculpó ella, dispuesta a exponer su propósito. Estaba segura de que él entendería que se hallaba en una situación crítica.

—Quizá te apetezca escoltarla —intervino Temple.

Al escuchar aquellas palabras, Cross puso los ojos en blanco y ella sintió el repentino e irracional deseo de tocarle, como si así pudiera conseguir volver a percibir sus emociones. Una locura. No era eso lo que ella quería, las emociones no eran su objetivo.

Ella buscaba conocimiento.

Y de todas maneras, tampoco hubiera podido hacerlo, porque él ya se había girado y empujaba a Temple para que se apartara de su camino; regresaba a su despacho.

Le siguió como si no pudiera hacer otra cosa.

—¿Eso es todo?

—Usted no es asunto mío —aseguró él, girándose hacia ella cuando llegó a la puerta.

Ella sintió que la atravesaba una descarga de algo muy parecido al dolor al escuchar sus

palabras. Se frotó el pecho sin pensar.

—Tiene razón. No soy asunto suyo.

Él ignoró el último comentario.

—No pienso ser su guardián. De hecho, tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

Abrió la puerta de su oficina sin intentar ocultar en ningún momento a la mujer que le aguardaba en el interior.

Una mujer muy hermosa, de cabello negro, ojos oscuros, labios muy rojos y una sonrisa que era escandalosa por derecho propio. Pippa dio un paso atrás con la mirada clavada en la mujer mientras se daba cuenta de algunas realidades que había pasado por alto durante los últimos minutos; él estaba sin afeitar, tenía la camisa arrugada y había abierto la puerta de mal humor, como si la cocinera hubiera interrumpido algo muy importante.

Un momento antes, Cross estaba dentro de su despacho con esa mujer que le sonreía como si fuera el único hombre en la tierra… y ella la única mujer.

Como si estuvieran a punto de encargarse de repoblar el planeta.

Tragó saliva.

—Entiendo…

—Estoy seguro de que lo hace —repuso él con una sonrisa burlona.

Ella dio otro paso hacia atrás antes de que él cerrara la puerta.

—Jamás te había visto tratar así a una mujer —comentó Sally Tasser, doblando las piernas para sentarse sobre ellas en el enorme sillón de orejas mientras Cross se paseaba por delante de ella.

Él ignoró sus palabras y la pizca de culpa que las acompañó.

—¿Por dónde íbamos?

«¿Qué hacía Pippa allí?». ¿Cómo se había atrevido a interpretar que haber hecho una apuesta con él le daba permiso para invadir su espacio cada vez que quisiera?

La prostituta permaneció en silencio mientras le miraba, arqueando las cejas con incredulidad.

—Tengo trece chicas, todas están incluidas en esta lista —indicó señalando el papel. Hizo una pausa—. ¿Quién es esa joven?

«La tentación hecha carne… enviada para destruirme».

—¿Son todas de confianza?

«¿Qué demonios estaba haciendo Pippa con Temple?».

—Saben que cumples lo que prometes. —Otra pausa—. Al menos, lo que prometes a las meretrices.

Él se giró para mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—Que con mis chicas siempre has sido un auténtico caballero. Sin embargo, esta tarde has ofendido gravemente a una dama.

Él se resistió a aceptar la verdad que contenían sus palabras.

—¿Desde cuándo sientes simpatía por las damas?

—Desde que vi a una con la misma expresión que si hubieras matado a su perro.

Aquella referencia perruna le hizo recordar la conversación de la noche anterior sobre la petición de Castleton y las dudas que tenía Pippa para poner nombre a su perra. Recordó la manera en que curvaba los labios al pronunciar cada palabra mientras intentaba explicarle sus reticencias.

Recordó que toda aquella conversación le había hecho desear llevársela muy lejos de allí y convencerla de que sería una equivocación que se casara con Castleton. Pero a Sally no le dijo nada de eso, claro está.

—Quiero a los cincuenta clientes más importantes de Knight. No puede faltar ninguno.

La mujer le miró con franqueza.

—Los tendrás. ¿Acaso te he fallado en alguna ocasión?

—Nunca, pero siempre hay una primera vez para todo.

—¿Qué tiene contra ti?

Él sacudió la cabeza.

—Eso da igual.

Ella sonrió; apenas una mueca sin humor.

—Supongo que tiene algo que ver con que esté presumiendo de que está a punto de casar a su hija con un conde.

Cross le lanzó su mirada más sombría.

—No voy a casarme con su hija.

—Eso es lo que tú crees. La chica estará aquí dentro de cinco días y, cuando llegue, su padre va a usar todas las armas a su alcance para que la desposes. —Como él no respondió, continuó —. ¿Acaso no lo crees? Knight es así.

—No voy a casarme con su hija —repitió.

Sally le lanzó una mirada penetrante antes de añadir algo.

—Esa noche trabajaré en la sala de juego. Si entra alguien con el bolsillo lleno, le deslizaré una invitación al Pandemónium yo misma. —Señaló la puerta con la cabeza—. Ahora, háblame de esa joven.

Cross se obligó a sentarse y malinterpretó su pregunta a propósito.

—No conozco a Meghan Knight. Pregunta a su padre por ella.

Sally sonrió con ironía.

—Cross, ¿de verdad te vas a hacer el tonto?

Él resistió la urgencia de pasarse las manos por el cabello, y se limitó a reclinarse en la silla; la pura imagen del control. Pippa Marbury era mucho más de lo que un hombre decente podía manejar.

«Y tú hace mucho tiempo que has perdido de vista la decencia».

—Es alguien que no debería estar aquí.

«Deberías haberle prohibido la entrada».

Sally se rio.

—Eso no hace falta que lo digas. Sin embargo, aquí está.

—Le gustan las aventuras.

—Bueno, si es eso lo que quiere, está acercándose al árbol equivocado.

Cross no respondió; lo sabía mejor que nadie.

—¿Estás tratando de mantenerla alejada de ti?

¡Dios, sí! No la quería allí. No quería que tocara sus pertenencias, que dejara su huella en su despacho, que le tentara… No quería que amenazara su santuario ni que iluminara su oscura guarida con su luz.

—Trato de mantenerla alejada, en general.

Sally se inclinó hacia él.

—No es tu amante.

—¡Por supuesto que no!

La meretriz arqueó una ceja, negra como el carbón.

—En esos temas nunca se puede suponer nada. Quizá me lo creyera si no le hubiera visto la cara.

—Es posible que le deba una disculpa, pero eso no la convierte en mi amante.

Sally sonrió.

—¿Es que no lo ves, Cross? Que pienses que le debes una disculpa, es lo que la hace estar más cerca de convertirse en tu amante que el resto de las mujeres. —Hizo una larga pausa antes de seguir hablando—. De todas maneras, incluso aunque no hubieras dicho eso, con ver la cara de la chica sería suficiente.

—Acudió a mí para pedirme ayuda sobre un tema.

Un tema ridículo, pero eso no era necesario que Sally lo supiera.

—Es posible que te haya pedido ayuda con un tema —comentó la prostituta con una risita conocedora—, pero quiere tu ayuda para algo distinto.

Cross entrecerró los ojos.

—No sé a qué te refieres.

—A sexo —dijo ella sucintamente, como si estuviera hablando con un niño. Un niño inocente a pesar de los años que tenía—. Esa chica se ha dado cuenta de lo que soy. Sabe a qué me dedico. Y estaba celosa.

Él la miró a los ojos, pero solo pudo ver los enormes y sorprendidos iris de Pippa, más grandes detrás del cristal de las gafas.

—No tiene motivos para estar celosa.

—Lamentablemente, es cierto. —Sally frunció los labios en un mohín perfecto y se apoyó de nuevo en el respaldo—. Pero ella no lo sabe.

Él se sintió frustrado.

—Me refiero a que no estaba celosa.

—Claro que lo estaba —aseguró Sally con una sonrisa—. Te desea.

—No. Quiere que la ayude con cierta… —Vaciló, buscando la palabra correcta—. Investigación.

Sally soltó una carcajada, larga y sonora.

—No me cabe duda.

Él se dio la vuelta para tratar de alcanzar una carpeta que no necesitaba.

—Hemos terminado.

Ella suspiró y se puso en pie para aproximarse al escritorio.

—Dime, ¿lo sabe?

Cerró los ojos con frustración.

—Si sabe, ¿qué?

—Que jamás te tendrá.

—Se va a casar con un conde dentro de una semana.

«Y aunque no fuera así, es demasiado buena para mí».

—Los compromisos se pueden romper.

—Había olvidado lo cínica que puedes llegar a ser.

—Gajes del oficio. —La vio dirigirse hacia la puerta, pero se giró y le miró antes de abrirla—. Deberías decírselo antes de que enferme por un amor no correspondido.

Él no dijo nada.

—Mañana te digo algo de la lista —se despidió ella, después de unos segundos.

—Gracias.

Ella asintió, abrió la puerta y comenzó a salir. De pronto, le miró por encima del hombro con una sonrisa jugueteando en aquellos labios intensamente rojos.

—¿Dejo pasar a tu próxima cita?

Cross supo lo que iba a encontrarse cuando miró a través de la puerta.

Philippa Marbury estaba sentada en uno de los altos taburetes de los *crupieres*, a menos de cinco metros, mordisqueando un sándwich.

No tenía intención de levantarse, pero lo hizo, y rodeó su escritorio tan deprisa como si le persiguiera un animal salvaje.

—¿Quién le ha dado de comer?

Claro que la habían alimentado. Seguramente era cosa de Didier, que tenía debilidad por cualquier paloma mancillada que llegara a las cocinas de El Ángel.

Aunque Philippa Marbury no era una paloma mancillada.

«Todavía».

Y no lo sería si él podía evitarlo.

—Su cocinera ha sido tan amable de prepararme un sándwich mientras esperaba. —La vio enderezar la espalda y ofrecerle el plato—. Está delicioso, ¿quiere un poco?

«Sí, Dios Santo, ¡quería un poco!».

—No. ¿Por qué le ha dado de comer?

—Estoy a punto de convertirme en crisálida.

Él miró desesperado hacia el techo, como pidiendo ayuda al cielo.

—¿De cuántas maneras debo decirle que no me interesa ayudarla a salir de ese capullo en particular?

Ella le miró boquiabierta.

—Ha hecho referencia a la metamorfosis.

Aquella mujer iba a volverle loco.

—Ha sido usted la que lo mencionó primero. Bien, ¿le he dicho, o no, que se vaya a su casa?

Ella sonrió. Una amplia y encantadora sonrisa que él hubiera deseado que no le gustara tanto.

—En realidad no me ha dicho eso. De hecho, se lavó las manos con respecto a mí.

Se planteó sacudir a aquella exasperante mujer.

—Entonces, podrá explicarme qué hace aquí, esperándome.

Ella ladeó la cabeza para observarle como si fuera un extraño espécimen conservado en un bote de cristal en la Real Sociedad Entomológica.

—Oh, ha malinterpretado mi presencia. No estoy esperándole.

«¿Qué demonios? Por supuesto que estaba esperándole».

Pero no lo hacía. La vio ponerse en pie, aproximarse a él para dejarle el plato con el sándwich a medio comer entre las manos y concentrarse en Sally

—Estoy esperándola a usted.

Sally le miró a él con rapidez, sin saber muy bien cómo proceder.

Pippa no pareció notar el intercambio de miradas, porque se acercó a la meretriz con la mano tendida.

—Soy lady Philippa Marbury.

«¡Maldita fuera!».

Él habría dado gustoso la mitad de su fortuna por hacer retroceder el tiempo al instante anterior a que Pippa le decía su nombre a Sally. Uno jamás podía estar seguro de en qué momento podía reconsiderar sus lealtades una madame, y el conocimiento era poder.

Sin embargo, en ese momento, Sally dejó a un lado la sorpresa y estrechó la mano que Pippa le tendía.

—Sally Tasser.

—Encantada de conocerla, señorita Tasser —dijo Pippa como si estuviera presentándose a una

debutante en un salón de té, en vez de a una de las meretrices con más experiencia de Londres, en una casa de juego—. Me pregunto si dispone de un momento para responder a algunas preguntas.

Sally parecía estar divirtiéndose.

—Creo que sí, milady.

—¡Oh, no es necesaria tanta seriedad! —Pippa sacudió la cabeza—. Llámeme Pippa, por favor.

«Sobre mi cadáver en descomposición».

—Existen muchas razones para ser serios. —Dio un paso y se colocó ante Sally—. Bajo ninguna circunstancia te dirijas a la dama sin la deferencia apropiada.

Pippa frunció el ceño.

—Disculpe, señor Cross, pero en esta conversación sobra.

Él le lanzó su mirada más intimidadora.

—Le aseguro que no.

—¿Estoy en lo cierto al entender que no tiene tiempo ni ganas de hablar conmigo en estos momentos?

Ahora le había pillado.

—Sí.

—Ahí tiene —dijo ella tan ufana—. Dada la situación, creo que pondré en marcha mi investigación ahora, sin usted.

La vio darle la espalda.

—Veamos, señorita Tasser, ¿es cierta mi intuición de que usted es prostituta?

Pronunció la palabra como si la dijera varias veces al día.

—¡Dios mío! —Cross lanzó a Sally una mirada de advertencia—. No respondas.

—¿Por qué? —Pippa sonrió a la otra mujer—. No es nada de lo que deba avergonzarse.

Incluso Sally arqueó las cejas al oírla.

«Tengo que estar soñando».

Pippa continuó.

—No lo es. De hecho, he estado investigando y la palabra aparece en la Biblia. En el Levítico y, francamente, si algo está en los textos sagrados, creo que se puede repetir en una charla con la compañía adecuada.

—No creo que yo sea una compañía adecuada —señaló Sally con mucha prudencia, pensó él.

Pippa sonrió.

—Eso en realidad no importa… Es la compañía adecuada para mis propósitos. Imagino que será buena en su profesión, dado que es muy hermosa y parece saber cómo mirar a un hombre para que él crea que está enamorada de él. La veo muy ardiente.

Tenía que detener eso ahora mismo.

—¿Por qué no puede ser que Sally esté enamorada de mí?

Esa no era la mejor manera de detenerla, eso estaba claro. ¡Maldición!

Pippa lo miró por encima del hombro antes de volver a concentrarse en Sally.

—¿Está enamorada de él?

Sally envolvió a Pippa con su mirada más ardiente, haciéndola reírse entre dientes.

—Nunca pensé que lo estuviera. Esa mirada es… es perfecta.

Sally le miró por encima de Pippa con una chispa de humor en sus ojos.

—Gracias, milady.

Bueno, al menos había usado el título adecuado.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó Pippa. ¡Como si no lo hubiera sido durante los últimos cuatro días! ¡Como si no lo fuera siempre!

—Por favor —dijo Sally.

Aquello comenzaba a írsele de las manos. Tenía que detenerlo.

—No —las interrumpió, colocándose entre ambas mujeres—. Nadie va a hablar con sinceridad. Al menos, Sally no lo va a hacer.

—No me importa hablar con la dama, Cross —aseguró Sally, aunque a él no se le escapó el tono irónico de su voz.

—No me cabe la menor duda —respondió él—. Sin embargo no lo harás. Estoy seguro de que tienes que ir a algún sitio en este mismo momento.

—Tonterías —protestó Pippa, apartándolo de su camino con un codazo que, de hecho, lo movió—. La señorita Tasser acaba de decirme que puede dedicarme unos minutos —aseguró mirándolo sin parpadear desde detrás de los cristales—. Adiós, señor Cross.

Sally estalló en carcajadas.

Pippa se volvió hacia la prostituta y la tomó del brazo para alejarse de él, en dirección a la entrada del club. Iban a marcharse. Pippa iba a pisar St. James en mitad del día junto a una meretriz.

—Me pregunto si estaría dispuesta a enseñarme cómo hacerlo.

—¿Cómo hacer qué? —Él no había querido repetirlo en voz alta.

Aunque Pippa le ignoraba, respondió a la pregunta.

—A echar esas miradas ardientes. Verá, voy a casarme dentro de once días. Bueno, un poco menos, y necesito…

—¿Seducir a su marido? —preguntó Sally

Ella asintió.

—En realidad sería eso. Aunque también necesito de su evidente conocimiento sobre otros asuntos relativos al… matrimonio.

—¿A qué asuntos se refiere?

—A los relacionados con la procreación. He descubierto recientemente que lo que creía que sabía sobre los mecanismos del acto son… mmm… muy improbables.

—¿Improbables? ¿A qué se refiere?

—Para ser sinceras, pensaba que se trataba de algo similar al acoplamiento de los animales.

—Milady —replicó Sally con ironía—, mucho me temo que a veces no difiere demasiado.

Pippa reflexionó sobre las palabras durante un rato.

—¿De verdad?

—En general, los hombres son criaturas elementales —aseguró Sally con demasiada sinceridad—. Cuando quieren serlo, son bestias.

—¡Bestias salvajes!

—Ah, veo que me entiende.

Pippa ladeó la cabeza.

—He leído algo sobre el tema.

Sally asintió.

—¿Textos eróticos?

—En realidad en el libro litúrgico de la Iglesia Anglicana. Pero quizá pueda recomendarme algún texto erótico.

¡Ya era suficiente! Cross había llegado al límite de lo que podía soportar.

—¿No perdió una apuesta conmigo en la que se prohibía justo esa clase de interacción? —Las

palabras fueron duras y crueles; no le importó demasiado. Se volvió hacia Sally—. Lárgate ya.

Pippa alzó la barbilla, algo que él estaba a punto de considerar su gesto más irritante.

—Le prometí no preguntar a otros hombres, pero en la apuesta no mencionamos nada relativo a las mujeres.

Él abrió la boca, pero la cerró sin replicar nada.

La vio asentir con orgullo antes de que volviera a centrar su atención en Sally.

—Señorita Tasser, por lo que veo, imagino que está plenamente capacitada… O al menos eso parece pensar el señor Cross.

¿Es que se había vuelto loca?

—Cross y yo, por desgracia, jamás hemos hecho… negocios —confesó Sally.

Pippa la miró boquiabierta.

—Entiendo —la oyó decir, aunque era evidente que no entendía nada—. Debe ser discreta al respecto, por supuesto. Apreciaría mucho su guía. Incluso estaría encantada de pagar sus enseñanzas —añadió—. ¿Podría tener la amabilidad de visitarme en mi casa?

Cross supo que antes estaba equivocado; ese sí era el límite de lo que podía soportar.

Pippa no iba a aprender nada de Sally, eso por supuesto, pero tampoco lo haría de Temple. Ni de Castleton ¡maldición!, daba igual que fuera su prometido.

De hecho, quería que no la tocara nadie.

«Que no la tocara nadie si él no podía».

Alargó la mano hacia Pippa y la tomó del brazo, alejándola de Sally y de cualquier dirección escandalosa que estuviera dispuesta a seguir. Ignoró su grito de indignación mientras se permitía disfrutar de su contacto.

—Sally, ha llegado el momento de que te vayas. —Miró a Pippa—. Y usted… A mi despacho, antes de que alguien descubra que está aquí.

—El club está cerrado, ¿quién va a verme?

—¿Su cuñado, quizá?

Ella permaneció impasible.

—Bourne y Penelope están pescando. Se marcharon hoy a Falconwell y no volverán hasta mañana.

—¿Pescando?

Ni siquiera aunque tuviera una eternidad para conseguirlo, podía imaginarse a Bourne a la orilla de un lago… pescando.

—Sí. Han pescado juntos muchas veces. No sé por qué le sorprende tanto.

—Qué trágico resulta ver a un canalla del nivel de Bourne convertido en un pusilánime —murmuró Sally al tiempo que movía la cabeza.

Pippa la miró fijamente.

—Imagino que quizá la mayoría de la gente opine eso, pero mi hermana parece muy feliz.

—Sin duda lo estará. Bourne siempre ha sabido hacer feliz a una mujer.

Él observó que Pippa asimilaba las palabras durante un buen rato.

—¿Está diciendo que usted y… Bourne…?

—No quiere decir nada semejante. —Lanzó a Sally una mirada de advertencia—. Largo.

La meretriz ladeó la cabeza con un brillo cruel en sus ojos.

—Me temo que no puedo *largarme*, Cross. Pienso darle a la dama la información que me solicita.

Gracias a Dios, Pippa pareció olvidar su pregunta sobre Bourne.

—Es muy amable al pensar en mí.

Sally Tasser había pasado demasiado tiempo en las calles para poder ser considerada una mujer amable. Jamás hacía nada de lo que no pudiera sacar algo ventajoso. La única razón por la que quería ayudarle a hacer caer a Knight era porque El Ángel le había ofrecido el triple de lo que cobraba de su actual benefactor.

Él se aseguró que entendiera lo que pensaba con la mirada que le lanzó.

—Sally ya se marcha, lady Philippa.

Las palabras sonaron más bruscas de lo que pretendía, pero es que un hombre solo podía aguantar la presión hasta cierto punto.

Durante un momento, le pareció que las dos mujeres iban a discutir con él. Después, Sally sonrió, ladeó la cabeza y le brindó su sonrisa más recatada.

—Bueno, pues alguien debería solucionar las dudas de la dama.

—Yo lo haré —repuso antes de poder contener las palabras.

Sally le miró muy complacida.

«¡Maldita sea!».

No existía nada que le apeteciera menos que responder a las preguntas que Philippa Marbury habría recopilado para realizar a una prostituta.

Pippa entrecerró los ojos.

—Mmm… No sé…

—Cross está capacitado —aseguro Sally, zafándose de Pippa antes de seguir hablando en tono bajo y ronco como si estuviera ronroneando—. Estoy segura de que conoce todas las respuestas a sus preguntas.

La joven le miró vacilante, lo que hizo que él quisiera demostrarle que Sally tenía razón más que de sobra en ese momento.

La prostituta notó su cambio de actitud, porque se volvió hacia él con una sonrisa tan brillante como sabia.

—¿A que tengo razón, Cross? Estoy segura de que no necesitas mi ayuda, ¿verdad?

—Seguro que no —replicó él, sintiéndose tan inseguro como parecía estar Pippa.

—Estupendo. Entonces nos veremos mañana, como habíamos quedado.

Él asintió.

Sally miró a Pippa.

—Ha sido un placer conocerla, lady Philippa. Espero que tengamos ocasión de volver a vernos.

«No la habrá si yo tengo algo que decir al respecto».

Una vez que Sally desapareció por el oscuro pasillo hacia la entrada trasera del club, él se volvió hacia Philippa.

—¿En qué estaba pensando para abordar a una prostituta en el interior de una casa de juegos?

Hubo un largo silencio en el que se preguntó si ella no respondería, lo que no sería para nada terrible; ya había tenido suficiente locura por un día.

Pero respondió, con los ojos muy abiertos y en voz alta, avanzando hacia él y acorralándolo en el salón de juego.

—Me parece que no entiende mi situación, señor Cross. Dispongo de once días, después deberé realizar ciertos votos ante Dios y los hombres. Estos se refieren a media docena de asuntos sobre los que no sé nada. Y usted, y el resto del mundo, incluyendo a mis hermanas, no tienen al parecer ningún problema con el acto en cuestión, pero yo sí los tengo. ¿Cómo voy a jurar unos votos que no entiendo? ¿Cómo voy a casarme sin saber qué tengo que hacer? ¿Cómo puedo prometer ser una buena esposa para Castleton, la madre de sus hijos, cuando carezco del

conocimiento más rudimentario sobre esos asuntos en cuestión?

Hizo una pausa.

—Bueno —agregó finalmente—, todavía cuento con la experiencia del toro de Coldharbor, claro está. Sin embargo, como han señalado tanto usted como Penelope, comprender el mecanismo no es relevante. ¿Por qué no puede entenderme? ¡Solo tengo once días! Y necesito cada uno de ellos. —Él se acercó a la mesa donde se tiraban los dados y ella le siguió—. Todos y cada uno de ellos. Necesito todos los conocimientos que pueda adquirir en ellos; cada trozo de información que logre recopilar. Si no la consigo de usted… pues de la señorita Tasser… O de cualquier otra persona, me da igual. Me he comprometido a ser esposa y madre, pero todavía me queda mucho que investigar sobre el tema.

Cuando por fin se calló, tenía la respiración entrecortada, los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y la pálida piel de sus pechos sobresalía por el borde del escote del vestido rosa. Él se sentía subyugado por ella, por su apasionada inquietud, por el compromiso que había contraído con aquella ridícula solución. ¡Como si comprender la mecánica del sexo fuera a solucionarle algo! Como si eso fuera a facilitarle los once días que le quedaban… o los once años siguientes. ¡Por supuesto que no lo haría!

El conocimiento no era suficiente. Y él lo sabía mejor que nadie.

—No puede saberlo todo, Pippa.

—Pero sí más de lo que sé ahora —replicó ella.

Sonrió al escucharla y la observó dar un paso atrás sin dejar de contemplarle. Después, la miró a las manos, que ella le tendía. Había algo vulnerable en su postura. Algo que a él no le gustaba.

—Voy a convertirme en una mujer casada —repitió ella, mirándole sin parpadear. Él sintió la frenética urgencia de secuestrarla, meterla en una de las habitaciones secretas del club y retenerla allí.

Seguramente para siempre.

«Una mujer casada».

Aborrecía imaginarla como una mujer casada. Como la esposa de Castleton o de cualquier otro.

—Y también me convertiré en madre.

Una visión parpadeó en su mente: Pippa rodeada de niños. Criaturas llenas de alegrías y gafas, cada una de ellas fascinada por alguna faceta del mundo que escucharía con atención cuando ella les pusiera al tanto de los procesos científicos que explicaban la tierra y los cielos.

«Será una madre extraordinaria».

No. No iba a pensar en eso. No le gustaba imaginarlo.

—Las mujeres casadas no se dedican a recurrir a las prostitutas para desarrollar sus habilidades. Ya tendrá tiempo para investigar sobre la maternidad.

—La señorita Tasser me parece una buena compañera de investigación, sobre todo si tengo en cuenta que ha reducido a la mitad mis posibles fuentes de información. Lo cierto es que usted no me está ayudando nada. ¿Es su amante?

Él ignoró la pregunta.

—¿Recurrir a las prostitutas le parece el siguiente paso lógico de su plan?

—Lo cierto es que no se me había ocurrido hasta anoche. Pero cuando Penelope me sugirió que aquí había meretrices…

—¿Está diciéndome que lady Bourne conoce sus ridículos planes y no la ha atado a una silla?

Aunque estuviera casada con Bourne, aquella dama merecía una paliza por permitir que su hermana pequeña callejeara, sola y sin protección, por los más sórdidos rincones de Londres sin

haber tomado las medidas pertinentes.

—No, no… Ella solo respondió a algunas preguntas que le hice sobre El Ángel.

«¿Y también sobre mí?». Pero no se lo preguntaría, no quería saberlo.

—¿Qué clase de preguntas?

La vio suspirar.

—De esas que hacen que sepa que es posible que por aquí encuentre a alguna prostituta. ¿Es muy hábil?

La pregunta fue tan directa que a él le daba vueltas la cabeza. No era necesario que Pippa supiera que Sally Tasser era la más hábil en su trabajo a ese lado de Montmartre.

—¿Qué quiere saber?

Ella le miró fijamente con sus grandes ojos azules antes de parpadear.

—Todo —repuso con serenidad. Como si fuera razonable decir tal cosa.

Durante un largo y lujurioso momento, se perdió en la visión de lo que podía implicar la palabra «todo». En la manera en que el cuerpo de Pippa se uniría al suyo, en cómo sería su sabor cuando lamiera su lengua, en las cosas perversas y maravillosas que haría con ella… En las lecciones que ella no sabía que le estaba pidiendo.

Él quería enseñárselo *todo*… y quería empezar ya.

—¿Cree que la señorita Tasser estaría dispuesta a darme lecciones?

Respirar comenzaba a ser muy difícil.

—No.

La vio ladear la cabeza.

—¿Está seguro? Ya sabe que estoy dispuesta a pagar.

La idea de que Pippa Marbury pagara por aprender el oficio de Sally Tasser hizo que él quisiera golpear a alguien. Para empezar a Bourne, por permitir que su cuñada correteara con total libertad por Londres, después a la marquesa de Needham y Dolby, por criar a una joven tan carente de sentido común, y por último a Castleton, por no mantener debidamente ocupada a su prometida durante las semanas previas a la boda.

—Lord Castleton nunca ha intentado comprometerme —comentó ella, sin saber la dirección que habían tomado sus pensamientos.

Definitivamente, Castleton era un idiota… o un santo.

Si él fuera Castleton, ya la habría poseído una docena de veces, de una docena de formas distintas, desde el momento en que aceptó ser su esposa. En pasillos; huecos oscuros; trayectos en carruajes que se vieran detenidos por las aglomeraciones del tráfico; al aire libre, contra cualquier árbol fuerte y robusto, donde nadie más que la naturaleza pudiera escuchar sus gritos de placer.

Los gritos de placer de los dos.

Pero no era Castleton… Era Cross.

Y todo eso era absoluta y completamente inadecuado.

Dio un paso atrás. Sus pensamientos le hacían sentirse tan culpable que miró a su alrededor con el repentino temor de que alguien pudiera verlos… O quizá escucharlos.

¿Por qué esa mujer se encontraba siempre en lugares donde no debían estar las mujeres?

—Ayer por la noche, le indiqué que me gustaría que me tocara. Le insinué que me besara.

Él odió al conde con una intensidad visceral, casi enfermiza.

—Pero no pareció darse cuenta —continuó ella—. Por supuesto, solo le rocé la mano, pero… —Ella volvió a clavar en él sus grandes ojos azules—. ¿Sabe por qué no ha tratado de seducirme?

—No.

Una vez más pensó que la santidad debía ser la única respuesta lógica.

—No es necesario que mienta para protegerme.

—No lo estoy haciendo.

Claro que lo hacía. No quería que ella conociera la sórdida naturaleza de sus pensamientos.

—Es porque soy rara —concluyó ella sin apartar en ningún momento sus enormes ojos azules —. Pero no puedo evitarlo.

¡Qué Dios le ayudara! Quería besarla hasta hacerla perder la conciencia. ¡Qué más daba que fuera rara! De hecho, quería besarla hasta perder la conciencia porque era rara.

—Pippa… —comenzó, aunque sabía que no debía hablar.

—No me diga que no es cierto —le interrumpió ella—. Lo sé, soy rara.

—Sí. Lo es.

Ella frunció el ceño.

—Bueno, tampoco hace falta que sea tan sincero.

No pudo evitarlo, sonrió.

—No es nada malo.

Ella le miró como si fuera él —y no ella— quien estuviera loco.

—Claro que lo es.

—No, no lo es.

—Sin duda tiene buen corazón.

No lo tenía. Y había varias partes de su cuerpo que querían demostrárselo; una en particular, más que las demás.

—No pasa nada si él no quiere seducirme —prosiguió ella—, pero yo no puedo continuar así.

—Es posible que esté intentando comportarse como un caballero.

Fue evidente que ella no le creyó.

—Eso no ha detenido a Tottenham.

Aquello hizo que le atravesara un rayo de fuego.

—¿Tottenham sí ha intentado seducirla?

Lo asesinaría, daba igual que estuviera destinado a ser Primer Ministro.

Ella le miró como si tuviera dos cabezas.

—No. ¿Por qué razón iba a intentar seducirme Tottenham?

—Es lo que acaba de decir.

—No. Lo que he dicho es que ha intentado seducir a Olivia.

No había dicho tal cosa, pero lo pasó por alto.

—De hecho, no lo ha intentado. Lo ha hecho.

La vio cerrar los ojos.

—Soy la única hermana Marbury que no ha sido seducida.

«Yo podría solucionar tan trágico error».

Pero no podía.

Ella le miró.

—¿Puede creerlo?

No sabía qué decir, así que permaneció callado.

—Ya veo que sí puede. —Ella respiró hondo—. Esa es la razón por la que le pedí ayuda, señor Cross. Necesito que me explique cómo hacerlo.

«Sí».

Contuvo la palabra. Estaba seguro de que estaba interpretándola mal.

—¿Cómo hacer qué?

—Cómo seducirle —suspiró frustrada.

—¿A quién?

—¿Es que no está atendiéndome? ¡A Castleton! —Ella se dio la vuelta y se acercó a la mesa cercana, donde había una ruleta americana sobre su maciza base de roble. Ella le habló dándole la espalda—. No sabía que él debería intentar seducirme en los días previos a la boda. No sabía que eso era lo normal.

—No lo es. Castleton no debe hacer nada semejante.

—En fin, es evidente que usted no ha estado comprometido nunca, porque por lo que he constatado, eso es precisamente lo que ocurre entre las parejas cuando están a punto de casarse. Pensaba que contaba con dos semanas, pero ya no dispongo de ellas.

Él tenía un zumbido en los oídos que le impedía entender lo que decía, pero cuando ella se volvió para mirarle de nuevo, con los hombros erguidos como si estuviera dispuesta para la batalla, supo que estaba perdido.

—Tengo que comenzar la investigación de inmediato.

Le estaban castigando. Era la única explicación razonable.

—Necesito que alguien me ayude. —Ella hizo una pausa—. Necesito que usted me ayude a ser normal.

«¡Menuda ironía!».

—¿Normal?

—Sí. Normal. —La vio alzar las manos en un gesto de impotencia—. Ahora comprendo que mi inusual petición… Para llevarme a la ruina —aclaró como si hubiera podido olvidarse de aquella solicitud. Como si pudiera olvidarla en su vida. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza—. Bueno, ahora comprendo que no es una petición tan rara después de todo.

—¿No lo es?

—No. —La vio sonreír—. De hecho, parece que hay muchas mujeres en Londres que experimentan todas las cosas que yo quiero conocer antes de la noche de bodas… Incluidas mis hermanas. Y eso que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

¡Por fin! Una pregunta que sabía responder.

—De acuerdo.

Ella ya seguía con su discurso.

—Confieso que pensaba que debía reunir todos los conocimientos que pudiera sobre la noche de bodas porque lord Castleton parece no tenerlos. Sin embargo, ahora comprendo que… er… Necesito saber, porque es lo habitual.

—Lo habitual…

Ella ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué se dedica a repetir todo lo que digo, señor Cross?

Porque escucharla era como oír hablar en otra lengua. Sánscrito o árabe, por ejemplo.

Ella no esperó su respuesta.

—Es lo normal. Después de todo, si Olivia sabe de qué va la cosa, siendo Tottenham como es todo un caballero, significa que es un conocimiento al alcance de muchas novias, ¿no cree?

—¿De qué conocimiento habla?

—Del que muestra los mecanismos internos del… —Ella vaciló—… del proceso conyugal.

Él tomó aire y lo soltó.

—Todavía no entiendo por qué necesita que una prostituta la ilustre sobre esos… mecanismos.

—Realmente no es tan distinto para ellas, ¿verdad? Y yo sigo necesitando un ayudante en mis

investigaciones. Solo que ahora mi indagación se centrará en la normalidad. Necesito saber cuál es el comportamiento usual de las mujeres. Le aseguro que necesito ayuda con urgencia, y puesto que usted se ha negado, recurriré a la señorita Tasser.

Ella iba a acabar con él. De una manera lenta y dolorosa.

—Sally Tasser no es que sea una mujer demasiado normal.

—Bueno, por lo que tengo entendido, es una prostituta, así que imagino que dominará la materia.

Él se atragantó.

—Sí.

En la expresión de Pippa leyó fugazmente cierta vacilación. ¿Sería irritación?

—¿Suele frecuentarlas?

—No.

Cierto.

—Mmm… —Ella parecía no creerle—. ¿No frecuenta prostitutas?

—No.

—¿Sabe? No estoy segura de apoyar ese oficio.

—¿De veras?

¡Gracias a Dios! Aunque si a Pippa le hubiera dado por formular el recién descubierto deseo de explorar todos los aspectos de la profesión más antigua del mundo, tampoco le hubiera extrañado demasiado.

—No. —La vio sacudir la cabeza—. Lo cierto es que me preocupa que esas mujeres sean objeto de malos tratos.

—Las chicas que frecuentan El Ángel Caído no son maltratadas.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque están bajo mi protección.

Ella se quedó paralizada.

—¿De verdad?

De repente notó que allí hacía demasiado calor.

—Sí. Hacemos todo lo que está en nuestra mano para asegurarnos de que las tratan bien y les pagan lo convenido mientras están bajo nuestro techo. Si alguien les hace daño, llaman a seguridad y presentan una queja ante mí. En el momento en que descubrimos que alguno de nuestros clientes maltrata a una chica, le prohibimos que vuelva a pisar el club.

Ella se quedó callada durante un buen rato, como si analizara sus palabras.

—Me apasiona la botánica —confesó Pippa finalmente.

No estaba muy seguro de cómo se relacionaba la botánica con las prostitutas, pero sabía que sería mejor no interrumpirla.

Ella continuó hablando con palabras claras y directas, con rapidez, como si todo tuviera sentido.

—Recientemente he hecho un notable descubrimiento —confesó Pippa, y él concentró su atención en el énfasis que puso en las palabras; en la manera en que curvó los labios con una sonrisa privada. Estaba orgullosa de sí misma y él supo, incluso antes de saber de qué se trataba, que también él estaba orgulloso de ella. Qué cosa más rara—. Es posible tomar una rama de un rosal e injertarla en otro. Y cuando el proceso se completa correctamente... Por ejemplo, añadir la rama de un rosal blanco a uno rojo, acaba surgiendo una rosa nueva… —Hizo una pausa y luego soltó el resto de las palabras precipitadamente, a bocajarro, como si las temiera—. Una rosa de

color rosado.

Cross no sabía demasiado de botánica, pero sí lo suficiente como para saber que aquel era un descubrimiento científico trascendental.

—¿Cómo…?

Ella alzó la mano para interrumpir la pregunta.

—Se lo enseñaré cuando desee. Resulta muy excitante, pero la cuestión no es esa.

Esperó a que ella llegara donde quería.

Y no tuvo que esperar demasiado.

—La profesión que ejercen no ha sido una opción. Ya no son rosas rojas o blancas, son rosadas. Y es gracias a usted.

Por extraño que resultara, tenía sentido que ella comparara a las chicas de El Ángel con aquel experimento suyo con las rosas. De alguna manera, el extraño y magnífico cerebro de esa mujer funcionaba de una manera que él comprendía a la perfección.

—¿Es así? —le aguijoneó ella mientras él estaba considerando aquella extraordinaria certeza.

No era la pregunta más sencilla, ni tampoco la más fácil de las respuestas.

—No, no siempre depende de su elección. En muchos casos, las chicas acaban cayendo en la prostitución sin poder evitarlo. Sin embargo, aquí tienen la seguridad de que las van a tratar bien. De que comen bien. De que les pagan. Y en el momento en que quieren dejarlo, les facilitamos un trabajo en otros lugares.

Ella arqueó las cejas.

—¿Dónde?

Él sonrió.

—Somos hombres poderosos, Pippa. Nuestros clientes necesitan criadas; nuestros proveedores precisan dependientas. Si no puede ser así, siempre hay casas seguras más alejadas de Londres, donde las chicas pueden empezar de nuevo. —Después de un largo silencio, siguió hablando—. Jamás obligaría a una mujer a llevar esa vida.

—Pero, ¿alguna de ellas la ha elegido?

Era una verdad incomprensible para la mayoría.

—¿El rosal blanco?

Ella asintió.

—Como la señorita Tasser.

—Como Sally —la corrigió.

—Bueno, razón de más para aprovecharme de su experiencia. —Empujó las gafas por el puente de la nariz—. Si ella ha elegido ese camino, será porque disfruta hasta cierto punto de ello. Y no se me ocurre a quién más puedo recurrir. No es que Castleton se haya ofrecido, precisamente, a echarme una mano.

«Tal y como debe ser».

No, no era como debía ser. Por supuesto que Castleton debería haberle ofrecido su ayuda. Él se habría volcado en ello.

Aquel pensamiento fue letal.

Ella hizo un mohín con los labios.

—¿Cree que debería pedírselo? Quizá sea así cómo se hacen estas cosas.

«¡No!».

—Sí.

Ella se sonrojó, y ese rubor supuso toda una tentación.

—No estoy segura de ser capaz de hacerlo.

—Sin embargo, es capaz de pedírmelo a mí.

—Con usted es diferente —aseguró parpadeando—. No es la clase de hombre que una chica busca para casarse. Es más fácil… Bueno… Me resulta más fácil involucrarme con usted en una discusión sobre mi investigación. —Sonrió—. Después de todo, es un hombre de ciencia.

Ahí estaba otra vez; la certeza de que él la mantendría a salvo.

De que se controlaría… siempre.

«Deberías decírselo».

Las palabras de Sally resonaron, burlonas y ciertas, en su mente.

Debería decírselo, sí, pero no era precisamente el tipo de cosas que se le decían a una mujer joven y hermosa que se acercaba a él suplicando que la llevara a la ruina.

Al menos, no se le decía a una chica normal en esa situación.

Claro que Philippa Marbury no era una chica normal.

Si le dijera la verdad, se alejaría. Y eso sería lo mejor para todos los involucrados, especialmente él.

La vio menear la cabeza.

—Además, él se negaría. ¿No lo entiende? No puedo recurrir a nadie más, solo a la señorita Tasser.

«Se equivocaba, claro está».

—Puede recurrir a mí —se le escapó antes de saber que iba a decirlo. Ella abrió mucho los ojos y lo miró fijamente. Lo miró como si se le hubiera detenido el corazón cuando escuchó sus palabras, cuando entendió lo que significaban.

—A usted.

Él sonrió.

—Ahora es usted la que repite lo que yo digo.

Ella también sonrió, y él sintió las consecuencias de esa sonrisa en las entrañas.

—Sí, es cierto.

Quizá pudiera hacerlo después de todo.

Bien sabía Dios que se lo debía. Se lo debía por haber permitido que la atraparan Knight, Sally y Temple entre sus garras, y a saber con quién más se había encontrado dentro del club. Le debía a Bourne mantenerla a salvo.

«Solo son excusas».

Detuvo su mente en aquel pensamiento. Quizá fueran excusas, sí, quizá deseaba tener una razón para estar cerca de ella, para hablar con ella, con aquella extraña y brillante mujer que lo sorprendía cada dos por tres.

Sería una tortura, seguramente.

Pero no dejaba de ser cierto que merecía ser castigado.

Tenía que marcharse… alejarse de ella.

Se acercó a la mesa de los dados y tomó un par entre los dedos para sopesarlos. Ella le siguió, pasando junto a él envuelta en una nube de suavidad con aroma a ropa limpia. ¿Cómo era posible que oliera a sol y aire fresco allí, en la oscuridad, rodeada de vicio y pecado?

Tenía que deshacerse de ella; suponía una tentación mayor de lo que él podía soportar.

Ignorante de sus pensamientos, ella le miró con aquella expresión franca y sincera.

—Tengo muchas preguntas. Por ejemplo, madame Herbert se ha comprometido a confeccionar lencería con la que jura que conseguiré que Castleton me seduzca. ¿Pueden unos simples camisones resolver el problema?

Las palabras supusieron un fuerte impacto, que le sumió en la fantasía de una Pippa rubia y

esbelta, envuelta en una creación de seda y encaje diseñada para llevar a los hombres más allá de sus límites. Una prenda con multitud de cintas, cada una formando un lazo perfecto, que cuando se desataba dejaba al descubierto un trozo de piel tersa y cálida… Un lujurioso e insoportable regalo.

Un regalo a altura del envoltorio.

—No creo que sea suficiente —aseguró ella en tono casual.

Él estaba seguro de que sería demasiado.

—¿Y qué me dice de las artes de seducción de la señorita Tasser? ¿Podría enseñármelas también? Creo que eso sí me ayudaría; un poco de tentación.

Él no la miró, no pudo.

—No necesita saber seducir —dijo sin poder contenerse.

Ella hizo una pausa.

—¿Cree que no lo necesito?

—No, ya resulta seductora, solo que de manera diferente.

—¿De verdad?

«Deberías decírselo».

Antes de que ella le tentara más.

Pero le resultaba imposible.

—Sí —respondió sosteniéndole la mirada.

Ella abrió los ojos como platos detrás de aquellas gafas que le volvían loco.

—¿Sí?

Sonrió.

—Vuelve a repetir mis palabras.

—No va a cambiar de opinión, ¿verdad? —preguntó ella, después de permanecer un buen rato en silencio.

—No.

La idea de que ella buscara a otro le resultaba inaceptable.

No cuando podía hacerlo él. No cuando podía enseñarle un placer capaz de destruir su inocencia, de arruinarla por completo. Quería darle todo lo que ella le había pedido… y un poco más.

Y así, con tanta facilidad, la decisión quedó tomada.

—No. No me volveré atrás.

Ella emitió un largo suspiro, y el sonido se deslizó hasta él en la silenciosa habitación, atravesándole y haciéndole preguntarse qué más podría arrancarle aquella sugerente exhalación.

—Debería haberlo supuesto. Los caballeros no rompen su palabra.

—Y, en este caso, tampoco los canallas.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Las reglas de los caballeros son muy claras: cualquiera que se precie de serlo, deberá mantener su palabra sin echarse atrás, incluso durante una mala apuesta —explicó, tentado a acariciar el surco de su frente para hacerlo desaparecer, pero resistiéndose a duras penas—. Las reglas de los canallas dicen que solo es necesario mantener una apuesta si se tiene la certeza de que se va a ganar.

—¿Y usted…? —Ella vaciló—. ¿Y usted qué es?

Él podía darle todo el conocimiento que precisaba sin ceder a sus propios deseos. Sin renunciar a sus obligaciones… ni a su control.

Cross dio un paso para acercarse a ella.

—¿Usted que cree?

Ella retrocedió un paso.

—Creo que es un caballero.

«No la tocaría».

No la tocaría porque sabía, sin ningún género de dudas, que si tras seis años de celibato tocaba a Pippa Marbury, no sobreviviría.

«Soy un canalla».

—Mañana. A las nueve en punto de la noche.

Capítulo 8

«La astronomía jamás ha sido mi fuerte, pero ahora mismo me hallo considerando la dimensión del Universo. Si nuestro sol es uno de los millones de estrellas, ¿quién puede afirmar que Galileo no tenía razón? ¿Que no existe otro planeta como la Tierra en los límites de otra galaxia? ¿Quién puede afirmar que no hay otra Philippa Marbury que a diez días de su boda sigue esperando expandir sus conocimientos? Es irrelevante, por supuesto. Incluso aunque existiera otra Tierra en algún rincón del Universo, seguiría teniendo que casarme dentro de diez días. Igual que lo haría la otra Pippa».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
26 DE MARZO DE 1831, DIEZ DÍAS ANTES DE SU BODA.

La noche siguiente, Pippa se encontraba sentada en un pequeño banco en el límite del grupo de cerezos que se amontonaban en los jardines de Dolby House, envuelta entre los pliegues de su capa con Trotula a sus pies, mirando las estrellas.

O tratando de hacerlo.

Llevaba allí fuera más de una hora, tras haber fingido finalmente que estaba indispuesta para huir de la casa una vez que la cena fue servida a la hora oficial. Prefería estar allí, al aire libre que en el interior, incluso en una fría noche de marzo como esa.

Se sentía demasiado excitada.

Por fin, esa noche, aprendería algo sobre la seducción.

Y lo aprendería de Cross.

Respiró hondo y soltó el aire un par de veces, con la esperanza de poder sosegar sus acelerados pensamientos. No fue capaz. Estaban eclipsados por imágenes del señor Cross; por la manera en que la miró como si quisiera fulminarla en el salón de juego, por cómo le sonrió en la oscuridad, por la forma en que la acorraló en su despacho.

No era porque fuera él, claro está. Se sentiría así cualquiera que fuera quien le hubiera prometido enseñarle lo que quería saber.

«Mentirosa».

Volvió a concentrarse en la respiración, aunque no le estaba ayudando nada.

Miró por encima del hombro la tenue luz que salía por la ventana del comedor de Dolby House. Sí, era mucho mejor que estuviera a solas, al aire libre, en los instantes previos al encuentro con Cross y no intentando mantener la cordura durante la cena con sus padres y Olivia. Estaba segura de que estarían discutiendo detalles sobre «la Boda» en ese preciso momento.

Había una imagen que no podía olvidar desde la tarde anterior; Olivia, bellísima con aquel increíble vestido de novia, resplandeciente de dicha prematrimonial, y ella, en un segundo plano. Un reflejo que parecía más pequeño y oscuro al enfrentarse a su joven y radiante hermana.

La boda sería increíble. Para no olvidar nunca… o al menos las habladurías que generaría.

Sería lo que su madre siempre había soñado; una descomunal ceremonia, minuciosamente planificada, para exhibir toda la pompa y circunstancia de la alta cuna de las chicas Marbury. Borraría el recuerdo de las otras bodas previas de sus hermanas. La aburrida boda doble de Victoria y Valerie, con sus todavía más aburridos esposos, que habían realizado

precipitadamente a raíz del escándalo que produjo la ruptura del compromiso matrimonial de Penelope, y la más reciente boda de Penny, que se llevó a cabo con una licencia especial en la capilla del pueblo cercano a Needham Manor, el día después de que Bourne regresara de donde fuera que hubiera estado durante toda una década.

Por supuesto, todos sabían dónde había estado Bourne.

En El Ángel Caído.

Con el señor Cross.

El fascinante y enervante señor Cross. El hombre que comenzaba a perturbarla incluso cuando no estaba con él.

Respiró hondo y cerró los ojos, recordando los cambios que se producían en ella cuando aquel pelirrojo alto, que había accedido a regañadientes a ayudarla en su búsqueda, estaba cerca —ya fuera mental o físicamente—. El corazón se le aceleraba, latiendo a toda velocidad, y su respiración se volvía superficial y más rápida; se le tensaban los músculos y todas sus terminaciones nerviosas se estremecían como si suplicaran atención.

Se calentaba por dentro… ¿O quizá era frío lo que sentía?

Lo que fuera. Todo eran señales de que estaba más alerta. Síntomas de excitación, de nerviosismo… de miedo.

Estaba poniéndose demasiado dramática. No tenía nada que temer de ese hombre, era un científico. Un tipo que se controlaba en todo momento.

Un ayudante perfecto para su investigación.

«Y nada más».

No importaba que la investigación en curso fuera muy poco ortodoxa, todavía era una investigación.

Respiró hondo una vez más y sacó el reloj del ridículo. Lo alzó en el aire para ver la hora bajo la tenue luz que se filtraba por las ventanas de la salita de la planta baja.

—Son las nueve en punto. —Las suaves palabras procedían de la oscuridad. Trotula se puso en pie de un salto para saludar al recién llegado, lo que le ofreció a ella la oportunidad de ocuparse del estruendo que estaba produciendo su corazón. Más tarde se preguntaría por qué estaba sin aliento aunque no se hallara sobresaltada. Era extraño, diferente… Era algo más.

Sin embargo, en ese momento solo podía pensar en una cosa.

«Ha venido… Ha venido…».

Sonrió mientras le miraba agacharse para saludar a la perra.

—Es usted muy puntual.

Finalizada la tarea, él se incorporó y se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para perturbarla pero lo suficientemente lejos como para evitar el contacto. Se dio cuenta, con una mirada de reojo, de lo largos que eran sus muslos… Mucho más que los suyos, y tensaban la lana de los ceñidos pantalones sobre los magros músculos y los huesos. No debería de estar fijándose en sus piernas.

«En sus fémures».

—Y sin embargo, ya me estaba esperando.

Ella se volvió hacia él y se lo encontró mirando al cielo, con el rostro en tinieblas, reclinado en el banco, en la oscuridad, como si llevaran allí sentados toda la noche. Como si fueran a quedarse allí hasta el amanecer. Siguió la dirección de sus ojos.

—Llevo aquí más de una hora.

—¿Con el frío que hace?

—Es el mejor momento para mirar las estrellas, ¿no cree? Las noches más frías son las más

claras.

—Eso es por una razón.

Volvió a mirarlo.

—¿De verdad?

—Los cielos invernales son menos estrellados —repuso sin dejar de mirar a lo alto—. ¿Qué tal va su pie?

—Tan bien como la lluvia. ¿Además de matemático es también astrónomo?

Él se volvió hacia ella y la mitad de su rostro quedó iluminado por la mortecina luz que provenía de la casa.

—Usted sabe tanto de anatomía como de botánica.

Ella sonrió.

—Somos sorprendentes, ¿no cree?

Vio que a él le temblaba una sonrisa en los labios.

—Sí, lo somos.

Entre ellos se extendió un largo silencio antes de que él dejara de observarla y se pusiera otra vez a estudiar al cielo.

—¿Qué estaba mirando? —preguntó él.

Ella señaló una estrella muy brillante.

—La estrella polar.

Él meneó la cabeza y señaló otra parte de la negrura celeste.

—La estrella polar es esa. Usted estaba fijándose en Vega.

Soltó una risita.

—Ah… Por eso no me parecía demasiado impresionante.

Él se echó hacia atrás y estiró sus largas piernas.

—Es la quinta estrella más brillante del cielo.

Aquello la hizo soltar una carcajada.

—No se olvide que soy la cuarta de cinco hermanas. En mi mundo, la quinta y más brillante es la última. —Miró también al cielo—. Espero que la estrella en cuestión me disculpe, claro está.

—¿Usted es a menudo la última?

Ella encogió los hombros.

—Algunas veces, sí. No es demasiado agradable.

—Le aseguro, Pippa, que para mí no es la última.

Él no se había movido, solo giró la cabeza para mirarla, y ver los ángulos de su rostro, duros e implacables en la oscuridad, le hizo sentir un escalofrío muy poco familiar.

—Tenga cuidado con lo que dice, o le contaré a Penny que la encuentra defectuosa.

Él la miró con sorpresa.

—Yo no he dicho eso.

—Es la única de mis hermanas que conoce. Y si yo no soy la última para usted, entonces en su mente la última es ella.

Él esbozó media sonrisa.

—En ese caso, será mejor que no le contemos esta conversación.

—Estoy de acuerdo. —Ella volvió a mirar al cielo—. Háblame de esa magnífica quinta mejor estrella.

Cuando él comenzó a hablar, ella notó la risa en su voz profunda y tuvo que reprimir el deseo de mirarle.

—Vega forma parte de la constelación de Lyra, que recibe ese nombre porque Tolomeo creía

que se parecía a la lira de Orfeo.

Pippa no pudo contener el deseo de burlarse de él.

—¿También es experto en los clásicos?

—¿Insinúa que usted no lo es? —respondió el, arrancándole una sonrisa—. Orfeo es uno de mis favoritos —agregó.

Ella lo miró.

—¿Por qué?

Cross contemplaba fijamente el cielo nocturno.

—Porque cometió un terrible error y lo pagó muy caro.

Tras pronunciar esas palabras, todo pareció más serio.

—Eurídice —susurró ella. Conocía la historia de Orfeo y su mujer, a la que él amaba más que nada en el mundo y que perdió en el Inframundo.

Cross guardó silencio durante un buen rato, tanto que ella llegó a pensar que no diría nada.

—Convenció a Hades para que la dejara marchar —continuó él, por fin, con palabras planas y sin emoción—, para que pudiera regresar al mundo de los vivos. Lo único que tenía que hacer era sacarla de allí sin volver la vista atrás. Sin mirar al Infierno.

—Pero no fue capaz —concluyó ella, con los pensamientos acelerados.

—Se impacientó y miró por encima del hombro. La perdió para siempre. —Hizo una pausa—. Un terrible error —repitió.

Había algo en su tono… Algo que ella no hubiera notado en otro momento, en otro hombre. Había cierto lamento, una pérdida… Tristeza. En su memoria se iluminó un recuerdo, la conversación susurrada en ese mismo jardín.

«No deberías haberte casado con él».

«No tenía otra opción; no me dejaste otro camino».

«Debería haberlo detenido».

La mujer del jardín… Ella era su Eurídice.

Notó una desagradable sensación ardiente en el pecho al pensar aquello, y no pudo evitar alargar la mano para tocarlo, para apoyarla en su brazo. Él se sobresaltó ante el contacto y se alejó como si le hubiera quemado.

Permanecieron sentados en silencio durante un buen rato. Hasta que ella no pudo permanecer callada durante más tiempo.

—Usted cometió un error.

Él la miró de reojo, luego se levantó.

—Tenemos que irnos, su lección espera.

Pero ahora, ella ya no quería irse. Quería quedarse.

—Ha perdido a su amor. —Él no la miró, pero ella no podría haber apartado su mirada ni siquiera aunque un par de bueyes hubieran atravesado los jardines de Dolby House en ese momento—. Lavinia, la mujer con la que habló la otra noche en el jardín —añadió, odiando no ser capaz de mantenerse callada.

«No se lo preguntes, Pippa. No lo hagas».

—¿La ama?

Las palabras le resultaron extrañas.

No debería resultar una sorpresa que él tuviera una amante, a fin de cuentas había pocos hombres en Londres que poseyeran la reputación que tenía el señor Cross, tanto como hombre como amante. Aunque si era sincera consigo misma, no parecía de esas personas que se perdían por emociones serias… como el amor. Después de todo, era un hombre de ciencia, igual que ella.

Y ella no esperaba que el amor irrumpiera en su mente.

Sin embargo, aquel fue un momento extraño, porque descubrió que necesitaba desesperadamente escuchar su respuesta. Y, con la misma desesperación que la impulsaba, deseaba que la respuesta fuera no. Que no ocultara en su pecho un amor no correspondido.

Ni tampoco uno correspondido, claro está.

Se estremeció solo de pensarlo.

«¡Caray…!». Eso sí resultaba inesperado.

Él hizo una mueca al escuchar su pregunta. Retiró su rostro de la luz, buscando las sombras, y no respondió.

—La curiosidad puede llegar a ser muy peligrosa, lady Philippa.

Ella se levanto y se puso delante de él, consciente de lo mucho más alto que era de ella, muy consciente de él.

—No puedo evitarla.

—Ya me he dado cuenta.

—Lo cierto es que le pregunto, porque me intriga la idea de que esté enamorado de alguien.

«¡Ya basta, Pippa! Ese no es el camino apropiado para una dama que se precia de ser inteligente».

Cambió de táctica.

—No me refiero a usted en concreto, sino a cualquiera. Me intriga cualquier persona que se confiese enamorada.

—¿Tiene algo en contra del amor?

—No me opongo a él, solo soy más bien escéptica. Tengo por costumbre no creer en lo que no puedo ver.

Resultó evidente que lo había sorprendido.

—No es una mujer común.

—Eso ya lo habíamos comentado con anterioridad. Si lo recuerda, ese es el motivo de que usted esté aquí.

—Es cierto. —Lo vio cruzar los brazos—. Así que quiere aprender a tentar a su esposo, pero no espera llegar a amarlo.

—Exacto. —Al ver que él no añadía nada, lo hizo ella—. Si le sirve de consuelo, tampoco espero que él me ame.

—Es decir, quiere el típico matrimonio inglés.

Meditó esas palabras.

—Supongo que sí, ¿verdad? Igual que todos los matrimonios que me rodean.

Él arqueó las cejas.

—¿No cree que Bourne esté profundamente enamorado de su hermana?

—Es la única excepción. —Hizo una pausa—. Quizá Olivia y Tottenham también estén enamorados. Pero mis otras dos hermanas se han casado por la misma razón por la que voy a hacerlo yo.

—¿Cuál es?

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que se espera de nosotras. —Buscó su mirada, pero no pudo leer nada en ella en la oscuridad—. Imagino que no tiene sentido para usted, dado que no es un aristócrata.

Él curvó los labios.

—¿Qué tiene que ver con esto, ser o no un aristócrata?

Ella se subió las gafas.

—Es posible que no lo sepa, pero los aristócratas tienen un gran número de reglas al respecto. Los enlaces matrimoniales se basan en la riqueza, la importancia del título que poseen, la conveniencia y la posición que ocupan. No podemos casarnos con quien queramos. Al menos, las damas no podemos. —Lo pensó durante un buen rato—. Los caballeros soportan mejor los escándalos, pero la mayoría también acaban sucumbiendo y permitiendo que los arrastren a matrimonios insulsos. ¿Cuál cree que es el motivo?

—Es un tema sobre el que no me interesa elucubrar.

—Sin duda es increíble que teniendo el poder que tienen, los hombres lo utilicen tan mal, ¿no le parece?

—¿Qué haría usted si tuviera ese poder?

—No lo tengo.

—Pero, ¿y si lo tuviera? —insistió él.

—Hubiera ido a la universidad —comenzó a enumerar, solo porque él parecía interesado de verdad—. Formaría parte de la Sociedad Real de Botánica. Quizá también de la de Astronomía… Tal vez entonces sí distinguiría la estrella Polar de Vega.

Él se echó a reír.

Ella no se detuvo, disfrutaba demasiado de la libertad que suponía hablar con él.

—Me casaría con un hombre que me gustara de verdad. —Hizo una pausa, lamentando al instante cómo habían sonado aquellas palabras—. Quiero decir… No es que Castleton me desagrade, es un buen hombre, amable y todo eso. Es solo que… —Se interrumpió. Estaba sintiéndose muy poco leal hacia su prometido.

—Entiendo lo que quiere decir.

Y en ese instante, estuvo segura de que lo hacía.

—Todo esto no son más que tonterías, ¿no cree? Elucubraciones de una dama rara. He nacido para seguir unas reglas y no puedo pasarlas por alto. Creo que esa es la razón de que sea tan difícil de comprender para los que no pertenecen a la sociedad.

—Está volviendo a hacerlo. Vuelve a considerar que todo es blanco o negro.

—¿Quiere decir que para usted no es más fácil?

—Cada uno tiene su propia cruz.

Había algo en sus palabras, una inesperada amargura que la hizo vacilar.

—¿Habla por experiencia?

—En efecto.

En la mente de Pippa daban vuelta multitud de posibilidades. Cross le había dicho en una ocasión que no creía en el matrimonio, que no era para él. Quizá en algún momento sí lo había sido. ¿Habría querido casarse en algún momento de su vida y le habían rechazado debido a su nombre, reputación o trabajo? Tuviera título o no, era un hombre impresionante; inteligente, rico, poderoso y sumamente guapo.

¿Qué dama lo rechazaría?

«La misteriosa mujer que lo había rechazado en el jardín».

—Bien, lo cierto es que me alegro mucho de que no pertenezca a la aristocracia.

—¿Y si perteneciera?

«Sería diferente a todos los nobles que conozco».

Sonrió.

—Si lo fuera, jamás le habría pedido que fuera mi ayudante. Por cierto, he redactado una lista. Una lista de preguntas.

—No esperaba otra cosa. Dígame, ¿de verdad no cree que si yo fuera noble facilitaría mucho

todo esto? Al menos no estaría merodeando por casas de juego.

Ella volvió a esbozar una sonrisa.

—Pero a mí me encanta merodear por las casas de juego.

—Es posible. —Él se acercó, bloqueando con su cuerpo la luz que llegaba de la casa—. Pero también podría ser porque, de esta manera, cuando complete su investigación podrá marcharse y olvidar todo esto.

—Jamás lo olvidaré —aseguró ella. Era algo innegable para ella. Se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho y agradeció que las sombras ocultaran el rubor ante los ojos de Cross.

Pero era cierto, no lo podría olvidar nunca. De hecho, no le cabía duda alguna de que cuando fuera lady Castleton recordaría esa noche. Que cuando estuviera en su casa, en el campo, sin más que su invernadero y sus perros como compañía, buscaría ese instante en su memoria.

No lo olvidaría jamás.

Guardaron silencio durante un buen rato y ella se preguntó si habría hablado de más.

—Le he traído algo. —Fue él quien habló primero. Le tendió un paquete envuelto en papel.

A ella se le aceleró la respiración —una extraña respuesta a un envoltorio tan pequeño—. Tomó el paquete, apartó la húmeda y curiosa nariz de Trotula y lo desenvolvió con rapidez para descubrir una máscara de dominó sobre un lecho de delicado papel. Alzó la ancha seda negra con el corazón acelerado.

Lo miró, pero no fue capaz de interpretar su mirada en la oscuridad.

—Gracias.

—La necesitará —comentó él, asintiendo con la cabeza.

Cross se apartó de ella y atravesó los jardines con rapidez. Trotula le siguió.

Ella no pensaba quedarse rezagada. Se apresuró para alcanzar al hombre y al animal.

—¿Vamos… vamos a ir a algún lugar público?

—Es una manera de decirlo.

—Pensaba… —vaciló—. Es decir… Estaba segura de que mi instrucción sería en privado. No puedo preguntar según que detalles en público.

Él se detuvo de repente y se dio media vuelta, haciendo que ella casi se estrellara contra su pecho.

—Esta noche no vamos a perdernos en los detalles. Vamos a centrarnos en la tentación.

La palabra la envolvió y ella se preguntó fugazmente si sería posible que el lenguaje adquiriera más poder en ausencia de luz. Era una pregunta tonta, por supuesto. Era evidente que los demás sentidos se agudizaban cuando uno se veía anulado. No podía ver a Cross, así que lo escuchaba con más claridad.

No tenía nada que ver con la palabra en cuestión.

«Tentación»

Él se puso de nuevo en marcha.

—Para saber cómo debe tentar a un hombre —explicó él—, primero tiene que saber qué es la tentación.

Ella se apresuró para alcanzarle.

—Ya sé qué es la tentación. —Él la miró con escepticismo—. ¡Lo sé!

—Dígame algo que le resulte tentador. —Habían llegado hasta un carruaje negro y el señor Cross alargó la mano para abrir la puerta y bajar los escalones plegables. La perra se subió con alegría, consiguiendo que los dos se rieran.

Ella chasqueó los dedos.

—Trotula, abajo. —La perra suspiró con tristeza, pero hizo lo que le ordenaba. Pippa señaló la

casa—. Venga, vete para casa. —La sabuesa se sentó sobre los cuartos traseros, provocando que ella volviera a señalarla—. ¡A casa!

La perra se negó a moverse.

—Parece que es un poco desobediente —se burló Cross.

—Por lo general siempre me obedece.

—Quizá sea por mí.

Ella le paralizó con la mirada.

—Es posible.

—No sé por qué se sorprende tanto. A usted también le cuesta obedecer órdenes cuando está conmigo.

Ella fingió sorpresa.

—Señor, ¿está comparándome con una perra?

Lo vio sonreír. Su mirada y el destello de sus dientes blancos le hicieron sentir un extraño y breve aleteo en el estómago.

—Puede ser. Ahora, concentrémonos en lo que estábamos. Pippa, dígame algo que la tiente.

—Mmm… —Vaciló—. Me gusta mucho el merengue.

Él se rio; un sonido más fuerte y estruendoso de lo que ella esperaba.

—Lo digo en serio.

—Sí, sin duda. Pero puede comer merengue cada vez que se le antoje. —Cross dio un paso atrás y la invitó a subir al carruaje.

Ella ignoró la orden silenciosa; quería que él la entendiera.

—No es cierto. Si la cocinera no lo ha hecho, no puedo comerlo.

Vio una sonrisa en los labios masculinos.

—Estoy seguro, Pippa, de que cada vez que lo desea, puede conseguirlo. Y eso es lo que quería demostrarle. En alguna parte de Londres, alguien se apiadará de usted y satisfará su necesidad.

Pippa frunció el ceño.

—Entonces, ¿no supone una tentación?

—No. Solo es algo que desea, pero no es lo mismo. El deseo es más fácil. Es tan simple como querer merengue y obtenerlo. —Él hizo un gesto con la mano para que subiera al carruaje, pero no le ofreció ayuda para subir—. Adelante, entre.

Ella se subió al primer peldaño antes de girarse hacia él. Aquella altura adicional hizo que sus ojos quedaran al mismo nivel.

—No entiendo. Entonces, ¿qué es la tentación?

—La tentación es… —Lo vio vacilar y se inclinó hacia delante, ansiosa por recibir esa lección tan curiosa e inquietante—. La tentación te envuelve. Te convierte en algo que jamás soñaste, te empuja a renunciar a todo lo que has amado, te llama para que le vendas tu alma por un momento único y fugaz.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con la voz queda, ronca, rezumaban verdad y quedaron suspendidas en el silencio durante un largo instante, como una innegable invitación. Él estaba muy cerca, su cuerpo impedía que se cayera del peldaño y la calidez que emanaba la envolvía a pesar del frío.

—Te hace sentir dolor —susurró él y, en la oscuridad, ella clavó los ojos en la curva de sus labios—. Te lleva a hacer cualquier promesa, a prestar cualquier juramento por una experiencia perfecta y única.

«¡Oh, santo Dios!».

Pippa soltó lentamente el aire que tenía en los pulmones. Todas sus terminaciones nerviosas estaban en tensión y era incapaz de pensar con claridad. Cerró los ojos, tragó saliva y se obligó a retroceder, a alejarse de él y de aquella manera en que la… tentaba.

¿Por qué él estaba tan tranquilo y completamente controlado?

¿No se veía acribillado por las mismas sensaciones?

Era un hombre demasiado frustrante.

Suspiró.

—Debe ser un merengue increíble.

Un momento inolvidable seguido de unas palabras tontas y estúpidas. Unas palabras que quiso poder borrar. «¡Es ridículo!». De pronto, él se rio entre dientes, que brillaron en la oscuridad.

—Sin duda… —convino él, con la voz más grave y ronca que antes—. Trotula, a casa —dijo Cross antes de que ella pudiera preguntarse por qué sonaba así.

La perra se giró y se alejo mientras él volvía a concentrarse en ella.

—Suba.

Ella lo hizo. Sin hacer ninguna pregunta.

El callejón trasero de El Ángel se veía distinto por la noche. Más tenebroso y amenazador.

Tampoco resultó de mucha ayuda que él dijera con voz misteriosa «Es el momento de que se ponga la máscara» cuando el carruaje aminoró la velocidad. Justo antes de abrir la puerta y saltar del vehículo sin ayuda de los escalones o de ningún lacayo.

Ella no dudó. Sacó el trozo de tela y la alzó hacia la cara, llena de excitación; hasta ese momento jamás había tenido motivos para ocultar su identidad.

Aquella máscara prometía excitación y conocimiento a partes iguales.

Era su primera salida de incógnito. El primer momento en el que era algo más que la más rara de las hermanas Marbury.

Con la máscara puesta no se vería rara, sino misteriosa. No sería una científica, sino una escandalosa mujer. Se sentiría una auténtica Circe.

Pero mientras intentaba colocársela en su lugar, se dio cuenta de que lo que le decía su imaginación no se ajustaba a la realidad. Esa máscara no estaba pensada para gente con gafas.

En el primer intento, se ató las cintas tan sueltas que la máscara se deslizó sobre los cristales y le bloqueó la vista, amenazando con hacerla caer de narices en el suelo del carruaje.

Al segundo, se las ató con demasiada fuerza y dio un respingo cuando atrapó algunos mechones al hacer el nudo. El resultado no fue mejor; la máscara apretaba ahora las gafas contra sus ojos, deformaba la montura dorada sobre el puente de su nariz y le clavaba las patillas en la piel, consiguiendo que no se sintiera una Circe ni por asomo.

Firmemente decidida a seguir adelante, se deslizó del asiento para salir del carruaje, donde la esperaba el señor Cross. No iba a permitir que algo tan nimio como ver mal le arruinara la noche. La máscara cubriría sus gafas como fuera, pero ella avanzó. Dio un paso a ciegas para salir del carruaje y, por algún milagro, la zapatilla encajó en el primer escalón incluso sin ser capaz de verlo.

No pasó lo mismo en el siguiente.

Tropezó. Chilló con fuerza y abrió los brazos para intentar recuperar el equilibrio. No lo consiguió y cayó hacia la izquierda, justo encima del señor Cross, que la atrapó contra su pecho con un suave gruñido.

Su firme y cálido torso.

En sus largos y fuertes brazos.

Él contuvo el aliento mientras la sostenía con fuerza y, por un momento —ni siquiera un

momento, sino apenas un instante—, todo su cuerpo quedó presionado contra el de él y pudo mirarle directamente a los ojos. Bueno, si tenía que ser precisa, no fue directamente, dado que la dichosa máscara se movió durante todo el proceso y no conservó una visibilidad normal.

Pero si estuviera en pleno uso de sus facultades, estaba segura de que lo vería sonreír. Y volvió a sentir aquello de nuevo; una vergüenza cálida e incontrolable, justo un instante antes de que él la dejara en el suelo.

Una vez que tuvo los pies en el suelo, soltó los dedos con los que se había aferrado desesperada a su abrigo e intentó subirse la máscara. Lo único que logró fue mover tanto la tela como las gafas, que cayeron directas hacia sus pies.

Él las atrapó en el aire.

Pippa miró sus gafas antes de subir la vista al rostro de Cross. Los duros ángulos bajo la luz proveniente del interior del carruaje.

—No es así como esperaba que continuara la noche.

Al menos él no estaba riéndose. De hecho, la estudió durante un largo instante antes de retroceder un paso y sacar un pañuelo del bolsillo.

—Tampoco yo, se lo aseguro —dijo él mientras limpiaba las lentes con cuidado antes de devolvérselas.

Ella se las volvió a poner con rapidez al tiempo que soltaba un leve suspiro.

—No puedo usar esta máscara. No se ajusta bien. —Odió el desagrado que se filtró en su voz. Parecía Olivia.

Hizo un mohín y lo miró a los ojos.

Él no dijo nada, se limitó a llevar la mano a su cara para colocarle bien las gafas sobre la nariz, sin tocarla. Permanecieron allí un rato, en silencio, antes de que él hablara.

—Debería haber pensado en ello.

—Estoy segura de que jamás se ha tenido que enfrentar antes a este problema —aseguró, sacudiendo la cabeza. Por su mente pasó una imagen de Sally Tasser, hermosa y con la vista perfecta, que no tendría ninguna dificultad para usar la máscara y lograr el misterio requerido.

En lo único que ella conseguía alcanzar la perfección era en ser rara.

De repente, fue muy consciente de que ese mundo, esa noche, esa experiencia no eran para ella. Todo aquello era un error. Orfeo mirando el Infierno por encima del hombro.

—No debería estar aquí —dijo en voz alta, al tiempo que buscaba la mirada de Cross. Esperaba ver satisfacción en sus ojos, alivio al ver que por fin renunciaba.

Pero no encontró alivio, sino algo diferente. Algo firme e inquebrantable.

—Solo tendremos que buscar la discreción de una manera diferente. —Él se dirigió hacia el club con paso firme, dando a entender sin palabras que ella debería limitarse a seguirlo.

Mientras se aproximaban a la enorme puerta de acero que daba acceso a la entrada trasera del club de juego, otro carruaje entró en el callejón y se detuvo a varios metros del vehículo en el que habían llegado ellos. Vieron bajar al lacayo del pescante al tiempo que se abría la puerta del coche desde dentro, dejando que se escuchara un coro de risas femeninas.

Ella se detuvo al escuchar el sonido y miró en esa dirección.

El señor Cross soltó una florida maldición y tomó su mano antes de que ella pudiera resistirse. Tiró de su brazo hasta apoyarla de espaldas contra la fachada exterior del club, para impedir que la pudiera ver nadie interponiendo su fornido cuerpo.

Cuando intentó moverse, él la apretó contra la pared, evitando que echara un vistazo a las mujeres que acababan de bajarse del segundo carruaje y que ahora cuchicheaban entre risitas tontas mientras avanzaban hacia la entrada trasera. Pippa estiró el cuello para verlas, a pesar de

que sabía que la curiosidad la estaba volviendo descuidada. Sin embargo, Cross previó su intención y se acercó más, cerniéndose sobre ella e impidiéndole ver nada.

Nada que no fuera él.

Siempre le sorprendía darse cuenta de su altura. Jamás había conocido a nadie tan alto como él. Y cuando estaba tan cerca, le resultaba muy difícil pensar en otra cosa más que en él. En él y en su calidez, en el modo en que su abrigo abierto los envolvía a ambos, haciéndola consciente como nunca antes de un hombre en mangas camisa.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por otro estallido de risas, seguido por un *shhh* pidiendo silencio.

—¡Mirad! —exclamó una voz femenina—. ¡Estamos molestando a esa parejita!

—Aquí hay alguien que no pudo esperar hasta que ella entrara —canturreó otra voz.

—¿Quiénes son? ¿Los conocéis? —susurró una tercera mujer.

Pippa abrió los ojos de par en par.

—¿Quiénes son ellas? —musitó contra su pecho.

—Nadie que le interese. —Notó que la apretaba todavía más, al tiempo que hacía una mueca, levantando la mano para apoyar la palma en la pared, justo por encima de su cabeza, lo que hizo que su cara quedara oculta por su largo brazo y la solapa de su abrigo.

Pippa fue consciente de que sus cuerpos casi se rozaban y no pudo evitar aspirar aquel fresco aroma a sándalo que la envolvió. Sus manos, que colgaban a los costados, le hormiguearon por el deseo de tocarle. Cerró los puños y alzó la vista, buscando sus ojos oscuros.

—No logro verla —comentó una de las mujeres—. Pero a él lo reconocería en cualquier lugar, es Cross. Eres tú, ¿verdad, Cross? —preguntó en tono más agudo.

Pippa sintió que la atravesaba una oleada de calor al percibir la familiaridad con que se dirigía a él esa mujer, al notar el tono de risa… Como si supiera con precisión lo que era estar así, apretada contra la fachada del más notorio de los clubs de juego de Londres, acorralada por su brillante y atractivo propietario.

—Entren, señoras —invitó él a voz en grito, sin dejar de mirarla a ella—. Se están perdiendo la pelea.

—Parece que esta noche hay también un buen espectáculo fuera —replicó una de las damas, obteniendo un coro de risitas de las demás.

Cross se movió e inclinó la cabeza. Ella se dio cuenta de qué pensarían sus espectadoras; que estaba a punto de besarla.

—Por favor, señoras. —Él bajó la voz, y su susurro pareció lleno de promesas—. Yo no me dedico a mirarlas cuando disfrutan de sus entretenimientos nocturnos.

—Serías bienvenido cuando quisieras, querido.

—Lo tendré en cuenta —agradeció él con un tono perezoso y lujurioso—. Pero esta noche estoy ocupado.

—¡Una chica afortunada!

Ella apretó los dientes cuando escuchó un golpe seco en la puerta de acero, señal de que las mujeres eran admitidas en el club, volviendo a dejarlos a solas en el callejón… En una postura muy parecida a un abrazo.

Esperó a que él se moviera, a que se alejara de ella.

Pero no lo hizo. No, se quedó como estaba, incluso se aproximó más para acercar los labios a su oreja.

—Esas mujeres la consideran afortunada.

El corazón se le desbocó. Latió con tanta rapidez que estuvo segura de que él podía oírlo.

—Pensaba que usted no creía en la suerte.

—No lo hago.

—Si lo hiciera —tanteó con la voz temblorosa—, ¿diría que esto es tener suerte?

—Más bien lo llamaría tortura.

Y fue en ese momento, al sentir el aliento de esas palabras en la sensible piel bajo la oreja, cuando se dio cuenta de que él no la estaba tocando. Se encontraba muy cerca, pero incluso ahora que la obligaba a pegar la espalda contra la fachada del macizo edificio que albergaba las instalaciones del club, tenía la precaución de no rozarla.

Suspiró.

Al parecer, era la única mujer del mundo que él había decidido no tocar.

Se preguntó fugazmente qué ocurriría si tomaba el asunto en sus manos. Giró la cabeza hacia su cara, pero Cross se echó atrás. No fue mucho, pero sí lo suficiente como para asegurarse de que había más distancia entre ellos. Estaban cara a cara, con los labios separados apenas unos milímetros, pero pareciera que estuvieran a kilómetros de distancia.

Era un milímetro para él, porque lo único que tenía que hacer era cerrar ese espacio para que ella fuera suya, y un kilómetro para ella, porque sabía que él no lo haría y que ella no se atrevería a besarlo a pesar de que, en ese instante, no había nada que deseara más.

Sin embargo, él no tenía el mismo deseo que ella.

Era una noche para actividades intelectuales, no físicas.

Por mucho que ella anhelara lo contrario.

Así que hizo lo único que podía hacer.

—¿Cross? —pronunció con claridad, después de haber respirado hondo.

Transcurrió un instante que resultó tan inmenso como un abismo. Fueron conscientes de que ella había dejado a un lado el «señor», pero de alguna manera allí, en un oscuro callejón de Londres, el título parecía demasiado formal para aquel hombre tan alto y atractivo como el pecado.

—¿Sí, Pippa?

—¿Podemos entrar ya?

Capítulo 9

«Los dados son un juego muy problemático; parece que las normas son unas, pero se juega con otras. Por ejemplo, se lanzan los dados pensando que sumarán entre uno y doce, y sin embargo, uno es un resultado imposible y que salga dos o doce prácticamente también. Entonces, ¿por qué a pesar de que las trampas del juego son tan obvias, atrae con tanta intensidad a los jugadores?Es posible que exista cierta lógica geométrica en este juego de azar, pero también posee algo sagrado.Y lo sagrado, por desgracia, pocas veces muestra rigor científico».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
27 DE MARZO DE 1831, NUEVE DÍAS ANTES DE SU BODA.

Cross no hubiera podido negarle nada en ese momento, después de que se hubiera pasado la última hora tentándole con sus grandes ojos azules, su mente ágil y esa adorable figura que estaba desesperado por tocar. Cuando llegaron aquellas mujeres, solo había podido pensar en protegerla para que no la descubrieran, en protegerla con su cuerpo mientras se odiaba por haberla llevado allí, a ese lugar oscuro e inmundo que no era digno de ella.

Que no la merecía.

«Igual que no la mereces tú».

Debería informar a Bourne de todo y que su socio le diera una paliza de muerte por habérsele ocurrido la idea de mostrar a lady Philippa Marbury la ruina. Por soñar con estar tan cerca de ella… Por sentirse tentado por ella.

Porque Pippa era la mayor lección de tentación que jamás había existido.

Cuando cayó del carruaje directamente en sus brazos, pensó que estaba acabado. Sus esbeltas líneas y sus suaves curvas, apretadas contra su cuerpo, le habían llegado a provocar dolor. Estuvo seguro de que aquel instante era la prueba definitiva; que dejarla en el suelo y alejarse del precipicio era lo más duro que tendría que hacer nunca.

Recordarse a sí mismo que no era para él.

«Que jamás lo será».

Pero eso había sido bastante fácil si lo comparaba con lo que supuso, algunos minutos después, tenerla presionada entre él y la fachada de piedra del club. Pippa se había vuelto hacia él en ese instante y le habló; su aliento le rozó la barbilla, consiguiendo que se le secara la boca y que su pene se excitara. Esa sí fue la situación más dura de su vida.

Se había aproximado para besarla y mostrarles a ambos la verdad.

¡Que Dios le ayudara!, incluso hubo un instante en el que pensó que ella tomaría la decisión, liberándole a él.

Y lo deseó.

Todavía lo deseaba.

Pero ella se limitó a pedirle que continuara adelante con aquella locura, que la llevara al interior del club para darle la lección prometida. Para que le mostrara qué era la tentación.

Pippa lo consideraba inofensivo. Un inocuo hombre de ciencia.

Estaba loca.

Debería volver a meterla en el carruaje y mandarla de vuelta a casa sin pensárselo dos veces.

Debería mantenerla alejada de aquel lugar lleno de aristócratas que considerarían que su presencia allí y los chismes que eso generaría serían un entretenimiento muy divertido.

Por supuesto en el club había reglas. Se admitía la entrada de damas, pero tenían expresamente prohibido revelar cualquier secreto que descubrieran. Y dado que también ellas tenían los suyos, anhelaban seguir disfrutando de esos ratos en el club cuidándose mucho de seguir las normas al pie de la letra.

Pero eso no alejaría la amenaza para Pippa.

Por eso debía poner fin a todo en ese instante.

—No debería permitir que entraras —repuso él. Las palabras flotaron mucho tiempo entre ellos.

—Me lo has prometido.

—Te he mentido.

—No me gustan los mentirosos —aseguró ella, al tiempo que movía la cabeza.

Estaba tomándole el pelo. Él percibió la suave risa que acompañaba su voz. Pero aunque no fuera así, escuchó la verdad que contenían. Y quiso gustarle.

Aquel pensamiento inundó su mente de golpe y se enderezó al instante, ansioso de repente por alejarse de ella.

«No es ella». No podía serlo.

Eran las circunstancias especiales que la rodeaban. Que fuera la primera mujer a la que había dejado acercarse con cierta frecuencia desde hacía seis años; que oliera a luz y primavera; que su piel fuera tan suave; que sus preciosos labios se curvaran de esa manera especial cuando sonreía; que fuera lista y poco común… Que poseyera todas aquellas cualidades que había echado de menos en las mujeres.

«No es ella».

Lo era todo. Pero con Knight, Lavinia y el resto del mundo derrumbándose a su alrededor, lo último que necesitaba era meter a Pippa Marbury en el club. En su vida. Le causaría problemas… Se adueñaría de sus pensamientos.

La locura desaparecería cuando se librara de ella.

«Tienes que deshacerte de ella. Esta misma noche».

Ignoró la punzada de irritación que le atravesó solo de pensarlo, y llamó a la puerta de acero.

—El ritmo con que ha golpeado es diferente al que usaron esas damas.

Por supuesto, ella tenía que darse cuenta de eso. No había detalle que pasaran por alto aquellos grandes ojos azules.

—Yo no soy esas damas. —Fue consciente del laconismo de su tono, pero se negó a arrepentirse.

La puerta se abrió; ella no pareció advertirlo.

—¿Acaso cada persona tiene un toque diferente? —Lo siguió a través de la puerta de entrada, donde Asriel estaba sentado en su lugar habitual, leyendo bajo la tenue luz del candelabro encendido en la pared.

El portero le lanzó una mirada sombría; primero a él y luego a ella.

—Esa mujer no es miembro.

—Viene conmigo —explicó él.

—¿Miembro de qué? —preguntó ella.

Asriel volvió a enfrascarse en el libro, ignorándolos. Pippa se inclinó para leer el título.

—¿*Orgullo y prejuicio*? —exclamó al tiempo que levantaba la cabeza bruscamente y buscaba sus ojos con una mirada de absoluta incredulidad.

Asriel cerró el tomo de golpe y lo miró.

—Sigue sin ser miembro.

Él lo inmovilizó con una mirada.

—Entonces es una suerte que yo sea uno de los propietarios.

Algo que a Asriel no pareció importarle demasiado.

—Quizá deberíamos comenzar de nuevo —ofreció Pippa, que no parecía poder evitar hacer ese tipo de cosas—. No hemos sido presentados debidamente. Soy…

Asriel la interrumpió.

—Cross…

—Confieso que me hace feliz ver que no solo es capaz de volverme loco a mí. —Se detuvo—. ¿Vallombrossa?

Si el portero notó algo raro en la palabra, no lo demostró.

—Está vacío. Todo el mundo está en la pelea. Algo que evitaría si quieres que no sea vista sin máscara.

Como si no lo hubiera pensado ya él.

—Es la segunda vez que alguien menciona una pelea —intervino ella—. ¿A qué pelea se refieren?

Asriel se quedó callado durante un buen rato.

—A la pelea.

Ella arqueó las cejas.

—Sin duda, la expresividad no es una de sus cualidades, ¿verdad?

—No.

—Está estropeándome la diversión —se quejó ella.

—Es algo frecuente.

Cross contuvo el deseo de reír. Pippa no era la primera que trataba de mantener una conversación con Asriel, y estaba dispuesto a apostar que tampoco era la primera que no tenía éxito.

Sin embargo, ella aceptó los hechos con una amplia y amistosa sonrisa.

—Espero que nos volvamos a ver. Quizá podríamos hablar sobre ese libro cuando lo acabe. También lo he leído. —La vio inclinarse hacia el portero—. ¿Ha llegado ya a la declaración de Darcy?

Asriel le miró a él con los ojos entrecerrados.

—Lo ha hecho a propósito.

Pippa movió la cabeza.

—Oh, tranquilo, no le he arruinado nada. Elizabeth lo rechaza. —Hizo una pausa—. Imagino que ahora sí le he estropeado la lectura. Lo lamento.

—Creo que me cae mejor su hermana.

Pippa asintió con una expresión muy seria.

—Es algo frecuente.

Al escuchar que repetía las palabras que Asriel había dicho antes, él sintió deseos de reírse. Trató de contener la risa, pero se le escapó un sonido estrangulado. Uno que el portero identificó perfectamente… si hacía caso de su ceño fruncido.

Entendió el mensaje y apartó la pesada cortina de terciopelo. Se aseguró de que nadie les viera antes de conducir a Pippa por el largo y estrecho pasillo hasta el salón Vallombrossa, una de las pocas estancias para jugar a los dados en la parte del club dedicada a las damas.

Ella entró antes que él y giró muy despacio sobre sí misma, estudiando la pequeña sala que,

profusamente decorada, estaba pensada para juegos más privados.

—Este es un edificio notable —aseguró Pippa, llevando la mano a las cintas de la capa—. Lo digo en serio. Cada vez que vengo, me encuentro algo nuevo que explorar.

La vio quitarse la prenda para revelar un sencillo vestido de día. Un modelo corriente que incluso se podría considerar poco interesante si se lo comparaba con las creaciones de seda y organza usadas de manera habitual por las damas que frecuentaban aquella parte del club. El escote era muy alto, las mangas largas y las faldas pesadas… Una combinación que debería haber enfriado de golpe la respuesta de su cuerpo ante su contacto en el callejón, pero Pippa le impactó con aquel sencillo vestido como si estuviera usando un salto de cama lleno de encaje.

Aquella prenda hacía un buen trabajo ocultándola.

Quiso quitársela.

De inmediato.

Se aclaró la voz y tomó la capa, que dejó doblada sobre el respaldo de una *chaise longue*.

—Está diseñado para provocar eso. Para que los visitantes se pregunten qué pueden haberse perdido.

—¿Para que se sientan tentados a regresar? —La pregunta era retórica. Pippa estaba aprendiendo—. ¿Es ese el objetivo de esta noche? ¿Tentarme con hermosas salas y pasadizos secretos?

Lo cierto era que él ya no estaba seguro del objetivo de esa noche. Todos los pensamientos claros, los planes perfectamente trazados al milímetro para enseñarle la lección, se habían visto enredados por su presencia.

La vio alejarse de él, moviéndose para inspeccionar un óleo que ocupaba gran parte de una de las paredes. Representaba a cuatro jóvenes jugando una partida de dados sobre el empedrado de una calle, bajo la luz proveniente de un tugurio.

—Ya que hablamos de pasadizos secretos —comentó ella—, me siento muy impresionada por tu habilidad como arquitecto.

—Temple habla demasiado.

Ella sonrió.

—¿Los hay en todas las habitaciones?

—En la mayoría. Nos gusta tener varias vías de escape. —Notó que el lugar donde la barbilla de Pippa arrojaba sombras sobre su cuello era muy intrigante. Se preguntó cómo sería allí la piel, ¿sedosa o satinada?

—¿Por qué?

Se concentró en la pregunta.

—Son muchos los que querrían vernos destruidos. Poder escapar sin ser descubiertos es una gran ventaja.

Ella se volvió y lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Acaso, ¿protegeros no es la labor del hombre que estaba leyendo *Orgullo y Prejuicio*?

—Es posible, en parte.

—¿Suelen esquivarlo?

—No resulta tan inaudito. Una vez me desperté y había una mujer en mi despacho. Te aseguro que no la había invitado. Ayer mismo, encontré a la misma joven en el salón de juego.

Ella sonrió al darse cuenta de la referencia.

—Parece un caso especial.

«Y tanto…».

—No me gusta la idea de que tengas que verte obligado a huir de algún personaje malvado.

Él reprimió el aleteo de placer que lo inundó ante la idea de que ella estaba preocupada por él.

—No te preocupes. Es muy raro que huya.

Pasó junto a ella y rodeó la mesa para poner distancia y madera entre ellos. Pippa permaneció donde estaba.

—¿En esta habitación también hay uno?

—Es posible.

Ella miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, analizando con minuciosidad cada tramo de la pared.

—Y si lo hubiera, ¿a dónde conduciría?

Él hizo caso omiso a la pregunta y tomó los dados que había sobre la mesa para sopesarlos en la palma.

—¿Prefieres interesarte por la arquitectura o recibir la lección?

Ella no vaciló.

—Las dos cosas.

No le sorprendió la respuesta. Philippa Marbury era una mujer con una profunda curiosidad por el conocimiento, por lo que se veía tentada por una amplia variedad de temas… No todo iba a ser sexo. Por desgracia, su innato interés era una de las cosas más tentadoras que él había conocido.

Recordó el objetivo de esa noche.

Ella tenía que perder.

Si perdía, él podría recobrar la razón.

«Recuperar el control».

Y eso por sí solo ya valía la pena.

Lanzó los dados en su dirección.

—Que sean las dos, pues.

Notó que los ojos de Pippa se iluminaban como si acabara de ofrecerle unas joyas.

—¿Quiénes eran las mujeres que entraron antes que nosotros?

Él meneó la cabeza.

—No es tan fácil, Pippa. Voy a mostrarte la tentación; si quieres saber, tienes que ganar.

—De acuerdo.

—Y apostar…

La vio asentir con la cabeza.

—En el bolsito llevo cinco libras.

Él la miró con una sonrisa burlona.

—Cinco libras no llegan para nada. No son suficientes ni para pagar la lección.

—Y entonces ¿qué hago? No llevo encima nada más de valor.

«Tienes la ropa».

Apenas fue capaz de contener aquellas palabras.

—Me gustaría ganar tu tiempo —le indicó él.

Ella frunció el ceño como si no entendiera nada.

—¿Mi tiempo?

Él asintió con la cabeza.

—Si ganas, respondo a tu pregunta. Si pierdes, te quedas con menos tiempo para llevar a cabo este insensato proyecto de investigación tuyo. ¿Cuánto falta para tu boda? ¿Once días?

Faltaban diez. Él había calculado mal a propósito.

Pippa le corrigió, y luego movió la cabeza vehementemente.

—Teníamos un trato

Quizá hubieran hecho un trato, pero ahora el poder era de él. Al menos en lo que se refería a los privilegios de ella.

—Entonces supongo que no habrá lección.

—Me prometiste que no te echarías atrás. Me lo prometiste.

—Y creo recordar que también dije que los canallas mienten. —Aunque la mentira no formaba parte de su naturaleza, se daba cuenta de que a veces era necesario hacerlo para conservar la cordura. Se acercó a la puerta—. Enviaré a alguien en busca de una capa con capucha para escoltarte fuera del club, de regreso a tu hogar.

Estaba ya en la puerta, con la mano sobre el picaporte cuando ella reaccionó.

—Espera.

Él respiró hondo, armándose de valor, y se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—¿La única manera de conseguir recibir la lección es apostando?

—Considéralo un beneficio secundario de la investigación. Jugar es una aventura a la que no muchas mujeres renunciarían.

—Esto no es una aventura, sino una investigación. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Puedes llamarlo como quieras, Pippa. Lo mires como lo mires, es algo que deseas.

Ella desplazó la mirada por la mesa llena de anhelo, y él supo que había ganado.

—Deseo jugar.

—De acuerdo, Pippa.

Ella buscó sus ojos.

—Mi primera lección sobre la tentación.

«Chica lista».

—Todo o nada.

—Todo —asintió ella.

Una chica lista condenada a la ruina.

Regresó junto a la mesa y le tendió un par de dados.

—En El Ángel, cuando lanzas por primera vez, ganas si sacas siete u once. Si te sale un dos o un tres, pierdes.

Ella arqueó las cejas.

—¿Solo pierdo si me sale un dos o un tres? ¿Por qué entonces perdí con un nueve durante nuestro primer encuentro?

Él no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo iba a desaprovechar que me ofrecieras más ventajas?

—Imagino que es culpa mía, por no haber sido más inteligente y aceptar jugar contra un canalla.

Cross ladeó la cabeza.

—Imagino que has aprendido la lección.

—No estoy demasiado segura. —Pippa le devolvió la mirada con aquellos grandes ojos desde detrás de las gafas.

Esas palabras tan sinceras le impactaron en lo más hondo, llevando consigo deseo y... algo incluso más básico. Ella lanzó los dados antes de que él pudiera responder.

—Nueve —anunció—. ¿Será mi número de la suerte en esta ocasión?

—Ya eres toda una jugadora experimentada. —Recogió los dados y se los devolvió—. Las reglas son muy simples; si vuelve a salirte un nueve, ganas. Si es un siete, pierdes.

—Creía que con un siete ganaba.

—Solo en la primera tirada. Como has establecido, tu número es el nueve.

Ella sacudió la cabeza.

—Me dan igual esas reglas. Sabes tan bien como yo que existen muchas más probabilidades de que salga un siete que cualquier otro número.

—Te den igual o no, son las que aceptaste cuando elegiste jugar a los dados.

—Yo no lo elegí —murmuró ella mientras examinaba los dados en la palma de la mano. Estaba claro que no iba a abandonar.

Cross apoyó la cadera en la mesa.

—¿Y bien? ¿Vas entendiendo por qué apostar es una idea tan mala?

Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—En realidad, lo que creo es que entiendo mucho mejor por qué eres un hombre tan rico.

Sonrió.

—Nadie te ha obligado a jugar.

Ella arqueó las cejas con rapidez.

—¡Tú me has obligado!

—Tonterías. Solo te ofrecí algo que te animó a correr el riesgo. Sin eso, no hay recompensa.

Pippa lanzó una mirada un tanto escéptica a la mesa.

—Estoy segura de que, de todas maneras, no voy a obtenerla.

—Nunca se sabe. Algunos reclaman a la dama de la fortuna.

La vio arquear una de sus cejas doradas.

—¿Ahora es una dama?

—Imagino que por eso es tan voluble.

—No me siento ofendida; yo no soy voluble. Cuando hago una promesa, la mantengo.

Pippa lanzó los dados con decisión y él recordó su primer encuentro.

«No me gusta la falta de honestidad».

—Dos y cuatro —anunció ella—. Suman seis. ¿Y ahora?

Él recogió los dados y se los tendió de nuevo.

—Ahora vuelves a tirar.

—¿No he ganado?

—Si te sirve de consuelo, tampoco has perdido.

Ella lanzó los dados tres veces más y sacó un diez, un doce y un ocho antes de fruncir la nariz.

—¿Por qué, exactamente, los hombres comenten tonterías tan inaceptables por jugar a esto?

Él se echó a reír.

—En El Ángel, los clientes pueden apostar a lo que quieran. A un número en concreto, si la jugada será mayor o menor que la anterior, que sean unos puntos precisos de cada dado... Cuando alguno de los presentes comienza a ganar una tirada tras otra, el juego se convierte en algo muy excitante.

—Si tú lo dices… —repuso ella con absoluta incredulidad, mientras volvía a arrojar los dados otra vez y obtenía un seis y un tres—. ¡Oh, mira! Un nueve, ¡he ganado! ¿Ves? La suerte me sonríe.

Sonreía, con las mejillas encendidas por la emoción de la victoria.

—Y ya comienzas a comprender por qué los hombres disfrutan del juego.

La vio reírse y aplaudir.

—Supongo que sí. ¡Ahora tienes que responderme a una pregunta!

—Sí —repuso él, esperando que ella se limitara a preguntar sobre cuestiones relativas al club.

—¿Quiénes son las mujeres que vimos fueran?

—Son miembros del club —contestó al tiempo que le tendía los dados.

—¿De El Ángel? —apremió ella, tendiendo la mano para recibir los cubos de marfil—. Creía que es un club para caballeros.

—Es más de lo que parece. Si somos minuciosos, ahora mismo no estamos en El Ángel.

La vio fruncir el ceño.

—¿Dónde estamos?

—Esa es otra pregunta. —Le señaló la mano—. Las apuestas suelen complicarse según se avanza en el juego, pero dada la naturaleza del nuestro, seguiremos con las mismas reglas. Ganas con un nueve.

Ella volvió a tirar. Seis y tres.

—¡He vuelto a ganar! —se jactó ella, mirándole con una burlona sonrisa de oreja a oreja. No pudo evitar corresponderle antes de recoger los dados—. ¿Dónde estamos?

—No tiene nombre. Lo conocemos como El Otro Lado. Y es especial para las damas.

—¿Qué damas?

Él le entregó los dados como única respuesta.

Le salió un cinco, un diez y, por fin, un nueve.

—¡Maravilloso! —la vio exclamar mirándole con sorpresa—. ¿A que no pensabas que volvería a ganar?

—No, lo confieso.

Ella sonrió.

—¿Qué damas?

—A eso no puedo responder —dijo él al tiempo que movía la cabeza—. Solo puedo agregar que son mujeres que desean permanecer en el anonimato. Y que aquí corren sus propias aventuras.

Ella asintió.

—Porque los hombres tienen acceso a todo y las mujeres no.

—Exacto.

—¿Habrá dolor? —soltó ella a bocajarro tras una pausa.

Él se atragantó, haciendo que ella confundiera el sonido que emitió con que lo había entendido mal.

—Bueno, sé que es muy probable que a mí me duela, pero ¿también le dolerá a él?

«No. Él hallará un placer como no ha conocido antes».

«Y también lo encontrarías tú si fuera yo quien estuviera contigo».

Reprimió las palabras.

—No.

Sus ojos brillaron de alivio.

—Me alegro —aseguró ella antes de hacer una pausa—. Me preocupaba que fuera posible hacerlo de manera incorrecta.

Cross meneó la cabeza con firmeza.

—No creo que tengas dificultades para aprender.

Ella sonrió al escucharle.

—Imagino que la anatomía propia de los cuerpos ayudará.

Él no quería saber cuáles eran sus conocimientos anatómicos en ese contexto. No quería imaginar cómo usaría términos simples y directos para ayudar a su esposo, para aprender con él. Cerró los ojos ante la imagen que conjuraron esas palabras, de lo que provocaría aquel

conocimiento en los labios femeninos.

—Es posible que Castleton no sea muy listo, pero no es idiota perdido. No tendrás que preocuparte de que no entienda la mecánica de la situación.

—No deberías referirte a él de esa manera.

—¿Por qué? No se trata de mi prometido. —Tomó los dados y se los ofreció de nuevo. Cuando alargó la mano para cogerlos, él no pudo evitar cerrar los dedos en torno a los suyos, reteniéndolos—. Pippa… —dijo bajito.

Ella clavó los ojos en los de él.

—¿Sí?

—Si te hace daño… —Se interrumpió porque odió la manera en que abrió los ojos de par en par al escucharle.

«Si te hace daño, abandónalo».

«Si te hace daño, lo mataré».

—Si te hace daño… es que lo está haciendo mal. —Solo podía decir eso. Le soltó la mano—. Tira otra vez.

«Cuatro y tres».

—¡Oh…! —La vio bajar la cabeza—. He perdido.

—Tienes un día menos para realizar tu investigación. Solo dispondrás de nueve.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Un día entero? ¿Por perder una vez?

—Ahora ya sabes también lo que se siente al perder —le hizo ver él—. ¿Qué es más poderoso? ¿El riesgo o la recompensa?

Ella se lo pensó durante un buen rato.

—Empiezo a darme cuenta.

—¿De qué?

—De por qué los hombres hacen esto. Por qué siguen apostando. Por qué pierden.

—¿Por qué?

Pippa clavó los ojos en los suyos.

—Porque ganar es increíble.

Cerró los ojos al escucharla, por cómo se sentía tentado a demostrarle lo increíblemente bien que podría hacerla sentir él. Mucho más que esos fríos dados.

—¿Deseas continuar?

«No, di no», la urgió mentalmente. «Olvídate de esto, Pippa. Regresa a tu casa. Olvida este lugar, este juego, este momento… Esto no es para ti».

Mientras se lo pensaba, ella se mordisqueó el labio inferior con los dientes, y él se vio abstraído por aquel movimiento con tanta intensidad que, cuando por fin vio que soltaba la carne inflamada y respondió «sí», se le había olvidado la pregunta.

Al ver que él no le tendía los dados, Pippa tendió la mano.

—Si no te importa, quiero volver a lanzarlos.

Le importaba, pero renunció a los dados y ella los lanzó con entusiasmo al otro lado de la mesa.

—Ocho días —anunció él.

Ella frunció el ceño a ver que habían salido un cuatro y un tres.

—Quiero volver a tirar —aseguró Pippa.

Los lanzó de nuevo.

—Siete días.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—A los dados les pasa algo.

Él los recogió de nuevo y se los ofreció con la palma hacia arriba.

—La tentación no es siempre buena.

—Lo es cuando te preparas para ser capaz de tentar a tu propio marido.

Él casi se había olvidado de que ese era su objetivo. ¡Santo Dios! No quería enseñarle a tentar a otro hombre.

«Quiero enseñarle a tentarme a mí».

«Quiero enseñarle a permitir que la tiente».

La vio coger los dados.

—Voy a tirar otra vez más.

Él arqueó una ceja.

—Si nos hubieran dado seis peniques por cada vez que se han dicho esas palabras bajo este techo, seríamos ricos.

Ella sacó un ocho y lo miró a los ojos.

—Ya sois ricos.

—Más ricos. —Sonrió, al tiempo que le pasaba los dados.

Ella lanzó una vez, salió once. Otra vez, cuatro. Y otra vez más…

—¡Perfecto! —se vanaglorió—. ¡Ahí está! ¡Seis y tres de nuevo! —Se volvió hacia él con una familiar emoción en los ojos; la embriaguez de la victoria. La había visto muchas veces en la mirada de más jugadores de los que le gustaba pensar, y siempre le hacía sentirse satisfecho. Era la mirada que acompañaba a una certeza irrefutable; el jugador en cuestión estaba enganchado. Pero ahora que se trataba de Pippa, no se sintió feliz. Por el contrario, sintió un doloroso deseo.

«Anheló ver la misma emoción en sus ojos sin que estuvieran cerca de una mesa de juego. Cuando conquistara algo muy distinto».

«Cuando le conquistara a él».

La vio meter la mano en el bolsito.

—He anotado en un cuaderno las preguntas más importantes de mi investigación.

«¡Cómo no!».

Solo Dios podía imaginar qué extravagantes cuestiones se le habrían ocurrido a lady Philippa Marbury en nombre de la ciencia. Ella abrió el cuaderno y comenzó a mordisquearse de nuevo el labio inferior mientras leía la gran cantidad de texto anotada allí. Cross supo, con el experimentado conocimiento de alguien que se ha visto rodeado de gran cantidad de apuestas, que Pippa estaba a punto de preguntar algo muy escandaloso.

Se apartó de ella y de la mesa para dirigirse a un pequeño aparador, donde había una botella del mejor *whisky* de Chase, que estaba aguardando a alguien sometido a una prueba de esa índole. Se sirvió dos dedos del licor ámbar y la miró por encima del hombro. Ella lo observaba con mirada penetrante, con el papel en la mano.

—¿Quieres tomar un trago?

Ella lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—No, gracias. No puedo.

Él curvó los labios con ironía.

—No irás a decirme que las damas no beben *whisky*, ¿verdad?

Ella volvió a mover la cabeza, correspondiendo con otra sonrisa similar.

—Te aseguro que soy muy consciente de lo irónico de la situación.

Él brindó, alzando el vaso en el aire, y se bebió todo el contenido de un trago disfrutando del

calor del licor en la garganta… Lo que supuso una agradable distracción.

—¿Y la pregunta?

Ella no respondió al momento y se obligó a mirarla. Tenía los ojos clavados en el vaso de cristal que él sostenía en la mano. Lo dejó sobre el aparador con un golpe y el seco sonido la sacó de su ensimismamiento.

Pippa bajó apresuradamente la cabeza para concentrarse en el libro que sostenía. Mientras ella no le miraba, se permitió recrearse en el tinte rosado que cubría sus mejillas mientras tramaba la pregunta que, estaba seguro, destruiría su cordura.

¡Dios! ¿Por qué le gustaba tanto su rubor?

—Imagino que será mejor que empiece por el principio. Al parecer carezco de los principios más elementales. Es decir, sé cómo se desarrolla el asunto con perros, caballos y otros animales, pero los humanos, bueno, somos diferentes. Así que… —Hizo una larga pausa antes de soltar las palabras a borbotones—. Me gustaría que me explicaras el uso de la lengua.

Las palabras fueron un mazazo. Como uno de los fuertes puñetazos de Temple que no lograba esquivar y… tal como ocurría en el interior del *ring*, tuvo que esperar un momento para que el zumbido en sus oídos desapareciera.

Cuando eso ocurrió, ella estaba ya impaciente.

—Entiendo que en los besos tiene su función —añadió en voz baja—. Y también es útil en otros momentos, si me fío de lo que sugirió Olivia y a la que no siempre se le puede hacer caso. Pero no tengo ni idea de qué hacer con ella si él me besara…

Si él se atreviera a besarla… sentiría un enorme placer destrozándolo.

Tuvo que controlarse con todas sus fuerzas para no saltar por encima de la mesa, tomarla entre sus brazos, apretarla contra la pared y poseerla. Abrió la boca para hablar, aunque no sabía lo que iba a decir, pero teniendo claro que si ella decía una sola cosa racional y razonable, no sería capaz de resistirse.

Pero antes de que ninguno de los dos llegara a hablar, llamaron a la puerta y lo salvaron.

«O quizá lo arruinaron por completo».

Lo que tuvo claro fue que ella se salvó.

Los dos miraron hacia la puerta, confusos y sorprendidos por el sonido. Él tardó un instante en acercarse a la puerta para abrirla, usando su cuerpo para bloquear la estancia al visitante.

Chase estaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué pasa? —espetó él. Chase intentó mirar dentro de la sala sin dejar de sonreír burlonamente. Él redujo el tamaño de la rendija—. Chase… —advirtió.

No había manera de malinterpretar la diversión presumida que hacía brillar los ojos marrones de Chase.

—¿Estás escondiendo algo?

—¿Qué quieres?

—Tienes visita.

—Estoy ocupado, ¿no lo ves?

—Fascinante. —Chase intentó echar otro vistazo y él no pudo evitar el sonido que emitió al ver su movimiento—. ¿Acabas de gruñirme? Qué primitivo te estás volviendo.

Cross no picó el anzuelo.

—Di a cualquiera que se encargue de ello. O hazlo tú.

—Como se trata de tu… Lavinia, pensé que no querrías que fuera yo quien se ocupara de ella.

«¿Lavinia?».

Seguro que había entendido mal.

—¿Lavinia?

—Está aquí.

«No puede ser. No se arriesgaría. No arriesgaría a sus hijos». La furia le azotó como un estallido caliente y fugaz.

—¿Es que estos días pueden entrar aquí todas las mujeres de Londres?

Chase seguía tratando de ver lo que él ocultaba allí dentro.

—Algunos son más culpables que otros de la reciente oleada de damas de la aristocracia que vienen a visitarnos. Está en tu despacho.

Él soltó una ruda maldición por lo bajo.

—Debería darte vergüenza decir esas cosas, y más frente a una dama.

Cerró la puerta delante de las petulantes narices de Chase y se volvió hacia Pippa.

«¡Qué desastre!».

Su hermana y Pippa bajo el mismo y escandaloso techo, y solo él tenía la culpa.

«¡Maldición!».

Estaba perdiendo el control de la situación y no le importaba.

Ella se acercó a él. La curiosidad la envalentonaba, y se detuvo a solo unos pasos. Dos minutos antes, Cross hubiera hecho desaparecer la distancia y la hubiera besado hasta dejarla sin sentido.

Pero la intromisión de Chase había sido lo mejor para los dos, sin ningún género de dudas.

Quizá podría aprovecharla.

«Tienes que ocuparte de tu hermana».

En ese momento.

—Vuelvo enseguida.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Vas a dejarme sola?

—No será durante mucho tiempo.

Se acercó un paso más a él.

—Pero si no has respondido a mi pregunta...

«Debía dar gracias a Dios por ello».

Él retrocedió, tratando de llegar al picaporte.

—Regresaré —aseguró—. Aquí estás a salvo. —Abrió la puerta una rendija, porque sabía que no podía hacer otra cosa. Lavinia no podía permanecer sola en El Ángel.

Tampoco se fiaba demasiado de Pippa; era una dama capaz de causar estragos si la dejaba a su aire en El Otro Lado.

Durante un momento se debatió entre quedarse o irse. Por fin, clavó los ojos en los grandes iris azules y recurrió a su tono más dominante.

—¡No te muevas de aquí!

¡Que Dios le librara de las mujeres!

¿Es que ese hombre se pensaba que ella era un perro?

Pippa rodeó la mesa de jugar a los dados para recoger estos de manera distraída y los hizo bailar una y otra vez en la palma de la mano.

No había escuchado gran cosa de la conversación entre susurros que había mantenido Cross en la puerta, solo un nombre.

Sintió una profunda decepción… Una totalmente irracional, al oír aquellas sílabas en sus masculinos labios.

La había dejado sola para acudir junto a otra mujer. Junto a Lavinia. La mujer con la que le vio

hablando en los jardines de su casa.

Y se había atrevido a soltar un autoritario, «¡no te muevas de aquí!».

Sin haber respondido a su pregunta.

Vaciló y clavó los ojos en el largo borde de la mesa mientras ponía las manos en la caoba tallada, que evitaba que los dados cayeran y rodaran al suelo en los lanzamientos. Tiró con frustración los dados que tenía en la mano, y los observó mientras rodaban hasta detenerse.

Aquel hombre iba a enterarse muy pronto de que ella no era un chucho al que dar órdenes.

Se inclinó sobre la mesa y estudió el fieltro verde con los pensamientos dando vueltas en su cabeza a toda velocidad. Las marcas blancas y rojas se desdibujaron ante sus ojos mientras consideraba el siguiente paso a dar. Sin duda no iba a quedarse a esperarlo allí, en aquella diminuta habitación, sabiendo todas las emociones que le aguardaban al otro lado de la puerta.

Y menos cuando él acababa de escabullirse para hacer lo que fuera que hicieran los canallas con las mujeres que languidecían por ellos.

Y él, no cabía duda, languidecía por esa tal Lavinia.

Ya lo hacía cuando se encontraron de manera tan clandestina en el baile de compromiso. Y seguía haciéndolo cuando había salido escopetado detrás de ella, hacía un instante. Lo hacía de tal manera que había sido capaz de cancelar el compromiso que tenía con ella, descartándola con facilidad ante la presencia de Lavinia.

De repente, sintió una opresión en el pecho.

Ella tosió, se enderezó y clavó los ojos en la puerta que cerraba la estancia donde la había dejado. Se llevó una mano al pecho, recorriendo la piel desnuda por encima del borde del escote con los dedos, como si así pudiera aliviar el malestar.

Respiró hondo ante la imagen de Cross recorriendo precipitadamente los corredores de la casa de juego hacia los acogedores brazos de su dama, que se habría dado cuenta de que era un hombre digno de perdonar.

Estaba segura de que sería una mujer hermosa, diminuta y con las curvas redondeadas precisas. Sin duda, una de esas damas que sabían qué decir en cualquier situación y que nunca decían o preguntaban nada impropio.

Apostaría lo que fuera a que su Lavinia no podía nombrar un solo hueso del cuerpo.

No era de extrañar que Cross la adorara.

La opresión que sentía en el pecho se convirtió en dolor y tuvo que dejar las manos quietas.

¡Ay, Dios! Eso dolía. No era un dolor físico, sino emocional.

Se sintió aterrada.

«¡No!».

Volvió a inclinarse sobre la mesa, cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. ¡No! No iba a permitir que las emociones irrumpieran en esa situación. Estaba allí para descubrir algo, estaba allí en nombre de su investigación.

Eso era todo.

Abrió los ojos y buscó un punto de referencia; los dados que había lanzado antes.

«Seis y tres».

Concentró la mirada en el lanzamiento ganador.

«Seis y tres».

Comenzó a sospechar. Recogió los dados y los volvió a lanzar.

«Seis y tres».

Los examinó con atención antes de volver a lanzarlos.

«Seis y tres».

Tomó un solo dado.

«Tres».

«Tres».

«Tres».

Abrió los ojos como platos cuando lo comprendió todo. Aquel dado estaba trucado. Los dos estaban trucados.

No había ganado.

Él la había dejado ganar.

Cross había dirigido el juego desde el principio.

«La suerte no existe».

«Él le había mentido».

Había manipulado el juego. Sin duda también poseía los dados perdedores… y tenía intención de arruinar sus planes de investigación. Quería privarla de esos últimos días de libertad que le quedaban antes de que se convirtiera en la condesa de Castleton. ¡Estaba robándole tiempo!

Peor todavía, le había robado el tiempo y luego la había dejado abandonada para reunirse con otra mujer.

Ella se enderezó y miró la puerta por donde había desaparecido, con el ceño fruncido.

—Bien —dijo en voz alta a la habitación vacía—. Eso no va a pasar.

Caminó hasta la puerta y giró el picaporte con todas sus fuerzas. Estaba cerrado con llave.

Se le escapó un agudo sonido, mezcla de sorpresa e indignación mientras trataba de abrirla de nuevo, convencida de que estaba equivocada. No podía habérsele ocurrido dejarla encerrada en una salita de un club de juego.

«Después de hacerme trampas».

De eso nada.

Después de varios intentos infructuosos, Pippa estuvo segura de dos cosas; Cross la había dejado encerrada allí... después de hacerle trampas; y él estaba loco.

Se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura al pasillo. Aguardó unos instantes sin saber muy bien qué esperaba, aunque no obstante, siguió haciéndolo. Al ver que no aparecía nadie por el pasillo, se incorporó y se alejó varios pasos de la puerta para sopesar la ancha hoja de madera.

Solo había una solución. Forzar la cerradura. No era que lo hubiera hecho antes, pero había leído sobre el tema en artículos y novelas. Sin duda era algo sencillo que incluso podían hacer los niños pequeños, ¿verdad?

Se llevó una mano al pelo, se quitó una horquilla y volvió a agacharse para meterla en la cerradura. La movió a todos lados sin resultados. Después de lo que le pareció una eternidad, y cada vez más furiosa por aquella situación insostenible y con el hombre que la había provocado, se sentó en el suelo con un bufido de frustración y volvió a colocar la horquilla en su lugar.

Al parecer había muchas criaturas en Londres bastante más competentes que ella. Echó un vistazo a la enorme pintura que le había llamado antes la atención. Estaba segura de que los jóvenes que aparecían en el óleo no tendrían ningún problema con aquel cerrojo. Sin duda, idearían media docena de maneras de salir de aquella pequeña estancia.

«Como usar un pasadizo secreto».

La idea la puso en pie al instante. Comenzó a seguir los revestimientos de seda de la pared, recorriendo todo el perímetro de la sala en busca de una puerta secreta. Revisar cada centímetro de la pared le llevó varios minutos; examinó la pintura por ambos lados sin encontrar nada fuera de lo común. Allí no había ningún pasadizo secreto, a menos, claro está, que estuviera en la propia imagen.

Observó el cuadro de arriba abajo.

«A menos que…».

Agarró un lado del macizo marco, lo empujó y la pintura giró hacia el interior de la salita, dejando al descubierto un amplio y oscuro pasaje.

—¡Sí! —se jactó ante sí misma antes de alzar un candelabro de la mesa cercana y entrar en el pasadizo. Cerró la ancha puerta a su espalda con un susurro, sin poder evitar una sonrisa de satisfacción. Cross iba a quedarse muy sorprendido cuando abriera la jaula y descubriera que el pájaro había volado.

Y se lo merecería, ¡menudo canalla!

Por lo que a ella concernía, se dirigiría a donde quiera que el pasadizo condujera.

Capítulo 10

«He estudiado una gran cantidad de especímenes vegetales y animales a lo largo de los años, y si existe una certeza irrefutable es esta: ya sean perros o seres humanos, los hermanos casi siempre muestran más heterogeneidad que homogeneidad. No hay más que mirarnos a Olivia y a mí para verlo claro. Los padres son el rosal rojo… y sus descendientes la rama blanca».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
28 DE MARZO DE 1831, OCHO DÍAS ANTES DE SU BODA.

He venido a pedirte que nos dejes en paz.

Cross estaba parado junto a la puerta, cerrada con llave, detrás de la que apostaban en las mesas de juego de El Ángel doscientos de los más poderosos hombres de Gran Bretaña. Mientras se dirigía al encuentro de su hermana, le habían pasado por la cabeza media docena de cosas que podría decirle, todas ellas floridas variaciones del tema, «¿Cómo demonios se te ha ocurrido venir aquí?».

Pero no tuvo la oportunidad de decir ninguna. Su hermana tomó la palabra en el mismo instante en que el cerrojo hizo *clic*, como si de lo único que tuviera que preocuparse en el mundo fuera aquella única y clara frase que acababa de pronunciar.

—Lavinia… —empezó a decir.

—No estoy aquí para discutir contigo. —Ella lo interrumpió con una mirada seria e inquebrantable. Sus palabras eran duras como el acero—. Vengo directa desde el club de Knight. Se ha negado a verme, y es por tu culpa.

Él sintió que la ira ardía en su interior.

—Es lo que tiene que ser. Jamás deberías haber ido a verlo. Y si sabe lo que le conviene, jamás te recibirá.

Ella parecía cansada. Se la veía pálida, delgada e incómoda, con profundas ojeras y las mejillas hundidas como si llevara días sin haber dormido o comido. Pero no habían sido esos últimos días los que habían desdibujado a la jovencita feliz de ojos brillantes que era ella a los diecisiete años, dejando en su lugar a aquella estoica mujer de veinticuatro que parecía mucho más vieja y sabia.

Sí, demasiado sabia. Lavinia no se amedrentó.

—Esto no te incumbe.

—Claro que me incumbe. Eres mi hermana.

—¿Acaso piensas que decirlo en voz alta lo convierte en verdad?

Avanzó hacia ella, pero vaciló cuando ella retrocedió y la vio aferrarse al borde de su escritorio como si la enorme tabla de ébano pudiera darle las fuerzas que le faltaban.

—No se puede negar. Es verdad.

Su hermana torció los labios en una amarga sonrisa.

—¡Qué simple parece así! Como si no hubieras hecho nada mal. Como si estuviéramos dispuestos a olvidar que nos abandonaste. Como si estuviéramos dispuestos a fingir que todo está bien, que nada cambió. Tú piensas que vamos a matar al cordero más gordo para celebrar el regreso del hijo pródigo y que te daremos sin más la bienvenida.

Aquellas palabras le hirieron a pesar de que se recordó a sí mismo que Lavinia era demasiado joven cuando Baine murió. Acababa de cumplir diecisiete años y estaba tan concentrada en su propio dolor, en la tragedia que envolvía su vida, que no pudo darse cuenta de lo que había ocurrido de verdad. No entendió que él no tuvo otro remedio que abandonar a su familia.

Que lo habían expulsado.

No se daba cuenta de que jamás le habrían perdonado. Que, ante ellos, jamás había sido lo suficientemente bueno, fuerte… En resumen, que no era Baine.

Y no solo a los ojos de su familia, también ante los suyos propios.

No la corrigió, no dijo nada, permitió que las palabras le hirieran. Todavía seguía mereciéndolas.

Y siempre sería así.

—He venido a comunicarte —agregó su hermana al ver que no respondía—, que sea cual sea el arreglo que has hecho, el acuerdo al que has llegado con el señor Knight, no lo quiero. Rescíndelo. Yo me encargaré de mi familia.

Aquellas palabras le enfurecieron.

—Esa responsabilidad no te corresponde a ti. Tienes un marido y es él quien debe encargarse. Es su papel. Es él quien debería proteger el futuro de sus hijos, tu reputación.

Los ojos castaños de Lavinia ardían de ira.

—Nada de eso es de tu incumbencia.

—Lo es si necesitas un protector y él no desempeña ese papel.

—¿Así que ahora te ha dado por jugar a ser el protector de la familia? ¿Por interpretar al perfecto hermano mayor? ¿Ahora? ¿Después de siete años de abandono? ¿De siete años sin dar señales de vida? Para empezar, dime, ¿dónde estabas cuando me casaron con Dunblade?

Había estado jugando a las cartas en algún garito, fingiendo que su hermana no existía. Sin querer enterarse de lo que ella estaba sufriendo, de que se estaba casando, de con quién lo estaba haciendo. Olvidando el motivo de ello. Por irónico que pudiera resultar, era muy probable que el garito en cuestión fuera el de Knight.

—Lavinia… —intentó explicarse—, ocurrieron muchas cosas después de la muerte de Baine. Ignoras muchos hechos.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Todavía me consideras una niña. ¿De verdad crees que no lo sé? ¿Que no recuerdo esa noche? ¿Debo recordarte que yo estaba allí? Estaba yo, no tú. Y yo soy la que lleva las cicatrices. La que tiene grabado todo eso en su memoria. No he podido olvidarlo ni un solo día. Tú, sin embargo, te has dedicado a adueñarte de la noche.

La vio cambiar de postura y percibió la incomodidad que la atenazaba mientras se apoyaba en el bastón, minuciosamente tallado. Se acercó a la silla más cercana y quitó de encima una pila de libros.

—Por favor, siéntate.

Ella se puso rígida.

—Estoy bien de pie —aseguró con la voz fría como el hielo—. Es posible que esté coja, pero no soy una lisiada.

¡Maldición! ¿Acaso podía meter más la pata?

—No quería decir… Claro que puedes quedarte de pie. Solo pensé que estarías más cómoda si…

—No es necesario que te preocupes por mi comodidad ni que me facilites la vida. Lo que necesito es que te mantengas alejado de mí. Eso es lo que he venido a decirte. No permitiré que

negocies con Knight en mi nombre.

La ira y la frustración estallaron de golpe.

—Mucho me temo que no te toca decidir a ti. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras te sacrificas a Knight. Y menos cuando yo puedo evitarlo.

—No quiero que intervengas. No es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío. Te guste o no, este es mi mundo y tú eres mi hermana. —Hizo una pausa, sopesando las siguientes palabras. No quería decirlas, pero sabía que debía hacerlo—. Knight fue a por ti para llegar a mí.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Él se odió en ese momento. Se odió tanto como la mirada que vio en sus ojos, llena de sospecha e incredulidad.

—Quiere pillarme a mí, Lavinia. No te quiere a ti ni a Dunblade. Sabía que amenazarte a ti sería la manera más rápida de conseguir lo que quiere de mí.

—¿Por qué se le iba a ocurrir eso? —Se burló ella—. Jamás te hemos importado nada.

Las palabras dolían.

—Eso no es cierto.

La vio cambiar de nuevo de posición y no pudo evitar volver a mirar el bastón. Sabía cuánto le dolía; durante los siete años transcurridos, había pagado generosamente a los médicos que la atendían para que lo mantuvieran informado de la lesión.

La miró a los ojos.

—Lavinia, por favor, siéntate —insistió—. Tenemos que discutir todo esto.

Ella no le hizo caso.

—¿Estamos en esta situación por tu culpa?

Realmente no importaba que ella tuviera un marido débil, si él no fuera Cross, si no tuviera aquella historia pasada con Knight, la familia de Lavinia estaría a salvo.

—Te amenaza para llegar a mí. Para conseguir lo que quiere de mí. Debes mantenerte alejada de él, yo me encargaré de todo. Solo necesito cuatro días.

—¿Qué es lo que quiere?

«Mi título. Mi apellido. La herencia que corresponde a tus hijos».

—No importa.

—Claro que importa.

—No. No importa porque no va a conseguirlo. Y tampoco te conseguirá a ti.

Vio que en los ojos castaños de su hermana llameaba algo parecido al odio antes de que se echara a reír sin humor.

—Imagino que no debería sorprenderme. Después de todo, mi dolor siempre ha sido causado por tus acciones, ¿verdad? ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

El silencio cayó como un manto entre ellos. Las palabras flotaron en el aire, un peso familiar e insoportable al mismo tiempo, que traía a su memoria las frías acusaciones que su padre había hecho aquella noche, hacía ya siete años.

«Deberías haber sido tú».

Y los intensos lamentos de su madre.

«Ojalá hubieras sido tú».

Y los gritos de dolor de Lavinia mientras los cirujanos hacían lo que estaba en sus manos para recolocar los huesos, limpiar las heridas y aliviar la fiebre que hacía estragos en el debilitado cuerpo, amenazando la joven vida de su hermana.

Amenazando su cordura.

Quería decirle la verdad, que aquella noche se vio consumido por la culpa y el miedo a las noches venideras. Que había deseado una y otra vez, durante todos esos años, haber sido él quien estuviera en ese carruaje. Que Baine se hubiera quedado en casa; el fuerte, tranquilo y competente Baine, el hermano perfecto que jamás la hubiera abandonado. El que jamás hubiera permitido que ella se casara con Dunblade.

Quería haber muerto él, porque así jamás les hubiera fallado.

Pero las palabras no salieron.

—Repararé el daño —se limitó a decir—. Jamás volverá a molestarte.

Aquella risa de nuevo, herida, llena de odio, con mucha más experiencia de la que debería tener.

—Por favor, no lo hagas. Se te da demasiado bien provocar dolor como para tener cualidades para repararlo. No te quiero en mi vida —agregó finalmente su hermana—. Yo me ocuparé de él.

—No te recibirá —comunicó él—. Forma parte de nuestro pacto.

—¿Cómo te atreves a negociar por mí?

Él meneó la cabeza y se limitó a soltar la verdad, incapaz de contenerla por más tiempo.

—Fue él quien vino a mí, Lavinia. Por mucho que te guste creer lo contrario, no podía permitir que te hiciera daño. Jamás se lo permitiré.

Las palabras podrían haber sido decisivas, pero jamás lo sabría, porque en aquel preciso momento, mientras flotaban en el aire, se escuchó un fuerte golpe al otro lado de la gran pintura que colgaba de una de las paredes de su despacho y una atroz certeza le revolvió las entrañas de una manera muy desagradable. Sabía lo que había al otro lado del óleo, sabía a dónde conducía.

Y también sabía, con innegable certeza, quién estaba en el interior del pasaje.

Alzó la mano para evitar que su hermana dijera una palabra más, rodeó el escritorio y agarró el borde dorado del marco para dar el fuerte tirón necesario para abrir la entrada secreta y dejar al descubierto a una Philippa Marbury que les miraba con los ojos abiertos como platos. La joven salió a trompicones del pasadizo y casi se llevó por delante una mesa cercana antes de enderezarse y enfrentarse a los ocupantes de la estancia.

Ella no se inmutó. Se colocó las gafas y pasó junto a él para llegar al centro de su despacho.

—Hola, lady Dunblade. —Luego lo miró a él con azul gelidez antes de colocar con un gesto de triunfo un par de dados de marfil sobre el enorme escritorio negro—. Eres un mentiroso y un tramposo. Y no permito que me des órdenes como si fuera un perro.

Hubo un momento de aturdido silencio durante el que Lavinia les miró boquiabierta, y él se preguntó para sus adentros cuándo, exactamente, se había convertido su tranquila y serena vida en un torbellino fuera de su control.

Así que la Lavinia de Cross era Lavinia, la baronesa Dunblade. Una dama.

Resultaba fascinante con cuánta eficacia volvía invisibles la sociedad a los que se habían visto sometidos a circunstancias desafortunadas. Lady Dunblade podía necesitar un bastón para apoyarse, debido a su cojera, pero al verla de pie al lado del desordenado escritorio en el despacho de Cross, se preguntó cómo era posible que aquella dama pudiera pasar desapercibida. Dejando a un lado la lesión, era alta y muy guapa, con hermosos cabellos rojizos y unos ojos castaños que ella no pudo más que admirar.

Y, por lo que parecía, no era la única que pensaba eso de dichos ojos; Cross también los consideraba dignos de admiración. No debería sorprenderse, después de todo era un notorio donjuán —aunque no había insinuado nada impropio con ella— y lady Dunblade pasaba tan inadvertida que podría entrar y salir de El Ángel sin causar el menor escándalo.

Pero sin duda era escandalosa dado que estaba allí, en el despacho de Cross, erguida y orgullosa como una reina griega.

¿Y por qué no iba a estar orgullosa? Por lo visto había logrado atraer la atención de uno de los hombres más solicitados de Londres.

«Tú estarías muy orgullosa de ti misma si hubieras logrado lo mismo».

Ignoró el pensamiento y el ramalazo de desagrado y potente emoción que la atravesó. Se volvió para cerrar el pasadizo secreto. Tendría que haber imaginado que él elegiría una salita con un pasaje que llevara a su despacho; no era el tipo de hombre que dejara nada al azar.

Tampoco era el tipo de hombre que se sentiría feliz de que ella hubiera irrumpido a través de la pared en su despacho, y si lo que había oído sin querer era digno de ser tenido en cuenta, durante una conversación privada.

«No podía permitir que te hiciera daño».

Había notado la fiereza de su tono incluso a través de la pared. Y también había notado el compromiso que encerraban sus palabras. Cross estaba dispuesto a proteger a esa dama; ella le importaba lo suficiente como para dejarla a ella encerrada bajo llave en una salita para ir a su encuentro.

No debería sentirse molesta. Después de todo, lo suyo no era más que una sociedad, no una relación.

Los celos no tenían cabida entre ellos. No tenían sentido, no existía tal cosa en los hechos científicos.

«Solo que al parecer, sí que existen».

No, no debería estar celosa, sino enfadada. Él había roto su acuerdo haciendo trampas con dados cargados y mentiras crueles. Sí. De hecho, esa era la razón de que estuviera allí, furiosa, ¿verdad? Si estaba enfadada, debería ser por ese motivo, solo por ese.

No porque él la hubiera dejado plantada para reunirse con esa dama.

Eso no la debería molestar en absoluto.

Y aun así, esa parecía ser justamente la razón de su malestar.

«¡Qué curioso!».

Una vez que se cerró el pasadizo, se giró para mirar a lady Dunblade y a Cross. Percibió la furia en el rostro masculino y la conmoción en los ojos femeninos.

—Lamento la interrupción. —Fue lo primero que se le vino a la mente.

—Habíamos terminado —repuso la dama tras el largo silencio que siguió a sus palabras. La vio cuadrar los hombros como si de pronto hubiera recordado donde estaban, y renqueó hacia la puerta—. Ya me iba.

—¿Qué demonios hacías en el interior del pasadizo? —exclamó Cross al mismo tiempo—. ¿No te había dicho que no te movieras de allí?

—Me dejaste encerrada con llave, ¿de verdad pensabas que no iba a intentar escapar? —repuso ella, incapaz de contener la frustración en su tono.

—Lo único que pretendía era mantenerte a salvo.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Qué pensabas que podía ocurrirme?

—¿En un oscuro pasadizo secreto en las entrañas de una casa de juego? Tienes razón, nada en absoluto.

Dio un paso atrás.

—El sarcasmo no te va, Cross.

Él sacudió la cabeza con frustración y se volvió hacia lady Dunblade, que ya había llegado a la

puerta.

—No vas a marcharte.

La dama entrecerró los ojos.

—Ya hemos terminado. He dejado mi mensaje y, definitivamente, me marcho ya.

Pippa se apretó contra la pintura por la que había llegado y vio como Cross se acercaba a lady Dunblade afectado por sus palabras.

—Lavinia… —empezó a decir él antes de que ella alzara la mano y lo detuviera.

—No. Tú has elegido esto; no puedes cambiar el pasado.

—¡Maldita sea! No quiero cambiar el pasado, sino el futuro.

Lavinia se volvió hacia la puerta.

—El futuro no es tuyo, no puedes doblegarlo.

Ella los miraba, pasando la vista de uno a otro como si estuviera presenciando un partido de bádminton. Cada vez sentía más curiosidad, anonadada por los hechos. ¿Qué les había ocurrido en el pasado? ¿Qué pasaba ahora, que amenazaba de esa manera el futuro de los dos? ¿Cuál era el carácter de su relación?

Cuando lo miró a los ojos, en busca de las respuestas, percibió una profunda angustia en sus ojos.

«Él la amaba».

Se puso rígida al constatar eso, resultaba un pensamiento inquietante y desagradable.

Lavinia cerró los dedos sobre el picaporte.

—¡Maldición, Lavinia! Ahí fuera está la mitad de Londres. Si te ven, estarás arruinada.

Ella le miró por encima del hombro.

—¿Y no estoy ya en ese camino?

«¿Qué quería decir eso?».

Cross entrecerró los ojos.

—No, si yo puedo evitarlo. Te llevaré a tu casa.

Lavinia la miró a ella.

—¿Y qué pasa con lady Philippa?

Él la miró con sorpresa, como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Pippa ignoró la sensación de decepción que acompañó ese pensamiento.

—Os llevaré a las dos a vuestras casas.

Ella negó con la cabeza. Lo que ocurría con lady Dunblade no iba a variar sus planes para esa noche.

—Yo no pienso volver ahora a casa —intervino, haciendo caso omiso del peso que le constreñía el pecho ante lo que había descubierto hacía unos instantes.

—Yo no iré a ningún sitio contigo —soltó Lavinia al mismo tiempo.

Él tiró de uno de los llamadores que tenía a la espalda con más fuerza de la necesaria.

—No te obligaré a soportar mi presencia, pero tampoco voy a permitir que destruyas tu reputación. Alguien te escoltará hasta casa.

—Una vez más, me dejas en manos de otro. —La amargura teñía el tono de lady Dunblade.

Cross palideció al escucharla. Aquella estancia era, de repente, demasiado pequeña, y ella estaba de más. Había algo muy íntimo entre Cross y Lavinia, algo en la manera en que se enfrentaban sin que ninguno estuviera dispuesto a ceder. Mantenían una posición similar… ambos erguidos y negándose a ser intimidados por el otro.

No cabía duda de que entre ellos existía un pasado. De que se habían tratado durante años.

Sin duda, en algún momento, se habían amado.

«Quizá todavía lo hacen».

Aquel pensamiento hizo que ella deseara regresar al pasaje detrás de la pintura en busca de otra manera de salir del club. Se giró para hacer eso, empujó el pesado marco; prefería estar en la salita de jugar a los dados, a solas, que encerrada con esa pareja.

Pero en esta ocasión, cuando la pintura se abrió, reveló a un gigantesco hombre en el pasadizo. El hombre, muy moreno, parecía tan sorprendido de verla como ella de verlo a él. Se miraron fijamente el uno al otro.

—Disculpe, me gustaría pasar —terminó espetando ella.

Él frunció el ceño y miró a Cross confundido, haciéndole soltar una sonora maldición.

—Ella no va a ningún sitio.

Pippa le miró por encima del hombro.

—No me pasará nada.

Él buscó sus ojos con una expresión muy seria.

—¿Adónde piensas ir?

Ella no estaba demasiado segura.

—Voy dentro de… —Señaló la negrura que bloqueaba el enorme corpachón del hombre— de la pared.

Cross la ignoró y se concentró en el hombre que acababa de surgir de la pared.

Pippa estiró el cuello para observarlo. Era grande, el más grande que hubiera conocido nunca. Resultaba muy difícil imaginar que fuera un experto en ayudar a escabullirse a las mujeres que se dedicaban a actividades clandestinas a altas horas de la noche, pero Cross era un donjuán legendario, así que seguramente no fuera esta la primera vez que tenía que recurrir a los servicios de aquel tipo.

—No pienso ir con él —intervino lady Dunblade con voz firme.

—No te queda otra opción —aseguró Cross—. A menos, claro está, que prefieras que te lleve yo.

A Pippa no le gustó la idea, pero se mantuvo callada.

—¿Cómo sé que puedo confiar en él?

Cross miró al techo como pidiendo paciencia y luego volvió a mirar a la dama.

—No lo sabes. Pero tengo la impresión de que cuando decides si puedes confiar en alguien sigues criterios arbitrarios, así que, ¿por qué no fiarte de él?

Se miraron tan fijamente que ella se preguntó qué sucedería. No le hubiera sorprendido nada que lady Dunblade hubiera abierto la puerta del despacho de Cross, altiva y correcta, para marcharse sin más ceremonias hacia el salón de juego con el único propósito de fastidiarle.

¿Qué le había hecho Cross a lady Dunblade?

¿Qué le había hecho lady Dunblade a Cross?

—¿Lady Dunblade? —intervino ella sin poder evitarlo después de que transcurriera un largo momento.

La mujer la miró y ella se preguntó si habían llegado a conversar en alguna ocasión. Creía que no. Estaba segura de que si hubiera mantenido una charla con aquella orgullosa guerrera de ojos castaños y cabellos de fuego, la recordaría.

—¿Sí?

—Sea lo que sea, no merece la pena que pierda la reputación —replicó, vacilando sobre qué palabras usar.

Hubo un silencio mientras Lavinia asimilaba su frase y, por un momento, estuvo segura de que la mujer no iba a reaccionar. Pero lo hizo, se apoyó en el bastón y atravesó la estancia para

permitir que el gigante la ayudara a entrar en el oscuro pasadizo en el que él todavía permanecía.

Una vez allí dentro, Lavinia se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Podría decir lo mismo —le dijo—. ¿Quiere acompañarme?

La pregunta flotó en el aire y ella supo que su respuesta afectaría a algo más que las actividades que le esperaban esa noche. Sabía que un sí le impediría disfrutar de la presencia del señor Cross para siempre y que un no la mantendría allí durante demasiado tiempo.

Más del que había planeado.

Él la miraba con sus ojos grises fijos en los de ella, ilegibles en la distancia que los separaba y, a pesar de ello, tan poderosos que podían conseguir que se le acelerara la respiración y le diera un vuelco el corazón. Movió la cabeza, incapaz de apartar la vista.

—No. Voy a quedarme.

Él no se movió.

—No sé por qué está aquí, lady Philippa —dijo lady Dunblade—, pero déjeme decirle una cosa... Sea lo que sea que le ha prometido este hombre, o lo que usted crea que va a obtener de su relación con él, no piense que va a conseguirlo. —Pippa no sabía qué responder, aunque no tenía que hacerlo—. Su reputación corre peligro.

—Ya he tomado precauciones —aseguró ella.

La mujer arqueó una de sus cejas rojizas con expresión de incredulidad, y notó en ella algo familiar, pero la impresión desapareció antes de que pudiera identificarla.

—Ya lo veo.

La baronesa desapareció en la oscuridad del pasadizo y el gigante la siguió a pocos metros. Ella los observó alejarse. La mortecina luz de la linterna del hombre se desvaneció al doblar el primer recodo, un poco antes de que la pintura se cerrara.

Se volvió hacia Cross.

Él estaba apoyado en la pared más alejada, recostado contra una enorme librería con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo.

Parecía agotado. Notó sus hombros encorvados, casi derrotados, e incluso ella, que nunca era capaz de leer correctamente las emociones de las personas que la rodeaban, entendió que había resultado herido en la batalla que se acababa de librar en aquella estancia.

Incapaz de detenerse, se acercó a él, rozando con el borde de las faldas el macizo ábaco. El sonido de las bolas pareció sacar a Cross de sus pensamientos, porque alzó la vista y su mirada gris se encontró con la de ella, deteniéndola en seco.

—Deberías haberte ido con ella.

Pippa sacudió la cabeza.

—Me has prometido que me ayudarías —replicó cuando por fin logró soltar las palabras atascadas en la garganta.

—¿Y si te dijera que quiero romper nuestro acuerdo?

Ella forzó una sonrisa sin humor.

—Ese deseo no es mutuo.

—Lo será —aseguró él, con la mirada oscura. Esos ojos parecían ser la única parte de él con cierto movimiento.

—¿Quién es ella? —preguntó incapaz de reprimirse.

La pregunta rompió el hechizo que les envolvía y él apartó la mirada para rodear el escritorio y dejar que les separara la ancha superficie de ébano, antes de ponerse a ordenar papeles.

—La conoces.

Pippa movió la cabeza.

—Sé que es la baronesa de Dunblade sí, pero ¿quién es para ti?

—Eso no importa.

—Al contrario, parece que importa mucho.

—No tiene importancia para ti.

Comenzaba a resultar inquietante cuánto le importaba.

—Y, sin embargo, la tiene. —Se interrumpió para dejar que él le contara, aunque sabía que su petición era inútil—. ¿Te importa mucho? —insistió, incapaz de contenerse.

«No me lo digas, no quiero saberlo».

Pero quería, y con ansiedad.

—Solo lo pregunto porque me produce mucha curiosidad por qué su visita ha conseguido que me dejes encerrada en una sala de juego durante un tiempo indefinido —insistió, al ver que no le respondía.

Él alzó la vista.

—No iba a ser un tiempo indefinido.

Ella se detuvo ante el escritorio.

—No sería gracias a ti.

—¿Cómo encontraste el pasadizo?

—Te sorprendería saber lo que la irritación llega a conseguir que hagamos.

Él curvó una de las comisuras de la boca.

—¿Puedo suponer que estás aludiendo a tu encierro?

—Y a tus trampas —agregó ella.

Él miró los dados que ella había dejado sobre el borde del escritorio.

—Esos son dados ganadores.

—¿Y crees que me importa algo si la falta de honestidad es para ganar o para perder? Es hacer trampas.

Él se echó a reír, pero su risa no tenía ni pizca de diversión.

—Claro, a ti no te importa, por supuesto. Pero eran para tu propio bien.

—¿Y los sietes?

—También estaban trucados los dados.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y el nueve que saqué el primer día? ¿Esa apuesta que me envió de vuelta a casa con la promesa de no acercarme a más hombres?

Él se sirvió un *whisky*.

—Esos también.

—Cross, te dije en su momento que no me gustaban los mentirosos. —Afirmó con la cabeza.

—Y yo te respondí que los canallas mentían. Ya iba siendo hora de que te dieras cuenta.

Aquel hombre resultaba muy frustrante.

—Si todas las mentiras son tan fáciles de detectar como unos dados trucados, creo que no me irá mal en la vida.

—Me sorprende que te dieras cuenta.

—Quizá tus otras mujeres no se pregunten ante una epidemia de seises y treses, pero yo soy científica —hizo constar ella, incapaz de contener la ira—. Conozco las leyes de las probabilidades.

—¿Mis otras mujeres? —se extrañó él.

—La señorita Tasser, lady Dunblade, todas esas con las que te has acostado —enumeró ella, haciendo una pausa para rechazar la imagen que conjugaron aquellas palabras, una imagen que

no resultaba demasiado placentera—. De todas maneras, da igual, soy distinta a ellas.

—Tú eres diferente a todas las mujeres que he conocido.

Las palabras dolieron.

—¿Qué significa eso?

—Que la mayoría de las mujeres no me hacen sentir tan frustrado.

—¡Qué interesante! ¿Sabes? Yo jamás he conocido a un hombre que me saque tanto de mis casillas. —Señaló la pintura—. No deberías haberme encerrado en ese cuarto.

Él acabó la bebida de un trago y volvió a poner el vaso en el aparador.

—Te aseguro que allí estabas a salvo.

Aunque no era la cuestión, no se había sentido insegura.

—¿Y si tuviera claustrofobia?

Él levantó la cabeza de golpe, buscando su mirada.

—¿La tienes?

—No. Pero podría haberla tenido. —Vaciló—. ¿Y si hubiera habido un incendio?

Él no titubeó.

—Habría ido a buscarte.

La certeza con la que habló la dejó paralizada durante un instante.

—¿A través de tu pasadizo secreto? —preguntó cuando se recuperó.

—Sí.

—¿Y si estuviera bloqueado por el fuego?

—Habría encontrado la manera de llegar hasta ti.

—¿Y tengo que creerte?

—Sí. —Parecía seguro de que nada le hubiera detenido.

—¿Por qué?

—Porque es así. —Las palabras nunca habían sido tan roncas y profundas. Pippa supo dos cosas en ese momento; que ambos se habían inclinado sobre la mesa, que tenía grabado un emblema tan poderoso como el del ejército de Carlomagno, hasta que solo les separaban escasos centímetros, y que ella le creía.

«Habría ido a buscarme».

Emitió un largo y sentido suspiro.

—Y en cambio, fui yo la que vino a buscarte a ti —concluyó ella.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—Tú no sabías a dónde conducía el pasadizo.

Todo él; sus ojos, su voz, el aroma a sándalo que emanaba de su cuerpo, todo la tentaba. Se balanceaba sobre el abismo, a punto de cerrar los ojos y lanzarse al vacío, hacia él.

—Yo tenía la esperanza de que me condujera hasta la excitación. —Sus palabras fueron apenas un susurro.

«De que me condujeran a ti».

Él retrocedió tan bruscamente como si ella hubiera dicho en alto las palabras, rompiendo el momento.

—En ese caso, lamento que solo te trajeran hasta aquí.

Pippa se enderezó a su vez y volvió a mirar la pintura a través de la que había llegado. Era un cuadro en el que no se había fijado las dos veces que había estado en aquella habitación, pero ahora, sin embargo, parecía apoderarse del espacio, achicando la pared del despacho. Ancho y el doble de alto, resultaba al mismo tiempo grotesco, hermoso y absolutamente irresistible.

En el centro había una mujer que dormía boca arriba en un estado de abandono total, envuelta

en sábanas blancas, con los brazos por encima de la cabeza y los rizos rubios cayendo hasta el suelo, sueltos y ondulantes. La piel era pálida y suave, y era lo único luminoso en la habitación, tan brillante que llevaba un momento darse cuenta de lo que acechaba entre las sombras de la habitación.

A un lado, tras una cortina de terciopelo rojo, asomaba un caballo negro con una mirada salvaje y la boca abierta, mostrando unos enormes dientes muy blancos. La bestia parecía mirar de manera lasciva a la figura dormida, como si pudiera leer sus sueños y estuviera esperando el momento de atacar.

Pero aquella bestia tendría que esperar su turno, porque sentado sobre el alargado torso de la mujer, entre las sombras que definían el pecho y los muslos, había un figura pequeña y fea, mitad hombre mitad bestia. La criatura clavaba la mirada fuera de la pintura, sosteniendo la vista a cualquiera que se atreviera a observarla. La expresión en el rostro del duende era a la vez paciente y posesiva, como si estuviera dispuesto a esperar una eternidad a que aquella mujer se despertara, como si no le importara luchar a muerte para conservarla.

Era la pintura más irresistible que hubiera visto nunca, escandalosa y llena de pecado. Se acercó.

—Este cuadro es… increíble.

—¿Te gusta? —Notó cierta sorpresa en su tono.

—No creo que sea una cuestión de gusto. Es imposible ignorarlo, un cuadro que llama la atención. —Quería alargar la mano y despertar a la mujer, avisarla de lo que sin duda sería una muerte terrible—. ¿De dónde lo sacaste?

—Lo usaron para pagar una deuda —explicó Cross desde más cerca. Ella miró por encima del hombro y lo vio junto al escritorio, con una mano sobre la superficie de ébano, observando cómo se acercaba al óleo.

—Imagino que sería una deuda enorme.

Él ladeó la cabeza.

—Digamos que la pintura me gustó lo suficiente como para permitir que la deuda fuera liquidada por completo.

No le sorprendía que se hubiera sentido atraído por la pintura, por la maldad que se reflejaba en cada pincelada, por la oscura historia que contaba. Se giró y se acercó una vez más a la extraña criatura que permanecía sentada sobre la mujer desnuda.

—¿Qué es? —preguntó señalando al hombrecito, pero sin atreverse a tocarlo.

—Es un íncubo. —Él hizo una pausa antes de continuar—. Una pesadilla. Antiguamente se pensaba que los demonios venían por las noches para causar estragos en los que dormían. Los demonios masculinos, como este, se quedaban prendados de las mujeres hermosas.

Había algo raro en la manera en que hablaba. ¿Quizá nostalgia? Ella le miró.

—¿Por qué te la quedaste?

Él no la miraba, sino que tenía la vista clavada en el escritorio. Lo vio levantar los dados que ella había dejado allí y apretarlos en un puño.

—No me suele apetecer dormir —explicó él, como si fuera una respuesta entendible.

«¿Por qué?».

Quiso preguntarle, pero supo que él no se lo diría.

—Lo cierto es que no me sorprende demasiado, dado que pasas la mayor parte del día a la sombra de esta pintura.

—Acabas sintiéndote cómodo.

—Lo dudo mucho —replicó ella—. ¿Con qué frecuencia usas ese pasadizo?

—No suelo necesitarlo a menudo.

Ella sonrió.

—En tal caso, ¿podría quedármelo?

—No lo usas bien. Te escuché acercarte.

—No es cierto.

—Claro que sí. Es posible que te sorprenda, pero no se te da bien acercarte sigilosamente, Pippa.

—Es una actividad que no he tenido que practicar, Cross.

Él curvó las comisuras de la boca en algo que parecía una sonrisa.

—Al menos hasta hace poco.

—Este lugar lo exige, ¿no crees?

—Sí, es cierto.

Él volvió a dejar los dados en el escritorio, y los pequeños cubos captaron la atención de Pippa antes de que tomara la palabra.

—Bueno, si mal no recuerdo, me debes tres respuestas. Cuatro si contamos la que dejaste sin contestar.

Al notar un profundo silencio a su declaración, ella tuvo que alzar la mirada hacia él; la estaba esperando.

—Todos los dados estaban trucados, no te debo nada.

Ella frunció el ceño.

—Al contrario, me debes mucho; yo confiaba en que me dirías la verdad.

—Fue un error tuyo, no mío.

—¿No te avergüenza hacer trampas?

—Lo único que me avergüenza es que me atrapen.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Me has subestimado.

—Me parece que sí. No te preocupes, es un error que no volveré a cometer; no tendré la oportunidad.

Ella echó la cabeza hacia atrás bruscamente.

—¿Vas a echarte atrás?

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Quiero que te vayas. Que te vayas para siempre. No perteneces a todo esto.

Ella sacudió la cabeza.

—Me aseguraste que no te echarías atrás.

—Mentí.

Las palabras la sorprendieron. Resultaron tan inesperadas que soltó lo primero que se le ocurrió.

—¡No!

Él la miró con sorpresa.

—¿No?

Ella movió la cabeza lentamente, aproximándose a él para detenerse a pocos centímetros.

—No.

Lo vio levantar los dados y escuchó el roce del marfil cuando él los agitó en el interior del puño.

—¿En qué te basas para negarte?

—En que me lo debes.

—¿Vas a llevarme ante un juez y un jurado? —preguntó él con ironía.

—No es necesario —replicó ella, preparada para jugarse la última y más poderosa carta—. Solo tengo que llevarte ante mi cuñado.

Notó el golpe que hacían las palabras cuando él abrió más los ojos. Apenas lo suficiente para que ella lo notara antes de que él cerrara la distancia entre ambos.

—Una idea excelente —aseguró él—. Vamos a contarle todo a Bourne. ¿Crees que me obligaría a completar nuestro acuerdo?

Pippa se negó a dejarse intimidar.

—No. Creo que lo primero que hará será asesinarte por haber aceptado, y luego te descuartizará, cuando descubra que fue propiciado por una prostituta.

En su mirada gris brilló una emoción, ¿irritación o admiración? Lo que fuera desapareció casi al instante, se apagó como una linterna en uno de esos pasadizos oscuros que diseñaba.

—Buena jugada, lady Philippa. —Las palabras fueron tan suaves como un roce en la piel.

—Eso he pensado. —¿Qué le había pasado a su voz?

Él estaba muy cerca.

—Bien, ¿por dónde te gustaría empezar?

Pippa quería empezar por donde lo habían dejado. Él no podía escapar mientras estuvieran allí, en su despacho, en el club… A pocos metros del pecado y el vicio, de la mitad de Londres que no dudaría en arruinarla por completo si la descubrían.

A pocos centímetros el uno del otro.

Aquel era el riesgo que a ella no le importaba correr; su recompensa era el conocimiento que Cross le había prometido.

Una oleada de excitación la recorrió de pies a cabeza antes de producir un vibrante aleteo en su interior. Una promesa más intensa que cualquier emoción que esperara sentir cuando salió de su casa esa noche.

—Me gustaría empezar con los besos.

Capítulo 11

Era posible que Pippa quisiera comenzar con besos, pero él deseaba terminar con ella desnuda, tendida sobre su escritorio, accesible a sus manos, su boca y su cuerpo como un día soleado.

Y ese era el problema.

No podía darle todo lo que ella anhelaba sin tomar todo lo que él ansiaba.

«¡Maldición!». Estaba demasiado cerca. Retrocedió un paso dando gracias por tener largas piernas y el compacto borde del escritorio a su espalda, lo que le daba cierta estabilidad e impersonal consuelo.

—No creo que Bourne aprecie que yo te enseñe… —Su voz se apagó poco a poco, cuando fue consciente de lo difícil que le resultaba decir la palabra.

Pippa no tuvo el mismo problema.

—¿A dar besos?

Supuso que debería sentirse feliz de que ella no hubiera mencionado lo *otro*, que tampoco parecía tener reparos en nombrar.

—Sí.

La vio ladear la cabeza y no pudo evitar sentirse atraído por su largo cuello, por la pálida y suave piel de esa zona.

—¿Sabes? Lo cierto es que no creo que le moleste —repuso ella después de un buen rato—. De hecho, creo que apreciará que te lo haya pedido.

Él se rio, si es que se podía considerar una risa al rápido *ja* de incredulidad que emitió.

—Pues yo creo que te equivocas por completo.

Bourne le mataría con sus propias manos si se atrevía a tocarla. Eso no quería decir que no valiera la pena.

«La valdría».

Y no tenía ninguna duda al respecto.

Ella movió la cabeza.

—No, tengo razón —dijo más para sí misma que para él, y estuvo seguro que de que ella había sopesado la cuestión durante un buen rato.

Jamás había conocido a una mujer que se lo pensara todo tanto. De hecho, no le importaría observar durante horas cómo pensaba. Durante días incluso. Aquel pensamiento era tan ridículo que se asustó.

«¿Quieres observarla mientras piensa? ¿Qué demonios te pasa?».

No dispuso de tiempo para considerar esas preguntas porque notó cierto cambio en la mirada femenina, aumentada tras el cristal de las gafas, cuando se clavó en él un poco después.

—No creo que esto tenga nada que ver con Bourne.

Y no lo tenía, pero no era necesario que ella lo supiera.

—Bourne es uno de los muchos motivos por los que no te contaré nada sobre eso.

Pippa se miró las manos, que se retorcía con fuerza.

—Ya entiendo —dijo finalmente. Había algo en su tono que a él no le gustó.

La vio mover la cabeza y eso le hizo contemplar su pálido cabello rubio, igual que las mazorcas de maíz bajo la brillante luz de la vela.

No debería preguntar, no era de su incumbencia.

—¿Qué entiendes?

Ella habló casi para sí misma, con suavidad, sin levantar la vista.

—Jamás se me había ocurrido, pero debería haberlo pensado. El deseo forma parte de todo esto, ¿verdad?

«¡Oh, sí¡ ¡El deseo!». Era una parte fundamental.

De pronto, ella alzó los ojos y lo miró. Y él se dio cuenta de que estaba debatiéndose entre la incertidumbre, la resignación y… —que Dios le pillara confesado— la tristeza. Todo lo que él era, todo su ser, le gritó que alargara la mano.

«¡Santo Dios!». Intentó poner más espacio entre ellos, pero el macizo escritorio —sobre el que había estado apoyado con tanta comodidad apenas unos segundos antes— le acorralaba, impidiéndole escapar de Pippa cuando se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dime, Cross, ¿crees que puedo llegar a convencerle para que me toque?

Podría haber pasado por alto las palabras, si no hubiera sido por la entonación, por aquel leve rastro de pánico con que enfatizó el «le», que implicaba que no se refería a él, sino a Castleton.

Lo que quería decir que sí había esperado que él, Cross, la tocara.

«Esto es una tentación. Una tortura».

Lo único que tenía que hacer era alargar la mano y poseerla. Nadie lo sabría jamás. Sería una sola vez; podía saborearla una vez y luego la devolvería a su destino, a su esposo. Al matrimonio.

A su vida.

«¡No!».

Pippa era intocable para él. Igual de intocable que cada una de las mujeres que había conocido durante los últimos seis años. Más intocable incluso.

Infinitamente más.

Tragó saliva mientras buscaba las palabras, odiando haberse quedado sin ellas. Si sus amigos pudieran verle ahora; el inteligente y frío Cross abatido por una extraña y hermosa mujer con gafas.

Las palabras siguieron resistiéndose, aunque las buscó.

—Pippa…

Notó que se le coloreaban las mejillas con un maravilloso y escandaloso rubor… El tipo de rubor que cuando él era joven e imprudente hubiera interpretado como una invitación. Una que hubiera aceptado.

Sin embargo, ella volvió a mirarse las manos, estirando un poco los dedos, sin saber cómo le tentaba aquel gesto.

—Lo siento. Lo de antes estuvo fuera de lugar… fue… es… —La vio suspirar y hundir los hombros como si estuviera soportando un peso increíble. Por fin, ella alzó la vista—. No debería haber preguntado —se limitó a añadir.

«¡No indagues más! No quieres saberlo».

Pero quería. Desesperadamente.

—¿A qué venía tu pregunta?

—Si no te importa, prefiero no explicártelo.

Él curvó los labios de medio lado. Incluso en ese instante, cuando sin duda ella deseaba mentir, no lo haría.

—Aun así, quiero saberlo.

Pippa habló mirándose las manos.

—Es que… desde que te conocí, me he sentido un poco fascinada por… bueno, bastante fascinada por…

«Ti. Dilo», deseo él, no del todo seguro de lo que haría si lo decía, pero dispuesto a ponerse a

prueba.

Ella tomó aire.

—… por tus huesos.

¿Alguna vez diría algo de lo que él esperaba que dijera?

—¿Por mis huesos?

La vio asentir con la cabeza.

—Sí. Bueno, y también por los músculos y los tendones. Por tus antebrazos, tus muslos… Antes, cuando te veía beber el *whisky*, también me sentí fascinada por tus manos.

Él había escuchado muchas proposiciones a lo largo de su vida. Era experto en rechazar sugerencias femeninas, pero nunca le habían alabado por sus huesos.

Era la confesión más extraña y sugerente que jamás había escuchado.

Y no sabía qué responder.

Aunque no tuvo que hacerlo, porque ella continuó hablando.

—Es como si no pudiera dejar de pensar en ellos —confesó con un murmullo, como si se sintiera avergonzada—. No puedo dejar de imaginarme que los toco. Que tú me tocas…

¡Qué Dios le ayudara! Él tampoco podía.

No debía preguntar. ¡No debía!

Pero ni siquiera aunque el propio rey entrara en ese momento en su despacho, podría detenerse.

—¿Dónde imaginas que te toco?

Ella alzó la cabeza de golpe, tan rápido como para darle un buen golpe en la nariz si hubiera estado de pie a su lado, si hubiera estado tan cerca como quería. Al parecer la había sorprendido.

—¿Perdón?

—Es una pregunta muy sencilla, Pippa —respondió él, al tiempo que se apoyaba en el escritorio, sorprendido de ser capaz de parecer tranquilo a pesar de que su corazón se había desbocado y le hormigueaban los dedos por el intenso deseo de acariciarla—. ¿Dónde te imaginas que entras en contacto con mis huesos?

Ella abrió sus dulces y suaves labios con sorpresa, y él cruzo los brazos. Notó que seguía el movimiento con la vista y tuvo que clavarse los dedos en los bíceps para no agarrarla y besarla hasta que los dos se quedaran sin respiración.

—A través de tus manos —susurró.

—¿Qué harías con ellas?

—Me pregunto cómo sería sentirlas en… —Ella tragó saliva y el gesto hizo que él se fijara en su garganta, donde palpitaba el pulso alocadamente. Se perdió las siguientes palabras, lo que sin duda, fue mejor para todos—. En mi piel.

«Piel». Aquella palabra conjuró imágenes de piel pálida y tersa, de curvas cálidas y suaves colinas, de extensiones dispuestas para su exploración. Ella sería sedoso pecado, y respondería donde quiera que la tocara. Imaginó los sonidos que emitiría, la forma en que jadearía cuando le acariciara una pierna, cómo suspiraría cuando le recorriera el torso con la palma de la mano, la manera en que se reiría cuando, como era inevitable, encontrara un lugar donde tuviera cosquillas.

Ella parecía absorta en su mano izquierda, que apoyaba contra el brazo y él supo sin ningún género de dudas que si se movía, si intentaba abrazarla, le permitiría hacer todo lo que deseara.

«Absolutamente todo».

No se movió.

—¿Y más concretamente, Pippa?

Ella debería callarse, por supuesto. Salir corriendo de esa habitación lo más rápido posible… Sin duda estaría más segura en el salón de juego que allí con él, pero no pensaba decírselo.

—En mis manos —comenzó ella, abriendo los dedos—. En mis… mejillas… En mi cuello…

Mientras enumeraba, se tocaba las zonas del cuerpo que nombraba. Él apostaría lo que fuera a que no se daba cuenta de ello, y eso provocaba que su deseo se hiciera más intenso con cada palabra, con cada suave caricia. Vio cómo deslizaba los dedos por la larga columna del cuello, por la pálida piel de su escote hasta el borde del corpiño, donde los detuvo, inmóviles sobre la tela verde.

Cross tuvo que reprimir el deseo de alargar la mano y rasgar en dos la prenda para facilitar el camino de sus dedos, maravillosamente torcidos. Deseaba observar cómo se tocaba cada centímetro del cuerpo mientras imaginaba que sus manos eran las de él.

¡Maldita sea! Deseaba que fueran sus manos las que usara.

Deseaba ser él quien la tocara.

«¡No!».

—¿Qué más? —insistió, moviendo la mano para liberarla de su trance.

Ella buscó su mirada con los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrojadas.

—Er… yo… —Se interrumpió para tomar aliento—. También me gustaría tocarte.

Y en ese momento, contenida en esa simple y lujuriosa confesión, él rompió el último hilo de su frágil control. Estaba muy cerca de ella. Debería moverse, poner distancia entre ellos.

—¿Dónde? —preguntó sin poder contenerse.

Sabía que estaba exigiendo demasiado a aquella pobre muchacha inocente que conocía la anatomía del cuerpo aunque no la comprendía. Sin embargo, no podía reprimirse. Era posible que no pudiera poseerla, pero podía tener eso.

Aunque acabara ardiendo en los fuegos del infierno.

«El infierno sería un cambio agradable frente a la tortura que sufría en esos momentos».

—¿Dónde te gustaría tocarme, Pippa? —insistió después de una larga pausa.

La vio mover la cabeza y abrir las manos, y por un momento llegó a pensar que se daría por vencida. Que se iría a casa. Una desilusión frustrante y ardiente le recorrió por dentro.

—Por todas partes —confesó ella finalmente.

Aquella frase lo despojó de fuerzas, aliento y control, destrozándolo en mil pedazos y dejando su corazón en carne viva. Desesperado por tocarla.

Desesperado por enseñarle el placer de alguna manera… De cualquier manera a su alcance.

—Ven aquí.

Ella debió notar la urgencia en la brusquedad de su tono, porque se apresuró a obedecer su orden, deteniéndose a solo unos centímetros de él. Su atuendo estaba formado por varias capas, la de arriba estaba sujeta por un ancho cinturón verde.

—Suéltalo —dijo, señalándolo.

¡Que Dios le ayudara! Ella lo hizo, como si fuera lo más natural del mundo. Y los bordes del vestido se abrieron para revelar una tela, también verde, más fina.

—Quítatelo.

Ella movió los hombros para despojarse de la capa exterior, haciendo que cayera en un montón a sus pies. Notó que Pippa tenía la respiración acelerada. Y él también.

—Todo.

Ella se dio la vuelta; estaba negándose. Era fuerte donde él era débil. Se sintió frustrado y alargó la mano, aunque no llegó a tocarla. No llegó a rasgar la tela que cubría su piel para reemplazarla con su cuerpo.

Por supuesto que estaba negándose, era una dama. Y él no debería estar cerca de ella. Era un canalla de la peor clase, y deberían azotarlo públicamente por lo que había intentado hacer. Por lo que le había ordenado.

La pesada lana verde del vestido estaba en el suelo, a sus pies, y él se inclinó para recogerla. Rozó la elegante tela con los dedos, desesperado, como si fuera su piel. Como si eso fuera suficiente.

«Tiene que serlo».

Se maldijo a sí mismo, prometiendo al Cielo y a sí mismo que iba a volver a ponérselo y la mandaría a su casa.

Era demasiado tarde.

Una capa de lino cayó sobre la lana, rozando delicadamente sus nudillos. Todavía conservaba el calor de su cuerpo… y se sintió arder. Contuvo la respiración para retener la sensación y se quedó inmóvil, sabiendo con la aguda compresión de alguien que ya había experimentado antes la caída, que ese momento sería su destrucción.

Sabía que no debía alzar la vista.

Pero no podía reprimirse.

Ella solo estaba cubierta por un corsé, unos pololos y medias. Tenía los brazos cruzados sobre los pechos y las mejillas rojas… Ese tono encarnado era una promesa irresistible.

Él cayó de rodillas ante ella.

Pippa no podía creerse lo que había hecho.

Ni siquiera en ese momento, en aquella maravillosa habitación tan decadente, mientras el aire frío acariciaba su piel demasiado caliente, era capaz de creer que se había quitado la ropa solo porque él se lo había pedido en aquel tono calmado y ronco que le provocaba extraños aleteos en el estómago.

Debería hacer una investigación sobre esas sensaciones.

Pero sería más tarde.

En ese instante estaba mucho más interesada en el hombre que permanecía arrodillado ante ella, con los puños cerrados sobre sus largos e irresistibles muslos, mirándola de arriba abajo.

—Te has quitado la ropa —susurró él.

—Tú me lo pediste —repuso ella, subiéndose las gafas por la nariz.

Él esbozó una sonrisa de medio lado y se pasó el dorso de la mano por los labios, en un movimiento lento y lánguido, como si tuviera pensado devorarla.

—Y tú lo hiciste.

Los aleteos se volvieron más intensos.

Vio que él le estaba mirando las rodillas y, de pronto, fue muy consciente del estado de sus medias; eran sencillas, de lana color crema, cuya única función era abrigar en vez de… bueno… *de eso*. Sin duda resultaban horribles, comparadas con las medias de seda que estaría acostumbrado a que usaran las mujeres en su presencia. Seguramente la señorita Tasser tenía varias en distintos colores, con ligas de encaje, elegidas con gusto exquisito.

Ella siempre había sido práctica al adquirir su ropa interior.

Apretó las rodillas y los brazos sobre el pecho, insegura, deseando que él la tocara. Al ver que no lo hacía, se preguntó si lo habría decepcionado. Estaba segura de que no era tan hermosa como las mujeres a las que él estaba acostumbrado, pero jamás se había considerado alguien de aspecto desagradable.

«¿Por qué no me toca?».

Se tragó la pregunta, odiando la manera en que se repetía en su mente haciéndola sentir frío y

calor a la vez.

—¿Y ahora qué? —aventuró.

Las palabras salieron más agudas de lo que hubiera querido, pero alcanzaron su objetivo, ya que él la miró al instante a la cara. Él la observó durante un buen rato mientras ella se concentraba en estudiar sus iris, de un color más peltre que gris, con pequeñas motitas negras, y rodeados por largas pestañas rojizas.

Mientras lo contemplaba, él dirigió la mirada al enorme sillón que había varios metros a la derecha, y luego la volvió hacia ella, de manera lenta y lánguida.

—Siéntate allí.

No era lo que ella esperaba.

—Gracias, pero prefiero quedarme de pie.

—¿Quieres la lección, o no, Pippa?

El corazón se le aceleró al oírle.

—Sí.

Volvió a verle esbozar una sonrisa de medio lado al tiempo que señalaba el sillón con la cabeza.

—Entonces, siéntate.

Ella se movió para acomodarse en el asiento lo más remilgadamente posible, con la espalda muy recta, las manos apretadas con fuerza en el regazo y las piernas juntas, como si no estuviera a solas en una casa de juego con uno de los canallas más notorios de Londres, cubierta tan solo por el corsé, los pololos… y las gafas.

Cerró los ojos ante aquel pensamiento. «Gafas». No había nada tentador en usar lentes; alzó las manos para quitárselas.

—¡No!

Detuvo la mano a medio camino de su cara.

—Pero…

—Déjalas.

—No son… —dijo, interrumpiéndose antes de terminar. «No son tentadoras». «No son seductoras».

—Son perfectas. —Cross no se acercó. Por el contrario, sin levantarse del suelo, se sentó acomodando la espalda contra el escritorio de ébano y estiró una larga pierna ante él y luego levantó la otra rodilla para apoyar el brazo en ella mientras la estudiaba con los ojos entrecerrados—. Apóyate en el respaldo.

—Estoy cómoda, gracias —repuso con rapidez.

Él arqueó una de sus cejas rojizas.

—Hazlo de todas maneras.

Ella se reclinó hasta que sintió el suave cuero en la espalda. Cross no había dejado de observarla en ningún momento con los ojos entrecerrados, tomando nota de cada parte de ella, de cada movimiento que hacía.

—Relájate —le pidió él.

Ella respiró hondo y soltó el aire despacio, intentando seguir sus instrucciones.

—No es fácil.

—Lo sé —convino él con una sonrisa—. Eres preciosa —añadió, después de un largo silencio.

Ella notó que se ruborizaba.

—No lo soy. —Él no respondió y ella se vio impelida a seguir hablando—. La ropa interior que llevo es demasiado vieja. No está hecha para ser… —Se calló mientras él dirigía la mirada al

escote del corsé, que cada vez notaba más apretado—… vista.

—No me refería a la ropa —explicó él en aquel tono ronco y suave—. Sino a ti. A toda esa piel tuya que quieres que toque.

Ella cerró los ojos al escucharle, notando que se veía embargada por una profunda mortificación... y por algo mucho más peligroso.

—Me refiero a esos brazos largos y adorables —continuó él—. A tus piernas, perfectas y torneadas… Siento celos de esas medias porque ellas conocen tu contacto, tu calidez. —Ella se movió, incapaz de seguir quieta ante lo que provocaban esas palabras en su interior—. A ese corsé que ciñe tu torso, donde eres incluso más adorable y suave… ¿Te molesta?

Ella vaciló.

—Por lo general no.

—¿Y ahora?

Adivinó cierto conocimiento en esa pregunta y asintió con la cabeza.

—Ahora lo noto… algo apretado.

El hizo chasquear la lengua y Pippa abrió los ojos, que se encontraron, al instante, con los que él clavaba en ella con ardor.

—Mi pobre Pippa... Dime, tú que tienes grandes conocimientos de anatomía, ¿a qué crees que es debido?

Ella tragó saliva antes de intentar respirar hondo, sin conseguirlo.

—Es porque parece que el corazón se me va a escapar del pecho.

Lo vio sonreír una vez más.

—¿Has hecho algún esfuerzo?

—No. —Acompañó la sílaba con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿a qué crees que es debido? —insistió.

Ella no era tonta. Sabía que la estaba presionando. Que la tanteaba para saber lo lejos que era capaz de llegar, así que se limitó a decir la verdad.

—Creo que es por ti.

En ese momento fue él quien cerró los ojos, apretó los puños y echó la cabeza hacia atrás, contra el escritorio, exponiendo el cuello y la tensa mandíbula. A ella se le secó la boca al ver el movimiento; cómo los tendones se estiraban y marcaban en la piel. Deseó tocarlo con todas sus fuerzas.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, había algo salvaje en las profundidades color peltre, algo que la consumía y aterraba a la vez.

—No deberías decir la verdad con tanta rapidez —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque me das demasiado control.

—Confío en ti —repuso ella con sencillez.

—No deberías hacerlo. —Él se inclinó hacia delante, posando el brazo con más fuerza en la rodilla—. No estás segura conmigo.

Ella jamás se había sentido insegura con él.

—No creo que sea cierto.

Él rio. Una risa ronca y sugerente, y el sonido la atravesó como una oleada de placer y tentación.

—No te imaginas lo que podría hacerte, Philippa Marbury. De cuántas maneras podría tocarte. Las maravillas que podría enseñarte. Te arruinaría sin ni siquiera pensarlo. Te hundiría en las profundidades del pecado sin que lo lamentaras; puedo guiarte hasta la tentación y jamás

mirarías atrás.

Aquellas palabras la dejaron sin aliento. Deseaba que lo hiciera; deseaba todo lo que sugería. Abrió la boca para decírselo, pero no fue capaz de emitir ningún sonido.

—¿Ves? Ya te he sorprendido.

Ella movió la cabeza.

—Me he sorprendido a mí misma. —Cross la miró con curiosidad, invitándola a explicarse—. Porque me he dado cuenta de que quiero experimentar todas esas cosas.

Hubo un prolongado silencio, en el que ella deseó que él se moviera y se acercara. Que la acariciara. Que le enseñara…

—Muéstramelo —ordenó él. Sus palabras parecían ser originadas por lo que ella estaba pensando.

—¿Per-perdón? —dijo, sorprendida.

—Hace un momento has dicho que querías que te tocara. Muéstrame dónde.

No podría hacerlo, pensó. Pero su mano ya se movía… Subía por las ballenas del corsé hasta el lugar donde la seda daba paso a su piel. El escote del corsé era más bajo que el del vestido, y quedaba muy cerca de…

—¿En los pechos?

Se sonrojó al escucharlo.

—Sí.

—Dime lo que estás sintiendo.

Ella cerró los ojos, concentrándose en la pregunta. En la respuesta.

—Los siento hinchados. Tensos.

—¿Te duelen?

«Mucho».

—Sí.

—Tócalos. —Ella abrió los ojos bruscamente y, al instante, fueron capturados por la mirada de él—. Demuéstrame cómo te gustaría que te los tocara.

Ella movió la cabeza, negándose.

—No puedo.

—Sí, puedes.

—Pero ¿por qué no lo haces tú? Tus manos están ahí… Tú estás ahí.

Notó que la mirada de Cross se oscurecía y le palpitaba un músculo en la mandíbula.

—Esto es lo más lejos que llegaremos, Pippa. No voy a tocarte. No te llevaré a la ruina.

¡Qué hombre más obstinado! Ella se sentía frustrada y anhelante, ¿es que no se daba cuenta?

—Me toques o no, ya estoy arruinada.

—No. Si no te toco, estarás a salvo.

—¿Y si no quiero estar a salvo?

—Me temo que no hay otra opción. —Dobló una mano, como si le doliera—. ¿Quieres que te diga lo que haría si pudiera tocarte?

Las palabras eran sugerentes y tiernas, y cada una suponía una irresistible tentación.

—Sí, por favor.

—Sacaría tus pechos de esa prisión en la que los guardas para adorarlos de la manera que se merecen.

«¡Madre del amor hermoso!». Se le paralizaron las manos, quedando inservibles por el efecto de su hermosa y fluida voz.

—Luego, cuando se olvidaran de lo que sentían al estar apresados por la seda y las ballenas, te

lo enseñaría todo sobre los besos, como me has pedido. —Ella entreabrió los labios y sostuvo su mirada, llena de oscuras promesas—. Pero no besaría tu boca, sino tus preciosos senos. Esa piel sedosa y pálida que nunca ha visto la luz ni conocido el contacto de un hombre. Aprenderías qué se puede hacer con la lengua, mi preciosa científica… justo ahí, en tus doloridos pezones.

La imagen que él pintaba era gráfica y sorprendente, y al instante se sintió encandilada por la idea de sentir su lengua en ella… Demasiado encandilada como para avergonzarse, y sus manos comenzaron a seguir sus palabras, atormentando, acariciando y, durante un instante, casi llegó a pensar que era él quien la tocaba. Quien la hacía sufrir. Suspiró y él se movió para erguirse, pero sin llegar a acercarse. ¡Maldito hombre!

—¿Quieres saber dónde más te tocaría?

—Sí, por favor —susurró.

—Siempre tan educada. —Él se inclinó hacia delante—. Aquí no hay lugar para la educación, mi preciosa sabionda con gafas. Aquí, tú pides y yo doy. Tú ofreces y yo tomo. No hay favores ni agradecimientos.

Ella esperó a que él siguiera hablando. Todo su cuerpo vibraba de excitación, de expectación.

—Apoya la pierna en el brazo del sillón. —Ella abrió los ojos como platos al escucharle. Jamás en su vida se había sentado así. Vaciló tanto que él la presionó—. Eres tú la que me has pedido que te enseñe.

Así que lo hizo. Se movió para abrirse ante él, separando los muslos. Percibió el aire frío de la estancia a través de la abertura de los pololos. Le ardieron las mejillas y cubrió ese punto de la tela con las manos para que no la viera.

Cross siguió el gesto de sus dedos con un sonido de ronca aprobación.

—Justo ahí es dónde pondría las manos. ¿Notas por qué? ¿Sientes el calor? ¿La tentación?

Siguió con los ojos cerrados; no podía mirarlo, pero asintió con la cabeza.

—Claro que puedes, si casi lo percibo yo. —Las palabras resultaban hipnóticas, tentadoras, suaves, líricas… maravillosas—. Dime, mi preciosa experta en anatomía, ¿has explorado por tu cuenta ese lugar en particular?

Le ardieron las mejillas.

—Y no comiences a mentir ahora, Pippa. Hemos llegado demasiado lejos para andarnos con mentiras.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, lo he explorado por mi cuenta. —La confesión apenas fue audible, pero él la escuchó. Cuando él gimió, ella abrió los ojos y se lo encontró recostado de nuevo contra el escritorio—. ¿He dicho algo malo?

Él sacudió la cabeza y volvió a llevarse la mano hasta la boca para pasarla por sus firmes labios.

—Solo has conseguido que me muera de celos.

—¿Celos? ¿De quién? —preguntó con el ceño fruncido.

—De ti, preciosa. —Cross clavó su mirada gris en el lugar que ella ocultaba—. De tus manos perfectas. Dime lo que descubriste.

No podía. Si bien conocía las palabras científicas para todo lo que había tocado y explorado, no podía decirlas. Se negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Hallaste placer?

Cerró los ojos y apretó los labios.

—¿Lo hiciste? —insistió él, con un susurro tan fuerte que fue como un disparo en aquella oscura y tentadora estancia.

Ella negó con la cabeza. Fue una sola vez, tan suave que apenas pudo percibirse.

Cross soltó el aire como si hubiera estado conteniendo el aliento, un sonido largo y exuberante.

—¡Qué tragedia!

Ella abrió los ojos de golpe al escucharle… Estaba a gatas, sobre la alfombra, y avanzaba hacia ella con los ojos entrecerrados y llenos de maravillosas promesas de lujuria.

Iba a por ella como un depredador acechando a su presa.

Y apenas podía esperar a que la atrapara.

Soltó el aliento con un suspiro tembloroso, que podía haber llegado a convertirse en un gemido si no hubiera tenido cuidado, y movió las manos para abrirse a él, dispuesta a recibir sus caricias, su mirada; preparada para suplicar a Dios, a Satanás o a quien pudiera intervenir en ese asunto, que ese momento llegara. Que por fin pudiera tentarlo.

Pero él siguió sin tocarla.

—¿Quieres que te enseñe a encontrar placer, preciosa? —preguntó, y ella hubiera jurado que sintió su aliento en las manos, cálido y provocador—. ¿Dónde puedes encontrarlo?

Jamás supo de dónde sacó el coraje, cómo venció su timidez y la vergüenza que debería haber sentido.

—Por favor —suplicó con sinceridad, y él lo hizo con palabras tiernas y devastadoras.

Ella siguió sus indicaciones, separando la tela para después hacer lo mismo con sus pliegues secretos, sin saltarse ni una sola de sus instrucciones mientras respondía a sus pecaminosas preguntas.

—Eres preciosa, rosada… ¿Te gusta, cariño?

Ella gimió como única respuesta.

—Por supuesto que sí. Puedo oler tu placer, dulce suave y muy, muy mojado.

Las palabras provocaron más sensaciones. Un atronador placer que jamás había experimentado, ni siquiera en las oscuras noches cuando se exploró en silencio.

—¡Oh, Pippa…! —susurró él, girando la cabeza para respirar contra la curva de su rodilla. Sin tocarla… sin tocarla ni una vez. La estaba destruyendo—. Si yo estuviera ahí, si mis dedos fueran los tuyos, te abriría por completo y te demostraría lo agradable que puede resultar esa experiencia compartida. Usaría mi boca para darte tu segunda lección de besos, enseñándote todo lo que sé al respecto.

Ella abrió los ojos de par en par al escuchar aquella ruda confesión, porque pudo verlo. Lo pudo ver de rodillas ante ella, apartándole las manos y sustituyéndolas por su boca, sus labios firmes y hermosos que la acariciarían, la tocarían, la amarían. No tenía una referencia clara del acto, nunca lo había imaginado, pero sabía que, sin lugar a dudas, sería magnífico.

—Me daría un festín contigo, ahí mismo, cariño —la provocó, recompensando los atrevidos movimientos de sus dedos con un gemido de placer. Sabía, incluso antes de que lo supiera ella, que estaba a punto de algo. Algo increíble—. ¿Te gustaría sentir ahí mi boca, preciosa?

«¿Es posible eso? ¡Ay, Dios! Sí, quería sentir ahí su boca».

—Me quedaría ahí durante horas… —Le prometió—. Mi lengua te proporcionaría un placer distinto a cualquiera que hubieras sentido antes. Y lo haría una vez y otra. No me detendría hasta que estuvieras débil, hasta que no soportaras más éxtasis y me suplicaras que me detuviera. ¿Te gustaría sentirlo, cariño?

Su cuerpo respondió solo, moviéndose entre el asiento y la mano, sintiendo todo lo que él

prometía y… al mismo tiempo nada de ello. Lo ansiaba a él y le tendió los brazos, desesperada por su contacto, su fuerza y su vigor.

En ese momento fue suya, entregada por completo, atormentada por el placer pero, de alguna manera, dolorida todavía por el deseo.

Deseando lo que solo él podía satisfacer.

Susurró su nombre, incapaz de ocultar el placer, y le rozó los sedosos cabellos rojizos con la punta de los dedos.

Él se alejó como si le hubiera quemado, y se puso en pie con una gracia que parecía imposible dada su altura. Lo vio cruzar el espacio de espaldas a ella, hasta que estiró un brazo para apoyarse en un montón de libros contables que formaban una pila en un rincón.

Verlo tan lejos después de tenerlo tan cerca fue un rudo golpe que la despojó del breve placer y la dejó anhelante, vacía… insatisfecha.

Cross inclinó la cabeza y la luz de la vela arrancó brillos a los rojos mechones que ella deseaba acariciar. Pippa no se movió mientras contemplaba el movimiento de los amplios hombros masculinos, que subieron y bajaron varias veces al compás de una respiración tan jadeante y entrecortada como la de ella.

—Es suficiente por una noche —dijo él a los libros en los que se sostenía. Sus palabras eran firmes, más secas que ninguna de las que hubiera dicho esa noche—. Te prometí enseñarte qué es la tentación y creo que he cumplido mi tarea. Vístete. Me encargaré de que alguien te lleve a casa.

Capítulo 12

«He hecho bastantes progresos. Al parecer existen muchas formas en las que… abordar la anatomía femenina. Mi ayudante me reveló algunas de ellas la noche pasada, con un notable resultado físico. ~~Fue una desgracia~~ Fue interesante constatar que los resultados conllevaran un considerable efecto emocional. Un efecto más personal. Él no llegó a tocarme. Y eso también tuvo un efecto muy personal. Pero no hay lugar en esta investigación para cuestiones personales».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
29 DE MARZO DE 1831, SIETE DÍAS ANTES DE SU BODA.

Tres días después, Pippa se encontraba acurrucada en un sofá en la biblioteca de Dolby House, sin poder concentrarse en un texto interesantísimo sobre el cultivo de las dalias. El volumen le había sido entregado en cuanto salió de imprenta, y un mes antes hubiera matado por poder leerlo.

Para su desgracia, Cross había arruinado incluso el entusiasmo ante un libro nuevo.

¡Qué hombre más irritante!

¿Cómo era posible que un hombre fuera capaz de causarle a la vez placer y frustración? ¿De mantenerla consumida y a raya, simultáneamente?

No parecía posible, pero él lo había conseguido.

Con sus palabras suaves y sus caricias a distancia.

Era lo de las caricias lo que más dolía. La falta de ellas. Había escuchado los rumores sobre él, sabía muy bien los riesgos que corría cuando le pidió que la ayudara en su investigación. Estaba preparada para detenerlo, mantenerlo a raya y resistirse a sus encantos.

No había considerado ni una sola vez que él no estuviera interesado en sus encantos.

Aunque debería haber estado preparada para ello. Después de todo, si ni siquiera Castleton la había tocado, ¿cómo iba a soñar que lo hiciera un hombre como Cross? Por lógica, sería más difícil de seducir.

Tampoco era que estuviera intentando seducirlo.

En absoluto. El único hombre al que debería estar pensando en seducir era al conde de Castleton. Su futuro esposo.

No a ese otro tipo tan exasperante que escapaba a cualquier norma. ¡Oh!, parecía normal; aunque sin duda era más alto e inteligente que la mayoría, tenía los mismos rasgos que el resto de la especie; dos brazos, dos piernas, dos orejas, dos labios.

«Labios».

Precisamente es ahí donde todo salió mal.

Gimió al tiempo que dejaba caer la mano en el muslo con la fuerza suficiente como para llamar la atención de la perra acurrucada a su lado. Trotula alzó la vista y la miró con sus tiernos ojos marrones, como si también supiera que había perdido demasiadas horas pensando en esos labios.

Eso no era normal. Era irritante.

Trotula suspiró y volvió a dormirse.

—¿Lady Philippa?

Fue arrancada de sus pensamientos por aquellas palabras susurradas quedamente desde la puerta de la biblioteca por Carter, el mayordomo de Dolby House, que permanecía inmóvil con un paquete enorme entre las manos. Sonrió.

—Me has asustado.

—Mil perdones, milady —se disculpó el hombre, avanzando hacia ella.

—¿Han comenzado a llegar las invitadas? —preguntó.

La marquesa de Needham y Dolby había organizado esa tarde un té para damas con la idea de reunir a todas las mujeres relacionadas con «la boda». Pippa había tenido que perder una hora, dejando que la acicalaran y pincharan innumerables veces, antes de que su doncella declarara que estaba presentable. Entonces huyó a la biblioteca para disfrutar de un rato de soledad antes del evento.

—Imagino que debo acudir a la cita —asumió, poniéndose en pie.

Carter movió la cabeza.

—Todavía no, milady. Sin embargo, ha llegado este paquete para usted. Está marcado con un sello de urgencia, así que he pensado que le gustaría tenerlo entre sus manos sin tardanza.

Le tendió la enorme caja y ella la tomó con curiosidad.

—Gracias.

Finalizada su tarea, Carter se retiró, dejándola a solas con el paquete. Lo dejó al lado del sofá y lo abrió. Cortó el cordón antes de retirar el ordinario papel de embalaje, dejando al descubierto una caja blanca, adornada con una florida H dorada.

Se sintió desilusionada. No era un paquete urgente, sino parte de su ajuar. La mayoría de las mujeres identificarían al instante la procedencia de esa caja, venía del taller de madame Herbert.

Suspiró mientras la abría, para encontrar en el interior una fina capa de gasa azul pálido atada con un lazo color zafiro. Bajo la cinta, había un sobre sellado con un delicado ángel con formas femeninas. Sacó la tarjeta del sobre y leyó las letras escritas con una escritura nítida y firme.

Pandemónium

El Ángel Caído.

A medianoche

Y, al reverso:

La recogerá un carruaje.

Chase

Chase. El cuarto socio de El Ángel Caído, el más misterioso de todos. Por lo que había podido saber, eran muy pocos los que habían visto el rostro de la persona que fundó el club y lo hizo crecer… hasta convertirlo en lo que era hoy. Ella jamás había tenido oportunidad de conocerlo, y no debería aceptar la invitación de un hombre desconocido. Y menos a algo llamado Pandemónium.

Pero antes de inspeccionar el contenido de la caja, supo que no sería capaz de rechazarla. De perder la posibilidad de volver a ver a Cross.

Pandemónium parecía la clase de asunto que podría proporcionarle un montón de conocimientos.

Con el corazón acelerado, tomó un extremo de la cinta y tiró con cuidado, como si estuviera desempaquetando a un ser vivo. Retiró la gasa y no pudo contener un jadeo al ver la máscara plateada, minuciosamente tallada, que apareció sobre un lecho de papel de seda color zafiro… No, no era papel de seda.

Era un vestido.

Alzó la máscara. Le sorprendió su peso mientras recorría con una mano la forma perfecta de la

filigrana, deleitándose en la delicadeza de los arabescos y las curvas en las que encajaría su rostro, así como en las cintas de satén que colgaban de los extremos y que eran del mismo color que el vestido.

Cuando giró la máscara para inspeccionar el interior, entendió por qué la pieza era más pesada de lo que esperaba. Allí dentro había un armazón especial, forrado de terciopelo del mismo tono azul zafiro que el vestido, diseñado para sujetar unas gafas.

Aquella máscara había sido realizada expresamente para ella.

Sonrió al tiempo que recorría los alambres con los dedos, admirando la maravillosa frivolidad de aquella pieza artesana.

Y ella, la práctica Pippa Marbury, la chica que jamás se había visto tentada por la ropa o las trivialidades, apenas pudo esperar a que llegara la noche.

A que llegara el momento en el que pudiera cubrirse de seda.

Se le ocurrió que su opinión sobre la seda cambió drásticamente en unos instantes. Habían sido necesarias miles de *bombyx mori* para realizar aquel vestido.

Pero sus capullos servirían para liberarla.

—¡Pippa! —La llamada de su madre, desde más allá de la puerta de la biblioteca, la arrancó de sus fantasías.

Rescató la tapa de la caja de la boca rosada de Trotula, metió la máscara y envolvió desordenadamente el paquete. A continuación se movió a la velocidad del rayo para entregársela a un lacayo con la orden expresa de que se lo llevara a su doncella.

—¡Pippa! —repitió su madre, anunciando de manera efectiva que el té de damas estaba a punto de comenzar. Estarían presentes la condesa de Castleton, lady Tottenham, Penny y una docena de féminas más. Era consciente de que su madre le había repetido varias veces la lista de asistentes, pero no le había prestado demasiada atención durante los últimos días.

Había estado demasiado ensimismada por culpa de los eventos acaecidos durante la noche que pasó con Cross, recordando cada palabra, cada gesto… Registrando los fallos en las áreas críticas. No debía ser difícil convencer a un hombre para que la tocara; por lo menos no a ese hombre del que se decía que sentía una inclinación desmedida por las mujeres. Y aun así, lo era.

Quizá fuera porque no era capaz de seducir a nada ni a nadie. En caso contrario, ¿no habría ocurrido ya? Verla casi desnuda, en su despacho, ¿no debería haberle atraído de alguna manera? ¿No lo habría tentado?

Claro que lo habría hecho.

Por eso solo estaba completamente segura de que no poseía ni una sola artimaña femenina propia de su sexo.

«Quizá el Pandemónium pueda cambiar ese hecho».

Se le aceleró el corazón una vez más.

—¡Pippa! —llamó su madre otra vez, ahora más cerca.

Sin poseer esas artimañas, o al menos cierto conocimiento de ellas, jamás lograría satisfacer las expectativas que recaían sobre ella. Como esposa… como madre.

Como mujer.

Aquello requería de investigación adicional.

Pero no sería en ese momento, esa tarde estaba condenada a tomar el té. Dejó el libro a un lado y llamó a su somnolienta compañera.

—¿Vamos, Trotula?

La spaniel alzó la cabeza de suave pelaje al instante y movió la cola contra el sofá de brocado con un gemido de satisfacción. Ella sonrió al ponerse en pie.

—Al menos a ti soy capaz de tentarte.

Trotula se bajó del asiento con una amplia sonrisa perruna y se estiró cuan larga era.

Cuando Pippa salió de la biblioteca, la perra le pisaba los talones.

Se dirigió hacia el salón de té, donde estaban reunidas las invitadas de su madre cotorreando ya con Olivia, empujó las amplias puertas artesonadas, respiró hondo, y se armó de valor para entrar.

—¡Lady Philippa! —Castleton también estaba allí.

Se giró hacia el sonido de su voz, y vio que Trotula saltaba hacia el conde, que se agachó para rascar el cogote de la perra. Ella se tumbó ante la caricia; la manera en que movía su pata trasera era fiel reflejo del placer que sentía, y ella no pudo contener la risa.

—Lord Castleton —saludó a su prometido, acercándose—. ¿Ha venido a tomar el té? —No había detectado la sombra de pánico que por lo general aparecía en la voz de su madre cuando había cerca caballeros elegibles.

—¡No! —repuso él con una amplia sonrisa amistosa al tiempo que ladeaba la cabeza a un lado para mirarla—. He venido a reunirme con su padre. Hemos estado revisando los últimos detalles del contrato matrimonial, ya sabe.

La mayoría de las futuras novias no habrían apreciado tan franca referencia al intercambio de fondos que conllevaba el matrimonio, pero a ella todos esos aspectos la tranquilizaban. Asintió con la cabeza.

—Poseo algunas tierras en Derbyshire.

Él asintió mientras se incorporaba.

—Su padre me lo ha dicho ya. Al parecer tiene un buen número de ovejas.

Y más de ciento sesenta hectáreas de cultivos, pero ella dudaba mucho que Castleton hubiera prestado demasiada atención a su padre.

El silencio cayó entre ellos y él se balanceó sobre los talones, al tiempo que estiraba el cuello para echar un vistazo al interior del salón de té.

—¿Qué es lo que ocurre en un té de damas? —preguntó él después de un rato.

Ella siguió su mirada.

—Que las damas toman té.

Él asintió.

—Excelente.

Otro largo silencio.

—Por lo general también hay pastas —añadió ella.

—Muy bien, las pastas son una buena idea. —Hizo una pausa—. ¿También hay pasteles?

Ella asintió.

—En ocasiones sí.

Él imitó su gesto de cabeza.

—Estupendo.

Aquello comenzaba a resultar insoportable.

Castleton era su prometido. Al cabo de una semana sería su marido y, muy pronto, se convertiría en el padre de sus hijos, así que pensar que era insoportable resultaba inaceptable.

Podía no ser el más irresistible de los hombres ni la clase de pareja que compartiera sus mismos gustos, aunque tampoco era que hubiera demasiados caballeros que se interesaran por la anatomía… O la botánica… O la biología… O la física.

«Existe un hombre».

Rechazó aquel pensamiento. Cross podía ser un hombre de ciencia, pero no era de los que

se…

Detuvo aquella idea antes de que llegara a tomar forma, obligándose a regresar a la cuestión que la ocupaba: Castleton. Debía tentarlo, cautivarlo, atraerlo… aunque hubiera fallado antes.

«Con otro hombre».

No. No podía pensar en Cross ni en su fallida interacción con él. Después de todo era científica y los científicos aprendían de todos los experimentos que realizaban. Incluso de los que salían mal.

Emitió una brillante sonrisa… quizá demasiado brillante.

—Milord, ¿le gustaría comprobar si hay algún pastelito olvidado en las cocinas?

Al escuchar la palabra «cocina», Trotula comenzó a mover la cola con notable velocidad, pero Castleton tardó un rato en entender la pregunta.

—¡Ir a las cocinas! ¡A por pastelitos! ¡Con usted!

Aquello la hizo sonreír de verdad.

—En efecto.

—¡Pippa! —El grito de su madre provenía justo del umbral del salón de té, pero fue reemplazado al instante por un jadeo de sorpresa—. ¡Oh! ¡Lord Castleton! ¡No sabía que estaba aquí! Iré… —Vaciló. Puso la mano en el marco de la puerta mientras meditaba su siguiente paso.

A la mayoría de las madres jamás se les ocurriría permitir que sus hijas permanecieran sin escolta en un pasillo vacío con su prometido, pero la mayoría de las hijas no lo eran de la marquesa de Needham y Dolby. Por no decir que ella era rara, como sabía bien el resto de la familia. Carecía además de la experiencia social básica que se atribuía a una dama que pronto estaría casada, lo que añadido a que las hijas de la marquesa de Needham y Dolby no eran las mejor consideradas cuando llegaba la hora de casarse, ofrecía la seguridad de que su madre no se opondría a provocar un pequeño escándalo con tal de asegurarse de que su hija más extraña recorriera el camino al altar.

—Dejaré la puerta entreabierta —informó su madre, lanzándoles una exagerada sonrisa fingida—. Pippa, ven cuando estés libre, cariño.

La ironía de que libertad estuviera asociada a una salita llena de chismosas y empalagosas damas no le pasó desapercibida.

Cuando estuvieron a solas de nuevo, volvió a concentrarse en su prometido.

—¿Vamos a las cocinas, milord?

Él asintió con la cabeza y la siguió. Trotula marcaba el camino.

En efecto, habían quedado pastelitos en la cocina y lograron persuadir a la cocinera para que se los diera. Los envolvieron en una servilleta de algodón y salieron a pasear por los jardines de Dolby House. Ella intentó no planificar el trayecto a seguir, pero evitó deliberadamente el bosque de cerezos donde había esperado a Cross hacía varias noches, optando por caminar hacia el río, al que bajaba una suave pendiente de césped.

Trotula los adelantó con una serie de fuertes y alegres ladridos, disfrutando de la libertad de aquel día de marzo, inusualmente cálido, aunque regresaba junto a ellos de vez en cuando para asegurarse de que Castleton y ella la seguían. Anduvieron en silencio durante varios minutos. Tiempo más que suficiente para que ella pudiera pensar en el siguiente paso. Cuando estuvieron lo bastante lejos de la casa como para que no les vieran, Pippa se detuvo y miró de frente al hombre que pronto se convertiría en su esposo.

—Milord… —empezó.

—Usted… —dijo él a la vez.

Los dos sonrieron.

—Por favor —dijo él caballerosamente—. Usted primero.

Ella asintió con la cabeza.

—Milord —intentó de nuevo—, ha pasado más de un año desde que comenzó a cortejarme.

Él ladeó la cabeza, pensativo.

—Imagino que sí.

—Y vamos a casarnos dentro de siete días.

Él sonrió.

—¡Lo sé! Mi madre no deja de hablar de ello.

—Es que las mujeres acostumbran a disfrutar de las bodas.

—Ya lo he notado —convino Castleton—. Pero usted no parece sumergirse en ese estado de locura, ¡y es su boda!

Ella también estaba volviéndose loca, solo que no era de la forma que se esperaba en una novia. De hecho, no era la clase de locura que se percibía sin más.

«No lo nota nadie, excepto Cross, que no resultaba de ninguna ayuda».

—Lord Castleton, creo que ha llegado el momento de que me bese.

Si un erizo le hubiera pinchado el dedo del pie, Castleton no se hubiera mostrado más sorprendido. Se produjo un largo silencio en el que ella se preguntó si no habría cometido un terrible error. Después de todo, si él comenzaba a considerarla una chica ligera de cascos, demasiado generosa con sus favores, podía volver a su casa, devolver sus tierras en Derbyshire y decir adiós a los Needham y Dolby.

«¿Es tan malo lo que le he pedido?».

Sí, claro que sí.

Sin embargo, la respuesta a esa pregunta no importó porque él no hizo nada de eso.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa al tiempo que asentía con la cabeza.

Se inclinó para besarla. Sus labios eran suaves, cálidos y secos, y ella los notó apretados contra los suyos... sin un gramo de pasión. Se posaron con ligereza, como si no quisiera asustarla o violentarla. Ella llevó las manos a las mangas del abrigo y se sujetó a sus brazos, preguntándose si no debería hacer algo diferente.

Estuvieron así durante un buen rato, con los labios en contacto, las narices en un ángulo extraño —aunque de eso tenían la culpa sus gafas— y sin mover las manos.

Sin respirar. Sin sentir otra cosa que incómoda torpeza.

Cuando se alejaron, tomaron aire y se miraron a los ojos. Ella ignoró aquel cruel pensamiento y se subió las gafas por el puente de la nariz. Miró a un lado y vio a Trotula con la lengua fuera, meneando la cola.

No parecía que la perra hubiera entendido lo que ocurría.

—Bien —dijo ella.

—Bien —convino él—. ¿Volvemos a intentarlo? —sugirió.

Consideró la oferta. Después de todo, la única manera de asegurar un buen resultado en un experimento era repetirlo. Quizá la primera vez lo hubieran hecho mal. Asintió.

—Me parece bien.

Castleton volvió a besarla. Y el resultado fue alarmantemente similar.

En esa ocasión, cuando se separaron, estuvo segura; no había amenaza alguna de que recibiera el sacramento del matrimonio por motivos relacionados con la lujuria carnal.

Supuso que eso debía hacer que se sintiera mejor.

Regresaron en silencio, desandando sobre sus pasos a través de la cocina y llegando al vestíbulo junto al salón de té, desde donde se filtraban los suaves sonidos de la risa de las damas

a través de la puerta entreabierta. Castleton se ofreció a escoltarla hasta la reunión, pero ella descubrió que se sentía todavía menos tentada por el té de lo que había estado antes, así que prefirió acompañar a su prometido hasta la salida. Él se detuvo junto a la puerta principal y la miró fijamente.

—¿Sabe? Espero con suma ilusión nuestro enlace —le dijo él.

Era verdad.

—Lo sé.

Lo vio curvar los labios.

—No me preocupa el resto. Ya llegará.

«¿De verdad tenían que esperar a que llegara?».

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, milord.

Él hizo una reverencia formal.

—Un placer, milady.

Ella le observó desde el peldaño superior mientras su carruaje se alejaba por la calle, reflexionando sobre el beso. Castleton no había sentido nada. Lo vio en sus ojos, en la manera en que la habían contemplado con paciente amabilidad; esa mirada no se parecía nada a la de Cross unas noches antes. No, los del dueño de El Ángel parecían tormentas, contenían emociones que no podía leer pero que no le importaría pasarse la vida estudiando.

Claro que jamás tendría la oportunidad de hacerlo.

Sintió otra vez aquel dolor en el pecho, y levantó distraídamente una mano para sosegarlo pensando en el hombre alto de ojos grises que le había mostrado el placer sin ceder ni un centímetro de sí mismo.

No le gustaba ese dolor. No le gustaba lo que creía que significaba.

Se quitó las gafas con un suspiro para limpiarlas y cerró la puerta de su casa, dejando a Castleton y al resto del mundo en el exterior.

—¿Lady Philippa?

Dirigió su borrosa mirada a la forma de una dama en mitad de la magnífica escalinata de Dolby House, una de sus invitadas que parecía haber perdido el camino.

Levantó la mano para detener a la dama, y se digirió al encuentro de la mujer mientras volvía a ponerse las gafas. Alzó la vista con una sonrisa forzada y… se topó con la mirada de Lavinia, baronesa de Dunblade.

Estuvo a punto de tropezar con el primer peldaño y caerse.

—Lady Dunblade...

—Me había prometido a mí misma que no vendría —repuso la baronesa—, que me quedaría al margen de lo que sea que mantiene con Jasper.

«¿Jasper?».

—Pero su madre me invitó —continuó lady Dunblade—, y su hermana me ha tratado con suma amabilidad desde que se convirtió en la marquesa de Bourne. Imagino que eso no debería sorprenderme.

Había algo en sus palabras, cierta insinuación que ella debería leer entre líneas, aunque no lo hizo.

—Lady Dunblade…

La mujer se movió para inclinarse sobre el bastón y Pippa se acercó a ella.

—¿Quiere sentarse?

—No. —La negativa fue firme—. Estoy bien.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Creo que tiene la extraña idea de que comparto cierta intimidad con el señor Cross, y no es cierto.

—Señor Cross… —se rio la baronesa, aunque su risa no tenía humor alguno—. Todavía me cuesta identificarlo con ese nombre.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Identificarlo?

—¿No se lo ha contado? —preguntó Lavinia sorprendida.

Las palabras eran perturbadoras, o quizá fueran calculadas. De cualquier manera, ella no pudo reprimir la pregunta.

—¿No se llama señor Cross? —Ahora estaban frente a frente, en la ancha escalera curva que marcaba el centro de Dolby House.

—Creo que es usted la única que usa el «señor».

«Solo Cross, no es necesario usar el "señor"».

—Entonces, ¿no es ese su nombre?

La baronesa curvó los labios.

—No. Qué dulce resulta que se lo haya creído.

Por supuesto que se lo había creído. No tenía motivos para no hacerlo; él no le había dado ninguna razón para ello. Pero pensar que podía haberle mentido… era extrañamente familiar. Después de todo, le había mentido desde el principio. Con los dados, las apuestas, la manera en que la tentó sin tocarla… Todo era mentira. Su nombre era una más. No resultaba tan sorprendente.

Pero, de alguna manera, era más devastador que el resto.

Se le revolvió el estómago, pero ignoró el malestar.

—¿Qué es lo que quería decirme?

Lavinia hizo una pausa, sorprendida sin duda por la firmeza de su voz.

—Tenga cuidado con él.

Algo que ella ya había aprendido sola.

—Jasper… adora a las mujeres. Las ama más de lo que debería —continuó la baronesa—. Pero cuando llega el momento de cumplir su palabra… no lo hace. —La vio vacilar antes de seguir hablando—. Odiaría que la llevara a la ruina solo porque creyó en él.

Las palabras estaban llenas de pesar y ella odió la manera en que la hicieron sentir… La tensión y la incomodidad que acompañó su significado. Comprendió que aquella mujer le había conocido, que él le había hecho promesas y que la había traicionado.

Y a ella no le había dado nada de eso.

Se puso rígida al pensarlo. No debería desear que él la traicionara. No debería querer que le hiciera promesas. No, no debería desear nada de eso. Todo esto era un experimento científico, ¿verdad? Una investigación y nada más. Algo desprovisto de emociones.

En su mente destelló un recuerdo; los secos labios del conde de Castleton contra los de ella.

«Algo desprovisto de emociones».

Sacudió la cabeza para despejarla.

—Entre nosotros no hay nada.

La baronesa arqueó una de sus cejas rojizas en un gesto que le resultó familiar.

—Atravesó un pasadizo secreto hasta su despacho.

—Ah —sacudió la cabeza—, pero él no sabía que iba a dar con el pasadizo. Jamás esperó que apareciera allí. Ni quiso que lo hiciera. —Vaciló—. Resulta muy evidente que está preocupado

por usted, lady Dunblade. Estoy segura de que la ama profundamente.

No es que ella supiera algo sobre el amor, pero recordó el sonido de Cross en la oscuridad, amortiguado por el maravilloso pasadizo secreto, y la expresión en sus ojos grises cuando Lavinia se enfrentó a él, derecha como una vara, con fuerza y firmeza.

Para ella resultaba evidente que estaban enamorados.

«Eso y el hecho de que él no te ha tocado».

Se le puso un nudo en la garganta y tragó saliva para deshacerlo.

La baronesa rio y ella odió lo vacío que resultó el sonido.

—Jasper no sabe lo que es el amor. Si hiciera lo mejor para nosotros, se alejaría.

Ella notó una opresión en el pecho al escucharla.

—Es posible que sea así —convino—, pero a pesar de lo que haya podido suceder en el pasado, es evidente que usted ha sido una parte muy importante… Una… —Titubeó. ¿Se podía decir la palabra «amante» en una conversación educada? Estaba segura de que su madre insistiría en que una dama no diría tal cosa en ninguna situación, pero lady Dunblade y ella estaban solas, nadie escucharía lo que dijeran, así que no midió sus palabras—. Una amante importante.

Lady Dunblade abrió los ojos como platos.

—No es mi amante.

—En cualquier caso —prosiguió—, no importa. No tengo nada contra ese caballero, solo me estaba ayudando en cierta investigación que ya he concluido.

La baronesa la interrumpió.

—Jasper no es mi amante —insistió.

Ella agitó una mano.

—Quizás ya no lo es, pero lo fue en su momento. De verdad, es irrelevan…

—Lady Philippa. —La voz de Lavinia era firme y urgente—. ¡Dios santo! ¡No es mi amante! —Hizo una pausa y, cuando clavó los ojos en ella, la expresión de su cara era una mezcla de pánico, desesperación y no poco horror—. ¡Es mi hermano!

Capítulo 13

Cross estaba en la sala donde se reunían los propietarios de El Ángel Caído, observando a la mitad de Londres, que jugaba en el salón de abajo. A la mitad de Londres que tenía dinero.

El local estaba abarrotado. Mujeres envueltas en vibrantes sedas y satenes que ocultaban su identidad detrás de elaboradas máscaras diseñadas para la ocasión; hombres a los que parecía quemarles el dinero en los bolsillos, ansiosos por jugar, ganar y saborear el momento en el que fueron más listos que El Ángel.

Durante cinco años, desde que celebraron el primer Pandemónium, muchos hombres habían sido víctimas de la tentación que suponía el club, y habían apostado todo lo que poseían en sus mesas, confiando en que les sonriera la suerte. Y cada año, muchos de esos hombres habían perdido mientras que los propietarios del club habían llenado sus arcas.

A Chase le gustaba decir que ganaban porque ninguno de ellos se jugaba lo suficiente para perder. Pero él era más sensato y pensaba que ganaban porque no podían hacer otra cosa. Habían vendido su alma al diablo a cambio del talento de desplumar a todos los caballeros de Londres.

Esa noche, sin embargo, no estaba tan seguro. Dudaba de sus increíbles e innegables habilidades para ganar.

Dudaba de sí mismo.

Esa noche, arriesgaba demasiado en el Pandemónium; había demasiados factores que no podía controlar. Para empezar, deseaba desesperadamente ganar.

Y la desesperación no era buena compañía de la victoria, ni siquiera cuando los planes salían bien.

Apoyó una mano en la vidriera. Su ancha palma quedó sobre el muslo de Satanás mientras observaba las mesas del piso inferior. *Vingt-et-un*, ruleta, dados, *piquet*… El movimiento del club era un remolino de naipes, dados, ruletas y brillantes fieltros verdes.

Cualquier noche habría estado calculando las ganancias: mil libras en la mesa de los dados, dos mil en la de la ruleta, otras mil en la de *vingt-et-un*. Sin embargo, esa noche estaba pendiente de los cincuenta hombres que sellarían su destino.

Los cincuenta mejores clientes de Knight’s se dispersaban por su sala de juego; cincuenta hombres que jamás habrían podido apostar allí si no tuvieran en su poder cincuenta invitaciones especiales. Medio centenar de tipos que no merecían jugar allí, pero lo hacían.

Por obra y gracia de él. De su voluntad.

Sally había mantenido su promesa, había llevado a todos aquellos caballeros a su club, ahora era tarea de El Ángel mantenerlos allí. Los empleados habían recibido órdenes precisas: cualquiera que estuviera a punto de hacer una apuesta, tenía que tener un vaso lleno en la otra mano; todo aquel que pareciera solo o aburrido, debía verse acompañado por un animado enmascarado, uno de los muchos a los que habían pagado para estar seguros de que todos los presentes mantenían el espíritu alegre y los bolsillos ligeros.

El Ángel era conocido por cumplir las fantasías de sus clientes, y esa noche… Esa noche iba a cumplirlas todas.

Y Knight se enteraría, de una vez por todas, de que no podía vencer a El Ángel.

De que no podía vencerle a él.

La puerta se abrió y cerró a su espalda, pero no se dio la vuelta para saber quién le acompañaba. Muy pocas personas tenían acceso a esa sala, era de uso exclusivo de los cuatro socios; personas en cuyas manos pondría su vida.

Así que siguió mirando la mesa de la ruleta, observando cómo la bolita de marfil rodaba por el ancho borde de caoba, una vuelta tras otra, mientras aquellos que habían apostado se inclinaban con expectación. En un extremo de la mesa, un joven de unos veinticinco años alzaba la máscara para verla girar con expresión salvaje en los ojos. Unos ojos que él había visto muchas veces con el paso de los años. Por regla general, él no vería nada más que ganancias en la conducta del joven caballero, pero esa noche vio algo más.

—Lowe —comentó Temple por encima de su hombro, tras seguir la dirección de su mirada.

Cross miró a su amigo.

—¿Sabías que sería uno de ellos?

Temple negó con la cabeza.

—No. Si lo hubiera sabido no le habría permitido entrar en el club.

—Es evidente que no viene a por ti —aseguró él—. Cualquiera puede darse cuenta.

La bolita se detuvo y el joven retrocedió, apartándose un paso de la mesa como si hubiera sentido un gran dolor. Segundos después, se recuperaba y devolvía la atención a la mesa, tomando algunas fichas para volver a apostar.

Temple meneó la cabeza.

—No puede detenerse.

—Podríamos conseguir que lo hiciera.

—Volvería de nuevo a Knight's. Para eso casi prefiero que pierda a nuestro favor esta noche. Siempre y cuando no cause problemas.

Él lo miró.

—¿Qué problemas podría provocar? Sabes que te defenderíamos a muerte.

Temple se encogió de hombros.

—Me defendáis o no, un chico que ha sido criado así ya es un peligro.

Él volvió a mirar a Christopher Lowe, que ahora volvía a estudiar el movimiento de la bola en la ruleta.

—¿Es por él por lo que has subido aquí? ¿Para esconderte?

Vio que Temple se erguía en toda su altura, tensando la chaqueta negra.

—No. Estoy aquí por ti.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que tu plan funciona.

Él apretó la mano contra el cristal, disfrutando de la satinada frialdad contra la palma.

—No tendremos la certeza hasta que comprobemos que Knight's está vacío. Que no quedan allí jugadores de verdad.

—Ya llegará —aseguró Temple. Permaneció en silencio un buen rato antes de volver a hablar —. He oído decir que su hija llegó esta mañana.

Él también se había enterado. Meghan Margaret Knight se había instalado en una mansión al final de Mayfair.

—No se quedará demasiado tiempo si somos nosotros los que mueven los hilos de Knight.

Temple no respondió, no era necesario. Siguieron observando el juego.

—Bourne está ahí abajo con Penelope.

Él miró al otro extremo del salón, a la mesa del *vingt-et-un*, donde estaba sentado su socio, tan feliz sin máscara, junto a su esposa. Bourne parecía tan encandilado que solo era capaz de mirarla mientras ella pedía otra carta golpeando el fieltro. Penelope sonrió tras mirar qué le había tocado y se giró hacia su marido para besarlo.

—Observo que, como de costumbre, ella está ganando.

—Estoy seguro de que Bourne lo amaña —comentó Temple en tono divertido.

Él arqueó una ceja.

—Como consiga pruebas de eso, voy a tener una conversación muy seria con él.

Temple se rio.

—Cuidadito con decir esas cosas, amigo mío. Estoy seguro de que algún día llegará una dama a la que tú desees impresionar.

Él no le vio la gracia.

—Sin duda pueden llegar a suceder muchas cosas —replicó, mientras escudriñaba el salón de juego—, pero caer tan bajo por una mujer no es una de ellas.

«No podía ser».

Incluso si llegar a tocarlas fuera una opción, enfrentarse al futuro con una al lado no lo era. Le debía mucho a Lavinia. Le debía todavía más a Baine.

No podía devolverles lo que les había arrebatado, las vidas que se merecían, pero podía asegurarse de que fueran los hijos de Lavinia los que heredaran lo que había sido de Baine. Así estaría seguro de que jamás conocerían la constante desilusión que suponía el anhelo continuo.

Les dejaría un imperio. Levantado sobre el pecado, sí, pero imperio a fin de cuentas.

Llegó una gran aclamación desde una abarrotada mesa de dados, lo que llamó la atención de media docena de personas cercanas. En un extremo de la mesa, tan pagado de sí mismo como siempre, estaba Duncan West, propietario de los tres periódicos más importantes de la ciudad y de media docena de folletines más. West era riquísimo, le sonreía la suerte y, todavía más importante, estaba en racha, dispuesto a desplumar a todo el que se le pusiera a tiro.

Recordó lo que suponía aquel entusiasta placer, la certeza de ganar.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había disfrutado de semejante placer.

—Me habría dirigido a Bourne —comentó Temple casualmente, como si estuvieran en cualquier otro lugar y no en la sala de reuniones de los dueños de la casa de juego más notoria de Londres—, pero como está tan ocupado con su mujer, he pensado que quizá podrías intervenir tú.

Notó cierta diversión en el tono de Temple.

—Estoy un poco harto de tus juegos.

—No es uno de mis juegos. En este caso es idea de Chase. Yo solo soy el mensajero.

Las palabras le hicieron estremecerse de inquietud. Con una maldición, volvió a recorrer el salón con la mirada, buscando al socio fundador de El Ángel, al que, por supuesto, no vio por ningún lado.

—También estoy cansado de los jueguecitos de Chase.

—Pues creo que para este es un poco tarde —se rio Temple con ironía.

Apenas había acabado de decir aquello su socio, cuando su mirada se posó en la solitaria figura que había en el centro del local; la única persona en toda la estancia que no se movía…

Por supuesto… Ella siempre iba contracorriente. Para ella el mundo giraba al revés, el sol salía por el oeste… y, en mitad del salón de juego de su club, rodeada de desenfreno, permanecía inmóvil, embelesada. No era necesario que viera su expresión para saberlo.

Igual que no tenía que quitarle la máscara para saber que estaría radiante. No tan deslumbrante como cuando estaba sentada en el sillón de su despacho, hacía unos días, expuesta ante él mientras buscaba su propio placer y le tentaba con su cuerpo, sus gemidos y su aroma. Preciosa.

Después de haberla despedido aquella noche, se había sentado en el suelo del despacho y había contemplado aquel sillón durante horas, rememorando la manera en que se arqueó contra la tapicería, recordando el eco de sus gritos de placer y, por fin, rendido, había apoyado la

frente en el frío asiento de cuero con una maldición, jurándose a sí mismo que se mantendría alejado de ella.

Cada vez le resultaba más difícil resistirse.

Pero había regresado, envuelta en zafiro, con los cabellos brillantes como seda hilada y la piel tersa como la porcelana. Y se encontraba inmóvil en mitad del salón, donde era amenazada por el pecado, el vicio y la maldad… y él. Desde aquella ventajosa posición, tenía una inmejorable vista de sus hermosos senos, de cada una de sus suaves curvas y de los sombreados y tentadores rincones. Aquello era suficiente para hacer caer de rodillas a cualquier hombre.

Aplastó la mano con fuerza contra el cristal.

—¿Qué demonios hace ella aquí?

—¡Oh! —comentó Temple—. Ya has visto a nuestra invitada.

Claro que la había visto, como cualquier hombre con ojos en la cara. Era la mujer más fascinante de la estancia.

—No quiero tener que volver a preguntarlo.

—Asriel me ha dicho que vino con invitación.

Sin duda la tendría. Seguramente Chase encontraba todo aquello muy divertido… Se había ganado una buena paliza.

—No encaja aquí igual que no es capaz de volar.

—No sé… —Temple se tomó un momento para contemplarla—. A mí me gusta cómo encaja en el salón.

Cross lanzó una mirada incendiaria a su fornido compañero.

—Pues ya puede ir dejando de gustarte.

Temple sonrió satisfecho, al tiempo que se balanceaba sobre los talones.

—Confieso que podría llegar a gustarme mucho más.

Tuvo que resistir el impulso de clavar el puño en la cara de su amigo. Luchar contra él era una idiotez, ya que era mucho más grande e invencible, pero intentar tumbarlo sería muy satisfactorio. Le sentaría bien recrearse en una actividad física después de haberse pasado tantos días resistiéndose a otra. Estaba seguro de que podría llegar a hacerle sangrar, o a ponerle un ojo morado.

—Mantente alejado de Philippa Marbury, Temple. No es para ti.

—Ah… ¿entonces es para ti?

«¡Sí, maldición!». Se tragó las palabras.

—No es para ninguno de nosotros.

—Chase no opina lo mismo.

—Será mejor que Chase también se mantenga lejos de ella.

—Entonces, ¿aviso a Bourne de que su cuñada está aquí? —Percibió el tono provocativo de la voz de Temple y supo que tenía que intervenir—. Penelope podría llevarla a casa.

Debería dejar que ese fuera el curso de los acontecimientos; que Bourne y Penelope se encargaran de su errante hermana. Debería dejar que fuera otro el que se ocupara de Pippa Marbury antes de que acabara arruinándose, y a medio Londres con ella.

Un mes antes lo podría haber hecho. Y también hacía una semana…

Pero en ese momento…

—¡No!

—Eso pensaba.

La diversión que mostraba Temple comenzaba a resultar molesta, y lo fulminó con la mirada.

—Te mereces una paliza.

—¿Y crees que tú puedes dármela? —Temple curvó los labios en una sonrisa tan satisfecha como malvada.

—No, pero alguien lo hará… Entonces nos reiremos todos.

Algo brilló en los ojos de Temple, pero desapareció al instante.

—Que te atrevas a prometer eso es ridículo, amigo mío. —Se llevó la mano al pecho en un gesto dramático—. Todo el mundo se burla de mí…

Él no desperdició más palabras con aquel imbécil. Salió de allí a grandes zancadas, tragándose los metros del oscuro corredor hasta la escalera de servicio del club, para bajarla dispuesto a caer sobre su presa, con el corazón acelerado y ansioso por encontrarla. Por capturarla antes de que lo hiciera otro.

Si a otro hombre se le ocurriera tocarla, lo mataría.

Empujó una de las puertas y entró en una pequeña antecámara privada con acceso al salón de juego e irrumpió en la sala, abarrotada de enmascarados y alegres clientes. No es que fuera a representar un problema encontrarla, daría con ella incluso entre miles de personas.

Aunque tampoco fue una ardua tarea.

Pippa lanzó un chillido cuando chocaron, y él alargó los brazos para atraparla, poniendo las manos en sus hombros para estabilizarla. Fue un error; no llevaba guantes y a aquel vestido le faltaba tela. Su piel era sedosa y cálida… Tan caliente que le quemó.

Y provocó que no quisiera apartarse.

No la liberó ni siquiera cuando ella le puso las manos en el pecho para apoyarse en él y sus faldas color zafiro envolvieron las piernas de ambos, atrapándole con la misma fuerza que el aroma femenino que inundó su mente; fresco, brillante y fuera de lugar en aquel mundo oscuro y depravado.

La arrastró hasta la antecámara por la que había entrado.

—¿Por qué no llevas guantes? —preguntó él con voz severa.

La pregunta supuso una sorpresa para los dos, pero fue ella la que se recuperó primero.

—No me gustan. Privan de un sentido.

Resultaba difícil imaginar siquiera en perder alguna sensación cuando ella estaba a punto de… consumirlo. Cross ignoró la respuesta y lo intentó otra vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Utilizó un tono amenazador y bajo, muy bajo. Quería reprenderla con dureza, asustarla.

—Me han invitado.

Al parecer hacía falta mucho más para asustar a Pippa Marbury.

—No deberías haber venido.

—Nadie sabe quién soy; llevo una máscara.

Él extendió la mano hacia el antifaz, recorriendo con los dedos cada delicada curva; era una obra maestra de diseño. Chase había tenido en cuenta las gafas, por supuesto. Su socio lo tenía en cuenta todo. En su pecho comenzó a formarse una oleada de irritación que añadió dureza a sus siguientes palabras.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurrió aceptar esa invitación? Podría pasarte cualquier cosa esta noche.

—He venido a verte a ti.

Aquello fue tan simple e inesperado, lo dijo con tanta suavidad, que él tuvo que tomarse un momento para procesarlo.

—Para verme a mí… —repitió como el imbécil en el que se convertía cuando ella estaba cerca.

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy enfadada contigo.

No lo parecía. Y por eso supo que era verdad. Pippa Marbury no mostraría su ira de la misma manera que otras mujeres. No, ella analizaría la emoción y la diseccionaría desde todos los ángulos antes de actuar en consonancia. Y esa precisión tan poco común pillaría a su oponente por sorpresa, con la guardia baja, con la misma facilidad que si hubiera lanzado un ataque imprevisto de madrugada.

—Perdón —dijo por puro instinto de conservación.

—¿Por qué? —preguntó. Hizo una pausa. Ninguna mujer le había preguntado eso—. Ni siquiera sabes a qué me refiero —añadió ella ante su falta de respuesta.

No le acusaba, solo constataba hechos.

—No, no lo sé.

—Me mentiste.

Eso era cierto.

—¿Sobre qué tema?

—Tu pregunta indica que me has mentido más de una vez —indicó ella.

Cross no podía ver sus ojos por culpa de la máscara y quiso arrancársela para continuar con la conversación cara a cara.

No, no quería. De hecho, no quería continuar con la discusión.

Lo único que quería era que ella se fuera a casa, se metiera en la cama y se comportara como una debutante normal y corriente. Quería que se encerrara en su habitación hasta que llegara el día en que se convirtiera en lady Castleton; el día en que saldría de Londres y de sus pensamientos para siempre.

«Parece que también te mientes a ti mismo».

Le soltó los hombros y, al instante, echó de menos su suave piel.

—Eres conde.

Sus palabras fueron sosegadas, pero era innegable que le estaba acusando por ello.

—No me gusta recordarlo.

—El conde de Harlow.

Contuvo un estremecimiento.

—Y todavía me gusta menos escucharlo.

—¿Te lo has pasado bien poniéndome en ridículo? ¿Avergonzándome? Todo eso de «señor» por aquí, «señor» por allá. O cuando te dije que si fueras un aristócrata no habría pedido tu ayuda. ¿Te reíste mucho cuando me marché esa noche?

Después de que ella se marchara esa noche, él se había quedado destrozado, desesperado por volver a estar cerca de ella. En su mente no había lugar para las risas.

—No —repuso. Sabía que debía añadir algo más; que tenía mucho más que decir, pero no encontró las palabras y solo fue capaz de repetir esa—. No.

—¿Y tengo que creérmelo?

—Es la verdad.

—Tan cierto como que eres conde.

No entendía bien por qué aquel concepto resultaba tan frustrante para ella.

—Sí. Soy conde.

La escuchó reír sin humor.

—El conde de Harlow.

—No es ningún secreto —repuso, mientras fingía que no le molestaba escucharle decir su

título.

—Para mí lo era —se defendió ella.

—Si lo sabe la mitad de Londres…

—¡Mi mitad no lo sabe! —Cada vez estaba más irritada.

Igual que él.

—Tu mitad no debía saberlo. Tu mitad no necesitaba saberlo.

—Yo debería saberlo. Tendrías que habérmelo dicho.

No debería estar sintiéndose culpable, ni en deuda con ella, ni a punto de perder el control.

—¿Por qué? Ya tienes un conde. ¿Es que quieres otro?

«¿Por qué demonios has dicho eso?».

Ella se puso tensa en la oscuridad, haciéndole sentirse cruel, vulgar e incorrecto. Odió que ella fuera capaz de hacerlo sentir así. Tenía que verle los ojos.

—Quítate la máscara.

—No. —Y esta vez lo identificó. El tono en su voz, la nota de pesar—. Tu hermana tiene razón.

—¿Mi hermana? —preguntó, realmente impresionado.

—Me advirtió sobre ti. Me aseguró que no cumples tu palabra. Me dijo que no te creyera —confesó en voz baja y suave como si hablara consigo misma y no con él—. No debería haber creído en ti.

Escuchó el énfasis con que dijo que no le creería y lo odió.

—Entonces —arremetió contra ella—, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué creíste en mí?

Pippa alzó la cabeza hacia él. Parecía sorprendida.

—Pensaba… —comenzó, aunque luego se detuvo y volvió a empezar de otra manera—. Me viste.

«¿Qué demonios quería decir con eso?».

No tuvo que preguntar en voz alta, porque ella siguió explicándose.

—Me oíste, me escuchaste de verdad. No te importó que fuera rara. De hecho, parecía que te gustaba.

Y le gustaba. ¡Santo Dios! Lo disfrutaba a fondo.

La vio menear la cabeza.

—Siempre soñé que existiría alguien que pudiera hacer eso. Que quizá si tú lo hacías… entonces…

Ella se calló, pero él escuchó las palabras como si las hubiera gritado: «entonces Castleton podría hacerlo también».

Si no se hubiera sentido ya como un idiota, ahora lo haría.

—Pippa… —Trató de volver a sujetarla aunque sabía que no debería porque, si volvía a rozarla, no se resistiría a tocarla. Y entonces acabaría reclamándola.

Ella se alejó de él, fuera de su alcance, de vuelta al presente. Enfrentándose a él.

—No. —Antes de que él pudiera moverse, tomarla, arreglarlo todo, ella respiró hondo y siguió hablando—. No. Tienes razón, por supuesto. Ya tengo un conde; un conde bueno y amable que pronto se convertirá en mi esposo. No hay nada en ti, en tu pasado ni en tu presente, ya que estamos, que signifique algo para mí.

Ella dio un paso atrás y él la siguió como si lo llevara de una correa. Odiaba las palabras que había usado, su lógica y su razón. Pippa era diferente a todas las demás mujeres y nunca, jamás en su vida, había deseado tanto entender a una.

La escuchó hablar mientras ella se miraba las manos, sus dedos torcidos que movía con

nerviosismo.

—Entiendo que no hay nada en mí que te interese, que te doy más problemas de los que mereces… Jamás debería haberte incluido en mis experimentos.

—No son experimentos —replicó él.

Alzó aquellos ojos, negros detrás de la ridícula máscara, hacia él. Le gustaría arrancársela, aplastarla con la bota y fustigar a Chase por haber hecho que la usara.

—Por supuesto que sí.

—No, Pippa, no lo son. Son un profundo deseo de saber; necesitas esos conocimientos. Pero además, sientes que tienes que comprender lo que estás a punto de hacer, lo que te has negado a detener a pesar de que te aterra. Son una desesperada estratagema para no sentir las dudas, frustraciones y temores que te agobian. Dices que quieres entender lo que ocurre entre hombres y mujeres, entre maridos y esposas, pero en vez de acudir a alguien con experiencia de tu círculo, a quienes lo saben de primera mano, vienes a mí. En la oscuridad.

Ella continuó retrocediendo y él siguiéndola.

—Vine a verte a plena luz del día.

—En el interior de El Ángel siempre es de noche. Siempre hay oscuridad. —Hizo una pausa para recrearse en la manera en que ella entreabría apenas los labios, como si no le llegara el aire. Lo mismo que le ocurría a él—. Acudiste a mí porque no quieres lo ordinario, lo mundano. No lo quieres a él.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto. Acudí a ti porque no entiendo que haya tanto revuelo alrededor de *eso*.

—Acudiste a mí porque temías que no valiera la pena tanto revuelo con él.

—Acudí a ti porque pensé que no te volvería a ver.

—Mentirosa. —La palabra fue un estallido en el reducido espacio, elogio y acusación al mismo tiempo.

Ella alzó la mirada hacia él, pero las cuencas oscuras estaban vacías.

—Tú lo sabrás mejor que nadie. No has hecho más que mentirme desde el principio, con tus dados trucados, tus falsas promesas y ese *señor* Cross detrás del que te ocultas.

—Jamás te he mentido, preciosa.

—¡Incluso eso es mentira!

—Te avisé desde el principio de que era un sinvergüenza. Esa es mi verdad.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Y eso te absuelve de lo demás?

—Jamás he pedido ser absuelto. —Alargó la mano hasta la horrible máscara y la despojó de ella. Lamentó haberlo hecho en cuanto vio aquellos enormes ojos azules nublados por la emoción.

Aunque realmente no lo lamentó.

Lo adoró.

La adoró.

—Te advertí que te alejaras de mí. De que no te acercaras. —Se inclinó hacia ella, torturándolos a los dos al estar tan cerca y, sin embargo, a una distancia insoportable—. Pero no lograste reprimirte. Quieres que te enseñe lo que deberías aprender con él. Deseas mi experiencia, mi pecado, mis besos… no los suyos.

Ella había clavado los ojos en su boca y él contuvo un gemido cuando se dio cuenta de con qué avaricia lo hacía. ¡Dios! Jamás había deseado nada como la deseaba a ella.

—Tú nunca me has besado —susurró ella.

—Quise hacerlo. —Las palabras fueron tan sencillas que casi parecieron mentira. No eran capaces de expresar lo que sentía cuando pensaba en tocarla, en saborearla… en ella.

Querer solo era una ínfima partícula del universo de su deseo.

Ella meneó la cabeza.

—Eso también es mentira. Ni siquiera puedo rozarte sin que te alejes como si te hubieras quemado. Es evidente que no estás interesado en tocarme.

Para ser alguien que se sentía orgullosa de sus observaciones científicas, Philippa Marbury estaba ciega a la verdad.

Y había llegado el momento de que la corrigiera.

—Al menos Castleton me besó cuando se lo pedí —agregó ella antes de que él pudiera hablar.

Se quedó petrificado.

«Castleton la había besado».

Castleton había aceptado la invitación que él había rechazado. La que había deseado aceptar.

«La que debería haber sido tuya».

Unos violentos celos le atravesaron rompiendo seis años de autocontrol. La atrajo sin vacilar, la alzó en el aire y la presionó contra la lujosa pared tapizada para hacer lo que debería haber hecho en el momento en que la conoció.

La besó, deleitándose en la sensación de aquellos labios bajo los de él, en la forma en que se amoldó a su cuerpo como si perteneciera a sus brazos… A los suyos y no a los de otro.

«Y así es».

Ella realizó un irresistible sonido de sorpresa cuando pegó su boca a la de ella y la reclamó como suya, tragándose su jadeo antes de pasar la lengua por la curva del labio inferior hasta que la sorpresa se convirtió en placer y la oyó suspirar, entregándose por completo.

Y en ese momento supo que no se detendría hasta poseerla por entero. Hasta que hubiera disfrutado de cada uno de sus gemidos y suspiros, hasta que hubiera probado cada centímetro de su piel, hasta que se hubiera pasado una vida memorizando las curvas y los valles, tanto de su cuerpo como de su mente.

Era por los años de celibato. Después de seis años de abstinencia, cualquier beso sería así de… poderoso. De trascendental.

«No te engañes».

«Es porque es ella».

Siempre sería por ella.

Apartó los labios para poder hablar.

—Me haces arder, Pippa. Me quemas —susurró.

La apretó contra la pared, inmovilizándola con su cuerpo para poder liberar las manos y explorar a placer; para acunarle la barbilla con una mano y hacer que Pippa subiera los labios hacia los de él, con intención de tener mejor acceso. Se apoderó de nuevo de su boca. Se lanzó de nuevo al fuego, internándose profundamente. Quería consumirla; deseaba borrar el recuerdo de cualquier otro hombre de su mente.

Le pasó el borde de los dientes por el labio inferior y adoró la manera en que ella suspiró, al tiempo que levantaba los brazos para rodearle el cuello. Y luego… ¡Santo Dios!, le devolvió el beso. Su preciosa sabionda primero repitió sus movimientos, pero después los mejoró poco a poco, hasta que la alumna superó al maestro, lo que resultó una tortura casi insoportable.

Pippa se retorció contra su cuerpo, tan ansiosa por él como él por ella. Arqueó las caderas hacia las suyas con un ritmo que prometía más de lo que ella podía saber. Fue él quien interrumpió el beso con un gemido; un sonido ronco y lujurioso que retumbó a su alrededor en

aquel pequeño cuarto.

—Es posible que él te haya besado, cariño, pero su beso no se parece en nada al mío, ¿verdad? —susurró en su oído, tras dejar un rastro de besos desde la barbilla hasta la oreja.

Ella movió la cabeza.

—No —replicó entre jadeos ahogados. Él premió su sinceridad lamiéndole la oreja y sujetando el lóbulo entre los dientes para mordisquearlo detenidamente—. Cross… —balbuceó ella, suspirando.

Llevó una mano hasta el escote del vestido y tiró con decisión de la tela hacia abajo para dejar expuesto un seno pálido y perfecto. Luego le rozó el pezón con un dedo hasta que estuvo duro y dolorido. Entonces alzó la mirada hacia sus ojos y la encontró paralizada por sus caricias.

Pellizcó la tensa punta sin dejar de mirar sus hermosos ojos azules, adorando la manera en que dejaba caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared mientras suspiraba su nombre otra vez. La besó con suavidad en el hueco entre el cuello y la barbilla antes de lamer la piel de ese punto.

—Sus besos no te hicieron gritar su nombre.

—No —confesó ella, arqueando el pecho contra su mano, suplicándole más. ¡Como si tuviera que pedirlo! Él hundió la cabeza y capturó el pezón con los labios. Lo succionó hasta que ella gritó, un maravilloso sonido que fue amortiguado por las cortinas y el alboroto de los jugadores cercanos, inocentes de lo que estaba pasando a apenas unos metros.

Luego recompensó su desenfrenada respuesta con otro beso profundo y minucioso, al tiempo que bajaba las manos para subirle las faldas. Siguió con los dedos el rastro de la seda de las medias y luego rozó la piel aterciopelada, cada vez más arriba. Pippa enredó los dedos en su cabello, atrayéndolo contra ella mientras ahogaba los jadeos en sus labios.

—Dime, mi preciosa y sincera muchacha —susurró de nuevo en su oído—, ¿consiguen sus besos que quieras levantarte las faldas y disfrutar aquí y ahora de tu placer?

—No —admitió con la respiración entrecortada.

Llevó la mano todavía más arriba, en busca de su suave vello púbico, de su húmedo calor. Cuando lo encontró, lo acarició con el dorso de los dedos, deseándola más que a nada en su vida.

—Pero los míos sí lo consiguen, ¿verdad?

Deslizó un dedo en su interior y los dos gimieron de placer. Estaba mojada, le deseaba, y él no podía esperar para dárselo todo. Acarició con intensa lujuria su resbaladizo centro mientras seguía susurrando en la oscuridad.

—Esto es lo que hace que desees levantarte las faldas. Yo te daré todo el placer que necesitas…Te enseñaré sobre el sexo y el pecado, con la mitad de Londres a un suspiro de nosotros.

—Sí —jadeó ella, y él le subió más las faldas con una mano, mientras la seguía estimulando con los dedos, cumpliendo su promesa. Presionó un dedo profundamente en su interior al tiempo que movía el pulgar trazando círculos sobre el duro y tenso brote del placer.

—Esto no es mentira, Pippa. Es verdad. Una verdad indiscutible.

Ella se aferró a sus brazos para mecerse contra él, sin saber muy bien qué hacer.

«Pero tú sí lo sabes». Era posible que hubieran pasado seis años, pero había estado esperando ese momento.

Con ella.

—Sujeta las faldas, preciosa.

Pippa obedeció y las sostuvo mientras él se arrodillaba ante ella una vez más, igual que había hecho algunas noches antes, solo que en esa ocasión se permitió llegar a tocarla, absorber su

calor, su aroma, perderse en su magnífico cuerpo.

Le subió una pierna para besarle el interior de la rodilla, trazando círculos con la lengua contra la fina seda que cubría la zona antes de colocar la rodilla sobre su hombro e inclinarse para besar el glorioso monte de Venus. Volvió a acariciarla profundamente, primero con un dedo, luego con dos, mientras soplaba el punto en el que la había frotado con el pulgar. Ella respiró hondo.

—Cross —susurró ella—. Por favor…

Y al escuchar su súplica, él se perdió.

—Sí, cariño —repuso, deteniéndose un instante a inhalar su embriagador aroma—. Te daré todo lo que deseas. Todo lo que necesitas.

Volvió a acariciar sus pliegues, disfrutando de la manera en que ella se mojaba, sin saber qué le daría, qué podía hacer, y deseándolo de todas maneras.

—¿Lo percibes? ¿Notas que es verdad? ¿Ves cuánto me deseas?

—Deseo… —comenzó a decir ella, antes de interrumpirse.

Él giró la cabeza y pellizcó la suave piel del interior del muslo, percibiendo la suavidad de aquella inexplorada zona.

—Dilo. —Y se lo daría. Todo lo que ella quisiera. Fuera lo que fuera.

Ella le miró con los ojos resplandecientes por el placer.

—Deseo que me desees.

Cerró los ojos al escucharla. Confiaba en que ella era sincera incluso así, en aquel instante, expuesta a sus ojos, su boca y sus manos. Estaba seguro de que se desharía del resto de las capas que la envolvían, quedando solo su esencia, honesta y desnuda ante él.

Que Dios le ayudara, porque le respondió con la verdad. No hubiera podido hacer ninguna otra cosa.

—Lo hago, cariño. Te deseo más de lo que jamás podrás imaginar. Más de lo que podrías soñar. Mi deseo es equivalente al de dos hombres. Al de diez.

Ella soltó una risita, un sonido que llegó acompañado con un lujurioso movimiento de sus firmes caderas y su suave vientre.

—No necesito a diez. Solo a ti.

Incluso aunque sabía que nunca sería digno de ella, aquellas palabras impactaron en su dura longitud y supo que jamás lograría resistirse a ella… y menos si se lo pedía con los enormes ojos rebosantes de sinceridad y la voz llena de suave pasión.

Él se inclinó y habló justo sobre el lugar más femenino de su cuerpo.

—Y me tendrás. —Y luego estuvo en el punto donde había querido estar durante todos esos días. Retiró lentamente la mano que había movido con aquella cadencia irresistible y se quedó inmóvil, torturándoles a los dos, hasta que ella se movió, buscándolo. No pudo detener la pecaminosa sonrisa que se esparció por su rostro al ser consciente de que, por fin, tenía la prueba de que ella lo deseaba—. Pronto…

—No —soltó ella con un desesperado quejido—. Ahora, Cross.

—Siempre tan exigente —bromeó él, aunque la sangre le ardía en las venas al oírla—. Será ahora. —La abrió con suavidad, exponiendo su sexo anhelante, húmedo y perfecto.

La besó allí, de la manera en que le había prometido aquella noche en su despacho, como había soñado después mientras yacía en la oscuridad, imaginando a esa increíble mujer alzada sobre él, abierta y accesible a su adoración.

Tal y como estaba en ese momento, de pie ante él, sosteniendo sus faldas azul zafiro con una mano y apresando su cabello con la otra, sin dejar que se alejara mientras presionaba la lengua sobre su carne, probando su sabor y haciéndole el amor con lentas y lánguidas caricias que la

hacían suspirar, retorcerse y arquearse contra su boca. Ella era placer, calor, pasión… el primer sorbo de agua fresca después de años sediento en el desierto.

Buscó el centro de su deseo, penetrándolo primero con lentitud y después más rápido, hasta que el tiempo se desvaneció y él se perdió en los sonidos, las sensaciones y el sabor de Pippa, sin querer moverse o apartarse. Le había prometido horas de placer y lo pensaba cumplir. Podría adorarla allí, de rodillas, durante una eternidad.

A ella se le escaparon las faldas y le temblaron los muslos cuando se arqueó, alejándose de la pared en un excitante y extraordinario ofrecimiento. Él lo aceptó sin cuestionarse nada más, la tomó, volviendo a introducir los dedos en su cálido centro con un envite largo y profundo.

De pronto, ella se derrumbó contra su boca, contra su mano, gritando el placer que había alcanzado bajo su lengua. La llevó al borde y la lanzó a la pasión, manejándola con su contacto, con sus besos y con cada pizca del deseo y la depravación que había retenido en los últimos seis años… durante un tiempo que pareció eterno. Se deleitó en su suavidad y sus sonidos, sin pensar en abandonarla, anhelando disfrutar la experiencia con ella.

Ella gritó su nombre y le tiró del pelo. Él alcanzó el éxtasis con ella, caliente, intenso e inevitable. Le sorprendió su propio placer. Quizá debería haber sentido vergüenza o arrepentimiento, o tal vez algo todavía más básico, pero se sintió como si llevara toda la vida esperando ese momento.

Por ella.

Y allí, en la oscuridad, con sus gemidos resonando por encima del rugido de los más ricos jugadores de Londres, que seguían apostando a escasos metros de ellos, él respiró hondo, le recorrió los muslos con las manos antes de dejar caer las faldas, y luego consideró la alarmante posibilidad de que Pippa Marbury fuera su salvadora.

Aquel pensamiento le alcanzó tan rápida e inesperadamente como el clímax, e inclinó la cabeza con respeto absoluto, bajando la mirada a los escarpines zafiro, sorprendido, al mismo tiempo que permanecía arrodillado a sus pies, deleitándose en las caricias de Pippa en su cabello.

Así fue como Temple los encontró.

Entró bruscamente en la estancia, y todo su metro ochenta de músculos se quedó inmóvil. Su rostro, atravesado por una cicatriz, era el vivo retrato de la conmoción.

—¡Joder! —Se dio la vuelta para darles intimidad—. No quería…

Pippa retiró las manos con la velocidad del rayo y él se sintió desnudo al perder su contacto.

—Excelencia —saludó ella. El título de Temple le sorprendió, un buen recordatorio del lugar que ocupaban. De lo incorrecto que era que ella estuviera allí—. Yo… Nosotros.

«Necesito tiempo para pensar».

Necesitaba tiempo para entender lo que acababa de pasar.

Todo había cambiado.

Se puso en pie.

—Lárgate.

Pippa le miró con sorpresa.

—¿Yo?

«¡No!». Ella no. Pero todavía no podía hablar. No sabía qué decir ni cómo. Ella lo había noqueado por completo y no estaba preparado para eso… Para ella.

Para la forma en que le hacía sentir.

Para lo que le hacía hacer.

«Para ese futuro con el que le tentaba».

—Creo que se refiere a mí, milady —intervino Temple.

«Entonces, ¿por qué sigues aquí?».
Temple respondió como si lo hubiera dicho en voz alta.
—Ha llegado Knight.

Capítulo 14

«~~¡Oh, Santo Dios!~~Parece que todo eso que se menciona en los votos matrimoniales no va dirigido solo al novio. En mi vida había sentido algo tan…~~IncreíbleExtraordinarioEmotivo~~.Carente de rigor científico».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
30 DE MARZO DE 1831, SEIS DÍAS ANTES DE SU BODA.

Salió de allí de inmediato. Dejó a Pippa bajo la protección de Temple, aunque no le gustaba nada la idea de que se quedara sola en el club con otro hombre. Lejos de él. Fuera de su vista.

Apartada de sus brazos.

La quería en su casa, donde podía estar a salvo, a kilómetros de aquel depravado lugar y de aquellos vividores. Quería estar con ella.

Cuando se detuvo a cambiarse los pantalones por unos limpios se dio cuenta de lo que acababa de pensar.

«Quiero estar con ella en mi casa».

No en el desordenado despacho ni en el incómodo jergón provisional donde dormía, sino en su casa en la ciudad. Donde nunca había llevado a una mujer; donde rara vez residía; donde moraban amenazadores demonios.

«Pippa no toleraría que los demonios me amenazaran».

Sonrió para sus adentros al pensarlo. Pippa alejaría cada uno de sus demonios con su mente analítica, sus preguntas lógicas y su roce seguro. Un roce que estaba deseando volver a experimentar una vez más.

Deseaba que lo tocara por todas partes y tocarla él a su vez. Anhelaba explorar su cuerpo, abrazarla, besarla y hacerla suya de todas las maneras que se le pudieran ocurrir.

¿Quería Pippa comprender la lujuria? Él le enseñaría sin problemas. Tenían tiempo de sobra. Todavía faltaban seis días para que se casara con Castleton.

«No es suficiente».

Notó una opresión en el pecho al pensarlo.

«Va a casarse con Castleton».

Se sentó para ponerse las botas con más violencia de la necesaria.

«Lo haré porque he aceptado y soy una mujer de principios».

¡Maldición! Estaba comprometida con un idiota mediocre y soso.

Aunque pensándolo bien, no era tan idiota. Después de todo, había propuesto matrimonio a Pippa. La había pescado mientras el resto de Inglaterra miraba hacia otro lado.

Pero ella no se había derretido entre sus brazos, contra la boca de su prometido, sino en los de él. ¿Es que acaso eso no contaba?

No podía hacer nada al respecto, no tenía manera de detenerlo. Ella se merecía una boda perfecta con su atractivo —aunque simple— conde. Se merecía un tipo al que no acosaran los demonios; que pudiera ofrecerle un hogar, caballos, perros… Una familia.

En su mente apareció una imagen; una fila de niños rubios, cada uno con su correspondiente par de gafas y una sonrisa para su madre…. Y para él.

Alejó la visión y se puso en pie para alisarse la chaqueta.

«Es imposible».

Philippa Marbury no era para él. No era su destino, aunque sí podía darle lo que le pedía antes de casarse. Podía enseñarle a conocer su cuerpo, sus deseos y sus necesidades, prepararla para saber pedir lo que necesitaba.

Para que se lo pidiera a su marido.

Tuvo que tragarse una maldición.

«Seis días serán suficientes».

Abrió de golpe la puerta del despacho, casi arrancándola de cuajo, y se dirigió hacia la biblioteca de El Ángel Caído, donde lo estaba esperando Knight. Despidió al guardia de la puerta, respiró hondo para recobrar el control y entró. Debía concentrarse en la inminente tarea.

Knight estaba lívido y le temblaba un músculo en la mandíbula cuando se giró hacia la puerta. Su mirada azul destilaba odio helado.

Algo que él encontró muy satisfactorio. Parecía que esa noche había al menos una cosa que sí iba sobre ruedas, que estaba bajo control. Sin embargo, algo mancillaba la victoria; Knight no había acudido solo.

En una de las sillas de respaldo alto situada en el centro de la estancia había una joven sentada. Tenía la espalda perfectamente recta y las manos cruzadas sobre el regazo de la falda verde de lana. Había bajado la cabeza, como si así pudiera hacerse invisible. Sin duda era bastante guapa: piel blanca, cabello negro y rizado y una boca muy roja que se curvaba en un leve mohín, aunque no parecía demasiado contenta.

De hecho, si tuviera que definir su estado con una palabra, sería tristeza.

Dejó que la puerta se cerrara a su espalda y miró a Knight. Sostuvo la mirada azul hielo de su adversario.

—Knight, no es demasiado prudente por tu parte pasear a tu hija por el mejor club de juego de Londres en mitad de la noche.

El otro hombre no respondió al insulto. Se alejó del aparador, ignorando a la joven por completo.

—¿De verdad crees que has ganado? ¿Con solo una noche?

Cross se sentó en otra de las sillas y estiró las piernas ante él, intentando parecer aburrido. Quería acabar de una vez por todas con ese enfrentamiento, así que miró a Knight.

—Sé que he ganado. Ahora mismo, tus cincuenta clientes más importantes están perdiendo su dinero en mis mesas. Y si quiero, solo tengo que decir una palabra para que sigan haciéndolo siempre.

Vio que Knight apretaba los dientes.

—No los quieres. Los consideras demasiado vulgares para tu precioso club. Tus socios jamás permitirían que admitieras a esos sinvergüenzas como clientes de El Ángel.

—Te aseguro que mis socios harán lo que yo diga. Consideraremos que ese patético grupito tuyo es un sacrificio necesario para que comprendas cuál es tu lugar. Eres fruto de nuestra benevolencia, Digger. Todavía existes porque no hemos querido llevarte a la ruina… de momento. Va siendo hora de que te des cuenta de que tu club jamás llegará a la altura del nuestro; de que nuestro poder se extiende por lugares donde el tuyo jamás llegará. Knight's existe única y exclusivamente gracias a mi benevolencia. Si yo quisiera, podría destruirlo. Así que será mejor que no me pongas a prueba.

Knight le miró con los ojos entrecerrados.

—Siempre te ha gustado pensar que soy tu enemigo.

Él no lo dudó.

—No es que lo piense, es que lo eres.

—Hubo un tiempo en el que yo era tu único amigo.

—Yo no lo recuerdo así.

Knight encogió los hombros como si no tuviera interés en discutir del pasado.

—¿Te has olvidado de la deuda de tu hermana? Me debes ese dinero. Y cobraré de una manera u otra.

Escuchar a Knight hablar de su hermana hizo que quisiera golpear algo, pero se contuvo.

—Sabes que me haré cargo de esa deuda. A cambio, negarás a Dunblade la entrada a tu club para siempre. Y dejarás en paz a mi hermana; no volverás a acercarte a ella.

Knight arqueó sus cejas oscuras y subió el bastón hasta la altura de los ojos para inspeccionar el mango, minuciosamente repujado en plata.

—¿Y si no lo hago?

Cross se inclinó entonces hacia delante para que viera su ira.

—Te quedarás sin ningún cliente. Te robaré hasta el jugador más humilde.

Knight se encogió de hombros.

—Siempre llegan más.

—También te dejaré sin ellos. —Hizo una pausa—. Te los robaré siempre, una y otra vez. Conseguiré que vayas a la bancarrota, que ni siquiera puedas permitirte el lujo de comprar velas para alumbrar las mesas.

Por el rostro de Digger pasó una expresión de fugaz admiración.

—Serás un yerno excelente.

—Antes arderé en el infierno.

Maggie Knight alzó bruscamente la cabeza al escuchar el último intercambio, y los miró con los ojos abiertos como platos, inmóvil como un ciervo a punto de ser abatido por un cazador.

—¿Quieres que me case con él? —La joven no sabía nada y él tuvo que reprimir el impulso de consolarla de alguna manera.

—No seas estúpida. —Knight ni siquiera la miró—. Te convertirá en condesa.

—Yo no quiero ser condesa.

—Tú harás lo que yo te diga.

—Me temo, Digger, que tu deseo no se va a hacer realidad —concluyó él, poniendo punto final a la conversación. Se levantó y se acercó a la puerta—. Espero que me disculpe, señorita Knight, pero no voy a casarme con usted.

—Será un alivio —suspiró ella.

—Lo será —convino él arqueando las cejas.

—No deberíais cantar victoria. —Digger se giró hacia él—. ¿Cuánto tiempo hace que me conoces, Cross? Desde mucho antes que a esos nobles que llamas socios.

Él se detuvo en seco.

—Ahora mismo tengo un montón de clientes en la sala, Digger. Muchos más de los que planeé en un principio. Me temo que no tengo tiempo para ponerme nostálgico contigo. Mañana te pagaré la deuda de Dunblade. La aceptarás o me apoderaré de Knight’s, de cada cliente, de cada ladrillo.

Alargó la mano hacia la manilla de la puerta con la mente puesta ya en su destino.

«En Pippa».

En cómo olía, en su sabor, en aquella boca inteligente y en sus ojos brillantes. En la curiosidad que mostraba siempre. Ella estaba en ese edificio, en alguna parte, seguramente apostando, interrogando a cualquier prostituta o haciendo algo incluso más escandaloso. Quería estar cerca

de ella.

Lo deseaba con desesperación. Era su opio. Había sido probarla una vez y no poder parar.

La oscuridad que le había envuelto desde hacía años había cambiado esa noche.

«¡Eso es falso!».

Había cambiado antes.

Y estaba lo suficientemente desesperado para investigar sobre ello.

«Quedan seis días». Y no pensaba perder ni un solo segundo más en aquella habitación. Abrió la puerta. Se olvidaría de ella seis días después, pero antes… Sería su placer. Su única debilidad. Su único error.

Después volvería a su vida de siempre.

—Entiendo que voy a tener que hacer más atractiva la oferta. ¿Añado a Philippa Marbury al lote?

Aquellas palabras hicieron que le atravesara un escalofrío. Se giró lentamente, olvidándose de la puerta abierta.

—¿Cómo has dicho?

Knight sonrió con suficiencia y le miró con fría certeza.

—¡Oh, muy bien! Ya he recuperado tu atención. No deberías haberte fiado de Sally. A las fulanas no cuesta nada comprarlas.

Un gélido temor se extendió por sus entrañas.

—Es posible que no sea un genio como tú —continuó el otro hombre—, pero sé tratar a las prostitutas. Logré que Sally me lo contara todo a cambio de algunas libras. Tu plan para atraer a mis clientes más importantes al Pandemónium, los nombres de todas las chicas que te ayudaron... Por cierto, cada una de ellas está hoy en las calles, y lo más importante, el nombre de la dama que se coló por casualidad en tu despacho mientras tramabas mi fin. Una chica rubia con gafas, especialmente rara. —Vio que Knight se balanceaba sobre los talones antes de seguir hablando con la voz disfrazada—. Me sonó muy familiar.

Él vio lo que se avecinaba. Era un carruaje desbocado, algo que se abalanzaba demasiado deprisa para detenerlo.

—Philippa Marbury, hija del marqués de Needham y Dolby, futura condesa de Castleton. Y sus hermanas… ¡eso es lo más divertido! Una a punto de casarse con Tottenham y la otra es lady Bourne. —Knight soltó un largo silbido, un sonido que le atravesó y le hizo arder de furia—. Increíble. No me gustaría llevarlas a la ruina. Y apuesto que a Bourne tampoco.

»Sería terrible que una dama soltera fuera descubierta correteando por una casa de juego. Y nada menos que con un canalla tan notable como tú… Con tu reputación. Si ese fuera el caso, jamás le permitirían asistir a una sola reunión. Sin duda Castleton no se casaría con ella.

Cross se quedó helado ante la implicación de sus palabras.

Debería haberlo supuesto.

En su mente apareció un recuerdo. Un Knight seis años más joven, inclinándose sobre él, que estaba casi muerto por la paliza que acababa de recibir a manos de sus secuaces.

«Sí, deberías haberlo visto venir».

Debería haber sabido que Knight tendría un plan alternativo. Un seguro. Y también debería haber imaginado que sería Pippa.

Lo que más furioso le puso fue que le tomara inesperadamente por sorpresa.

En solo tres pasos, puso su enorme mano en la garganta de Knight y lo empujó sobre el aparador. Los vasos se tambalearon y cayeron al suelo junto con un decantador de *whisky*. Ignoró el jadeo entrecortado de la joven, que se alejó hasta el otro extremo de la estancia.

—Te mantendrás lejos de Philippa Marbury o te mataré. Punto. Ese es el plan.

Knight recuperó el equilibrio y sonrió. Parecía que estaba hablándole del tiempo y no de su inminente final.

—Yo que tú no me preocuparía… No voy a tener tiempo de acercarme a ella dado lo nervioso que estaré con el próximo enlace de mi hija.

—Creo que te mataré de todas maneras.

Knight sonrió con aire de superioridad.

—No lo harás. Muchacho, te salvé la vida. Sin mi intervención, no serías más que un pobre borracho enloquecido por la sífilis… Eso si no te hubiera lanzado al Támesis alguno de los propietarios de los garitos que frecuentabas. Sin mí, estarías muerto... o muerto en vida. Me lo debes incluso aunque no tuviera manera de forzarte a hacer lo que quiero. Eras un inútil, un ser débil e indigno. Yo te ofrecí una salida.

Sus palabras tenían un innegable filo de verdad que le hizo estremecer.

—Tienes que darme las gracias por todo lo que tienes. Por tu imperio. Y lo más irónico es que eres demasiado honorable para ignorarlo. Así que me lo debes.

Él sacudió la cabeza aunque sabía que las palabras eran ciertas.

—No te debo tanto.

—Por supuesto que sí —se burló Knight—. Ya va siendo hora de que te des cuenta de que, seas noble o no, tengas dinero o no, disfrutes o no de una buena cocinera, he recorrido este camino antes que tú y siempre te llevaré ventaja. No vas a vencerme.

»Me han dicho que está aquí Duncan West. Me pregunto si la dama será la protagonista de la noticia de portada del *Scandal Sheet* del miércoles. —Al ver su centelleante mirada, Knight señaló a Maggie, que los observaba con sorpresa y confusión—. Te casarás con mi chica o arruinaré a la tuya. Ese es el plan.

«Mi chica». Aquellas palabras hicieron eco en él, en parte burlonas y en parte reflejo de su deseo. Todo era cierto.

Durante la mayor parte de su vida, Cross había sido conocido por su habilidad por calibrar los posibles resultados de una situación. Podía estudiar las cartas que habían salido y predecir las siguientes. Podía prever dónde impactaría el siguiente puñetazo en un combate de boxeo. Podía planificar una docena de movimientos adelantándose a la jugada de su adversario en una partida de ajedrez...

«¿Pippa jugaría al ajedrez?».

Alejó el pensamiento. No volvería a pensar en Philippa Marbury. No la volvería a tocar. Sus dedos lo anhelaban, estaban desesperados por aquel contacto tanto tiempo negado, y solo había podido tocarla durante un instante.

La había anhelado desde el mismo segundo en el que la abandonó, hacía solo unos minutos. Incluso desde antes.

Y supo, con la sagacidad que le daba haber controlado sus deseos durante tanto tiempo, que la anhelaría durante toda la eternidad.

Pero aceptaría gustoso ese sufrimiento si así la salvaba.

Por una vez en su indigna y lastimosa vida, salvaría a alguien que le importaba.

«No debería haber creído en ti».

Las palabras de Pippa resonaron en su mente como un eco burlón.

«La salvaré».

—Maggie no será una mala esposa, Cross. Te dará herederos muy guapos.

Él alzó la cabeza para seguir la significativa mirada de Knight y encontró los ojos de Maggie,

en los que reconoció la expresión de sorpresa y desilusión. Esa joven no tenía más ganas de casarse con él que él con ella. La miró fijamente.

—Su padre está loco.

—Empiezo a darme cuenta —repuso ella. Él pensó que si la situación hubiera sido distinta, habría esbozado una sonrisa.

Pero no lo era.

Solo había una posibilidad.

Se acercó a Maggie Knight, de diecinueve años y con un francés mediocre, y puso una rodilla en el suelo ante ella.

—Me temo que no tengo opción.

Había perdido a muchos, pero en esta ocasión salvaría a Pippa.

Era lo que más le importaba.

—Me parece, milord —repuso Maggie al tiempo que asentía con la cabeza—, que al menos en ese aspecto tenemos mucho en común.

Las lágrimas que contenía hacían brillar sus ojos castaños y él deseó poder consolarla. Decirle algo que la hiciera sentirse mejor a pesar de la situación. Sin embargo, lo cierto era que Meghan Margaret Knight le consideraba un hombre insensible, propietario de un antro de perdición que obtenía su dinero del pecado. Pensaba que alternaba con rufianes, prostitutas y canallas, como su padre, y que se casaría con él por culpa del chantaje, nada que ver con un cierto afecto.

Meghan Margaret Knight, que hacía menos de media hora que lo conocía, ya sabía más sobre él de lo que lady Philippa Marbury sabría nunca.

Así que en vez de consolarla, tomó una de las manos enguantadas con las que la joven apresaba la tela verde de su falta y la sostuvo con firmeza entre las suyas.

—Señorita Knight, ¿me haría el honor de ser mi esposa?

Pippa estaba disfrutando mucho.

Era posible que a lo largo de la última semana no se hubiera sentido demasiado impresionada por el oscuro y silencioso salón de juego de El Ángel Caído, pero por fin comprendía su atractivo. Por la noche el club se llenaba de luz, sonido y una lánguida pátina de pecado que ella jamás hubiera llegado a imaginar de no haber estado allí, presenciándolo en ese momento con sus propios ojos.

La noche dotaba al gran edificio de vida, la oscuridad se convertía en una luz brillante y divertida; un torbellino de color, sonido y emoción que la inundaba de una embriagadora excitación.

Estaba rodeada de clientes enmascarados en el centro de la planta baja del club. Hombres de traje oscuro y chaleco de colores audaces, un guiño sin duda a las actividades nocturnas; mujeres con sedas y satenes, vestidos diseñados para causar escándalo por la cantidad de piel que dejaban al descubierto.

Se dejó llevar por el movimiento de la multitud, permitiendo que la condujeran de un lado a otro de la estancia; desde el punto donde se había librado de la vigilancia de Temple hasta el centro de la acción, las mesas en las que se jugaba al *piquet* o a los dados, la ruleta... Observó al numeroso grupo de bellezas enmascaradas y a sus atractivos acompañantes. Sabía, por supuesto, que cada uno de esos cuerpos tenía defectos, seguramente significativos, pero al estar enmascarados parecían perfectos.

Igual que le ocurría a ella, que de repente, también lo parecía.

Sin embargo, no se engañaba pensando que era la máscara lo que la hacía sentir tan poderosa y diferente de lo habitual. Tampoco era por estar en aquel salón.

No, eso era por el hombre.

Se le aceleró el corazón al recordar lo ocurrido hacía escasos momentos. El contacto intoxicante y abrumador que no había esperado, pero sí deseado con todas sus fuerzas.

«Y el beso».

Se llevó los dedos a la boca inconscientemente al pensar en aquella devastadora e increíble caricia, la que fue todo lo que esperaba y, a la vez, nada de lo que imaginaba. Se arrepintió al instante porque en el momento en que se rozó los labios con las yemas, odió que su contacto hubiera borrado el de él.

Deseó que Cross se lo pudiera devolver.

Deseó encontrarse con él de nuevo y animarlo a restituir el recuerdo del beso.

Una pequeña sensación se asentó en lo más profundo de su vientre, extendiéndose con una lenta y constante cadencia mientras recordaba aquel momento. Rememoró la suavidad de sus cabellos entre los dedos, su piel contra la de ella… sus labios.

«Su lengua…».

Comenzó a tener más calor y se dio cuenta de que incluso pensar en sus caricias, en su beso... en él, la hacía sentir un profundo dolor. Sin embargo, la ubicación del mismo era imprecisa. Un lugar secreto y profundo del que jamás había sido consciente.

Cross le había enseñado algo que jamás había sabido sobre cosas que siempre pensó que entendía. Y lo había adorado… aunque se sentía aterrada.

Y eso la hacía cuestionarse si todo lo que creía era verdad o no.

Se resistió a la idea. Alzó la mirada hacia la pared principal del salón, donde la representación de la caída del ángel desde el cielo al infierno, plasmada en hermosas vidrieras, mostraba el paso de la santidad al pecado. Era el vitral más hermoso que ella hubiera visto nunca. Un trabajo de verdaderos artesanos, lleno de tonos rojos, dorados, violetas… Santo y abominable a la vez.

Era el ángel en sí lo que la fascinaba. Aquel hermoso gigante cayendo a la tierra y despojado de los dones que tanto tiempo había poseído. Ejecutado por un artista mediocre el detalle habría sido menos minucioso; cara, manos y pies habrían sido representados en un solo color, pero el autor se había preocupado por la profundidad de su obra y había remolinos de sombras y luces en los cristales, una elegante elaboración del movimiento, la forma e incluso la emoción.

No pudo evitar clavar la mirada en el rostro que caía en sentido invertido; en el arco de la ceja, la complicada sombra de la barbilla, la curva de la boca. Se detuvo en ese punto al recordar otros labios y otra caída. A otro ángel.

«Cross».

Se vio inundada por una emoción que no reconoció de inmediato y dejó escapar un largo suspiro.

Lo deseaba de una manera que no debería. De una forma que sabía que debía desear a otro. Al hombre que estaba destinado a ser su marido, al elegido para ser el padre de sus hijos.

Y, sin embargo, ansiaba a Cross.

A su ángel.

«¿Es solo deseo?».

El corazón comenzó a latirle con fuerza; una manifestación física de un pensamiento que no estaba preparada para reconocer. Que le abrumaba, dolía y seducía.

—Es magnífica, ¿verdad?

Las palabras sonaron muy cerca y en voz baja, y ella se giró ante el sonido, encontrándose con una dama alta y esbelta a escasos centímetros de distancia, ante una mesa de naipes. Vestía el diseño más hermoso que hubiera visto nunca, de un púrpura intenso y regio que hacía resaltar la

cálida piel dorada de la propietaria. En mitad del escote, sobre el borde del corpiño, colgaba un enorme topacio de una cadena de oro. Llevaba puesta una máscara negra con plumas que era demasiado elaborada para permitir ver su rostro, aunque sus ojos castaños brillaban con intensidad al otro lado de los agujeros, y los labios, oscuros como el vino tinto, se curvaban en una irresistible sonrisa.

Una sonrisa repleta de promesas ocultas.

La clase de promesas que ella había visto en la boca de la señorita Tasser una semana antes.

Como no respondió, la mujer señaló con un dedo largo, recto y con las uñas arregladas hacia el vitral.

—El ángel.

Pippa tuvo que obligarse a hablar. Los nervios y la excitación hicieron que las palabras llegaran más rápido de lo que había planeado.

—Es una vidriera preciosa. Muy majestuosa. Me gustan los tonos rojos… y los violeta.

La dama sonrió.

—¿Esos colores significan algo para ti? —preguntó la mujer.

Ella asintió con la cabeza.

—Para hacer cristal rojo se agrega polvo de oro, y también se usa para conseguir el tono violeta.

—Qué inteligente al saberlo —comentó la mujer con los ojos muy abiertos.

Pippa apartó la mirada. La inteligencia no solía ser un elogio entre mujeres.

—Lo leí hace tiempo.

—No me sorprende nada que Cross disfrute de su compañía, lady P.

Volvió a mirar bruscamente a la mujer y notó el conocimiento en sus ojos.

—¿Cómo sabe…?

La vio agitar la mano.

—Las mujeres hablan, milady.

«Sally».

Se preguntó si debería preocuparse. Casi con seguridad, sí.

—Es una atractiva promesa, ¿no cree? —continuó la mujer.

—¿Una promesa?

La sonrisa se hizo más profunda.

—De pecado. Si es que está dispuesta a asumir las consecuencias.

Ella comenzó a pensar a toda velocidad. ¿Cómo era posible que aquella mujer supiera lo ocurrido? ¿Lo que habían hecho? ¿Los había espiado?

—¿Se refiere a Cross?

Ella se echó a reír, un sonido alegre y acogedor.

—Si soy sincera, me estaba refiriendo a El Ángel. —Le indicó la silla a su izquierda—. ¿Quiere jugar?

Pippa estudió el tapete verde, agradeciendo el cambio de tema. Los naipes estaban colocados ante la mujer y había cuatro hombres sentados a su derecha.

—No —repuso al tiempo que sacudía la cabeza.

—Debería animarse. —La mujer bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Es el juego favorito de Cross.

Podía no sentirse tentada por el juego, pero cuando la hermosa dama mencionó a Cross, no hubo nada en el mundo que la detuviera. Se sentó.

—Voy a observar un par de manos.

La mujer sonrió satisfecha.

—Imagino que entender el juego es lo más importante para algunos.

—No tengo nada que apostar —se rio ella.

—Estoy segura de que tiene más de lo que cree.

Ella no tuvo la oportunidad de responder, ya que el *croupier* repartió dos cartas al grupo, una boca abajo y otra boca arriba.

—El objetivo es sumar veintiuno —explicó la dama, dando la vuelta a su carta. Era un nueve de corazones. Luego la miró a ella y levantó la esquina de la otra para mostrarle cuál era; un siete de tréboles—. Las figuras valen diez —continuó, subiendo la voz un poco, como si quisiera asegurarse de que el resto de los ocupantes de la mesa oían la referencia.

Ella se dio cuenta del farol al instante.

—¿Y los ases? —preguntó, siguiéndole el juego a su nueva amiga.

—Los ases son la mejor carta. Pueden valer uno u once. Es la carta de la segunda oportunidad.

—Ah, entonces es un buen comienzo —aseguró ella con maestría.

—Me rindo.

Uno de los caballeros se levantó, recogió sus ganancias y abandonó la mesa.

—Bien hecho. El hombre que tenemos más cerca carece de habilidad y el que está más lejos, de suerte —comentó la misteriosa dama, inclinándose hacia ella.

—¿Qué me dice del que está en el medio?

La dama miró al atractivo hombre que presidía el centro de la mesa.

—Es Duncan West. Es el propietario de la mayor parte de los periódicos de Londres.

A ella se le aceleró el corazón. Si un periodista la descubría allí, quedaría arruinada. Y también Olivia.

«Quizá no sería tan malo». Ignoró el insidioso pensamiento.

—Parece demasiado joven para eso —susurró, intentando no mirar al hombre en cuestión.

—Joven y rico. Lo cierto es que hay poco de lo que carezca. Pero parece que adolece de una noche con una buena mujer.

Percibió el deseo en la voz de la dama.

—Imagino que se refiere a sí misma.

—Una mujer puede permitirse tener esperanza.

Ella observó a los caballeros agregar las cartas a las que tenían delante y aprendió con rapidez las reglas del juego.

Cuando llegó el momento de que pidiera cartas, su compañera la miró.

—¿Usted que dice, milady? ¿Me planto, o no?

Ella consideró la situación.

—Yo pediría una carta.

La otra mujer se dirigió al *croupier*.

—La dama ha hablado.

«Cinco».

Pippa observó cómo su nueva amiga fruncía los labios color burdeos en un mohín perfecto.

—Creo que me plantaré.

Cuando se descubrieron los naipes, su compañera ganó.

—¿No os parece que es la suerte del principiante? —preguntó con una sonrisa al resto de la mesa mientras recogía las ganancias.

Los dos caballeros la felicitaron a regañadientes al tiempo que Duncan West hacía un gesto de cabeza apreciativo en su dirección, aunque su mirada abrasadora se clavó en la mujer de púrpura.

Pippa observó cómo esta rozaba deliberadamente la mano del señor West cuando alargó su pálido brazo, demorándose un segundo. Quizá menos, pero fue tiempo suficiente como para que la mirada de West llameara. La observaba como si estuviera dispuesto a devorarla y solo se lo impidiera la falta de privacidad.

Una mirada que le resultó muy familiar.

Era igual a la que le dirigía Cross cuando estaban solos.

Se sonrojó y desplazó la vista, rezando para que nadie se diera cuenta.

—¿Cómo sabía que debía seguir pidiendo? —preguntó la desconocida.

Ella encogió los hombros.

—Una simple suposición.

—¿Suerte quizá?

Meneó la cabeza.

—Lo cierto es que no es gracias a la suerte. Los naipes que había en la mesa eran todos muy altos, por lo que existían muchas posibilidades de que le tocara uno bajo.

«La suerte no existe».

—Habla como Cross —replicó la otra mujer, sonriendo.

Que expresara en voz alta sus propios pensamientos no le molestó; que hablara de Cross como si lo conociera a fondo, sí.

—¿Ha jugado con Cross? —Trató de parecer casual… y fracasó.

La dama se volvió hacia el *croupier*, indicándole que repartiera otra mano.

—¿Se animará a jugar en esta ocasión, milady?

Ella asintió distraídamente. Metió la mano en el bolsito y sacó algunas monedas.

—Por favor.

Quería preguntar algo muy distinto: «¿Es usted amiga de Cross? ¿La ha tocado? ¿Besado? ¿Se ha ido a la cama con él?».

Odió la curiosidad que la acicateaba. Pero odió todavía más no atreverse a preguntarlo.

Repartieron las cartas. Ella había recibido un as y un tres. La dama observó, igual que ella, cómo el *croupier* entregaba naipes también a los caballeros.

—Sí, he jugado con él —dijo su compañera en un aparte—. Me planto —dijo tras pedir una segunda carta—. Pero no debe preocuparse por mí.

—No estaba preocupa… —Se interrumpió—. Deme otra.

«Un seis. Suman veinte».

—Me planto, gracias. ¿De qué no debo preocuparme?

Se descubrieron las cartas.

—El veinte gana.

La dama aplaudió mientras dos hombres gemían y el señor West alzaba su copa para brindar dramáticamente con ellas.

—La alumna supera a la maestra. —La mujer se inclinó hacia ella—. Cross no frecuenta la cama de las damas.

Ella se aclaró la voz. El torrente de emociones que la atravesaba le había puesto un nudo en la garganta con aquellas palabras. Hizo una pausa, tratando de identificar el sentimiento. ¿Alivio? No, estaba segura. Cross venía precedido de su reputación. Sin embargo ¿esperanza? Sí, podía ser esperanza. Al parecer nadie estaba a salvo de esa emoción errante e inalcanzable.

No obstante, sabía que no debería dejarse llevar por la esperanza en ese caso.

De hecho, debía sentir justo lo opuesto. Debería estar intimidada. Deslizaron sus ganancias hacia ella sobre la mesa.

—Eso no evita que él las invite a la suya —repuso con tono seco.

La mujer se echó a reír.

—No. Pero tampoco he visto que ocurriera nunca.

Recordó a Sally Tasser.

—Quizá no ha prestado atención.

—Oh, se sorprendería. Cross es un hombre muy codiciado. Y no solo lo pienso yo. Conozco a una docena de mujeres que harían lo que les pidiera, y todas ellas sin cobrarle. Casi todo el mundo en Londres quiere un trozo de Cross… desde hace años.

Ella miró sus ganancias y se puso a contarlas fingiendo no escuchar. Quería ignorar el dolor que tenía en el pecho al pensar en mujeres desconocidas persiguiéndolo. Tocándolo. Besándolo.

Las odió a todas y a cada una de ellas.

«Estás siendo irracional».

No le gustaba ser irracional.

—Con esas largas extremidades y ese espeso pelo rojizo... —seguía hablando la mujer—. Pero es demasiado bueno para tratarnos como el resto de hombres. No ha estado con ninguna, no permita que le digan lo contrario. —Notó que se le calentaban las mejillas y agradeció llevar puesta la máscara. Aun así, su nueva amiga pareció notar su rubor—. Pero usted sí ha estado con él, ¿verdad?

«¡Santo Dios, sí! Y fue increíble».

Ella sacudió la cabeza, aunque su cuerpo parecía resistirse a la mentira.

—Estoy comprometida.

«Algo que no te ha importado demasiado hace una hora».

Se sorprendió de pensar tal cosa, y también de la sensación que lo acompañó.

«Sensación de culpa».

—Eso no responde a mi pregunta. —La mujer curvó los labios, ignorante de sus pensamientos —. Y además, estar comprometida no es estar casada.

Sin embargo, era muy parecido, ¿verdad? Era lo más cercano al matrimonio. El nudo en la garganta se hizo más grande.

—No tiene por qué reconocerlo delante de mí, pero creo que usted le gusta mucho. Después de todo, no todos los días puede encontrar a una mujer tan brillante como él.

«A mí también me gusta él».

Sacudió la cabeza.

—No soy tan brillante como él.

Si lo fuera, no estaría en esa situación.

En ese lío.

Deseando con desesperación a un hombre al que no debería desear. Al que no podía tener… a menos a largo plazo.

«A menos que…».

Detuvo el pensamiento antes de que se completara. Había dado su palabra. Se iba a casar con Castleton; tenía que hacerlo.

Ignoró el dolor que notó en el pecho ante la idea.

«Has dado tu palabra».

—Si tuviera que apostar por la inteligencia de alguno de los dos, sería por la suya. —La mujer miró al *croupier*—. ¿Quiere jugar otra ronda?

—Ella no va a jugar.

Fue como si lo hubiera conjurado. Se volvió hacia él, incapaz de detenerse, atraída por su

profunda voz y su olor a sándalo.

Sintió el irracional deseo de arrojarse a sus brazos, de apretar sus labios con los de ella y suplicarle que la llevara al despacho, a cualquier rincón oscuro y pusiera fin a lo que habían comenzado antes. Quería que la hiciera olvidarse de todo, de sus perfectos planes, de la pautada investigación, de que solo le quedaban seis días antes de casarse con otro hombre.

Uno que no se parecía nada a Cross.

En ese momento se fijó en los ojos grises, que estaban clavados en su compañera, en la mandíbula tensa, en los tendones marcados del cuello y en los labios apretados en una fina línea.

Estaba muy enfadado.

—Cross. —La mujer se rio después de pronunciar su nombre, sin parecer temerosa ni por un momento—. Únete a nosotros. Milady sabe contar las cartas tan bien como tú.

Él entrecerró los ojos.

—No.

—Esta es toda la amabilidad que es capaz de mostrar Cross. —La mujer se volvió hacia el tapete y alzó una copa de champán—. Solo estaba acompañando a tu dama.

Cross apretó los puños.

—Búscate a otra persona a la que acompañar.

—Con sumo gusto —repuso la dama, descartándolos al tiempo que sonreía al señor West.

Pippa vio que Cross clavó su mirada gris en ella. Tenía los dientes apretados.

También estaba enfadado con ella.

Y eso la hizo enfadar. Sin duda, ella era la que más motivos tenía para estar molesta. Muchos más que él. Después de todo, él no estaba a punto de contraer matrimonio con un tipo mediocre y que no estaba preparado para casarse. Él no estaba a punto para mandar su vida al garete. Seis días después él estaría otra vez pertrechado en esa singular existencia suya, llena de pecado, vicio, dinero, mujeres hermosas y comidas realizadas por una cocinera con más talento del que nadie se merecía.

«Y tú estarás casada con otro».

—Tonterías —repuso ella, irguiendo la espalda—. Hay mujeres en todas las mesas de la sala. Y si no estuviera dispuesta a jugar esta noche, no me habrían invitado.

—No deberías haber sido invitada —le dijo él al oído, inclinándose sobre ella.

Ella odió la manera en que la hizo sentir, como si fuera su hermana pequeña y tuviera que castigarla.

—¿Por qué?

—Este lugar no es para ti.

—Bien, creo que jugaré otra ronda —dijo en voz alta, dejándose llevar por su irritación.

La mujer con la que había estado hablando la miró boquiabierta antes de cerrar la boca y sonreír de oreja a oreja.

—Excelente.

Él se acercó más y bajó todavía más la voz.

—No voy a dejar que te quedes aquí. Y menos ahora.

—Solo voy a jugar a las cartas —repuso, odiando el daño que le hacían las palabras de Cross y reprimiendo las lágrimas. Se negó a mirarlo, a que se diera cuenta de la manera en que la conmovía.

Finalmente, él soltó un suspiro irritado por lo bajo, que aun así resultaba tentador, haciéndola sentir su aliento en el hombro.

—Pippa —susurró su nombre—, por favor…

Hubo algo en su súplica que la dejó paralizada. Se volvió hacia él una vez más con intención de leer sus ojos y encontrando allí... ¿dolor? Desapareció tan rápido que casi dudó de haberlo visto. Casi…

Apoyó la mano en su antebrazo y sintió cómo se tensaba el músculo bajo la manga ante su contacto.

—Jasper —susurró.

No supo por qué dijo su nombre; no era algo que identificara con él. Sin embargo, recordaría durante el resto de su vida la manera en que abrió de par en par sus hermosos ojos grises antes de entrecerrarlos como si ella le acabara de propinar un puñetazo. Cross dio un paso atrás, lejos de su alcance, y ella no pudo evitar seguirlo, levantándose de la silla y caminando hacia él. Quería volver a hacerlo… Volver a conseguir que reaccionara así.

Porque estaba claro que ella había hecho algo.

Algo que lo cambiaría todo.

—Espera —gritó sin importarle que la oyera la mitad de Londres.

Él se detuvo, pero le puso las manos en los hombros para mantenerla a distancia.

—Ve a tu casa. La investigación ha terminado.

Se vio atravesada por un relámpago de dolor, a pesar de que sabía que eso era lo mejor. Cross tenía razón, por supuesto. No se trataba de la investigación; jamás se había tratado de eso. Había sido el miedo, el pánico, la frustración, los nervios… pero no había sido la investigación.

Y después… fue el deseo, la tentación… La necesidad.

«Y algo más».

Y si eso no terminaba ya, no finalizaría nunca.

Salvo que… no quería que acabase. Quería que continuara. Quería hablar y reírse con él, compartirlo todo. Quería aprender de él… enseñarle. Quería estar con él.

«Quieres lo imposible».

Sacudió la cabeza, rechazando sus palabras.

—No.

—Sí —repitió él con un tono frío como el hielo antes de darse la vuelta y zambullirse entre la multitud. Dejándola sola… una vez más.

Era un hombre demasiado exasperante. Y bien sabía Dios que ella había tenido suficiente.

Lo siguió, persiguiendo sus pasos entre la multitud, distinguiendo sus maravillosos cabellos por encima de todas las cabezas. Destacando del resto de Londres. Empujó, dio codazos, golpeó para poder alcanzarle y, por fin, lo consiguió. Alargo la mano hacia la de él, disfrutando de que ninguno de los dos llevara guantes, regocijándose en el roce de su piel contra la de él. Asombrada de que su contacto llevara aparejado aquel maravilloso calor, una corriente gloriosa e irresistible.

Y él también lo sintió.

Lo supo porque se detuvo en cuanto se tocaron y se volvió hacia ella, con una mirada gris e indomable como los cielos lluviosos de Devonshire. Lo supo porque susurró su nombre con dolor, bajito, para que solo lo oyera ella.

Lo supo porque llevó la otra mano hasta su mandíbula, le alzó el rostro hacia el suyo al tiempo que bajaba la cabeza y le capturó los labios, robándole el aliento y el pensamiento con un beso que jamás olvidaría.

Aquel beso hablaba de una necesidad tan intensa como comer o beber, como dormir o respirar. Ella lo necesitaba con el mismo deseo elemental y le importaba muy poco que todo Londres estuviera observándoles. Sí, llevaba una máscara, pero no le importaba. Se habría desnudado por

ese beso, se habría privado de su propia piel.

Con los dedos todavía entrelazados, Cross la abrazó y la estrechó con fuerza, reclamando su boca con los labios, los dientes y la lengua, marcándola a fuego con aquel beso largo y delicioso que continuó hasta que ella pensó que se moriría de placer. Pippa acarició sus suaves mechones, adorando la sedosa textura.

Se sentía perdida, reclamada y muy consumida por la intensidad de aquel beso y, por primera vez en su vida, Pippa Marbury se abandonó a las emociones, entregándose por completo al deseo, a la pasión, olvidando sus miedos y necesidades para disfrutar de aquel instante. De aquella caricia.

De aquel hombre.

Ese hombre que era todo lo que jamás había creído que encontraría.

Ese hombre que la hacía creer en la amistad, en la relación de pareja.

En el amor.

Conmocionada por aquel pensamiento, dio un paso atrás, interrumpiendo el beso. Adoró sentir la pesada y entrecortada respiración de Cross contra la mejilla mientras sonaba a su alrededor un coro de silbidos y aplausos.

Pero a ella no le preocupaban los espectadores. Solo él. Sus caricias y ese momento.

No había querido que se detuviera. No quiso detenerlo, aunque no había tenido otra opción, tenía que decírselo en ese instante. Y no podía mientras él la estaba besando. Sin embargo, conservaba la esperanza de que él volviera a besarla de inmediato.

Se movió para quitarse la máscara, pensando solo en él.

—Cross…

Él le cogió las manos y las retuvo con fuerza.

—Quedarás arruinada. —Lo vio sacudir la cabeza con urgencia—. Tienes que marcharte ahora mismo, antes de que…

Él parecía confundido, la apartaba y, sin embargo, la seguía abrazando. Ella se resistió, quería decirle lo que estaba sintiendo, explicarle aquellas extrañas, atrevidas y novedosas emociones. Lo tenía allí, en la punta de la lengua.

«Te amo».

Iba a decirlo.

«Voy a amarte».

Y una vez que lo confesara, encontraría solución para el resto.

Pero antes de que pudiera hablar, la interrumpió una voz que hablaba en un tono profundamente irónico.

—Al parecer este año han invitado a todo el mundo al Pandemónium. Señora CasiCondesa, es un placer volver a verla. Es ahora mucho más escandalosa.

Si la voz que le llegó por encima del hombro no le hubiera resultado familiar, habría identificado a Digger Knight por el horrible apodo. Cerró la boca y se volvió hacia él, que llevaba a remolque a una bonita chica. La muchacha no llevaba máscara y era demasiado joven y recatada para ser una de sus mujeres.

—Señor Knight... —repuso ella, alejándose inconscientemente del hombre vestido de tan chillones colores y acercándose a Cross, que se colocó detrás de ella, cálido, firme y rígido.

Knight sonrió mostrando todos sus dientes blancos.

—Me recuerda… Me siento honrado.

—No creo que sea fácil olvidarlo —adujo ella con frialdad.

Él ignoró el sarcasmo.

—Va a disfrutar de un singular placer esta noche, milady. Pronto… —Él se interrumpió, dejando que la mente de ella se concentrara en el beso, lo que la hizo ruborizar—. Será la primera en felicitar a Cross.

—Digger —intervino Cross, y ella se dio cuenta de que no había dicho nada desde que llegó Knight. Lo miró, pero él evitaba sus ojos—. Esto no forma parte del trato.

—Considerando lo que acaba de presenciar medio Londres, creo que sí —resumió Knight sucintamente, en tono seco e impersonal mientras se volvía hacia ella.

Al mismo tiempo, Cross la dejó paralizada con su hermosa mirada gris.

—Ve a casa —la apresuró—. Date prisa. Vete ya…

Sus ojos estaban llenos de preocupación. Tanta, que ella casi estuvo a punto de aceptar. Giró y comenzó a moverse hacia la salida.

Knight le bloqueó el paso.

—Tonterías. No puede marcharse sin oír tus noticias.

Ella miró a Cross con curiosidad.

—¿Qué noticias?

Él sacudió la cabeza con tanta formalidad que ella notó un peso en el estómago. Pasaba algo. Algo muy grave.

Observó a Knight y a la muchacha que llevaba consigo y luego a Cross de nuevo.

—¿Qué noticias? —repitió.

Knight se echó a reír, un sonido fuerte y anodino que parecía provocado por un chiste que solo conocía él.

—Mucho me temo que no voy a poder esperar a que se lo diga él. Estoy demasiado emocionado. No puedo evitar robarle el protagonismo.

Pippa entrecerró los ojos detrás de la máscara y agradeció aquel escudo que impedía que sus pensamientos quedaran al descubierto.

—Imagino que no voy a poder evitarlo.

El rival de Cross abrió mucho los ojos al escucharla.

—Oh, me encantan las damas con la lengua afilada. —Metió las manos en los bolsillos del chaleco y se balanceó sobre los talones—. Tengo que comunicarle, querida, que no es usted la única casi condesa. El conde aquí presente, le ha pedido a mi hija que se case con él. Por supuesto, ella ha aceptado. He pensado que le gustaría ser la primera en felicitar a la pareja. —Una pareja, todo sea dicho, que no parecía muy ansiosa por recibir felicitaciones—. Le cedo el honor.

Ella se quedó boquiabierta. No era cierto… No podía serlo.

Alzó la mirada hacia Cross, que parecía observar cualquier cosa que no fuera ella.

Había escuchado mal. Eso era. Él no se casaría con otra. Le había dicho que el matrimonio no entraba en sus planes.

Pero pudo leer la verdad en su mirada distante. En la manera en que evitó volverse hacia ella. En cómo calló. En que no se apresuró a negar las palabras… Unas palabras que flotaban en el aire como una acusación.

Miró a la chica presa del pánico; rizos negros, ojos azules, piel de porcelana y bonitos labios rojos que formaban un arco perfecto. La pobrecita parecía a punto de vomitar, no una novia feliz.

«Está como yo cada vez que pienso en casarme con Castleton».

No debía preguntar, pero no pudo evitarlo.

—¿Vas a casarte con él?

Vio como los tirabuzones negros subían y bajaban.

—Ah… —Miró a Cross sin saber qué más decir—. Ah…

Él no la miró y cuando habló fue en voz tan baja que ella no lo habría oído si no estuviera mirándole a los labios.

—Pippa…

«No estoy hecho para el matrimonio».

Otra mentira más. ¿Cuántas iban ya?

El dolor la atravesó como un rayo agudo y casi insoportable, oprimiéndole el pecho y dificultando su respiración. Él iba a casarse con otra.

Y eso dolía.

Alzó la mano y se frotó el lugar más cercano al dolor, como si pudiera hacerlo desaparecer con un masaje. Pero cuando miró a la futura esposa del hombre que amaba, se dio cuenta de que ese dolor no sería fácil de mitigar.

Durante toda su vida había escuchado hablar de eso y se había reído. La consideraba una metáfora absurda. A fin de cuentas, el corazón humano no estaba hecho de porcelana, sino de tendones y sangre, era un músculo robusto y sorprendente.

Pero allí, en aquella extraordinaria sala, rodeada de gente alegre que se divertía sin pensar, de la parte más escandalosa de Londres, amplió sus conocimientos de anatomía.

Al parecer, un corazón sí se podía romper.

Capítulo 15

«El corazón humano pesa, de media, trescientos gramos y late, aproximadamente, cien mil veces al día. En la antigua Grecia sostenían la teoría de que al ser la parte más poderosa y vital del cuerpo, actuaba como una especie de cerebro, recogiendo información de todos los demás órganos a través del sistema circulatorio. Aristóteles incluyó en sus escritos variados pensamientos y emociones sobre dicha hipótesis, un hecho que los científicos modernos encuentran bastante pintoresco por la total ausencia de conocimiento anatómico básico. Existen informes que dicen que mucho tiempo después de que una persona sea declarada muerta, de que su mente y su alma se hayan detenido, el corazón puede continuar latiendo durante horas si se producen determinadas condiciones. Me pregunto si en tales circunstancias el corazón también seguiría sintiendo. Y, si lo hace, si lo que padece se parece al dolor que yo siento en este momento».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
31 DE MARZO DE 1831, CINCO DÍAS ANTES DE SU BODA.

Aquella noche, Pippa no era capaz de dormir.

Permanecía tendida en la cama, con Trotula tumbada contra su costado, cálida y sólida, con la mirada clavada en las sombras y luces que creaban las llamas de las velas sobre el dosel de satén rosado, mientras se preguntaba una vez tras otra cómo había sido capaz de juzgar a Cross, a sí misma y a su situación de manera tan equivocada, y cómo era posible que jamás se hubiera dado cuenta de que detestaba el satén rosado.

Era algo tan horriblemente femenino… al igual que las emociones.

Le resbaló una solitaria lágrima por la sien y la notó en la oreja, una sensación desagradable y húmeda. Sorbió por la nariz. No, las emociones eran absolutamente improductivas.

Respiró hondo.

«Él se va a casar con otra».

Ella lo amaba pero él se iba a casar con otra.

«También tú».

Pero por algún extraño motivo, el inminente matrimonio de él parecía cambiarlo todo. Parecía significar más, representar más…

«Doler más».

El satén rosado era tan tonto como los doseles. No tenían utilidad alguna.

Trotula alzó su suave cabeza marrón cuando se le escapó otra lágrima. La rosada lengua de la perra siguió el camino y fue la silenciosa comprensión canina lo que desató otro torrente, una inundación de gotas saladas e hipidos que ella no pudo contener. Se dio la vuelta sobre el costado y el llanto le impidió ver la máscara plateada que había llevado en el Pandemónium, que había dejado sobre la mesilla de noche y brillaba bajo la luz de las velas. Jamás debería haber aceptado la invitación al evento. Debería haber supuesto que tendría un coste… Que todo tiene un precio.

La llama de la vela siguió ardiendo mientras ella la observaba con atención, blancas y anaranjadas hebras que flotaban sobre un punto azul perfecto. Cerró los ojos con el recuerdo del brillante fuego grabado en la retina y volvió a suspirar profundamente, deseando poder hacer desaparecer el dolor que tenía en el pecho. Quería borrar cualquier pensamiento sobre él, que el

sueño llegara y la envolviera.

Deseó poder hacer retroceder el tiempo a aquella mañana, hacía ya ocho días, cuando tomó la decisión de acercarse a él, para torcer los hechos.

Solo había pasado una semana, pero ¡cómo había cambiado todo!

Cómo había cambiado ella.

«¡Menudo lío has formado!».

Una dolorosa tristeza la atravesó como una gélida tormenta, se sentía fría, miserable, amargada… No supo el tiempo que pasó llorando; quizá fueron dos minutos, tal vez diez o una hora.

Suficiente para sentir lástima por sí misma, pero insuficiente para sentirse mejor.

Cuando volvió a abrir los ojos, contempló de nuevo la vela, tranquila e inmóvil, brillante aunque se estaba consumiendo. De pronto, la llama se movió, titilando por culpa de una inesperada corriente de aire.

Una corriente de aire que fue seguida por un fuerte ladrido y el golpe seco que produjo la perra cuando se bajó de la cama, moviendo la cola con alegría, para lanzarse hacia las puertas que conducían al estrecho balcón de la habitación. Las puertas, cerradas hasta ese momento, se habían abierto y recortaban a contraluz la silueta del hombre que amaba. Él permaneció inmóvil en el umbral, alto, serio y descuidadamente despeinado.

Mientras estaba observándolo, él respiró hondo y se pasó las manos por el espeso cabello rojizo para retirarlo de la cara, dejando al descubierto los altos pómulos, la nariz recta y larga, y los demás rasgos, angulosos bajo la luz de la vela.

Le parecía guapísimo. Jamás había deseado nada en su vida cómo lo deseaba a él. Cross le había prometido enseñarle sobre la tentación y el deseo, y sin duda lo había logrado de una manera muy convincente. Notó que, al verlo, al percibir su respiración entrecortada, se le aceleraba el corazón. Porque… no sabía lo que iba a ocurrir ahora.

—Eres preciosa —aseguró él.

«Ahora es cuando él suelta lo que quiere».

Trotula se apoyó en las patas traseras y puso las delanteras en el torso de Cross, gimiendo, suspirando y estremeciéndose de excitación. Él comenzó a acariciar al animal con sus fuertes manos, en los costados, ofreciéndole todo el afecto que suplicaba y encontrando muy pronto aquel punto en la sien que tanto disfrutaba la perra. Trotula gimió y se apoyó en él, encandilada por completo.

Por primera vez en su vida, deseó no tener mascota.

—Es una pésima guardiana.

Él se quedó paralizado al escucharla. Ninguno de los tres se movió durante un buen rato.

—¿Necesitas que te proteja de mí?

«Sí» .

No respondió.

—Trotula, ya basta —se limitó a decir. La perra volvió a apoyar las cuatro patas en el suelo, pero no dejó de mirar a su nuevo amor con una mirada de tierna adoración. Ella no podía culparla—. Parece que le gustas.

—Es que tengo un encanto especial para las damas —repuso él con un tono cálido y amable, que ella odió y adoró a un tiempo. En su mente apareció una imagen de Sally Tasser y otra de la prostituta que había jugado a su lado esa noche. Y también de la inocente hija de Knight.

Se sentó en el borde de la cama.

—Ya lo sé —dijo ella, haciendo que él la mirara, aunque cambió de tema de inmediato—. Mi

habitación está en el tercer piso.

Otro hombre no la habría entendido… habría vacilado.

—Habría trepado más arriba para verte. —Él hizo una pausa antes de seguir—. Y necesitaba verte.

Ella volvió a sentir el dolor.

—Podrías haberte caído… Podrías haberte hecho daño.

—Prefiero eso a que seas tú la que esté herida.

—Una vez me dijiste que si Castleton me hacía daño es que no lo estaba haciendo bien —repuso ella tras bajar la mirada al regazo, donde retorcía las manos sobre el blanco lino del camisón.

Él se quedó quieto.

—Sí.

—Tú no lo estás haciendo bien —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Cross cruzó la estancia en un instante y se arrodilló junto a la cama. Ella se sintió embargada por la excitación y el júbilo, la atravesó una ardiente oleada de placer. Sabía que debería rechazarle, que tenía que hacer que se marchara por donde había venido, que bajara los tres condenados pisos.

—No debería estar aquí —susurró Cross—. En cualquier parte menos aquí. —Inclinó la cabeza y apoyó la frente en sus manos—. Tenía que verte, que explicarte…

Ella sacudió la cabeza.

—No me debes ninguna explicación —aseguró ella—. Vas a casarte con otra mujer. —Ella misma notó la leve vacilación, el extraño tono que tomó su voz entre la primera y la segunda sílaba de «otra». Y lo odió.

Cerró los ojos con fuerza; quería que él se fuera.

—Me dijiste que no estabas hecho para el matrimonio. —No pudo contener las palabras—. Una mentira más.

Él no lo negó, pero ignoró lo que había dicho.

—Has estado llorando.

—No ha sido a propósito —aseguró ella, moviendo la cabeza.

Él curvó los labios en una sonrisa de medio lado.

—No, ya me lo imagino.

Algo en su tono, suave, lleno de humor y de algo más, la irritó de una manera rápida y sorprendente.

—Me has hecho llorar —lo acusó.

—Lo sé —replicó él muy serio.

—Vas a casarte con otra —repitió en lo que le pareció que era la centésima vez que lo decía. La enésima vez. Como si al decirlas demasiadas veces pudieran perder su significado, pudieran hacer desaparecer el dolor.

Asintió con la cabeza.

—Tú también.

Pero ella ya estaba comprometida cuando se conocieron, así que el inminente matrimonio de Cross resultaba una traición mayor. Sabía que estaba siendo poco razonable, pero la lógica no parecía tener cabida.

Otro motivo por el que no le agradaba nada todo aquello.

—Lamento haberte hecho llorar —se disculpó él, cubriéndole los dedos con los suyos.

Ella miró sus manos entrelazadas. Adoraba las pecas que le cubrían la piel, la suave pelusilla

rojiza que brillaba en las falanges. Le frotó el dedo índice con el pulgar y observó cómo se movía aquel vello antes de recuperar su posición original, olvidándose al instante de su contacto.

Cuando comenzó a hablar, lo hizo con la vista fija en ese punto.

—Cuando era niña, tenía un amigo llamado Beavin. —Se interrumpió durante un instante pero no lo miró. Él tampoco habló, así que continuó con su historia sin tener demasiado claro lo que quería explicar—. Era amable, educado y muy buen oyente. Yo solía contarle mis secretos… lo que nadie más conocía. Lo que nadie más entendía.

Él le apretó las manos y ella clavó los ojos en los suyos.

—Beavin me comprendía. Me acompañaba cuando exploraba Needham Manor y me ayudó a descubrir mi amor por la ciencia. Estaba presente el día que robé el ganso de la cocina para diseccionarlo. Le eché la culpa y jamás le importó.

La mirada de Cross se oscureció.

—Creo que no me gusta demasiado ese amigo tan perfecto, Pippa. ¿Dónde está ahora?

—Se fue —confesó ella con un movimiento de cabeza.

—¿Adónde?

Ella sonrió.

—Adonde quiera que vayan los amigos invisibles.

Él soltó el aire bruscamente antes de llevar la mano a su sien y apartarle un mechón errante.

—Así que era invisible.

—Jamás llegué a comprender por qué los demás no podían verlo —susurró—. Penny acostumbraba a llevarme la corriente; fingía interactuar con él, pero no me creyó nunca. Mi madre intentó que se marchase avergonzándome. —Se encogió de hombros—. Pero era mi amigo.

—Me encanta la idea de que tú y tu amigo invisible diseccionarais un ganso —dijo él con una sonrisa.

—Te aseguro que había muchas plumas.

La sonrisa se convirtió en una carcajada.

—Ya me imagino.

—Y no tienen tanta sangre como puedes pensar —agregó—. Aunque le di un susto de muerte a una criada.

—Pero fue en nombre de la ciencia.

Ahora fue ella la que sonrió.

—Sí, en nombre de la ciencia.

Él se inclinó y ella supo que estaba a punto de besarla. Sabía que no podía permitirlo y se echó hacia atrás antes de que sus labios se tocaran. Cross se retiró al momento, la soltó y se sentó sobre los talones.

—Lo siento.

Ella se levantó para poner distancia entre los dos y Trotula la acompañó como un centinela. Se inclinó para acariciar las suaves orejas peludas de la perra, incapaz de mirar a Cross, y también de no mirarle.

—No sé por qué te lo he contado.

Él se puso en pie, aunque no se acercó a ella.

—¿Lo de Beavin?

Ella miró al suelo.

—Es una tontería. Ni siquiera sé por qué me he acordado de él. Aunque… —Se calló de golpe.

Él esperó un buen rato.

—¿Aunque…? —la instó a continuar.

—Siempre he sido diferente. Jamás he tenido demasiados amigos, pero… a Beavin no le importaba. Nunca me consideró rara. De pronto desapareció y no volví a encontrar a otra persona que me entendiera por completo. Me hice a la idea que nunca la encontraría... —Se detuvo y encogió los hombros en silencio—. Hasta que te conocí a ti.

«Y ahora también vas a desaparecer».

Y le dolería más que haber perdido a su amigo invisible.

No estaba segura de poder superarlo.

—No puedo dejar de pensar —continuó, aunque se detuvo porque sabía que no debía decirlo, que expresarlo en voz alta haría todo más difícil—. No puedo evitar pensar que si te hubiera…

Él también lo sabía.

—No lo digas.

Pero no podía evitarlo. Alzó la mirada hacia él.

—Ojalá te hubiera conocido antes.

Las palabras fueron sencillas y tristes, pero las odió. Las odió aunque lo llevaron hasta ella, aunque fueron el detonante para que él le pusiera las manos sobre las mejillas y le hiciera levantar la cabeza. Aunque fueron las culpables de que acercara los labios a los de ella y le diera un beso que le robó su fuerza, su voluntad y, por fin, los pensamientos.

Los largos dedos de Cross se enredaron en sus cabellos y la mantuvieron inmóvil cuando él retiró los labios, mirándola a los ojos y susurrando su nombre antes de volver a capturar su boca con una larga caricia. Hizo lo mismo una y otra vez, susurró su nombre contra sus labios, sus mejillas, contra su pulso en la base del cuello, y enfatizó sus caricias lamiendo, mordiendo, succionando su piel.

Ojalá hubiera sabido que podía encontrar a alguien como él.

Su media naranja.

«Casarme por amor».

Existía. Y allí estaba la prueba, en su dormitorio. Entre sus brazos. En sus pensamientos. Existía «…fueron felices y comieron perdices».

Cerró los ojos con fuerza cuando se le ocurrió aquel pensamiento, pero las lágrimas cayeron de sus ojos y él las bebió mientras susurraba su nombre una vez tras otra.

—Pippa, no llores, cariño. Yo no valgo la pena, no soy nadie.

Estaba equivocado. Él lo era todo.

«Todo lo que no puedo tener».

Apartó aquella idea y apretó las palmas de las manos contra su pecho, recreándose en su fuerza y su calidez. Adorándolo.

—Durante toda mi vida —susurró sin apartar la vista de sus insondables ojos grises—, dos y dos han sumado cuatro.

Él asintió con la cabeza, concentrado en ella por completo, y ella lo amó todavía más por prestarle toda su atención, por entenderla.

—Pero… ahora que todo ha salido mal... —Sacudió la cabeza—. Ahora ya no suman cuatro. Y es por tu culpa. —Notó el ardor que brillaba en sus ojos cuando trató de abrazarla de nuevo, pero ella se alejó—. Y vas a casarte con otra —susurró—. No lo entiendo. —Se le escapó una lágrima, fruto del miedo y la frustración—. No lo entiendo, y odio esta sensación.

Él le secó la mejilla con el pulgar.

—Me toca a mí contarte una historia —dijo con suma suavidad—. Una que no le he contado a

nadie.

Ella lo miró con el corazón en un puño, sabiendo que lo que estaba a punto de decirle lo cambiaría todo.

Pero nunca, ni en todos los años de su vida, hubiera imaginado que diría lo que dijo.

—Yo maté a mi hermano.

Cross jamás había dicho aquellas palabras en voz alta, pero por algún extraño motivo, decírselas a Pippa le resultó más fácil de lo que imaginó.

Porque decírselas a ella lo salvaría.

Ella tenía que llegar a entender por qué no podían estar juntos. Por qué era completamente inadecuado para ella, a pesar de que cada molécula de su ser sufría por no poder reclamarla como suya para siempre.

Y la única manera de demostrárselo era enseñarle lo peor de él.

Ella se quedó muda al escuchar su confesión. Tenía la respiración agitada mientras esperaba a que continuara. Casi se rio ante la idea de que no se le había ocurrido que ella pudiera echarlo al instante de la habitación. Igual que tampoco se le había ocurrido que pudiera querer alguna explicación.

Que pudiera creer en él.

Eran tan pocos los que lo habían hecho…

Pero allí estaba su tranquila y seria sabionda, esperando a que continuara. Esperando a que le presentara las pruebas para sacar sus propias conclusiones.

«Su perfecta Pippa».

Notó una opresión en el pecho y se alejó de ella. Imaginó que podría retorcer la verdad a su antojo. Se dirigió hacia las puertas abiertas del balcón y las cerró con suavidad mientras pensaba sus siguientes palabras.

—Yo maté a mi hermano —repitió.

Cualquier otra mujer le habría lanzado una miríada de preguntas. Pippa, sin embargo, se limitaba a observarlo con los ojos abiertos de par en par, preciosos sin las gafas. Y fueron sus pupilas, tranquilas y neutrales, las que lo aguijonearon.

Se reclinó, apoyando la espalda en la reconfortante frialdad del vidrio.

—Baine era perfecto —comenzó—. El hijo perfecto, el heredero perfecto, el hermano perfecto. Era la quintaesencia del honor y la dignidad que debían acompañar al futuro conde de Harlow, sin ninguna de las desastrosas cualidades que parecían acompañar a otros herederos. Era un buen hermano y todavía mejor heredero

Comenzaba a hablar con mayor fluidez. Extendió las manos y se las miró.

—Yo, por mi parte, era el segundón perfecto. Me encantaba la juerga, odiaba las responsabilidades y se me daba de vicio malgastar el dinero de mi padre y mi asignación. Una de mis mejores cualidades era que tenía un talento natural para contar las cartas. Podía convertir diez libras en mil como si nada y aprovechaba cada oportunidad que tenía para hacerlo. Tampoco tenía tiempo para mis amigos y menos todavía para mi familia. —Se detuvo para tomar aire—. Jamás se me ocurrió que podría llegar a lamentar esa falta de tiempo.

Ella estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera tocarla con solo extender la mano, pero no lo hizo… No quería que se manchara con esa historia. Con el muchacho que había sido una vez… Ni tampoco debería quererla cerca del hombre en que se había convertido.

Ella lo observó con atención, fascinada por la historia y, por un momento fugaz, él se permitió mirarla, recrearse en su imagen; con el cabello suelto y los ojos azules, llenos de experiencia y más comprensión de la que él merecía.

No podía concebir cómo podía haberla considerado en algún momento una chica del montón. Era impresionante. Y si no fuera suficiente su belleza, también estaba su mente. Era brillante, inteligente y diferente a todas las demás mujeres que había conocido. «Dos más dos», la definía a la perfección. En los labios de cualquier otra persona, esas palabras habrían resultado un galimatías, pero en los de ella eran el concepto más seductor que había considerado nunca.

Pippa era todo lo que nunca había sabido que quería.

Y la quería con tanta intensidad como para desear ser otra persona, como para desear ser más… Diferente. Mejor.

Como para no tener que contarle esa historia.

—Fue al principio de la primera temporada de Lavinia. Le habían enviado su pase para Almack's y estaba pletórica, segura de que la declararían la joya de la temporada.

—Es muy hermosa —convino Pippa.

—Cuando tenía dieciocho años lo era todavía más. —Se le puso ronca la voz al recordar a su hermana con aquel cabello ígneo, coqueta y llena de sonrisas cautivadoras—. Sería su primera noche en Almack's, acababa de ser presentada en la corte la semana anterior.

Se interrumpió para considerar las siguientes palabras, pero ella tomó la palabra.

—La acompañaste.

Él soltó una risa amarga al escucharla.

—Era lo que debía hacer. Pero lo último que quería era pasar la noche en Almack's vigilando a mi hermana. Odiaba aquel lugar y no quería tener que poner un pie en él.

—Eras apenas un muchacho. Por supuesto que odiabas Almack's.

Él alzó la vista y buscó sus ojos.

—Era su hermano. Era mi obligación. —Ella no respondió; sabía que tenía razón, «chica lista»—. Me negué. Le dije a Baine que no pensaba hacerlo. —Se calló, recordando aquella tarde. Se había reído y burlado de su hermano—. A fin de cuentas, ella no era problema mío. Jamás tendría que preocuparme por ella; yo era el segundón, el mediano… El repuesto. Y daba gracias a Dios por ello cada día.

»Baine se enfureció, algo raro, sí, pero tenía planeado ver a… —«Una mujer». Se lo calló—. Había una cantante de ópera de origen griego que buscaba un nuevo protector.

Ella asintió con la cabeza.

—Entiendo.

«No, no lo entendía. Nadie lo entendía».

—*Tendrás que ir a verla otra noche*, dije yo con una sonrisa. *Te prometo que unas horas no van a apagar sus dones femeninos… Ni los tuyos, futuro conde.*

»No tengo tus promesas en demasiada consideración, me espetó Baine en respuesta. *¿Acaso no le prometiste a Lavinia que la acompañarías?*

»Nadie espera que mantenga mi palabra.

»En eso tienes razón.

Todavía podía recordar la furia y la decepción que apareció en la mirada de su hermano.

—Discutí con él, pero gané… A mí me importaba muy poco si Lavinia asistía o no a Almack's. No le ocurría lo mismo a Baine, así que no le quedó más remedio que acompañarla. Ellos fueron a su fiesta, y yo a Knight's.

Ella le miró boquiabierta.

—¿A Knight's?

—Sí, a Knight's y luego… —Vaciló al llegar a ese punto de su confesión, sabiendo que esa parte lo cambiaría todo. Sabiendo que no podría retractarse jamás, pero consciente de que ella

tenía que conocer los hechos, que eso haría más por salvarla de cualquier otra cosa que pudiera decir—. Y luego fui a ver a la cantante de ópera de Baine.

Ella cerró los ojos al escucharle y él se odió. Se odió más que siete años atrás. La traición destinada a su hermano, que había guardado durante tantos años, ahora tenía otro dueño… Pippa. Pero ese era su objetivo, ¿verdad? Conseguir que huyera de Knight, de él… Que volara a los brazos de su conde sin mirar atrás.

Cada gramo de su ser se opuso a eso, pero llevaba años conteniendo su cuerpo y no iba a dejar de reprimirse ahora.

—Mientras yo estaba entre los brazos de su futura amante, el carruaje perdió una rueda al doblar una esquina —narró con voz firme y sin emoción—. Baine, el conductor y un lacayo murieron en el acto. El otro lacayo lo hizo al día siguiente.

—Y Lavinia… —murmuró Pippa.

—Lavinia quedó coja, y su brillante futuro desapareció. —Tenía los puños apretados—. Fui yo quien le hizo eso. Si yo hubiera estado allí…

Pippa se acercó con los brazos abiertos, buscando sus manos con las de ella y agarrándolas con fuerza.

—No.

Cross sacudió la cabeza.

—Yo lo maté. Lo maté igual que si le hubiera apuntado con un arma a la cabeza y apretado el gatillo. Si yo hubiera ocupado su lugar, él estaría vivo.

—¡Y tú estarías muerto! —replicó ella secamente, obligándole a mirarla a los ojos, muy azules por las lágrimas no derramadas—. Estarías muerto tú.

—No lo entiendes, Pippa… Me lo merecía. Era malo. Era un pecador que apostaba, mentía, hacía trampas y robaba. Él era el bueno, ella pura, y yo ni lo uno ni lo otro. El diablo me buscó en ese carruaje, pero los encontró a ellos, y se los llevó consigo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Eso no es culpa tuya.

¡Dios, cómo quería creerla!

—Ni siquiera me detuve después del accidente. Continué llevando la misma vida, camino del infierno, entregándome al vicio sin control. Intenté tapar el pecado con más pecado. —Jamás le había contado eso a nadie, y no sabía por qué se lo estaba contando a Pippa. Quizá para que entendiera quién era. Para que supiera por qué no era digno de ella—. ¿No lo entiendes, Pippa? Debería haber sido yo.

Vio que se le deslizaba una lágrima por la mejilla.

—No —susurró ella, arrojándose a sus brazos. La estrechó en cuanto la atrapó contra su pecho y la apretó hasta levantarla del suelo, manteniéndola contra él—. No —repitió con tanta angustia que sufrió con ella.

—Eso fue lo que me dijo mi padre. Me odiaba. —Ella quiso interrumpirlo pero la detuvo—. No. Me odiaba. Y después del accidente ni siquiera era capaz de mirarme. Ni él ni mi madre. Hubo una época en la que no sabíamos si Lavinia viviría o moriría. Tenía la pierna rota por tres sitios diferentes y las fiebres eran muy altas. Mis padres no me dejaron acercarme a ella. Mi madre no me habló durante una semana, y mi padre… —vaciló. El recuerdo era todavía doloroso y tuvo que respirar hondo para continuar—. Mi padre solo repetía una y otra vez cinco palabras: «tenías que haber sido tú».

—Jasper —susurró ella. Su nombre resonó en la oscuridad y una parte de él, una que había sepultado en el fondo de su ser, respondió al sonido—. Tu padre era presa de la angustia. No lo

decía en serio. Es imposible que lo hiciera.

Él la ignoró. Ignoró el dolor.

—No eran capaces de mirarme, así que me marché.

Buscó sus ojos azules y supo que ella lo comprendía.

—¿Adónde fuiste?

—Al único sitio que se me ocurrió. —Se detuvo, sabiendo que esa parte de la historia era especialmente significativa. Buscó la mejor manera de decirlo.

No tuvo que darle más vueltas. Ella lo intuyó.

—A Knight's.

—Sí. Jugué durante días sin parar. Sin dormir siquiera. Iba de las mesas de juego a los dormitorios de la primera planta. Trataba de perderme entre el juego y las mujeres. —Se detuvo; odiaba aquella historia. Odiaba al chico que era entonces—. Me juré a mí mismo que no miraría atrás.

—Como Orfeo —musitó ella.

Él curvó los labios con ironía.

—Eres demasiado lista.

La vio sonreír.

—Es una gran ventaja cuando estoy contigo.

Recordó por qué le gustaba tanto esa mujer a pesar de que no debería.

—Orfeo, sí, pero recorriendo el camino contrario. De la Tierra al Infierno. Un Infierno lleno de pecado, dolor y vicio. Ni siquiera debería estar vivo para poder contarlo.

—Pero lo estás.

Asintió con la cabeza.

—Estoy vivo y Baine no. Estoy bien y Lavinia no.

—No es culpa tuya. —Ella se lanzó de nuevo a sus brazos, estrechándolo y repitiendo las palabras contra su pecho—. No es culpa tuya.

Quería creerla. Quería creerla con todas sus fuerzas, pero no era verdad.

—Claro que lo es. —La abrazó y confesó sus pecados contra sus hermosos, sedosos y rubios cabellos—. Maté a mi hermano, y esa es mi cruz.

Ella lo escuchó en silencio. Y cuando lo miró a los ojos, supo que su brillante Pippa lo había entendido.

—La cruz que llevas a tus espaldas. —Él sonrió con ironía—. Por eso tomaste ese nombre. Cross[1].

—Así recordaría de donde procedía. Así no olvidaría mis pecados.

—Lo odio.

La soltó.

—No tendrás que soportarlo durante mucho más tiempo, cariño.

Vio que ella abría de par en par sus hermosos ojos azules, tristes cuando captó el significado de las palabras. Entonces fue él quien sintió odio, odió esa noche, la situación y a sí mismo. Maldijo bajo la tenue luz de las velas.

—No pude salvarlos a ellos —confesó con amargura—, pero ¡maldita sea!, puedo salvarte a ti.

Ella se echó atrás con brusquedad.

—¿Salvarme a mí?

—Knight conoce tu identidad. Si no lo detengo, te llevará a la ruina.

—¿Cómo vas a detenerlo? —La miró a los ojos y ella lo supo. Lo notó por el tono en el que repitió las palabras—. ¿Cómo vas a detenerlo?

—Si me caso con su hija, guardará tus secretos.

Ella se puso rígida entre sus brazos.

—Me da igual si se lo dice a todo el mundo —proclamó con el ceño fruncido.

Pero le importaría. Cuando Knight hiciera correr el rumor de todas las veces que habían estado juntos y llegara a los oídos de la aristocracia, a los oídos de Castleton, le importaría. Cuando arruinara su matrimonio, su futuro y la felicidad de sus hermanas, le importaría. Cuando sus padres la repudiaran y no quisieran mirarla, le importaría.

—Debería importarte. Tienes toda la vida por delante. Una familia en la que pensar. Tienes que casarte con tu conde. No pienso cargar con tu ruina sobre mis hombros. No lo añadiré a todo lo demás.

Ella se irguió en toda su altura sin importarle estar a medio vestir ni ver con poca nitidez. Claro que no le importaba. Era una reina.

—No necesito que me salves. Estoy bien. Para ser un hombre con fama de escandaloso y malvado, siempre estás dispuesto a tomarte muy en serio tus responsabilidades.

—Eres responsabilidad mía. —¿Es que no se daba cuenta?—. Te convertiste en una responsabilidad para mí en el momento en que entraste en mi despacho.

«Había sido suya desde el principio».

Ella entrecerró los ojos.

—No estaba buscando un protector.

Él ya no pudo resistirlo más. La tomó de los hombros con irritación.

—Bueno, pues no tienes elección —aseguró—. Llevo años expiando mis pecados, desesperado por evitar causar más destrucción de la que ya provoqué. No pienso tenerte cerca. No dejaré que eso te toque. —Las palabras fueron una desesperada avalancha… de pánico. No lo podía negar—. ¡Maldición! Tengo que hacerlo así, ¿es que no lo entiendes?

—No. —En su voz también había pánico, y en la manera en que le clavaba los dedos en los brazos—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Y mis responsabilidades? ¿Crees que no voy a sentir una pesada carga al ver que te casas con una mujer que no conoces por un sentido del honor mal entendido?

—No hay ningún malentendido —aseguró él—. Lo haré por ti. —Alargó los brazos y la atrajo hacia él, deseando poder hacerlo siempre—. ¿No me entiendes, cariño? Salvarte a ti es mi objetivo. He intentado con todas mis fuerzas… —se interrumpió.

—¿Qué? —Al ver que no continuaba, ella insistió—. ¿Jasper?

Quizá fue escuchar su nombre real en los labios de ella lo que le hizo decir la verdad, o quizá fue la tierna manera en que le preguntó. Quizá fue algo que vio en sus ojos y a lo que no quería dar nombre o… quizá, simplemente su presencia. Pero lo dijo.

—Expiar mis pecados. Si no fuera por mi culpa, Baine estaría vivo. Lavinia estaría bien.

—Tu hermana eligió su camino —argumentó ella—. Tiene marido e hijos.

—Un marido que debe una infame cantidad de dinero a Knight. Unos hijos que no deben crecer bajo la sombra de un padre inútil. Un matrimonio nacido del miedo que tenía mi padre a no lograr casar a una hija lisiada.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no es culpa tuya.

—¡Claro que sí! —estalló airado, dándose la vuelta para alejarse de ella—. Todo lo que ocurrió es culpa mía. Llevo seis años tratando de reescribir el futuro, pero esto es culpa de mi pasado. Es mi legado. Soy el contacto para las mujeres en El Ángel… Lo soy por propia elección. Intento mantenerlas a salvo. Cuando ellas lo quieren dejar… cuando eligen tener otra

vida, las ayudo. Me buscan y yo les echo una mano. He ayudado a docenas de ellas. Les busco un lugar donde vivir, un trabajo para que puedan mantenerse sobre sus pies y no sobre su espalda. Casas de campo donde estén a salvo. Y con cada una de ellas salvo un poco a Lavinia.

A la hermana que no pudo ayudar, a la que le destrozó la vida.

Al hermano cuya existencia truncó con la misma certeza que si fuera él quien estrellase el carruaje.

—No es culpa tuya —repitió ella—. No podías preverlo.

Él se había dicho esas palabras muchas veces, muchísimas veces, pero no suponían un consuelo.

—Si Baine fuera el conde, habría tenido herederos. Hijos. Tendría la vida que se merecía.

—Tú también te mereces vivir la vida.

Aquello le hizo imaginar cómo podía ser esa vida. Fantaseó con aquellas niñas rubias con gafas, con los niños risueños que atraparían ranas en el cálido verano de Devonshire. Imaginó quien sería su madre… quién sería su esposa.

—En eso te equivocas, no lo merezco. Se la robé. Se la robé mientras estaba en brazos de su amante.

Ella se puso rígida al escucharle.

—Su amante… ¿Por eso no me tocaste? ¿No me besaste? ¿Porque no lo haces con otras mujeres? —«¿Cómo demonios sabía Pippa eso?». Ella siguió hablando antes de que pudiera preguntárselo—. La dama con la que jugué al *vingt-et-un y* la señorita Tasser... Lo que las dos me dieron a entender…

«¡Malditas fueran!».

—Sí, por eso.

Ella lo dejó paralizado con una penetrante mirada azul.

—¿Es verdad?

Podía mentir. Se había pasado media década convenciendo a todo Londres de que seguía siendo un libertino, de que había convertido a las mujeres en el objetivo de su vida. Podía mentir y ella jamás descubriría la verdad.

Pero no quería mentir sobre eso.

—Han pasado ya seis años.

—¿Hace seis años que no te acuestas con una mujer?

Él no dijo nada. La verdad flotó en el silencio.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Hace seis años que no te acuestas con ninguna mujer?

Parecía conmocionada.

—Con ninguna.

—Pero… ¿y tu reputación? ¡Eres un amante legendario!

Ladeó la cabeza.

—Te dije que no debías creer todo lo que escucharas.

—Perdona, pero si no recuerdo mal, me desnudaste sin usar las manos.

La imagen de ella en su despacho, sentada en el sillón con las piernas abiertas, brilló en su mente. La atesoraba más de lo que jamás admitiría. La miró a los ojos.

—Pura suerte.

—No crees en la suerte.

Pippa era increíble. Su media naranja.

—Llevas seis años sin tocar a una mujer… —repitió ella con asombro.

—Hasta esta noche —rectificó él.

—Hasta que me tocaste a mí —suspiró ella.

Él quiso compartir su aliento, volver a tocarla.

—Contigo no puedo reprimirme.

La vio curvar los labios con absoluta satisfacción femenina, y se puso duro al instante, aunque había renovado el voto de no tocarla. De no perderse en ella. Ni siquiera ahora, cuando era la dueña de cada minúscula e indigna parte de su ser.

—¿Ese es tu castigo? ¿Tu penitencia? ¿El celibato?

—Sí. —En labios de Pippa parecía una idiotez. El celibato era incompatible con Philippa Marbury. Sobre todo cuando era evidente que estaba hecha para él.

Quince minutos robados en un rincón de El Ángel no habían sido suficientes.

«Ni siquiera una vida entera sería suficiente».

—No puedo. No contigo, Pippa. Estás a punto de casarte.

—De casarme con otro —susurró ella después de vacilar un momento.

Eso le dolió.

—Sí. Con otro.

—Igual que tú.

—Sí.

«Mi penitencia final».

Ella levantó la mano y le acarició la mejilla con suavidad. Cross no pudo resistirse a atraparla con la suya para mantenerla allí, saboreando su contacto.

—Jasper… —El susurro de su nombre le atravesó. Adoró cómo sonaba en sus labios. Quería escucharlo una y otra vez, siempre. Si fuera otro hombre, tendría la oportunidad de hacerlo.

Pero tenía que dejarla.

No era suya. No podía tocarla.

—Jasper… —repitió ella al tiempo que subía todavía más sus dedos desnudos para rodearle el cuello y apretar su hermosa figura contra él. Entre sus manos y la tersa piel de Pippa solo había un retal de lino.

«No debería…».

Cada molécula de su ser la anhelaba… Era el resultado de haber pasado tanto tiempo sin ella, seguido por un breve instante con ella. Quería tomarla en brazos, arrojarla sobre la cama y poseerla… una sola vez.

«No será suficiente».

—Si realmente quieres salvarme —susurró ella, tentadora, con los labios muy cerca de los de él.

—Quiero —confesó—. ¡Que Dios me ayude! No puedo soportar la idea de hacerte daño.

—Pero me lo has hecho. Incluso me haces daño ahora. —La voz de Pippa era ronca y suave, con un toque de tentación que no esperaba encontrar en ella.

Le rodeó la cintura con las manos, disfrutando del calor de su piel a través del camisón.

—Dime cómo solucionarlo —se ofreció él, aunque conocía la respuesta.

—Deséame —repuso ella.

—Ya lo hago. —La había deseado desde el momento en que la conoció. Desde antes incluso —. Deseo cada partícula de tu ser… Deseo tu mente, tu cuerpo y tu alma. —Vaciló, mientras sus palabras agonizaban en el aire—. Jamás he deseado nada como te deseo a ti.

Ella le peinó con los dedos, enredándolos en los mechones.

—Tócame.

No podía negarse. No podía resistirse a volver a mirarla.

«Una mirada… una noche…».

Era todo lo que podría tener; más de lo que mereció nunca.

Solo una noche y la dejaría en su mundo perfecto.

Una noche y regresaría a su infierno.

—No voy a arruinar tu vida, Pippa. No te destruiré.

Ella apretó sus labios contra los de él mientras le volvía loco con su piel suave.

—Te amo —susurró en voz tan baja que apenas la escuchó.

Las palabras lo envolvieron y no pudo contenerse más. La alzó en brazos, dispuesto a darle lo que los dos necesitaban. Lo que cambiaría todo. Lo que no cambiaría nada. La apretó contra su torso, adorando la manera en que ella le imitaba y se presionaba contra él mientras le recorría la barbilla con la boca, haciéndole arder.

Pippa no debería amarlo.

Él no valía la pena.

No para ella.

—Eres un hombre increíble —le susurró ella al oído—. No puedo evitarlo.

«Una noche le destruiría».

Pero no podía resistirse a ella. A su brillante mente. A su hermoso rostro.

Nunca había podido hacerlo.

[1] *Cross* significa cruz en inglés.

Capítulo 16

Pippa sabía que hacía seis años que Cross no tocaba a una mujer, que había conseguido resistirse a hacerlo hasta que la conoció a ella.

Hasta ese momento concreto.

Hasta el instante en que la tomó en brazos, la llevó a la cama donde ella había dormido durante toda su vida y la dejó encima para cubrirla con su peso, para inmovilizarla con su cuerpo, con sus largas extremidades, con sus músculos, con la promesa de un placer que ella no había conocido nunca.

Ocho días antes, ella había entrado en su despacho para pedirle que la instruyera, que la llevara a la ruina, y estaba a punto de recibir la lección final. Una lección que no sabía que había pedido, pero que estaba absolutamente desesperada por recibir.

Él la besó. Fue un beso diferente al que hizo añicos sus pensamientos y la dejó sin aliento a primera hora de la noche, pero igual de devastador. Era un beso lento y generoso, que le exigía con labios y lengua que se aferrara a él, que la hacía adicta a un placer que solo él podía proporcionarle.

Suspiró de satisfacción y Cross capturó el sonido con otro largo y generoso acoplamiento de labios y lenguas. Cuando por fin levantó la cabeza, él buscó su mirada bajo la luz de las velas.

—Eres la mujer más increíble que he conocido —susurró—. Has conseguido que quiera enseñarte cada depravada perversión que he llevado a cabo… Cada una de las que he soñado hacer.

Sus palabras hablaban de placer y excitación. Se colaban en su interior con tanta rapidez que tuvo que cerrar los ojos para asimilar las sensaciones mientras él le rozaba una mejilla con los labios camino de la oreja.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—La habitación está dando vueltas —dijo con un suspiro.

Él curvó los labios contra el lóbulo de su oreja.

—Creía que era el único que lo notaba.

—¿Cuál es la razón? —preguntó ella mirándolo.

—Mi pequeña sabionda… Si te da tiempo a pensar en eso, es que estoy haciendo algo mal.

Después ya no le importó si la habitación daba vueltas porque era el mundo lo que estaba fuera de su eje. Los labios de Cross cubrieron los de ella y notó sus manos en las piernas, levantándole el camisón… Solo podía pensar en tocarlo por todas partes.

Él deslizó sus largos dedos por debajo del lino y le cubrió el trasero con la palma de la mano al tiempo que se erguía sobre ella, después presionó los dedos sobre su cadera para indicarle que separara los muslos.

Cuando él se instaló entre sus piernas, la dura erección quedó justo encima de su palpitante núcleo, y ella pensó que podría morirse de placer. Se retorció contra él, desesperada por estar todavía más cerca, anhelando su contacto y estar lo más próxima que pudiera.

Él separó sus labios de los de ella, suspirando su nombre al tiempo que se mecía contra su pelvis, lo que la hizo sentir una poderosa descarga de deseo. Luego se quedó quieto sobre su cuerpo y ella abrió los ojos. Al instante se vio atraída por su mirada gris.

—Shhh, cariño —dijo él, apoyando su frente en la de ella—. Te daré todo lo que quieres, pero debes guardar silencio. Como nos oigan tus padres será un desastre.

—No me importa —musitó mientras se contoneaba contra él. Y era cierto; valdría la pena

verse arruinada. Se libraría de Castleton y podría pasarse la vida allí, con Cross. En su lecho del pecado, entre sus brazos… donde él quisiera.

«Él jamás lo permitirá».

Pippa ignoró con determinación aquella práctica vocecita que hablaba en su mente. Esa noche, con él, cualquier cosa era posible. Se enfrentaría al resto de su vida al día siguiente, pero esa noche era suya. Esas horas eran de ellos dos.

En esa noche no había lugar para lo razonable.

—Enséñamelo todo. Todo lo que sabes. Todo lo que te gusta. Todo lo que deseas.

Lo vio cerrar los ojos, y una chispa de algo que tanto podía ser placer como dolor atravesó su rostro con rapidez. Ella se apoyó en los codos apretándose contra él, y adoró la sensación de tener su cálido torso sobre los pechos, la manera en que acunaba entre sus piernas aquellas esbeltas caderas y cómo el grueso, duro y pesado miembro se acomodaba contra la parte de su cuerpo que tanto lo deseaba.

Se frotó contra él, comprobando la manera en que encajaban, y él soltó un siseo mientras entrecerraba los ojos, que quedaron convertidos en estrechas rendijas de color gris, brillantes bajo la luz de las velas.

—Me las pagarás.

Ella se rio.

—No puedes echarme en cara que esté investigando.

Él respondió con otra risa.

—No, no puedo. Después de todo, esa particular inclinación tuya es la causa de que estemos aquí y ahora. —La volvió a besar con rápida intensidad. Cuando los dos tenían otra vez la respiración entrecortada, él volvió a levantar la cabeza—. ¿Cómo quiere la dama que la ayude en su investigación?

Ella se tomó su tiempo mientras recorría con la mirada el hermoso rostro masculino.

«Quédate conmigo», quería decirle. «Deja que me quede contigo».

Pero era demasiado inteligente para decirlo en voz alta, así que llevó las manos a su pecho, las deslizó por debajo de las solapas de su chaqueta y presionó las palmas sobre el chaleco.

—Creo que lo mejor para mi investigación sería que estuvieras desnudo.

Él arqueó una ceja rojiza, pero no se movió.

—¿Lo dices en serio?

Ella le imitó, arqueando a su vez una ceja como ingeniosa réplica, y él esbozó una sonrisa burlona. Luego se sentó en la cama para quitarse la chaqueta, el chaleco y la camisa, antes de volver a colocarse en la misma posición.

—¿Así?

—Pues si soy sincera, milord, justo así —replicó, recorriendo la suave piel del torso con una mano y adorando la manera en que él se tensó ante su contacto—. Pero no te has desnudado del todo.

Él la besó en el cuello antes de recorrer con el borde de los dientes la delicada superficie, haciendo que ella se estremeciera y suspirara.

—Tú tampoco.

—Es que no has dicho que desearas que me quitara la ropa.

Él alzó la cabeza buscando sus ojos.

—No te equivoques, deseo tenerte desnuda todas las horas del día.

Pippa le miró coqueta.

—Creo que eso complicaría mucho mi asistencia a tés y bailes.

—No asistirías ni a tés ni a bailes. Solo estarías aquí —aseguró él con una sonrisa perversa que dejó sus dientes blancos al descubierto. Ella descubrió que lo amaba todavía más cuando esbozaba esa clase de sonrisas.

Cross alzó la mano para enfatizar sus palabras y arrastró con los dedos el camisón hasta que lo lanzó través del dormitorio para aterrizar sobre Trotula. La perra resopló, alarmada, y los dos la miraron antes de echarse a reír.

—¿No debería mandarla fuera?

Él buscó sus ojos con una mueca de diversión. Su sonrisa le hizo sentir una corriente de placer puro y desenfrenado, diferente a todo lo que había sentido antes.

—Sí, creo que será lo mejor.

Condujo a la perra hasta la puerta y abrió una rendija para que el animal saliera. Al cerrarla, se volvió hacia él. Su mirada fue atraída de inmediato por la larga musculatura tendida sobre la cama, y que pertenecía a aquel hombre que la observaba fijamente.

Estaba esperándola.

«Es perfecto».

Sí, era perfecto y ella estaba desnuda ante él, bañada por la luz de las velas. De pronto se sintió avergonzada… Más avergonzada de lo que se había sentido aquella noche en su despacho, cuando se acarició bajo su atenta mirada. Al menos en aquel momento llevaba puesto un corsé y unas medias.

En ese instante no llevaba nada, solo sus muchos defectos. Y cada uno de ellos quedaba resaltado cuando se comparaba con aquella perfección masculina. Él la observó durante un buen rato antes de tenderle uno de sus musculosos brazos con la palma hacia arriba, en una irresistible invitación.

Avanzó hacia él sin vacilar. Él rodó sobre su espalda, acercándola a su torso fibroso y la miró con intensidad.

Ella se cubrió los senos, presa de los nervios y la ansiedad.

—Cuando me miras así es demasiado…

Él no apartó la vista.

—¿Cómo te miro?

—No sé definirlo, pero siento como si pudieras ver en mi interior. Como si quisieras consumirme si pudieras.

—Eso es deseo, preciosa. Es un deseo tan intenso que jamás había experimentado nada así. Y si soy sincero, estoy temblando por culpa de ello. Ven aquí. —Su orden fue imposible de ignorar porque iba acompañada de la promesa de un placer más allá de sus sueños. Se acercó a él.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca para tocarla, él alzó la mano y rozó la punta de los dedos por encima de sus manos, tras las que ella ocultaba sus pechos.

—Me estremezco de necesidad por ti, Pippa. Por favor, cariño, déjame verte.

Aquella petición contenía un anhelo tan crudo e intenso que ella no pudo negarse, y movió las manos lentamente hasta ponerlas sobre su tórax, con los dedos extendidos contra el áspero vello castaño rojizo que salpicaba su torso. Se distrajo con él, con la manera en la que este hacía resaltar los músculos, por cómo se estrechaba hasta formar una línea oscura que recorría su vientre plano.

Él permaneció inmóvil mientras ella lo tocaba y dibujaba sus músculos firmes y perfectos.

—Eres hermoso —susurró ella al tiempo que dejaba que sus yemas resbalaran por los brazos hasta llegar a las muñecas.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Me alegro de que te guste.

Ella sonrió.

—Oh, me gusta mucho, milord. Eres un espécimen extraordinario.

Los dientes blancos de Cross volvieron a brillar en la oscuridad cuando ella recobró el valor y se animó a seguir acariciando, dibujando ahora los antebrazos, maravillada por las sensaciones.

—*Flexor digitorum superficialis, flexor capri radialis…* —recitó de memoria—. *Biceps brachii, tricipitis brachii…* —Siguió subiendo. Al llegar a los hombros, adoró la manera en que se contraían los músculos bajo su contacto—. *Deltoideus…* —Y bajó por el pecho—. *Subscapularis… pectoralis major…*

Ella guardó silencio mientras rozaba la curva de ese músculo, recorriendo el paisaje masculino, los valles de su cuerpo. Lo oyó contener el aliento cuando rozó los pezones. Él se arqueó hacia sus dedos y ella se quedó quieta para deleitarse en su poder. Cross buscaba su contacto, lo deseaba. Repitió la caricia, en esa ocasión con los pulgares.

Él siseó de placer al tiempo que dejaba caer su ancha mano en la parte interior de su rodilla, haciéndola estremecerse de placer.

—No te detengas ahora, cariño. Es la seducción más increíble que he experimentado —confesó mientras movía los dedos a lo alto de la rodilla—. Dime, ¿qué músculo es este?

—El *vastus medialis*.

—Mmm… —Cross deslizó la mano más arriba—. ¿Y este?

—*Rectus femoris* —repuso ella con un estremecimiento.

Él deslizó las yemas hacia el interior del muslo.

—Chica lista… ¿y este?

—*Adductor longus…* —Subió más—. *Gracilis…*

Ella se movió con la respiración entrecortada y separó las piernas para facilitarle el acceso. Él la recompensó llevando la mano más arriba, aunque apenas la rozó.

—¿Y este, cariño? ¿Cuál es este?

Ella sacudió la cabeza. Ansiaba tanto que la tocara que no encontraba las palabras.

—Eso no es un músculo.

Él incrementó la presión un poco. Lo suficiente como para volverla loca.

—¿No?

—No —suspiró.

Él se alejó, dejando una dolorosa estela a su paso.

—De acuerdo.

Ella le retuvo la mano.

—No te detengas.

Cross se echó a reír. Una risa ronca y lujuriosa, antes de incorporarse apoyándose en los codos para capturar su boca con uno de esos besos largos que la privaban de la razón. Chupando, lamiendo, exigiendo hasta que ella se perdió en él… Y solo entonces, cuando ella se había derretido, cuando se había convertido en un ser salvaje y su piel hormigueaba por el deseo, él la premió con aquel contacto que tanto ansiaba.

Le acarició la carne vibrante y palpitante, primero con suavidad y luego con más firmeza, trazando círculos, acariciándola y dándole justo lo que quería. Ella suspiró contra sus labios.

—Jasper… —Y él recompensó aquel ronco lamento trazando un cerrado círculo con el pulgar justo en el punto en el que se acumulaba el placer.

Iba a volver a alcanzar aquel goce secreto y pecaminoso que Cross ya le había mostrado. Ansiaba sentirlo entre sus brazos, contra su cálido cuerpo… Con él.

«Con él».

—No. —Le aferró la mano para detenerlo—. No… No sin ti.

Él suavizó la mirada.

—Mi adorable Pippa… Te deseo tanto que no tengo palabras para explicártelo, pero no puedo tomarte. No seré la causa de tu ruina. No.

Se sintió frustrada al escucharle.

—No me importa. Te deseo.

Lo vio sacudir la cabeza con la mano quieta en aquel lugar oscuro y devastador.

—Mañana te arrepentirás. Cuando te des cuenta de lo que has hecho, querrás no haberlo hecho.

Se cernió de nuevo sobre él, depositando un suave beso en la curva de su pectoral y escucho con satisfacción el gemido que emitió.

—Te aseguro que no me arrepentiré. Lo deseo —susurró sobre su vello—. Si no podemos ser… —«El uno del otro». No lo dijo—. Quiero tener esta noche. —Alzó la cabeza y lo miró con deseo, necesidad y profundo amor—. Por favor… —suplicó al tiempo que deslizaba las manos por la línea de vello que desaparecía debajo de los pantalones—. Por favor, Jasper.

Él cerró los ojos con los tendones del cuello muy tirantes.

—Pippa, entiéndelo, trato de hacer lo correcto, de ser honorable.

Las palabras llegaron acompañadas de una oleada de comprensión. Él la había acusado en una ocasión de verlo todo blanco o negro, de pensar que solo existía la verdad o la mentira. Pero en ese momento entendió que existía el gris y supo que Cross estaba equivocado al mantener su posición. Que su honor no supondría ningún alivio para ellos.

Al día siguiente podía recuperar su honor si así lo quería.

Al día siguiente, todo podía volver a ser correcto o incorrecto. Arriba o abajo. Verdad o mentira. Pero esa noche, era diferente.

Se inclinó, presionando sus pechos contra el torso desnudo, y se apoderó de sus labios en un largo beso. Uno que había aprendido de él. Se negó a dejar que la apartara, no quería liberarlo para que siguiera escuchando a su honor.

—Esto es lo correcto, Jasper. Una noche contigo. Mi primera noche… Mi única noche… Por favor.

Vio que le cubría un seno con la mano mientras se debatía internamente… y lo amó todavía más por ello.

—Acabarás arrepintiéndote. Tanto tú como tu aversión a la falta de honestidad.

No lo haría. Lo sabía con certeza.

—Jamás me arrepentiré de esto. Jamás me arrepentiré de estar contigo. —Y supo que era verdad. Que durante el resto de su vida, ya estuviera casada con Castleton o fuera una solterona arruinada, aquella noche sería la más grandiosa de su existencia. Ese momento sería uno de esos que recordaría siempre.

Y no pensaba renunciar a él.

—También será tu primera noche… La primera después de seis años. —Los ojos de Cross se oscurecieron con una promesa de placer. Ella estaba tentándolo—. Deja que sea conmigo, Jasper. Quiero que seas mío. Por favor…

Él movió el pulgar sobre la punta de uno de sus pechos y envió una corriente de placer por su interior que impactó en el punto donde apoyaba la otra mano. Aquello era una tentación insoportable. Pippa jadeó y él la besó otra vez con intensidad antes de alejarse.

—He tratado de resistirme a ti desde el principio… Y he fracasado siempre.

—No empieces a tener éxito ahora —suplicó ella con un susurro—. No podría soportarlo.

—Nunca he tenido ninguna oportunidad —replicó él al tiempo que la alzaba en el aire entre sus brazos. Le separó bien los muslos y la colocó a horcajadas sobre su cintura, de tal manera que su trasero desnudo quedó apretado contra la dura evidencia de su excitación, palpitante bajo los pantalones. Él alzó una mano, una de esas manos que ella amaba, y la hizo bajar para besarla. La sumergió en un beso largo y lleno de lujuria que la hizo enervarse de pies a cabeza; sus pechos, sus muslos, el lugar sensible entre ellos…

Se arqueó contra él. Cross retiró bruscamente su boca con un jadeo y echó la cabeza hacia atrás, revelando los largos tendones de la garganta, rígidos de placer. Cuando buscó su mirada, en sus ojos brillaba un profundo anhelo.

—Voy a llevarte a la ruina, Pippa. Voy a mostrarte un placer que jamás has conocido, que nunca has soñado. Y te lo mostraré una y otra vez, hasta que me supliques que no me detenga nunca.

Su voz encendió sus rincones más profundos y oscuros, lugares que se estremecían por él.

—Ya lo hago —aseguró ella—. No te detengas.

Él sonrió al tiempo que le cubría los pechos con las manos para apretar los pezones entre los dedos hasta que estuvieron duros y doloridos.

—No se me ocurriría. —La atrajo hacia sus labios y se apoderó de uno de ellos con la lengua y los dientes. Ella estaba a punto de volverse loca por las increíbles sensaciones que azotaban su cuerpo.

¡Qué cierto era! El cuerpo humano era increíble.

—Jasper… —susurró fascinada. El deseo y el placer vibraban en su nombre y él la soltó tras una succión especialmente larga para reemplazar la boca con un dedo, trazando círculos alrededor de la tensa punta con tortuosa lentitud.

—Se te ponen muy duros… Me anhelan. Quieren mi boca.

Ese juego lo podían jugar los dos. Se frotó contra él.

—Tú también te pones duro por mí.

Cross se apretó a su vez contra ella, haciéndola suspirar de placer.

—Eres tú la que me pone duro, mi pequeña sabionda.

—Si me lo permites… —sugirió Pippa sin poder resistirse—, me gustaría inspeccionar tan fascinante suceso.

Él tomó sus manos entre las suyas y se las llevó a los pantalones.

—Nada más lejos de mi intención que poner trabas a tu investigación.

Ella jugueteó con la dura erección por encima de la tela, pero estaba desesperada por verla. Por sentirla. Por estar con él de todas las maneras que pudiera. Sin embargo, se le escapaban las pautas de esa situación excepcional. Pasó la uña por encima de un botón mientras le dirigía una mirada salvaje.

—¿Puedo…?

Él soltó el aire con una carcajada.

—Nada me gustaría más.

Y lo hizo. Le desabrochó el pantalón lo más rápido que pudo —aunque le pareció una eternidad—, y lo desnudó. Era largo, duro y…

—¡Oh, Dios mío! —susurró, incapaz de evitar apartar la tela para apresarlo y acariciar su firme erección hasta que él gimió con suavidad. Ella se detuvo, insegura, y alzó la mirada hacia él—. ¿Te…?

—Es increíble —musitó él al tiempo que cubría su mano y le mostraba cómo tocarlo. Ella

observó el movimiento de sus dedos unidos sobre el suave acero masculino—. La primera vez que te vi en mi despacho… —Jadeó las palabras mientras ella le acariciaba el pene con fuerza—. Quise sentir tus dedos en mí. No podía dejar de mirártelos. Estoy obsesionado con ellos.

Ella le miró a los ojos y comprobó la verdad en sus pupilas.

—Pero los tengo torcidos.

Cross la besó con voracidad, la pura esencia del pecado desatado.

—Los tienes perfectos. Jamás me he sentido tan cerca del Cielo. —Movió una de las manos hasta su sexo y deslizó un dedo en su interior con sorprendente facilidad—. Salvo por esto… —Desplazó el pulgar también, buscando ese punto increíble—. Esto está todavía más cerca del Cielo. —Giró el dedo una y otra vez—. Es más, juraría que es directamente el Cielo.

Ella se alzó sobre las rodillas ligeramente para facilitar sus movimientos, para permitir que sus dedos penetraran a más profundidad. Estaba de acuerdo con él, pensó con la respiración entrecortada. El placer creció a través de ella en oleadas, sensación tras sensación, hasta que se perdió en el goce y se olvidó de seguir apresando su erección. Tuvo que apoyarse en su pecho mientras se abandonaba por completo.

—Eres preciosa —suspiró él—. Suave, resbaladiza… Absolutamente perfecta.

No podía detener los gritos que él le provocaba ni contener los movimientos de las caderas para apretarse contra su pelvis, suplicando que le hiciera sentir el mismo placer que antes. El éxtasis que le había enseñado a exigir. Él deslizó un segundo dedo en su interior y ella se arqueó sin control, presa de las sensaciones.

—Estás tan apretada… Tan mojada… —comprobó él, haciéndola sentirse más lasciva y desesperada con esas pecaminosas palabras—. Quiero estar en tu interior cuando te corras esta vez.

Y al escucharlo hablar con aquel perverso y extraño vocabulario que jamás había oído antes, se dio cuenta que ella también lo quería.

—Por favor… —pidió, mirándolo fijamente.

—Por favor, ¿qué? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

Pippa debería sentirse avergonzada, pero lo deseaba demasiado.

—Por favor, tómame.

Él maldijo por lo bajo con la voz ronca.

—No podría esperar ni un instante más.

Pensó que rodaría con ella para colocarla debajo, y lo empujó para acomodarse a la nueva posición, pero Cross la detuvo, alzándola sobre él. Ella le miro a los ojos, confundida.

—¿No deberíamos…?

—No.

Podía ser inexperta, pero conocía la mecánica del coito. Apoyó las manos en el torso de Cross y sintió los latidos de su corazón, acelerados bajo su caricia.

—¿Estás seguro? Jamás había leído nada… de esto. Y por lo que sé, yo debería estar debajo…

—¿Quién de los dos lo ha hecho antes? —La acarició con los dedos profundamente, presumiendo de su habilidad y haciéndola suspirar. Ella sintió que sus huesos se convertían en gelatina ante la larga penetración.

Cuando él retiró los dedos, haciéndola sentir vacía y anhelante, retornó la lógica.

—Bueno, estás un poco desentrenado —señaló ella.

Él contuvo la risa, un sonido tierno y maravilloso.

—Créeme, mi brillante sabionda… —Cross movió las caderas y la punta del pene se deslizó con suavidad en su interior, lo que la hizo sentir un ramalazo de placer casi insoportable—.

Recuerdo lo básico.

Y poco a poco se deslizó en su interior con total control de sí mismo. Pippa llegó a pensar que iba a morir por el placer que le proporcionaba el duro calor que la penetraba, por la sensación de sentirse dilatada y llena, algo que resultaba en parte doloroso y en parte extraño, pero siempre placentero. Abrió los ojos como platos cuando él la soltó para que se hundiera hasta la empuñadura. Ambos se quedaron paralizados, él la miró con preocupación y llevó las manos a sus caderas.

—¿Pippa? ¿Te duele, cariño? ¿Quieres que nos detengamos?

Si se detenía, lo mataría. Era lo más asombroso que hubiera experimentado nunca. Todos los miedos, preguntas y preocupaciones que había tenido sobre el acto, sobre ese momento… eran infundados. Ahora entendía los suspiros, los rubores y las sonrisitas sabedoras que había visto en sus hermanas. En las demás mujeres de Londres. Y quería disfrutarlo a fondo… hasta el último suspiro.

—No te atrevas a detenerte —susurró—. Esto es increíble.

Se levantó, investigando la sensación de tenerlo en su interior, y él emitió una brutal maldición entrecortada.

—Sí, lo es —convino—. Tú sí que eres increíble —agregó, al tiempo que la guiaba con las manos, subiendo y bajando sus caderas para que se deslizara de arriba abajo por su miembro, largo y caliente—. ¡Dios mío, Pippa! Esto es… Estar dentro de ti… —Volvió a levantarla y los dos gimieron cuando ella se volvió a clavar hasta la empuñadura. El dolor había desaparecido, disuelto por el insoportable placer—. ¿Va todo bien, cariño?

Lo amó todavía más por preocuparse por ella, por su placer. Se alzó, experimentando, repitiendo el movimiento por su cuenta, con las manos apoyadas en su torso. Cabalgándolo.

—Sí… es perfecto —musitó ella con reverencia—. Es increíble. —Se meció contra él sin apartar la mirada de sus ojos hasta que él bajo la vista a su cuerpo, a sus manos, siguiendo el vaivén que no podía interrumpir.

Él la guió con roncos susurros mientras ella encontraba su ritmo.

—Eso es, amor… No hagas nada que no te guste. Tienes que desearlo, ansiarlo, necesitarlo. Busca el placer, preciosa… —Ella notó que su aliento se veía afectado por las ardientes caricias que le prodigaba. A su vez, él exploró las curvas de sus pechos y su vientre, los suaves secretos entre sus muslos, ese lugar donde él estaba transformándolo todo. Donde ella se estaba transformando. Donde él había renunciado al poder, al control… dándole la oportunidad de buscar su propio goce.

Cross la seducía con su manera de hablar, con sus ojos entrecerrados, con aquellas manos que seguían el ritmo de sus cuerpos… Un ritmo que los llevó con rapidez al límite. Pippa no pudo detener las palabras que se avecinaban, aunque sabía que no debería decirlas.

—Te amo —susurró, mirándolo fijamente. Se sentía eufórica, más poderosa de lo que se había sentido nunca.

Sentía que por fin… Por fin, no era rara. Era correcta.

A pesar de que estaba haciendo lo menos correcto del mundo.

De pronto, él comenzó a moverse debajo de ella, alzándose para penetrarla hasta el fondo mientras ella bajaba en contrapunto. Adoró la sensación de tenerlo contra ella, bajo su cuerpo, en su interior. Se meció con dura rapidez mientras Cross volvía a llevar los dedos a aquel punto entre sus piernas. Sabía dónde tocarla, cómo reclamarla… cómo destruirla. Él trazó círculos con el pulgar cada vez más rápido y firme mientras ella perseguía el placer… y él también.

—Eso es, cariño… Sigue, sigue… Llévanos a los dos.

—Lo deseo —repuso ella, tan sincera como aquella necesidad ardiente y desenfrenada—. Lo deseo para ti.

—Lo sé. —Cross se incorporó para chuparle y mordisquearle un pezón y la sensación fue más de lo que ella podía soportar. La sorpresa y la pasión la envolvieron cuando se deshizo entre sus brazos, temblando por la intensidad de las emociones. Apoyó las manos en sus hombros con los ojos clavados en los de él. Azul contra gris.

—Te amo —repitió a borbotones.

La confesión pareció cortar el último hilo de su control, porque él clavó los dedos en sus caderas para bajarla al tiempo que se arqueaba hacia arriba, volviendo a sumergirla en una deliciosa tormenta.

—Pippa —le escuchó gemir. Y aquel sonido, ardiente y jadeante, la envió otra vez más allá, a un increíble océano de placer. Y él estaba allí con ella, fuerte y seguro.

«Es perfecto».

Se dejó caer sobre el torso de Cross y permitió que la abrazara, apretándola contra su cuerpo.

—Pippa —repitió él contra su sien mientras ella escuchaba su corazón acelerado contra el oído —. Philippa.

La reverencia que notó en su tono resultó dolorosa y lo sintió apartarse de ella a pesar de que seguía en su interior, más cerca de lo que nadie hubiera estado jamás. Más importante que cualquier otra persona.

Lo amaba.

Y él se iba a casar con otra.

Por su culpa.

No podía permitirlo. Tenía que haber una solución, una manera de que ambos fueran felices. Cerró los ojos, dejándose llevar por la satisfactoria sensación de su cálido pecho contra la mejilla y se concentró en aquel fugaz momento, imaginando lo que sería experimentar aquella felicidad con él todos los días. Ser su esposa. Su mujer. Su compañera.

«Su amor».

Aquella misteriosa emoción ya no era un mito… Ya no dudaba de ella. Era real y contenía un poder que jamás había imaginado. Un poder innegable.

—Eres extraordinaria —susurraba él contra el nacimiento de su cabello. Su voz era apenas un aliento musitado—. Podría estar aquí para siempre. Contigo en mis brazos, alejado del resto del mundo. Te deseo ardientemente, cariño, incluso ahora mismo. Siempre te desearé.

Ella alzó la cabeza para encontrarse con su mirada peltre.

—No tenemos por qué separarnos.

Él apartó la mirada.

—Sí, tenemos que hacerlo. Eres mi buena acción, Pippa. Eres la única a la que puedo salvar. Puedo asegurar tu felicidad, y lo haré. Será suficiente.

Pippa odió aquellas palabras.

—¿Suficiente para quién?

Notó un intenso ardor en los ojos masculinos. ¿Sufrimiento? ¿Pesar?

—Suficiente para los dos.

Pero no lo sería. Al menos no lo sería para ella. Lo sabía a ciencia cierta.

—No —susurró—. No lo será.

Él le acarició la espalda desnuda con la mano, haciéndola estremecer.

—Tendrá que serlo.

—No tienes que casarte con ella —dijo bajito. Sabía que estaba suplicando y no le gustaba

suplicar.

—Tengo que hacerlo, preciosa —repuso él con firmeza—. Si no lo hago, él acabará destruyéndote y no pienso permitirlo.

—No me importa. Podrías casarte tú conmigo. Si yo pudiera elegir al conde con el que quiero casarme, te…

—No. —Intentó interrumpirla, pero ella no lo permitió.

—… te elegiría a ti —confesó con la voz quebrada.

Él la abrazó. La besó en la sien y susurró su nombre.

—No lo hagas. No me elijas.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque ya has elegido a Castleton.

De alguna manera inexplicable fue mentira y verdad a la vez.

—¿Igual que tú ya has elegido a la hija de Knight?

«¿Incluso aunque estás aquí tendido, conmigo, en mi cama?».

Él detuvo las manos sobre su piel.

—Sí.

—No la conoces.

—No.

—No la amas.

—No.

«¿Me amas?».

No podía preguntárselo. No soportaría la respuesta.

Pero él escuchó la pregunta de todas maneras y le tomó la barbilla con una mano para levantársela y que le mirara a los labios.

«Sí», imaginó que pronunciaba.

Cross rodó con ella hasta que apoyó la espalda en el colchón. Siguieron unidos mientras él se acomodaba entre sus muslos para hacer el amor a su mente, a su alma y a su cuerpo con todo su ser, moviéndose en su interior con sosegada certeza. Y siguió mirándola a los ojos durante todo el tiempo con innegable intensidad. Le besó la curva de los pechos y el cuello, le mordisqueó el lóbulo, susurrando su nombre como una letanía.

«No hay nada brutal en esto, nada bestial».

Era lento, seductor… Duró lo que parecieron horas, días… Una eternidad en la que él la descubrió con sus caricias, explorándola, besándola y tocándola. Y cuando el placer la inundó con exuberantes oleadas, atravesándola hasta que no pudo soportarlo más, él capturó sus gritos con los labios mientras se abandonaba a su propia liberación. Un acto profundo, medido y grandioso que les impidió hablar durante mucho tiempo. Cuando recuperaron el habla solo susurraron sus nombres una y otra vez… hasta que llegó un momento en el que ya no eran palabras, sino solo lo que significaban.

«Adiós…».

Yacieron juntos durante muchos minutos hasta que recuperaron el aliento y la realidad regresó. No podían negarlo o ignorarlo durante más tiempo, estaba a punto de amanecer y el cielo oscuro comenzaba a tornarse rojizo más allá de la ventana.

Él la besó en el cabello.

—Deberías dormir.

Pippa dio la espalda al tiempo que avanzaba inexorable y se acurrucó contra él.

—No quiero dormir. No quiero que esto termine. No quiero que te vayas… nunca.

Él no respondió, se limitó a rodearla con los brazos, a estrecharla hasta que no pudo distinguir dónde terminaba ella y dónde comenzaba él, hasta que ella aspiraba el mismo aire que él exhalaba.

—No quiero dormir —repitió, aunque el sueño la rondaba—. No permitas que me duerma. Una noche no es suficiente.

—Shhh, cariño —la consoló él sin dejar de acariciarle la espalda con una de sus grandes manos—. Estoy aquí. Te mantendré a salvo.

«Dime que me amas», rogó ella en silencio. Sabía que no lo haría, pero eso no impedía que lo deseara con desesperación.

Lo deseaba. Aunque no pudiera tenerlo a él, podría poseer su corazón.

«Poseer su corazón». Como si él pudiera sacarse aquel órgano del interior del pecho y dárselo para que lo custodiara.

Por supuesto que no podía.

Incluso aunque se sintiera como si ella sí lo hubiera hecho.

A pesar de que sabía que su corazón no estaba a salvo con él.

«No puede estarlo».

Cross esperó mucho rato antes de volver a hablar; hasta que estuvo dormida.

—Una noche es todo lo que tenemos.

Cuando ella despertó, él ya se había marchado.

Capítulo 17

«Hay ocasiones en las que en los experimentos se producen deslumbrantes e inesperados resultados, que son fruto de la mano del científico. Cross Jasper Un gran hombre me dijo una vez que no existe la suerte. Tras haberme convencido de su manera de pensar, he descubierto que ya no estoy dispuesta a dejar que mi trabajo sea dictado por el azar.Ni tampoco mi vida».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
2 DE ABRIL DE 1831, TRES DÍAS ANTES DE SU BODA.

Dos días después, Pippa recorrió con Trotula el kilómetro y medio que separaba su hogar de la elegante residencia de Castleton, en Berkeley Square. Lo hizo con naturalidad, como si fuera un hecho normal que una mujer subiera las escaleras de entrada de la casa de su prometido acompañada tan solo por una perra.

Ignoró las miradas de curiosidad que le lanzaron los viandantes, igual que ignoró la sorpresa que apareció en la expresión del mayordomo cuando le abrió la puerta y Trotula irrumpió bruscamente en el vestíbulo, sin esperar invitación, mientras ella se anunciaba. Un momento después, el animal y ella estuvieron instalados en una preciosa salita de recibir decorada en tonos amarillos.

Pippa se acercó a las ventanas y miró hacia la plaza, observando las ordenadas fachadas que rodeaban el césped en perfecto estado. Imaginó su vida allí como condesa de Castleton; cada una de aquellas casas pertenecía a uno de los miembros más importantes de la aristocracia, lady Jersey vivía en el edificio de al lado, ¡por Dios!

No era capaz de visualizar a la patrocinadora de Almack's con tiempo —o ganas— de visitar a su nueva vecina ni apoyando sus extraños intereses. No había lugar para la anatomía ni para la botánica en esa sólida casa.

Vio pasar a caballo a la vizcondesa Tottenham, tan orgullosa y altiva como siempre, con la cabeza bien alta gracias a la seguridad que suponía ser la madre de uno de los hombres más poderosos de Gran Bretaña, un futuro Primer Ministro. El hombre que se casaría con Olivia, la favorita de las chicas Marbury, tres días después.

Se le ocurrió que aquella reluciente estancia repleta de muebles lujosos, con vistas a una de las plazas más cotizadas de Londres, era el lugar ideal para su hermana pequeña. Lo que era una suerte, dado que Olivia pronto se sumergiría, felizmente, en ese estilo de vida.

Sin embargo, no había nada en aquel lugar que lo pudiera convertir en su hogar ideal.

Ni tampoco su dueño era el marido ideal para ella.

Aquel lugar no la atraía en absoluto.

«Cross no estaría aquí».

No. A Cross le gustaba vivir en un desordenado despacho de una casa de juego, rodeado de papeles y un extraño caos lleno de globos terráqueos, ábacos, amenazadores óleos y más libros de lo que ella suponía que un hombre podía tener en una sola estancia. Apenas quedaba lugar para moverse entre todos aquellos volúmenes apilados y, sin embargo, se sentía más cómoda allí que en donde se hallaba en ese momento.

«Sería feliz viviendo allí con él».

La perra se sentó a su lado y lanzó un suspiro, reclamando su atención. La acarició distraídamente tras las orejas y fue premiada con un suave movimiento de cola.

También se imaginaba a Trotula viviendo con Cross…

«Ninguna de las dos habéis sido invitadas a hacerlo».

Cross desapareció de su cama la noche del Pandemónium, después de haberla reclamado en cuerpo y alma, de haberse asegurado que ella lo amase con abandonada desesperación. Había esperado que regresara durante dos días; había yacido en su cama durante dos noches, atenta a cada ruido, segura de que escalaría la fachada otra vez para llegar a ella. Segura de que no la abandonaría… de que cambiaría de idea.

Pero no lo había hecho.

Y ella había tenido tiempo para pensar en el futuro, en las decisiones que debía tomar… En lo que sentía su corazón.

La había dejado sola y había llegado a la innegable y clara conclusión de que no era la única que necesitaba ser salvada.

—¡Qué dos damas más encantadoras están esperándome! —Castleton interrumpió sus pensamientos con una expresión de dicha absoluta. Se volvió hacia su atractivo y sonriente prometido mientras Trotula corría hacia él, ávida por recibir sus caricias.

Resultaba muy difícil estar con Castleton y no sonreír. Era un hombre bueno y amable. Guapo y muy rico… y con título. El sueño hecho realidad para la madre de cualquier damita casadera. De hecho, una joven podía pedir muy poco más.

«Salvo amor».

Pero de pronto, aquella extraña, indefinible y esquiva palabra lo significaba todo. Mucho más que el resto.

¿Cómo se había vuelto tan tonta? Ella, que jamás había creído en las emociones, que había pensado que lo etéreo no era valioso, que no era real por no ser tangible, que siempre había ignorado los sentimientos, ¿por qué estaba allí, en la salita de visitas del que estaba a punto de ser su nuevo hogar, con el hombre que se iba a convertir en su esposo, pensando en el amor?

«Cross me ha cambiado».

Sin haberlo pretendido.

—Milord, lamento haber venido sin avisarle previamente —dijo, atravesando la salita para saludarlo.

Él la miró desde abajo, pues estaba inclinado para acariciar a Trotula.

—No es necesario que me avise —aseguró—, después de todo, dentro de apenas unos días este será su hogar y no deberá avisar de nada. Aunque, imagino que esto es un preaviso de… la boda.

Esa era su oportunidad.

Había imaginado un sinfín de maneras para comenzar aquella peculiar conversación. Podía mostrarse suave, diplomática, evasiva… Pero siendo como era Philippa Marbury, decidió ser honesta.

—Milord, no puedo casarme con usted.

Vio que Castleton no dejaba de acariciar el pelaje de la perra y, por un momento, pensó que no la había oído. Después de varios segundos, él se incorporó y comenzó a balancearse sobre los talones con las manos en los bolsillos del chaleco.

Permanecieron así lo que pareció una eternidad. Se negaba a ocultarse de él, del hombre que le había pedido matrimonio a pesar de que podía haber aspirado a algo mejor, más normal. De ese buen hombre que la había cortejado a sabiendas de que era la mujer más rara de Londres.

—Lo siento —agregó.

—No cree que podamos llegar a formar una buena pareja —comentó él.

—Creo que habríamos sido una pareja estupenda —repuso ella—, pero es que todo se ha complicado mucho.

—¿Complicado? —preguntó Castleton, arqueando una ceja.

Ella respiró hondo.

—Pensaba que podría… —Se interrumpió—. Pensaba que…

«Pensaba que podía investigar sobre el matrimonio. Indagar sobre el placer… sin sufrir las consecuencias».

—¿Necesita más tiempo? ¿Pensárselo más? No es necesario que nos casemos tan pronto.

Llevaban un año cortejándose. Había considerado a Castleton desde todos los puntos de vista. Había planeado su vida con él y había estado preparada para ello. Y en solo una semana, un día, un instante, todo había cambiado.

Sacudió la cabeza.

—Entiendo. —Estaba segura de que no entendía nada en absoluto—. Creo que podríamos aprender a amarnos —continuó él—. Siempre he pensado que aprendería a amarla.

Sin duda era muy amable y cariñoso decir eso. Sin duda era un buen hombre.

Y antes, eso hubiera sido suficiente. Él habría sido suficiente. Más que suficiente, habría sido un buen compañero de viaje, dispuesto a dejarla vivir la vida como deseaba, a darle su apellido, hijos, seguridad. Todo lo que una joven necesitaba en 1831.

Pero eso fue antes.

Antes de que ella supiera que necesitaba más.

Buscó sus cálidos ojos castaños.

—Por desgracia, no puedo aprender a amarle. —Lo vio abrir los ojos de par en par y se dio cuenta de que había lastimado sus sentimientos con aquellas inciertas palabras—. No…, no… No lo digo en ese sentido —se apresuró a rectificar—. Es que…

No supo qué decir. Cómo arreglarlo.

Se detuvo. Odiaba aquella emoción, la manera en la que el macho de la especie la estaba haciendo sentir durante los últimos días.

Y, una vez más, dijo la verdad.

—Lo lamento, milord —y lo hacía de verdad—, pero no puedo jurar los votos. No puedo decirlos, al menos… no a usted.

Él arqueó las cejas.

—¿Los votos?

Esa ridícula ceremonia era la culpable de que hubiera comenzado todo.

—Lo de «obedecer, honrar y servir en la enfermedad y en la salud…», todo eso podría llevarlo a cabo.

—Me agrada escucharlo —repuso él con un brillo de comprensión en sus ojos pardos y una suave sonrisa en los labios—. ¿Quiere decir que el problema es el amor?

—«Olvidando a todos los demás» —terminó ella la cita. No podía olvidar a todos los demás. No estaba segura de que pudiera llegar a olvidar al único hombre que le importaba. Respiró hondo intentando hacer desaparecer la opresión en el pecho—. Milord, me temo que me he enamorado, de manera absolutamente inesperada y no demasiado feliz, de otro hombre.

Él suavizó la expresión.

—Entiendo. Eso lo cambia todo.

—Sí, lo cambia —convino ella antes de pensárselo mejor—. Lo cierto es que realmente no

cambia nada… Él… —Hizo una pausa. «Se va a casar con otra»—. El sentimiento no es correspondido.

—¿Cómo es posible? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—¿Sabe? No debería salir tan rápido en mi defensa. Después de todo, acabo de poner fin a nuestro compromiso. Ahora mismo debería estar profundamente enfadado conmigo.

—Pero no lo estoy. No voy a enfadarme por esto. Es un riesgo que asumí en su momento. —Se detuvo a acariciar otra vez a Trotula, que se apoyaba en su pierna—. Esto es el mundo moderno, los matrimonios no se acuerdan en el momento del nacimiento.

—Lloremos por el pasado —dijo ella con una sonrisa.

—Me hubiera gustado poseer un torreón medieval —repuso él, jovial—. Creo que usted hubiera sido un ama del castillo estupenda, rodeada de perros y con una espada envainada en la cintura.

Tuvo que reír ante la ridícula imagen.

—Muchas gracias, milord, aunque me pregunto si esas amas del castillo estaban tan ciegas como yo.

Él señaló con la mano un sofá cercano.

—¿Quiere sentarse? ¿Pido que nos sirvan algo? —Hizo una pausa como si estuviera pensando qué era lo que debía ofrecer a una exprometida en una situación así—. ¿Té? ¿Limonada?

Ella se sentó.

—No, gracias.

Siguió su mirada hasta una licorera de cristal.

—¿Un poco de *whisky*?

—Estoy segura de que las damas no beben *whisky* antes de las once de la mañana.

—No se lo contaré a nadie. De hecho, la acompañaría —añadió después de cierta vacilación.

—Faltaría más, milord, no se me ocurriría impedir que bebierais lo que os apeteciera.

Y lo hizo. Castleton se sirvió un dedo de líquido en un vaso antes de sentarse a su lado.

—Nuestras madres se ponrán fuera de sí cuando lo sepan.

Ella asintió con la cabeza. Se dio cuenta de que esa era la primera vez que habían conversado sobre algo serio. Algo que no fueran perros, el clima o sus propiedades en el campo.

—Creo que la mía más que la suya —replicó ella.

—Su reputación se verá afectada.

—Ya lo he tenido en cuenta —repuso al tiempo que asentía con la cabeza.

Jamás le había importado tan poco su reputación. Al ser una mujer que había sido descrita a menudo como excéntrica y rara, al tener tan poco en común con otras jóvenes de su edad, la reputación no parecía ser importante. No compraba amigos, invitaciones o respeto.

Así que ahora tampoco le importaba.

—Lady Philippa —dijo él tras un largo silencio—. Si tiene… er… quiero decir que si necesita un… er…

Lo observó con atención, percibiendo cómo se ruborizaba su tez según tartamudeaba.

—¿Milord? —insistió, después de constatar que parecía que él no iba a decir más.

Él carraspeó y lo intentó de nuevo.

—Si se encuentra en una situación comprometida… —soltó de tirón, haciendo un gesto con la mano en dirección a su vientre.

«¡Oh, Dios Santo!».

—No lo estoy.

Supuso que podría estarlo, pero ese era un puente que cruzaría en su momento si fuera

necesario. Sin Castleton.

Él pareció aliviado.

—Me alegra escuchar eso. De todas maneras, sabe que me casaría con usted en cualquier momento, ¿verdad? —agregó él después de recuperar la calma.

Ella le miró sorprendida.

—¿De veras?

—Claro que sí —aseguró al tiempo que asentía con la cabeza.

Pippa no pudo contener la curiosidad.

—¿Por qué?

—Casi todo el mundo piensa que soy idiota.

Ella no fingió no entender.

—La mayoría de la gente sí que es idiota —repuso, queriendo proteger a ese hombre que debería haberla arrojado de su casa y, sin embargo, le ofrecía una copa y conversación.

Él ladeó la cabeza.

—Esa misma gente cree que usted es rara.

—En eso tienen razón —dijo con una sonrisa.

—Pero, ¿sabe qué? Acostumbraba a pensar que la tenían. Es usted brillante y muestra una intensa pasión por los perros, las flores inusuales y siempre estuvo más interesada por la rotación de cultivos en mi finca que en las disposiciones de la casa en la ciudad. Jamás había conocido a una mujer como usted. Pero, incluso cuando sabía que es más inteligente que yo, incluso aunque usted también lo sabía, jamás lo demostró. Nunca me ha dado razones para creer que me considera un simplón. Al contrario, se esforzó de una manera extraordinaria en recordarme todo lo que tenemos en común; los dos preferimos el campo, nos gustan los animales... —Se encogió de hombros—. Me hacía feliz la idea de que fuera mi esposa.

—No le considero un simplón —aseguró ella. Deseaba que él lo supiera, que entendiera que ese desastre no tenía nada que ver con él. No era Castleton el que había fallado—. Creo que será muy feliz con otra mujer.

—Pero no con usted —intervino él, lacónico.

—No, no conmigo —convino, sacudiendo la cabeza.

«Hubo un tiempo en el que sí habría sido posible». Era cierto; habría sido feliz pasando sus días en el campo, hablando sobre la rotación de los cultivos, la ganadería y aconsejando a los trabajadores de las propiedades de Castleton.

«Hubo un tiempo en el que me habría conformado con él».

—Si cambia de opinión… —se ofreció él—. Si la mañana del domingo se despierta y desea casarse, yo estaré dispuesto —concluyó, generoso como siempre. Merecedor de amor.

Ella asintió con la cabeza de manera solemne.

—Muchas gracias, milord.

Él se aclaró la voz.

—Y ahora, ¿qué?

Era la pregunta que la había puesto nerviosa durante cada instante de vigilia desde la mañana en que Cross la dejó durmiendo en su cama, después de conseguir que a ella le resultara imposible casarse con Castleton. Después de conseguir que le resultara imposible todo, salvo preocuparse por él… más de lo que se había preocupado por nadie.

«Y ahora ¿qué?».

¿Qué hacer ahora?

Pippa se había enfrentado al problema de la misma manera en la que se había enfrentado a

todo en su vida. Consideró la situación desde todos los ángulos, se hizo una serie de preguntas y obtuvo unos hipotéticos resultados. Hasta que, por fin, llegó a una conclusión… La única con la que podría llegar al final que deseaba. El que anhelaba con todas sus fuerzas.

Así que cuando se levantó esa mañana temprano, se vistió y se acercó a Berkeley Square. Llamó a la puerta, se reunió con su prometido —el cuál, para su sorpresa, le pareció más inteligente que cualquier otro hombre en Gran Bretaña— y rompió su compromiso.

Lo que haría a continuación se convertiría en el experimento más importante de su vida.

—Me alegro de que me pregunte. —Respiró hondo mientras buscaba la mirada de Castleton —. Bien, necesito que me ayude en lo siguiente…

Dos horas después, Pippa y Trotula se encontraban esperando que alguien abriera la puerta trasera de El Ángel Caído.

Al ver que nadie respondía a los múltiples golpes que propinó en la gran plancha de acero, se impacientó y se dirigió a la entrada de servicio del club. Llamar a esa puerta sí dio sus frutos; un muchacho con la cara roja, que se sintió muy feliz de ver a un perro en la puerta pero perplejo al ver que iba a acompañado por su dueña.

—¡Didier! —gritó el chico—. ¡Hay una dama aquí! ¡Una dama de verdad en la puerta! ¡Con un perro!

—Me empiezo a sentir cansada de tus bromas, Henri. —La conocida y atronadora voz llegaba desde algún punto fuera de su vista—. Ahora vuelve aquí antes de que esta bechamel se estropee por culpa de tu haraganería.

—Didier, pero… —replicó sin dejar de mirar a Pippa—. ¡Es una dama! ¡La dama de Cross!

Ella le miró boquiabierta al constatar la precisión con que la había identificado. ¿Cómo era posible que aquel chico supiera que se había reunido con Jasper en varias ocasiones? Antes de que pudiera preguntárselo, la cocinera francesa lo apartó y la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ha regresado a por otro de mis sándwiches?

—Es que nadie me abrió la puerta trasera —repuso ella con una sonrisa.

Didier dio un paso atrás y la dejó entrar en la sofocante cocina.

—Eso es porque los porteros no hacen más que molestarme a mí. —La mujer lanzó a Trotula una mirada precavida—. El perro puede entrar, pero lo quiero lejos de la comida.

Pippa llevó al animal a una esquina, ganándose todas las miradas de una amplia colección de sirvientes y trabajadores que se hallaban reunidos en torno a la enorme mesa que ocupaba el centro de las cocinas de El Ángel. Sintiéndose bastante incómoda e insegura, hizo una pequeña venia, con la que se ganó que todos arquearan las cejas.

—Soy lady Philippa Marbury.

El portero que le abrió la puerta la noche que acudió con Cross se puso en pie; resultaba corpulento y abrumador.

—Ya sabemos quién es.

—Excelente —dijo ella moviendo la cabeza—. Entonces no le importará comunicarle a Su Excelencia que estoy aquí. —Hizo una pausa en la que observó que en muchos de los rostros aparecía una expresión de confusión—. Creo que lo conocéis como Temple.

El chico que le había abierto la puerta tomó la palabra.

—Pero usted es la dama de Cross —replicó como si eso fuera una explicación razonable.

«La dama de Cross». Escuchar que la llamaba así la hizo sentir un agradable calorcillo interno.

Aunque no fuera cierto.

—Bien… Sin embargo, hoy tengo que hablar con Temple.

Sería Temple quien la ayudaría a conseguir el resto.

Cuando regresaron a casa esa noche, tras haber recorrido a pie una enorme extensión de la ciudad, tanto Pippa como la perra se encontraban exhaustas.

Ignorando las advertencias que su madre soltó de carrerilla, sobre que las futuras condesas no salían de sus casas con la única compañía de sus perros, que se sentiría destrozada si se levantaba acatarrada el día de la boda y que debía comer algo, prescindió de cenar con su familia y se dirigió a su habitación. Allí se tumbó sobre las frescas sábanas que parecían haber absorbido el olor del hombre en el que no había podido dejar de pensar durante todo el día… toda la semana… durante lo que parecía una eternidad. Tendría que haber dormido, pero se dedicó a repasar una y otra vez su plan mentalmente. Las partes variables, las invariables, lo que estaba más definido y lo que todavía estaban en el aire; cuál sería el proceso y quiénes los participantes.

Acarició distraídamente la cabeza de Trotula mientras permanecía tumbada en la cama, pensando en Jasper Arlesey, conde de Harlow. Repasó todo lo que había escuchado sobre aquel extraño y escurridizo aristócrata. Sabía que no había ocupado todavía su asiento en el Parlamento; que no frecuentaba bailes, ni cenas… ni siquiera iba al teatro. De hecho, parecía que no hacía nada relacionado con la sociedad… salvo dirigir la casa de juego más notoria de Londres.

También sabía que estaba comportándose como un idiota, decidido a tirar su vida por la borda con el firme y alocado convencimiento de que la estaba salvando.

Y, lo más importante, sabía que estaba equivocado. No era ella la que necesitaba que la salvaran.

Era él.

Y ella era la mujer indicada para ese fin.

Capítulo 18

«El tiempo de la investigación se ha agotado. Ha llegado el momento de actuar».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
3 DE ABRIL DE 1831, UN DÍA ANTES DE SU BODA.

Pippa se casaría al día siguiente.

Con otro hombre.

Y en vez de estar con ella en Dolby House, pensó Cross, en su dormitorio, entre sus brazos, disfrutando de una última noche de mutuo placer, estaba allí, en uno de los rincones más sombríos de Londres, aunque en ese momento se hallara brillantemente iluminado para celebrar su inminente matrimonio.

Knight no se había podido resistir y estaba alardeando todo lo posible de su triunfo; su hija, Meghan Margaret Knight iba a casarse con Cross, y pronto nacería una nueva dinastía de herederos de clubs de juego. Si eso no incitaba al desenfreno y al pecado, nada lo haría.

Había un grupo de hombres jugando a los dados en una mesa cercana que comenzaron a gritar de emoción cuando los lanzamientos se volvieron a su favor, y él se giró para observar cómo recogían los dados y los devolvían a la cabecera de la mesa, donde el vizconde Densmore los besó antes de lanzarlos de nuevo a la mesa.

«Tres y cuatro».

Toda la mesa gimió al unísono la decepción de la derrota, y él sintió un perverso placer al escuchar el sonido. Si él no podía ser feliz esa noche, nadie debería serlo. Nadie debería disfrutar si él no podía hacerlo.

Habían pasado ya cuatro días desde que rozó fugazmente la felicidad con la punta de los dedos. Cuatro días desde que se sumergió en el placer en forma de piel suave y palabras entrecortadas. Cuatro días desde que poseyó a Pippa en una noche devastadoramente perfecta. Cuatro días que le habían resultado eternos, en los que cada instante se había sentido tentado a ir junto a ella para secuestrarla de manera sigilosa y así evitarle miradas recriminadoras y palabras mordaces.

Poseía más de diez mil hectáreas en Devonshire donde nadie los encontraría jamás. Trotula y Pippa podrían vagar a su antojo. Le construiría una casa para que instalara allí su laboratorio. Le daría todo lo que necesitara; todo lo que deseara. Y él las acompañaría. Él y su cada vez más numerosa descendencia, dado que, por lo que había observado, la vida en el campo ayudaba a agilizar el tema de la reproducción.

Haría todo lo que estuviera en su mano para hacerla feliz.

«No será suficiente».

Nada sería suficiente. Él jamás sería suficiente para ella, igual que no lo había sido para Baine o Lavinia. Y Pippa se merecía lo mejor.

Un profundo dolor se instaló en su pecho con aquel pensamiento.

Castleton no era lo mejor. Ese hombre no supondría un desafío para ella, no la tentaría.

«No la amará».

Muy cerca de donde él se encontraba, Christopher Lowe se inclinaba sobre la ruleta y gritaba su triunfo cuando la bolita se detuvo en una ranura roja.

Cross siseó con desdén. La ruleta era un juego estúpido, de los peores, uno que dejaba todo al azar. No valía la pena apostar aunque se ganara. Era un juego para idiotas. Se dedicó a observar a los que daban palmadas en la espalda a Lowe, a los que depositaban su dinero en la mesa.

—¡La ruleta está que arde! —gritó alguien.

Él se dio la vuelta con irritación.

Cada juego estaba diseñado para tentar, para robar… Eran para idiotas.

—Cross…

Él se giró hacia Sally Tasser, que lo miraba desde algunos metros de distancia.

—Debería de matarte por lo que hiciste —gruñó—. Si fueras un hombre, lo haría sin dudar.

Esa mujer lo había traicionado con Knight. Por su culpa se veía forzado a un matrimonio que no deseaba, a una vida que jamás habría aceptado. Pero en ese mundo donde vivían, donde el poder, el pecado, el placer y el castigo campaban a sus anchas, la traición siempre era una posibilidad. La derrota existía.

Pero Sally no lo había castigado solo a él con sus acciones, también había amenazado a Pippa.

Y eso no se lo perdonaría jamás.

La rabia rugía en su interior mientras avanzaba amenazadoramente hacia la madame. Ella retrocedió entre la multitud, entre las mesas de cartas y dados, hasta que se encontraron en un extremo del salón que era mucho más sórdida y menos acogedora que la planta baja de El Ángel.

—Cuéntame, ¿cuánto has ganado estropeando mi futuro? ¿Cuántas libras? ¿Un vestido nuevo? ¿Joyas? ¿Cómo puedes pagarme así todo lo que he hecho por ti? ¿Por tus chicas? ¿Es así como me lo agradeces? ¿Amenazando a lo único que valoro de verdad?

Ella sacudió la cabeza mientras lo miraba con los ojos encendidos como carbones.

—Te resulta fácil juzgarme, ¿verdad? —escupió ella.

—Eres tú quién ha amenazado lo mío —replicó con voz atronadora, deseando atravesar la pared con el puño. No se había sentido tan fuera de control en los últimos seis años. Estaba desequilibrado; la idea que de Pippa pudiera estar en peligro le hacía estremecer de miedo, rabia y otro puñado de emociones poderosas.

«¿Qué vas a hacer cuando esté casada?».

Sally evitó que tuviera que responderse a la pregunta.

—¿Qué sabes tú? Con tu vida perfecta, tu dinero… Tú, que no tienes que arrodillarte para conseguir tu siguiente comida ni permanecer así para agradecer una mísera moneda a un desconocido… Si tú hubieras fracasado…

—Si hubiera fracasado, te habría mantenido a salvo.

—A salvo… —se burló ella—. Me habrías enviado al campo para que terminara mis días como una vieja yegua… Es posible que eso sea estar a salvo, pero no es agradable.

—Hay muchas que piensan lo contrario.

—Y no soy una de ellas —explicó Sally—. Si tú hubieras fracasado y Knight hubiera descubierto mi participación en tus planes, me habría echado a la calle. ¡Ahora estaría trabajando en las calles! —Ella permaneció en silencio un rato—. Me gusta mi vida tal y como está, Cross, y la protegí. Tú habrías hecho lo mismo.

Solo que él no lo había hecho. Proteger su vida significaría dejar a Pippa a merced de Knight porque se habría negado a casarse con su hija.

Pero había puesto a Pippa por delante, ¡Pippa era lo primero!

Y siempre lo sería.

—Si lo piensas bien, en el fondo te he hecho un favor. Gracias a mí vas a tener una esposa… y un heredero. No te arrepentirás.

«Es la esposa equivocada. El heredero equivocado».

—Odiaré cada minuto —aseguró él.

—Cross… —tanteó ella con más suavidad—. Lo siento, ¿sabes? Lo lamento por la dama.

Él permaneció en silencio.

—Lady Philippa fue muy bondadosa conmigo. Mucho más de lo que haya sido nunca otra dama. En el momento en el que le hablé a Knight de ella, supe que me arrepentiría.

—No eres digna de pronunciar su nombre. —Pippa era mejor que todos los que estaban en ese lugar.

—Seguramente tengas razón. Pero no es asunto tuyo.

—Debería serlo.

Sally le dirigió una leve sonrisa.

—No lo dudes nunca, todo lo que he hecho ha sido por ella, no por ti.

Estaba dando a entender que Pippa sería más feliz sin él, que se merecía más de lo que él podía darle.

«¡Es cierto!».

—¡Atención todos! —La voz retumbante de Knight atrajo su atención, y miraron hacia el punto desde el que provenía el sonido para encontrar al hombre en lo alto de una mesa de jugar a los dados, en el centro de un salón de juegos, con un sombrero adornado con una cinta de color escarlata—. ¡Atención! —repitió, golpeando el bastón con puño de plata contra el fieltro raído para detener la estridente música y las charlas de los borrachos—. ¡Tengo que deciros algo!

Knight sonreía de oreja a oreja mientras el resto de la sala se reía con disimulo. Cross apretó los dientes; sabía de sobra lo que se avecinaba.

—Todavía no os he perdonado que hayáis ido a desperdiciar el tiempo en las mesas de El Ángel cuando se celebró ese estúpido Pandemónium, ¿disfrutasteis bebiendo té y comiendo pastas con toda esa colección de aristócratas que no saben diferenciar un as de su culo? Bueno, esta noche estoy de buen humor, cabrones, y en parte es porque… bueno… —Clavó en Cross una mirada significativa—, al menos uno de esos caballeros va a formar parte de la familia.

El anuncio fue recibido con una ensordecedora ovación. Todas las cabezas giraron hacia Cross, que no se molestó en aplaudir. No sonrió. No se movió.

Knight arqueó una ceja y le señaló con la mano extendida.

—¡Cross! Únete a mí para decir un par de palabras.

Los presentes volvieron a rugir, poniéndole los nervios de punta y deseando poder pegar una paliza a cada hombre de ese lugar. Cruzó los brazos y movió la cabeza, sin avanzar un solo paso. Notó que la mirada de Knight se oscurecía.

—¡Qué me aspen! No quiere quitarme protagonismo… No te preocupes, muchacho… —El dueño del club hizo una pausa, como si le invitara a fijarse bien en sus siguientes palabras—. Da la casualidad que los dados están a mi favor estos días.

Y solo con esa frase, con la que evocaba a la mujer que consumía sus pensamientos, Knight consiguió que no pudiera rechazar su petición. Atravesó la habitación con una calma deliberada que no sentía y, a pesar del inmenso deseo que tenía de bajar a Knight de la mesa y despedazarle, se subió junto a él. Al lado del hombre que, finalmente, le había vencido.

Knight le dio una palmada en la espalda.

—Mañana, ella se casará y tú perderás tu baza —susurró a su futuro suegro.

—No digas tonterías —replicó este sin perder la sonrisa de oreja a oreja—. Puedo arruinar su matrimonio, la reputación de sus hijos con una sola palabra dicha en los círculos correctos. —Luego se volvió a la estancia, como un rey hablando con sus súbditos—. ¡Os presento a la bella

dama que ha capturado su corazón! Mañana serán leídas las amonestaciones y dentro de tres semanas, ¡mi hija será suya!

Maggie se subió también a la mesa y él tuvo que admirar a la joven. Ningún padre como Dios manda permitiría que su hija se acercara a aquel antro. Nadie permitiría que entrara allí una mujer que le importara. Pero Meghan Margaret Knight, cubierta por un vestido color burdeos y una capa de resignación, se irguió al lado de su padre con serenidad; sin aparente inquietud, sin sonrojos.

Lo miró con honestidad.

—Milord. —La muchacha hizo una reverencia con tanta gracia y corrección como era posible encima de una mesa de juego.

Él la saludó con una inclinación de cabeza, recordándose que ella solo era otro peón en aquel juego. Que sería la que más iba a perder. Sí, ganaría un título y riquezas inimaginables, pero jamás tendría un esposo que la amara.

Su marido siempre amaría a otra.

—¡Es un chollo, Cross! —gritó alguien entre la multitud.

—¡Ya me gustaría a mí tener la mano entre esas piernas! —gritó otro, que trató de alcanzar el zapato de la joven, y llegando a rozarlo antes de que ella jadeara y retrocediera, apretando la espalda contra Cross.

Era posible que no quisiera casarse con ella, pero esa chica no se merecía eso.

Puso la bota sobre la muñeca del hombre con la fuerza suficiente como para atraparla contra el tapete.

—Como la toques, te quedas sin mano.

Knight soltó una risa.

—¿Veis? ¡Ya está protegiéndola! Cross no puede mantener las manos alejadas de ella. ¡Os imagináis los nietos tan guapos que me darán! ¿Quién apuesta a que el vizconde Baine nacerá antes de final de año?

Escuchar el nombre de su hermano en los labios de aquel perro sarnoso le hizo sentir una oleada de calor.

—¡Apuesto veinte libras a que ya está en camino! —replicó alguien entre la multitud.

Los vítores y las carcajadas de excitación inundaron la sala, hasta que al final todos comenzaron a cantar al unísono.

—¡Que la bese! ¡Que la bese!

—¡Venga, Cross! ¡Dale un buen beso a la chica!

—¡A mí no me importa! —se rio Knight.

—Claro que no, cabrón —siseó él por debajo de los vítores de los borrachos—. Es una futura condesa, ¿es que quieres arruinar la reputación de tu hija en este antro de perdición?

—Es mi hija, sí, y tu futura condesa —repuso Knight en voz alta—. Creo que es de rigor un beso en un garito. Y no soy más que un buen anfitrión. Mi hija no se bajará de la mesa hasta que esta gente consiga lo que quiere.

Las mejillas de Maggie habían adquirido un color rojo brillante mientras le miraba entre sus negras pestañas.

—Milord, por favor —susurró—. Pongamos punto final a esto, ¿le parece?

Él sintió lástima por la joven.

—Lamento que esto deba suceder aquí.

—Lamento que sea conmigo —repuso ella con simpatía, también compadeciéndose de él.

«Ella tampoco se merece esto».

Soltó una risita carente de humor.

—Al parecer mi destino es decepcionar a las mujeres.

Ella no respondió y él se inclinó para besarla. Fue una caricia breve, pero lo suficientemente larga como para satisfacer a la multitud, que no se dio cuenta de que no contenía ningún tipo de emoción.

«Eso era mentira».

Había emoción. Un sentimiento de culpa, de odio hacia sí mismo, de traición. Una oscura y devastadora sensación de que estaba cometiendo un gran error. Esa joven no era Pippa. No era suya y jamás lo sería.

Maggie iba a vivir bajo la sombra de la mujer de la que estaba enamorado, su preciosa sabionda de gafas, prisionera de la necesidad que él tenía de hacer lo correcto por una mujer, aunque destruyera las esperanzas de otra.

¡Maldición!

—Venga, ahora… —Knight golpeó de nuevo la mesa con su bastón. Los golpes trajeron a Cross de nuevo al presente—. ¡A jugar todo el mundo! ¡A vaciar los bolsillos con las apuestas!

La noche era tan excepcional que incluso eso recibió una ovación. El *whisky* comenzó a correr libremente y las mesas a recibir apuestas cuando todos los clientes de Knight's se pusieron a celebrar la buena fortuna de su líder.

Cross se quedó un buen rato sobre la mesa, esperando a que Maggie y Knight bajaran primero, y miró a su alrededor, escudriñando a la multitud mientras el hombre que era la mano derecha de Knight, y que destacaba por tener la cara picada por la viruela, acompañaba a su futuro suegro al despacho para resolver un asunto del negocio.

No es que fuera a echar de menos a Knight, pensó mientras observaba con tranquilidad el giro de la ruleta, las cartas que volaban por encima de los tapetes y los dados que rebotaban en las mesas; Knight llevaba su garito de la misma manera que Wellington ordenaba sus batallones, había que ganar dinero y con cuanta más rapidez y eficacia, mejor.

Lo que más le llamó la atención fue la mesa de *vingt-et-un*, donde había cinco hombres sentados, cada uno con dos cartas boca arriba, siendo una un as. El juego se desarrolló con rapidez, ninguno de ellos pidió carta, y todos acabaron con veinte.

Aquello era casi imposible desde un punto de vista matemático.

Ese pensamiento fue arrastrado de su mente por una ovación, a la izquierda, donde los clientes que rodeaban una mesa para jugar a los dados celebraban una tirada afortunada. Observó el siguiente lanzamiento.

«Tres y seis».

—¡Otra vez nueve! —gritó el *croupier*.

El corazón comenzó a latir con fuerza.

Se bajó de la mesa, atraído por el juego, incapaz de resistirse a ver la siguiente tirada.

«Tres y seis».

—¡Nueve! —gritaron los que observaban las jugadas de cerca.

—¡Qué suerte! —exclamó el jugador que lanzaba, volviéndose hacia un público cada vez más numeroso. Cross no pudo verle el rostro—. ¡Jamás en mi vida había tenido tanta suerte!

—¿Quién es? —preguntó una voz a su espalda.

—No sé si vas a creerlo, ¡es Castleton! —fue la respuesta.

—¡Caray con él! ¡Qué afortunado bastardo! —repuso el otro hombre con incredulidad.

—Bueno, se casa mañana, así que merece un montón de buena suerte para ayudarle a dar el paso, ¿no?

Castleton.

Se casaría al día siguiente.

Durante un momento, olvidó la intuición que le había llevado hasta aquella mesa, distraído por la certeza de que también Pippa se iba a casar al día siguiente… precisamente con ese hombre, el que lanzaba los dados a la mesa.

«Tres y seis».

Estaba ganando.

Algo iba mal.

Alzó la cabeza para escudriñar la multitud, concentrando toda su atención en la puerta que llevaba a las habitaciones interiores, donde un hombre corpulento, aunque no tan alto como él, destacaba por encima del resto de los ocupantes de la estancia.

Frunció el ceño.

¿Qué demonios hacía Temple allí?

—¡Apuesto doscientas cincuenta libras al número veintitrés! —Escuchó que ofrecía Christopher Lowe en la ruleta, justo a su derecha. No pudo evitar volverse para observar mientras la bolita saltaba entre las casillas, dando vueltas y vueltas hasta que aterrizó en una roja.

«Veintitrés».

Todos aplaudieron; Lowe había arriesgado una fortuna, pero casi había ganado nueve mil libras.

¡Lowe!, que jamás había ganado en su vida.

—¿Qué os había dicho? —le oyó alardear—. ¡Esta es mi noche de suerte, chicos!

«La suerte no existe».

Allí pasaba algo.

Se abrió paso entre cada una de esas personas, exaltadas por las victorias, por los ases que había sobre el fieltro, por los complicados resultados a los dados, porque en la ruleta solo salía el rojo… Todos le ignoraron mientras avanzaba entre las mesas hasta que por fin pudo tener una clara visión de Temple, a varios metros de distancia.

Su corpulento socio en El Ángel no estaba solo. A su lado había un esbelto joven con un traje un poco holgado en los hombros. El tipo llevaba una gorra calada hasta las cejas, haciendo imposible que él le viera el rostro… Sin embargo, había algo familiar en la manera en que se movía… Algo inquietante.

Solo cuando el desconocido se volvió para hablar a una de las chicas de Knight al oído, al tiempo que le tendía una bolsita, fue cuando él vio un destello dorado en su sien.

Llevaba gafas.

Y esa sien no era precisamente masculina.

«¡Es Pippa!».

Ella se volvió hacia él como si hubiera dicho su nombre en voz alta y esbozó una enorme sonrisa, tan brillante que logró que se le acelerara el pulso y le doliera el corazón. ¿Cómo había podido llegar a considerarla un hombre, aunque fuera un solo instante? Su hermosa sabionda estaba escandalosamente devastadora y, de repente, necesitó llegar a ella con desesperación. Tenía que tocarla… besarla… mantenerla a salvo.

Aunque también tenía ganas de asesinarla.

Cuando alargó los brazos hacia ella, Temple se interpuso entre los dos y le puso aquellas enormes manos suyas en el pecho.

—Ahora no, idiota —le dijo—. Como la toques ahora, la descubrirás.

A él no le importaba eso. Quería ponerla a salvo. Sin embargo, Temple era tan fuerte como la

razón que esgrimía.

—Cuando todo esto pase —le aseguró después de un largo rato—, me mediré contigo en el *ring* y te daré tu merecido.

Temple sonrió burlón.

—Será un placer. Pero si ella consigue su propósito, imagino que me lo agradecerás.

—¿Si consigue su propósito? —Frunció el ceño y se volvió hacia Pippa—. ¿Qué se te ha ocurrido esta vez?

Ella sonreía como si estuvieran en un salón de té. O en las carreras de Ascot. O paseando por el parque. Tranquila, segura de sí misma y de sus acciones.

—¿Es que no lo ves, bobo? Voy a salvarte.

Los vítores de los jugadores a su alrededor resultaban imposibles de ignorar; la emoción por ganar era ensordecedora. No necesitaba mirar para saber lo que había hecho Pippa.

—¿Has amañado las mesas?

—¡No digas disparates! —se burló Pippa con ironía—. Por lo que sé de Digger Knight, apostaría todo lo que tienes a que esas mesas ya estaban amañadas. Yo solo las puse bien.

Estaba loca y a él le encantaba. Arqueó las cejas.

—¿Todo lo que yo tengo?

—Es que yo no tengo mucho —repuso ella, encogiendo los hombros—. Solo a mí misma.

Estaba equivocada, por supuesto. Tenía más de lo que pensaba, más de lo que él hubiera soñado.

Y si se lo hubiera pedido, la hubiera dejado apostar todo lo que poseía.

«¡Santo Dios, la amo!».

Cross miró a su alrededor, advirtiendo las caras rojas y llenas de excitación de los jugadores más cercanos; ninguno estaba interesado en ellos tres. Nadie que no estuviera apostando resultaba digno de atención. Sobre todo cuando todo el mundo estaba ganando.

Pippa había trucado las mesas de uno de los garitos más conocidos de Londres. Se volvió hacia ella.

—¿Cómo has conseguido…?

—Fuiste tú quien me enseñó que existían los dados trucados, Jasper —repuso ella con una sonrisa.

Él sintió que una ola de calor lo atravesaba al escuchar su nombre en aquellos labios.

—Pero no te enseñé a hacer trampas con los naipes.

—Milord —fingió sentirse insultada—, me hiere que no confíe en mi inteligencia. ¿Acaso no cree que pueda ocurrírseme a mí sola cómo amañar las cartas?

Él ignoró la broma. Knight los mataría cuando lo descubriera.

—¿Y qué has hecho con la ruleta?

—Lo cierto es que los imanes tienen algunos usos notables —le confió ella con una sonrisa.

Esa mujer era demasiado inteligente para su propio bien. Se volvió hacia Temple.

—¿Cómo se lo has permitido?

Su socio se encogió de hombros.

—Es que la dama puede ser muy convincente… —Bien sabía Dios que eso era verdad—. Cuando sabe lo que quiere —agregó—. Y además, era algo en lo que estábamos de acuerdo.

—Lo cierto es que Temple ha sido muy amable, igual que la señorita Tasser —intervino Pippa.

Cross sintió que le daba vueltas la cabeza. «¿La señorita Tasser?». Sally la había ayudado.

«No lo dudes nunca, todo lo que he hecho ha sido por ella, no por ti».

A eso se refería Sally. A cómo había intervenido en la caída de Knight, no en la suya.

«En el alocado plan de Pippa».

Pero no lo habían considerado todo. No habían pensado en lo que ocurriría cuando ella fuera descubierta. Cuando Knight regresara al salón y se diera cuenta de lo que habían hecho.

—Tienes que marcharte de aquí. En el momento en que Knight lo descubra, todo se descontrolará. Vete, antes de que te vea. Entonces quedarás arruinada de verdad, y todo lo que he hecho para… —Estaba a punto de darle un ataque de pánico solo de pensar que pudiera resultar dañada. Que Knight pudiera volcar en ella sus malvadas intenciones.

—No voy a marcharme. —La vio mover la cabeza—. ¡Tengo que quedarme a ver cómo acaba todo!

—No habrá un final, Pippa. —Intentó sujetarla otra vez, desesperado por tocarla, y Temple lo detuvo una vez más. Trató de mantener la serenidad—. ¡Maldición! Knight es el mejor en esto.

—No es mejor que tú —aseguró ella.

—Sí, lo es —la corrigió—. Nada le importa más que este lugar, que el éxito… A mí lo único que me importa es… —Se interrumpió. Sabía que no podía decirlo pero tampoco podía evitarlo —. Lo único que me importa eres tú, y estás chiflada.

Ella sonrió, y sus hermosos ojos azules se suavizaron detrás de las gafas.

—¿Es que no lo entiendes, Jasper? Tú eres también lo único que me importa a mí.

No deberían gustarle sus palabras, no debería ansiarlas, y sin embargo lo hacía.

Pippa se acercó a él. La habría tomado en brazos para llevarla a la cama sin más dilación si Temple no hubiera intervenido, mirando para cualquier punto que no fueran ellos.

—¿Es que no es posible que mantengáis este tipo de momentos en privado? ¿Sin que yo esté presente?

Eso solo sirvió para recordarle dónde estaban. El peligro que corría ella. Giró sobre sí mismo buscando a Knight. Cuando lo encontró, percibió la mirada de furia con la que este observaba el salón, sabiendo, con el profundo conocimiento de un hombre que lleva haciendo eso toda la vida, que algo iba mal. Que había demasiado júbilo incontrolado en aquel salón. Demasiadas ganancias.

Sus ojos se encontraron por encima de la multitud y supo que Knight lo sabía. Lo vio darse la vuelta y hablar con su segundo, que se alejó corriendo, seguramente por dados y cartas nuevas, antes de caminar hacia ellos con paso resuelto. Cross se volvió hacia Pippa.

—Debes irte —le advirtió—. No puede atraparte aquí. Vas a casarte mañana, yo me encargaré de todo.

Ella meneó la cabeza.

—De eso nada. Este plan es mío… lo he diseñado para ti. Para Lavinia. Para que Knight no pueda volver a hacer daño… Y yo le pondré punto final.

Él se enfureció.

—Pippa, esto es peor que cualquier cosa que puedas imaginar. No has previsto una salida. Knight ni siquiera está preocupado; sabe que a lo largo de la noche las mesas volverán a funcionar como corresponde, que toda esta gente se quedará y volverá a apostar lo que ha ganado. Ningún jugador lo deja cuando está en racha.

Ella sonrió.

—¿Crees que no lo sé? ¿Tengo que recordarte que aprendí lo que es la tentación de la mano de un experto?

Pero no era ese el momento de pensar en sus lecciones, y se resistió al recuerdo que hizo aparecer en su mente un destello de piel pálida y los suspiros que lo acompañaban.

—Creo que no has podido pensar en esto. A menos que quememos este lugar hasta los cimientos, no hay nada en el mundo que pueda convencer a quinientos ludópatas en potencia a que abandonen las mesas cuando están ganando. —Se volvió hacia Knight para observar sus movimientos. Estaba más cerca—. Y creo que esta conversación ha llegado a su fin. Temple te llevará a tu casa, te casarás con Castleton mañana y vivirás la vida que te mereces.

—No es eso lo que quiero —repuso ella.

—No tienes otra opción —intervino él—. Esto es lo último que te ofreceré, lo único que te pediré.

Ella meneó la cabeza.

—¡No sabes lo que me pides!

—Sé exactamente lo que te estoy pidiendo. —«Te pido que te largues antes de que ya no pueda soportar estar sin ti».

Algo que se temía ya fuera demasiado tarde.

—Vete, Pippa. —Las palabras fueron una súplica, acompañada de una oleada de pánico que no le importó que se conociera. Aquella mujer había destrozado su control y lo odiaba. «Mentira»—. Yo me encargaré de todo.

Ella movió la cabeza.

—Una vez me prometiste que cuando apostáramos en mi casa, jugaríamos según mis reglas.

Quiso sacudirla.

—¡No es tu casa!

—Sin embargo sí son mis reglas —repuso con una sonrisa antes de volverse hacia Temple—. ¿Excelencia? ¿Le gustaría hacer los honores?

Temple se llevó un dedo a la nariz, aquella nariz que se había roto ya tres veces, y se rozó la punta.

—¡Dios mío! ¡Menudas ganancias! —Desde una mesa de dados cercana llegó una voz firme con tono inocente. Era Castleton. El simple e idiota de Castleton también formaba parte del plan… ¿es que se habían vuelto todos locos?

Cross miró a Temple, que esbozó una sonrisa y encogió un hombro.

—Fue la dama quien lo arregló todo.

—La dama se merece una buena zurra.

Pippa ni le miró.

—No lo dices en serio.

No, no lo decía en serio, pero eso no venía al caso.

—No obstante —siguió hablando Castleton—, he escuchado que Knight no dispone de demasiado dinero en efectivo en la caja de seguridad. Espero que tenga suficiente como para pagarme.

Hubo un momento de silencio en el que los que le rodeaban asimilaron sus palabras, seguido de una alocada carrera en la que cada hombre presente intentó recuperar sus ganancias y se precipitó hacia las cajas de pago. Durante los siguientes segundos, los gritos resonaron en la sala.

—¡Knight no puede cubrir las ganancias!

—¡Cobrad ahora, antes de que sea demasiado tarde!

—¡No aceptéis pagarés!

—¡Perderéis todo si no os dais prisa!

Y como por ensalmo, las mesas quedaron vacías. Todos los presentes estaban en las cajas, donde dos hombres asustados vacilaban ante su avance, sin saber cómo proceder.

¡Pippa había buscado también una salida! Debería haberlo esperado. Debería haber sabido que

Philippa Marbury lucharía sus batallas como hacía todo lo demás… con brillantez. Miró a Pippa con los ojos abiertos como platos. Luego observó a Temple, que con brazos cruzados sobre el pecho, esbozaba una tonta sonrisa.

Era increíble.

«Lo ha logrado».

Pippa era admirable.

Cross captó la mirada de Knight. Clavaba en Pippa unos ojos abiertos de par en par por la conmoción, que entrecerró al reconocerla.

Pero Knight no podía dejarse llevar por la rabia que le embargaba. No podía ocuparse de ellos cuando estaba a punto de ver como se derrumbaba su imperio, el que había creado de la nada. Lo vio detenerse ante una mesa.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Esto es Knight's! ¡Es un negocio serio! ¡Podemos cubrir nuestras deudas! ¡Vuelvan a las mesas! ¡Jueguen un poco más!

Su sonrisa era la quintaesencia de la tentación, atraía al pecado.

Hubo una pausa mientras las ovejas se volvían hacia el pastor que quería llevarlas al redil y, por un momento, Cross llegó a pensar que el deseo de ganar les haría regresar

Hasta que Castleton los salvó de nuevo cuando su voz aguda se escuchó por encima del gentío.

—Knight, si no le importa, yo prefiero tener ahora mi dinero, así comprobaré que sí es de confianza.

Y la urgencia en torno a las cajas comenzó de nuevo. Los hombres gritaron y se empujaron hasta que la revuelta estuvo a punto de convertirse en un motín.

Knight no podría cubrir esas ganancias; le habían llevado a la quiebra.

Pippa lo había conseguido.

Porque le amaba.

Porque se preocupaba por su futuro.

Un futuro que le parecía sumamente sombrío sin ella.

Sin embargo, no podía demorarse en ese pensamiento. Fueron empujados por una avalancha de clientes que se precipitaban enloquecidos hacia la zona de cobro, desesperados por conseguir que les pagaran su dinero. Pippa fue arrastrada varios metros por el gentío y tuvo que alargar la mano, intentando agarrarla y atraerla hacia él, pero sus dedos se escabulleron entre los suyos. La vio caer, tragada por la furiosa marabunta.

—¡Pippa! —gritó, arrojándose en medio de la refriega y apartando a empujones a los hombres que ocupaban el espacio por donde la había visto desaparecer. Los apartó hacia los lados hasta que la encontró, hecha un ovillo, cubriéndose la cabeza con las manos mientras una pesada bota impactaba en su estómago.

Rugió de rabia y apresó al inocente agresor por el cuello para clavarle el puño en la cara varias veces hasta que Temple llegó hasta él.

—Yo me ocupo —dijo su socio—. Tú ocúpate de tu dama.

«Tu dama».

Pippa era suya.

Siempre lo sería.

Puso al hombre en manos de Temple sin mirarlo una segunda vez y se puso en cuclillas junto a Pippa. Le descubrió la cara y vio que uno de los cristales de las gafas se había hecho pedazos y que comenzaba a aparecer una fina raya roja en lo alto de la mejilla. Pasó los dedos por la piel con tierno cuidado mientras contenía la rabia. Era evidente que Pippa había recibido un golpe en

ese punto.

—¿Puedes moverte?

Ella asintió con la cabeza, temblando, y él la tomó en brazos sin importarle que estuviera revelando que no era un hombre delgado con un traje mal confeccionado. La protegió, y ella apretó la cara contra su cuello.

—Mi gorra…

La había perdido en el incidente y su cabello rubio flotaba alrededor de sus hombros.

—Es demasiado tarde para eso —repuso él, que solo quería escapar de allí.

Pero no sabía adónde ir. Mirara a donde mirara había un caos de jugadores enfurecidos, desesperados por recuperar sus ganancias; la frustración, la avaricia y los puñetazos que habían propinado tanto Temple como él los habían convertido en una aterradora horda llena de rabia.

Se movió tan rápido como era posible, con los hombros inclinados sobre Pippa, hasta llegar a la mesa donde Castleton había comenzado aquella batalla campal. La ocultó allí debajo, recibiendo una patada en las costillas antes de poder compartir aquel espacio con ella. La protegió con su cuerpo, rodeándole la cabeza con los brazos para que no recibiera ningún golpe perdido.

—¿Temple…? —preguntó ella, retorciéndose debajo de él.

—No le pasará nada —aseguró. Le gustó ver cómo se preocupaba por su amigo—. Es un boxeador profesional, estará pasándolo en grande. Por lo menos disfrutará un poco hasta que yo tenga tiempo de descuartizarlo lentamente por haber permitido que lleves a cabo esta locura—. Le retiró el cabello de la cara—. Deja que te mire.

—¡No es una locura! —protestó ella, volviendo la cara hacia él, que subía la mano para examinar la hinchazón debajo del ojo—. ¡Ay!

Él pasó los dedos por el golpe, lamentando la manera en que ella se tensó.

—Preciosa… —susurró mientras le quitaba las gafas y la besaba en la sien, en la comisura de los labios, en la suave piel de la garganta. Estaba a salvo, pensó con un suspiro—. Debería darte una paliza.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó ella con los ojos abiertos de par en par.

Él lanzó una mirada más allá de la mesa, donde cientos de botas se movían con estruendo.

—Has propiciado un motín.

—No ha sido a propósito —se defendió ella, siguiendo la dirección de sus ojos—. Mi hipótesis es que caminarían, no que saldrían en estampida.

En otra ocasión, si estuviera menos preocupado por su seguridad, habría sonreído al escucharla. Pero no en ese momento.

—Bueno, pues tu hipótesis no era correcta.

—Ya veo —convino ella. Hizo una pausa—. Y, puestos a ser quisquillosos, el motín lo empezaste tú.

—Pensé que estabas… —Se interrumpió con un escalofrío—. Pippa, si te hubiera ocurrido algo… ¡Podías haber muerto! —chilló con los músculos temblorosos. Tenía que hacer algo para relajar la tensión que le había supuesto la preocupación; volver a la pelea, luchar hasta hacer desaparecer el miedo, convencido de que ella estuviera a salvo.

—Estaba con Temple —susurró ella.

—Temple no es suficiente. No puede mantenerte a salvo —musitó contra su cabello mientras agradecía para sus adentros haberla encontrado antes de que se desatara aquella batalla campal, antes de que hubieran dado con ella Knight u otra docena de personas peligrosas—. Temple no te ama —confesó.

Ella se quedó inmóvil bajo su cuerpo antes de llevar la mano a su mejilla.

—¿Y tú?

No se lo diría. Ni siquiera debía pensarlo. Solo lo empeoraría todo. Sería peor que estar atrapado bajo una mesa, a solas, en medio de un motín, durante solo Dios sabía cuánto tiempo, con la mujer más irresistible del Reino Unido. De Europa. De la Tierra.

«Sí. ¡Sí! Te amo. Sí, te deseo».

—Eres una mujer problemática.

Cuando abrió los ojos, ella estaba sonriéndole.

—Siempre lo he sido.

Antes de que él pudiera responder, Maggie cayó de rodillas a algunos metros de ellos, empujada por otro grupo de jugadores histéricos. La vieron apoyarse en las manos. Cross escuchó que Pippa contenía el aliento y vaciló. Sabía que debería acercarse a la joven, protegerla, pero no quería dejar a Pippa sola.

—¡Van a pisotearla! —gritó Pippa.

Él había comenzado a moverse cuando apareció otro caballero para ayudar a Maggie. Unos fuertes brazos la ampararon y la ayudaron a guarecerse bajo otra mesa cercana.

Se trataba de Castleton.

—Parece que tu prometido es más echado para delante de lo que suponíamos —comentó arqueando una ceja.

Pippa sonrió mientras miraba a Castleton, consiguiendo que él se viera azotado por una desagradable oleada de celos.

—Es un buen hombre.

«Yo soy mejor».

Quería decirlo, pero no era cierto.

No era mejor, y Castleton estaba demostrando ahora que no era tan pusilánime como pensaban.

«Pippa estará a salvo con él».

—La has besado —le acusó Pippa, clavando en él sus ojos.

—Sí.

—No me ha gustado que lo hayas hecho —confesó ella con los párpados entrecerrados.

—Fue necesario.

Ella asintió.

—Lo sé. Pero aun así, no me ha gustado nada. —Y dicho eso, se acercó y lo besó, apretando sus labios, suaves y rojos, a los de él. Le pasó la lengua con firmeza por el labio inferior hasta que él gimió, ladeó la cabeza y tomó el control de la caricia. Sería un último placer; un último beso. La última vez que saborearía a Pippa antes de vivir sin ella el resto de su vida.

Cuando se separaron estaban jadeantes.

—Te amo, Jasper —susurró ella contra sus labios, y aquellas palabras fueron unas afiladas armas que casi vencieron su firme y tenso aguante.

—No —susurró él—. No soy apropiado para ti. Mi vida, toda mi existencia, mi mundo… Nada de eso es digno de ti. Amarme te llevaría a la ruina.

—No seas idiota, ya estoy arruinada. Tú me arruinaste para todos los demás aquella mañana en tu despacho. No me voy a casar con Castleton, lo haré contigo —repuso su perfecta Pippa, poniendo los ojos en blanco. Debería haber previsto que su apasionada petición no cambiaría nada.

Y cada gramo de su ser quiso gritar «Sí». Cada gramo de su ser, menos la pizca de decencia

que quedaba escondida en lo más profundo de su corazón.

—Para ser una mujer con un gran sentido común, parece que hoy lo has mandado a paseo. ¿Es que no te das cuenta de que sería un marido horrible? Mucho peor de lo que Castleton será jamás.

—No me importa —afirmó ella con aquella convicción que había llegado a adorar—. Te amo.

Él cerró los ojos al escucharla, y dejó que aquellas palabras lo atravesaran, llenas de honestidad y promesas. Perfectas.

—No, no me amas —insistió él, incluso a pesar de que deseaba tomarla entre sus brazos y repetir una vez tras otra que él también la amaba. Sería capaz de vivir allí, debajo de aquella mesa, si supiera que ella podía acompañarlo.

Pero al pensar eso fue consciente de lo que había hecho.

Pippa estaba en un garito, en un tugurio ideado para gente y situaciones mucho más vulgares que nada que ella pudiera haber soñado nunca. Odiaba que estuviera allí, solo un poco menos de lo que se odiaba a sí mismo por ser el motivo de que lo hubiera hecho. Pippa había amañado las mesas de uno de los clubs de juego con más solera de la ciudad como si fuera una embaucadora de nacimiento.

Y la amaba más por ello.

Pero también era consciente de en qué la había convertido y que ella llegaría a odiarlo. Que le odiaría también a él. Que un día se daría cuenta y él estaría demasiado enamorado de ella para poder soportarlo.

—Esto es lo menos honesto que has hecho en tu vida —comentó—. Has planeado la caída de un garito, robando a un hombre, provocando un motín con ello. ¡Por el amor de Dios! Eres la mujer que me dijo en una ocasión que no toleraba la falta de honestidad… y mira en qué te has convertido. Mira cómo te he arruinado.

—No has hecho nada de eso. Solo me has demostrado que existen más opciones que el blanco y el negro. Has conseguido que me dé cuenta de que no solo se puede ser honesto o deshonesto, que no solo hay mentiras o verdades absolutas. Y lo que ha hecho ese tipo… robándote tu vida con un chantaje, obligándote a vivir un futuro que no deseas, no es honesto. Lo es que yo te amo, que haré cualquier cosa a mi alcance para evitar que te veas forzado a una existencia que odiarías. Lo volvería a hacer una y otra vez, sin pizca de remordimiento. Sin arrepentirme ni un instante.

—No me refiero a eso.

—¡Déjame hablar! —le ordenó ella en un tono fuerte como el acero, poniéndole las manos en el pecho—. Deja de decir lo que es mejor para mí. Tú no sabes lo que me haría feliz, yo sí. Tú me harías feliz. Tú y esta vida fascinante y magnífica. Eso es lo que me haría feliz, Jasper. Me haría feliz porque es tu vida, porque tú estás en ella.

—Hace dos semanas no habrías dicho eso. No se te habría ocurrido amañar las mesas de un club de juego, arreglarlas para que ganara quien tú quisieras. No habrías soñado con arruinar a un hombre.

—Hace dos semanas era una mujer distinta, ¡es así de simple! —le espetó.

¡Como si la hubiera considerado simple una sola vez!

—Y tú también eres un hombre distinto —agregó ella.

«Es cierto».

Pippa le había convertido en un hombre mejor. Pero seguía siendo peor de lo que ella se merecía. Era digna de alguien mejor que él, alguien mucho mejor.

—No —mintió, deseando poder alejarse de ella. Deseando no estar apretado contra su cuerpo,

desesperado por tenerla—. Soy el mismo, Pippa, no he cambiado.

Ella abrió mucho los ojos al escucharle, por el impacto que supuso lo que acababa de decir, y antes de que pudiera disculparse, percibió cómo se apagaba algo en sus ojos. Pippa le había creído. Se había creído aquella mentira; la mayor que había dicho jamás.

Pippa tardó mucho tiempo en decir algo. Era como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta.

—Y yo te he robado tu vida. Te he obligado a vivir una existencia que no deseas. Eso he hecho, ¿verdad? Si te obligara a casarte conmigo no sería mejor que Knight.

Quiso decirle la verdad, que no le había robado su vida, sino que la había convertido en algo mucho mejor. Que no le había obligado a nada, salvo a enamorarse de ella, la mujer más hermosa y brillante del mundo. Pero sabía que no debía hacerlo, que ella se merecía a alguien superior, alguien que le ofreciera mucho más que un club de juego y un título manchado. Se merecía a un hombre recto y honorable, que le ofreciera todo lo que ella deseaba. Todo lo que necesitara.

«Todo menos amor».

Nadie la amaría como la amaba él. Nadie la apreciaría como lo hacía él. Nadie la honraría como él.

«Quería honrarla».

Y por eso, solo por eso, hizo lo que consideraba correcto y no lo que quería hacer con todas sus fuerzas.

En vez de apresarla, cargársela al hombro y alejarse con ella para siempre, la devolvió a la vida que se merecía.

—Sí, es lo que has hecho —aseguró. Y esas palabras le amargaron la boca—. Te dije una vez que no estoy hecho para el matrimonio, que no creo en el amor. No lo quiero.

Vio que el rostro de Pippa se ensombrecía y se odió por hacerle daño, pero se recordó al instante que era por su bien. Que eso la salvaría, que le brindaría la vida que se merecía.

Sería lo único de lo que podría sentirse orgulloso.

«Aunque duela».

—Mañana te casarás con Castleton —le recordó, o quizá se lo recordó a sí mismo—. Él te protegerá… —Miró al conde, atrapado debajo de otra mesa con Maggie, a la que rodeaba con sus brazos—. Esta noche ya te ha protegido, ¿verdad?

Pippa abrió la boca para hablar, pero no dijo nada, solo meneó la cabeza con una triste mirada en sus ojos azules.

—No lo quiero —susurró—. Te quiero a ti.

Una confesión sincera, con la que desnudaba el alma con la voz rota y, durante un instante, pensó que llegaría a ser vencido por aquel anhelo de deseo y amor. Pero se había pasado seis años conteniendo sus deseos con maestría y fueron esos seis años los que le ayudaron a mover la cabeza y hundir el cuchillo en el blanco, sin saber muy bien qué corazón perforaba.

«Te amo, Pippa».

«Te amo con todo mi ser, pero no soy digno de ti».

«Te mereces mucho más. Mucho más que un hombre como yo».

—No soy una opción.

Ella se mantuvo en silencio durante un buen rato mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Unas lágrimas que no llegaron a caer porque ella no lo permitió.

Entonces, ella dijo por fin lo que él había esperado que dijera. Lo que había anhelado que no dijera.

—Así sea.

Capítulo 19

«He hecho un importante descubrimiento: la lógica no siempre tiene razón».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
4 DE ABRIL DE 1831, LA MAÑANA DE SU BODA.

A la mañana siguiente, Cross se hallaba junto a la vidriera, en la sala de reuniones de los propietarios de El Ángel, observando cómo las doncellas apagaban las velas del salón de juego, dejando en penumbra la enorme estancia. Acostumbraba a ver realizar aquel trabajo, disfrutaba con el orden del proceso. Le gustaba ver cómo bajaban las voluminosas lámparas, cómo se apagaban las llamas para reemplazar las velas por otras nuevas.

Era un acto organizado. La oscuridad seguía a la luz aunque más allá de las puertas fuera la luz la que disolvía la oscuridad. Eran verdades fundamentales. Puso la palma contra el cristal de colores mientras hacía girar el *whisky* en el interior del vaso que sostenía con la otra mano. Se había servido la bebida una hora antes, después de haber dejado a Pippa al cuidado de Temple tras sacarla de Knight's. Confió a su amigo la tarea de devolverla a su casa porque sabía que él jamás habría sido capaz de hacerlo.

Apretó la frente contra la frialdad del vidrio mientras miraba ensimismado el salón. Vio sin fijarse como Justin apilaba los dados en los bordes de las mesas.

Aquella noche Pippa lo había salvado igual que Boudica salvó a los primeros britanos de los romanos, aunque ella había utilizado su mente brillante, dados trucados (estaba seguro de que eran los suyos), naipes marcados y una ruleta imantada. Se había enfrentado al proceso como si se tratara de una investigación científica, controlando el salón de juego de Knight con la misma facilidad que un hombre que llevara toda la vida jugando.

Y lo había hecho por él.

«Pippa me ama».

Aunque estaba completamente seguro de que no tanto como él la amaba a ella.

Cerró los ojos justo cuando alguien llamaba a la puerta. Se volvió cuando esta ya se estaba abriendo. La silueta de Chase quedó recortada en el oscuro espacio y, aunque no podía verle los ojos, sí percibía la censura que brillaba en ellos.

—Eres idiota.

—Eso parece —convino, apoyándose en la vidriera—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

Pippa se casaría dentro de dos horas escasas. Notó que la opresión crecía en su pecho.

—Temple ya está de regreso.

Cross se acercó a Chase, incapaz de detenerse.

—¿Ella..?

—Está preparándose para casarse con el novio equivocado, imagino.

Él se dio media vuelta para volver a alejarse.

—Está mejor con Castleton que conmigo.

—Eso no es cierto y lo sabes tan bien como yo. —Chase esperó a que respondiera, pero no lo hizo—. Sin embargo, eso es irrelevante. Lo único que importa es que lady Philippa ha conseguido que tengamos un nuevo club de juego.

Eso era una idiotez. A él no le importaba nada ni Knight's ni la desorbitante suma que había pagado por el club.

—Tenía que sacarla de allí. Podría haber resultado herida, o algo mucho peor.

—¿Y la solución fue comprar las deudas de Knight? —preguntó Chase, arqueando una ceja—. Considero que pagar trescientas mil libras por un club de juego de mala muerte es mucho dinero para invertirlo por una mujer.

Hubiera pagado cinco veces más. Diez veces más.

—No seguirá siendo un club de mala muerte durante mucho tiempo. Ahora lo dirigiremos nosotros.

—Bueno, siempre podríamos entregárselo a lady Philippa como regalo de bodas —apuntó Chase con despreocupación—. Parece poseer un don para amañar las mesas.

Aquellas palabras despertaron sus recuerdos y lanzó una mirada al salón.

—Esa es la razón por la que está mejor con Castleton, yo la he llevado al lado oscuro. Acabaría arrepintiéndose de todo.

—Lady Philippa no parece una mujer que tome decisiones sin haber calibrado bien las consecuencias.

Quería que Chase le dejara en paz, pensó mientras se acababa el *whisky* de golpe.

—Te aseguro que es precisamente ese tipo de mujer.

—¿Crees que no la harías feliz?

Aquella pregunta hizo que resonara en sus oídos lo que había dicho Pippa la noche anterior.

«Tú me harías feliz».

No era cierto.

Jamás en su vida había hecho feliz a nadie.

Él solo había supuesto una decepción.

—No.

Tras una pausa lo suficientemente larga como para que se preguntara si Chase se había marchado, se giró y se encontró que su socio había tomado asiento en una silla cercana.

—Ese es el motivo por el que eres idiota.

—¿Quién es un idiota? —preguntó Temple, que entraba en ese momento.

«Estupendo».

—Cross —repuso Chase.

—Ah, cierto. Después de lo que vi anoche, estoy medio enamorado de Pippa.

Cross se giró bruscamente.

—Lady Philippa para ti, y como se te ocurra acercarte a ella, te romperé algún hueso.

—Si tú crees que puedes… —Temple se balanceó sobre los talones—. Cross, me parece que eres un idiota.

—¿Ella está bien?

—Todo lo bien que puede estar con un ojo morado. No es el adorno más adecuado para una novia.

Aun así estaría guapísima.

—No me refiero a su ojo, me refiero a… —«¿Qué estaba tratando de decir?».

—¿Te refieres a si lloró o gimió durante el camino a casa?

«¡Oh, Dios! ¿Lo había hecho?». Sintió que se le revolvía el estómago.

Temple decidió tener piedad de él.

—No. Fue callada como una tumba. No dijo nada en absoluto.

Aunque Temple no lo supiera, era lo peor que podía haber dicho. Que la curiosa y habladora

Pippa hubiera permanecido en silencio hizo que le doliera el pecho.

—¿Nada de nada? —insistió.

Temple le miró a los ojos.

—Ni una sola palabra.

Eso significaba que le había hecho daño.

Ella le rogó que se quedara. Que la amara… que estuviera con ella. Y él se negó porque sabía que no era digno de ella. Sabía que sería más feliz con otro. Que le olvidaría. Tenía que hacerlo.

—Me olvidará —musitó, como si decirlo en voz alta pudiera hacer que fuera verdad.

Le olvidaría y sería feliz.

Y eso sería suficiente para él.

«¿Lo sería?».

—Es posible que ella te olvide —intervino Chase— pero, ¿y tú?

Él alzó la cabeza de golpe. Primero encontró la mirada de Chase y luego la de Temple.

—No —respondió la verdad desnuda.

Era cierto que había pensado que podría resistirse a ella. Recordó la primera mañana en su despacho, cuando discutieron sobre los péndulos acoplados, las esferas de acero que se alejaban y acercaba la una de la otra sin llegar a juntarse nunca.

La quería… para siempre jamás.

Comenzó a caminar hacia la puerta.

Chase y Temple le observaron mientras salía de la habitación. La desesperación le impulsaba a ir en busca de la mujer que amaba antes de que fuera demasiado tarde.

Chase sirvió dos vasos de *whisky* y le tendió uno a Temple.

—¿Por el amor?

Temple mantuvo los ojos clavados en la puerta durante un buen rato y dio un sorbo sin hablar.

—¿No quieres brindar por nada?

—No quiero brindar por el amor —repuso Temple con sarcasmo—. Las mujeres pueden ser cálidas y suaves… pero no son de fiar.

—Ahora que mencionas eso, ¿sabes lo que significa? —Temple frunció el ceño mientras Chase alzaba la copa con una sonrisa socarrona—. Que tú eres el siguiente.

Después de salir de El Ángel, Cross recorrió medio Londres para dirigirse a Dolby House, dispuesto a encontrarse con Pippa antes de que saliera para la iglesia.

Antes de que cometiera el error más grande de su vida.

Cuando llegó allí, un mayordomo muy correcto le indicó que en la casa no había ningún miembro de la familia. No le dijo que se estuviera celebrando la boda de los miembros más jóvenes de la familia, ni siquiera que se habían marchado a la iglesia, solo que no estaban en casa.

Si no estuviera tan aterrado por la posibilidad de haberla perdido, se habría reído de lo ridículo del momento. De aquella comedida declaración tan propia de la aristocracia. Pero dada la coyuntura, se había girado hacia el carruaje con un único objetivo en la mente; llegar a la iglesia lo más rápido posible.

Decir «lo más rápido posible» refiriéndose a atravesar Londres cualquier mañana era fácil, lo difícil era llevarlo a cabo. Cuando el vehículo llegó a Picadilly, tras haber padecido un tráfico de lo más congestionado, decidió que ya había tenido suficiente. ¿Es que nadie en esa ciudad entendía que la mujer que amaba estaba a punto de casarse con otro hombre?

Así que hizo lo que haría cualquier caballero que se preciase; se bajó del condenado carruaje y comenzó a correr de manera desesperada.

Dio gracias a Dios por disponer de locomoción bípeda.

Unos minutos después doblaba la esquina, justo cuando las campanas estaban dando el repique final en San Jorge.

Se apresuró hacia la iglesia deteniendo el tráfico gracias a su altura y determinación, y seguramente también al hecho de que muy poca gente se dedicaba a correr por Mayfair.

Pero eran pocos para los que era tan importante llegar a ese lugar.

Eran pocos para los que era tan importante llegar hasta la persona que amaban.

Subió de dos en dos los escalones que llevaban a las puertas de la iglesia, repentinamente desesperado por llegar, por si acaso se perdía aquella frase clave de «que hable ahora o calle para siempre».

Aunque no pensaba callarse para siempre si llegaba tarde.

De hecho, no pensaba salir de aquella iglesia hasta que Philippa Marbury fuera suya para siempre… Esa mujer pronto se convertiría en Philippa Arlesey, condesa de Harlow, si todo salía como él quería.

Puso la mano en la manilla de acero y abrió la puerta con una profunda inspiración, dejando salir el sonido del salmo del ministro.

«La boda ha empezado ya».

—¡Maldición! —masculló.

Tensó los músculos, dispuesto a recorrer el pasillo central para llegar hasta Pippa. Se desharía de Castleton, de la congregación y del cura si a cualquiera de ellos se le ocurría detenerle.

—No deberías maldecir en la casa de Dios.

Se quedó paralizado al escuchar aquellas palabras a sus espaldas.

Ella estaba muy cerca, a apenas unos metros, apoyada en una de las altas columnas de piedra que recorrían la galería exterior de la iglesia.

No estaba dentro.

No estaba ante el altar.

«No está casándose con Castleton».

La puerta se cerró, dejándolos aislados en la gris y fría quietud exterior. No pudo contenerse. Alargó la mano hacia ella, sosteniéndola en el aire lo suficientemente cerca como para sentir el calor que desprendía Pippa a pesar de las capas de ropa. Tan cerca como para inhalar su aroma, recordando su cuerpo y la manera en que se entregaba a él cada vez que la tocaba. Y allí, en la escalinata de San Jorge, a la vista de Dios y de toda la ciudad de Londres, la besó, adorando sus suspiros. Disfrutó al sentir los dedos de Pippa enredados en el pelo cuando ella se olvidó de que podía verlos cualquiera que pasara.

Fue él quien interrumpió el beso antes de que ambos acabaran consumidos. Quien se alejó un poco para encerrar su rostro entre las manos.

—Te amo. —La vio contener el aliento al escucharle, y le pasó el pulgar con suavidad por el horrible moratón que rodeaba uno de sus enormes ojos azules—. ¡Dios! —susurró, dejándose llevar por la emoción—. Te amo con todas mis fuerzas —repitió.

Ella movió la cabeza mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

—Jamás me lo habías dicho.

—Soy idiota perdido.

—Eres bastante idiota, sí.

Él soltó una risita y volvió a besarla con suavidad, recreándose en sus labios mientras deseaba estar en cualquier otro lugar que ese, el punto más público de Mayfair.

—Jamás me he considerado digno —comentó, poniendo un dedo sobre los labios de Pippa

cuando empezó a hablar para llevarle la contraria—. Jamás me sentí digno de mi familia, de mi hermana, de ser feliz… Y de pronto, llegas tú y haces que me dé cuenta de que soy absoluta y totalmente indigno de ti.

Ella le apartó el dedo.

—Te equivocas.

—No —repuso él, sonriendo—. Hay un centenar de hombres, muchos de los cuales están dentro de la iglesia en este momento, que te merecen más que yo. Sin embargo, no me importa. Soy un codicioso bastardo y te quiero para mí. No puedo imaginarme la vida sin ti, sin tu inquieta lógica, sin tu mente analítica y sin tu perra, aunque tenga un nombre horrible.

Ella sonrió al escucharle y él pudo volver a respirar por fin, pues aquella sonrisa le hizo pensar que quizá Pippa iba a aceptarlo; que tendría éxito… La esperanza le hizo avanzar un paso.

—Ya no me importa ser indigno de ti. Y eso, probablemente, me convierta en un hombre todavía peor. Justo en el tipo de hombre con el que no deberías casarte. Pero te prometo, aquí y ahora, que haré todo lo posible para merecerte. A tu honestidad, tu bondad y tu amor.

Se calló y ella no habló. Solo lo miró fijamente con aquellos ojos enormes detrás de las gafas.

Ella era su salvación, su esperanza… su amor.

—Te necesito, Pippa —suplicó con voz baja y desgarradora—. Necesito que seas mi Orfeo, que me saques del Infierno.

Entonces vio que a Pippa se le llenaban los ojos de lágrimas, justo antes de que se lanzara a sus brazos. La estrechó con fuerza.

—¿Es que no lo ves? —susurró ella en su oído—. Yo también te necesito. Llevo dos semanas luchando contra lo que me haces… lo que me haces sentir. Contra la manera en que me posees en cuerpo y alma. —Se retiró un poco para mirarlo a los ojos—. Te necesito, Cross, Jasper, Harlow o como sea que te llames. Necesito que me ames.

Y lo haría, para siempre.

Volvió a besarla, volcando en ese beso todo lo que sentía, todo lo que creía, todo lo que le prometía. Cuando puso fin a la caricia, los dos respiraban de manera entrecortada.

—No te has casado con él —comentó, apoyando la frente en la de ella.

—Te dije que no podía. —Ella hizo una larga pausa—. ¿Qué habías pensado hacer?

Cross volvió a abrazarla. Lo único que le importaba era estar junto a ella, mantenerla cerca.

—Lo que fuera necesario.

—¿Hubieras sido capaz de detener la boda de Olivia? —Parecía conmocionada.

—¿Crees que me hubiera perdonado?

Ella sonrió.

—Claro que no.

—¿Y tú? ¿Me habrías perdonado?

—Claro que sí. Pero yo ya he suspendido la boda —puntualizó ella, haciendo una mueca mientras miraba la puerta—. Va a haber cientos de chismorreos cuando la gente se dé cuenta de ello… Aunque por lo menos, para entonces Olivia ya será vizcondesa.

Él lo arreglaría. Convertiría a Tottenham en Primer Ministro y a Olivia en la mujer más poderosa de Inglaterra.

Y también convertiría a Pippa en su condesa para siempre jamás.

—No te has casado con él —repitió. Apenas podía creérselo, pero sentía una profunda gratitud por el poder divino que la había llevado a él. Por la fuerza superior que había impedido que se casara con el hombre equivocado.

—Te dije en una ocasión —replicó ella—, que no me gusta la falta de honestidad. No creo que

haya nada menos honesto que prometer amar a un nombre cuando le has entregado tu corazón a otro.

«Pippa me ama».

—Me parece imposible que me ames —susurró él.

Ella se puso de puntillas y le besó en la punta de la barbilla. Nadie le había besado ahí jamás, igual que nadie le había amado como lo hacía ella.

—Es extraño —repuso ella—, lo que a mí me parece imposible es no amarte.

La besó durante un buen rato. Una deliciosa victoria para los sentidos, hasta que solo le quedó la opción de finalizar el beso o arrojarla sobre los escalones de piedra de San Jorge y poseerla delante del mundo. Con gran pesar eligió ser prudente y puso fin a la caricia.

Ella permaneció con los ojos cerrados un momento, en el que él clavó sus ojos en aquella brillante y hermosa mujer que iba a ser suya para siempre. Una serena satisfacción, diferente a todo lo que él había conocido antes, se propagó por su ser.

—Te amo, Philippa Marbury —susurró.

Ella suspiró y sonrió al tiempo que abría los ojos.

—¿Sabes? Siempre había escuchado decir que hay gente que escuchaba repicar campanas cuando eran muy felices… Sin embargo siempre lo consideré imposible. Pero ahora…

Él asintió con la cabeza. Amaba profundamente a su hermosa y extraña sabionda.

—Yo también las escucho —aseguró, antes de besarla de nuevo.

Y es que la pareja más inteligente de Londres escuchó repicar campanas… La feliz y cacofónica sinfonía con la que se anunciaba el final de la ceremonia nupcial que unía a los vizcondes de Tottenham; una ceremonia que tanto Pippa como Cross habían olvidado por completo.

Aunque se vieron forzados a recordarla cuando se abrieron las puertas y la mitad de la aristocracia de Londres salió de la iglesia en tropel aquella gris mañana de abril, desesperada por poder cotillear por fin sobre la parte más importante de la boda doble; la desaparición de una de las novias… solo para descubrir que la dama en cuestión no había desaparecido. De hecho, estaba ante la entrada de la iglesia, entre los brazos de un hombre al que no estaba prometida.

Ignorando el jadeo colectivo de aquellos que los vieron, Cross besó a Pippa en la punta de la nariz y arregló la situación. Jasper Arlesey, conde de Harlow, puso una rodilla en tierra y se declaró a su brillante sabionda con gafas delante de todo el mundo.

Epílogo

«Si he aprendido algo de mi trabajo, es esto: aunque hay un buen número de curiosidades que se pueden explicar mediante una exhaustiva investigación científica acompañada de lógica, existe un puñado de ellas que se resisten a tales hipótesis. Esos misterios son los más humanos. Los más importantes. Y el principal es el amor. Dicho esto, todavía podemos disfrutar de las verdades que nos ofrece la ciencia…».

DIARIO CIENTÍFICO DE LADY PHILIPPA MARBURY
10 DE AGOSTO DE 1831, CUATRO MESES DESPUÉS DE SU BODA.

Cross se despertó en una cama digna de recibir ese nombre, en el dormitorio principal de su casa de Londres, la que había sido habitada previamente por generaciones de condes de Harlow, y rodó para abrazar a su esposa.

Sin embargo no la encontró a su lado. Sin vacilar, se levantó, se puso el batín de seda que ella le había regalado en su noche de bodas y salió en su busca.

No tuvo que alejarse demasiado. Cuando decidieron establecer su residencia habitual en aquella casa, Philippa se había dedicado a ahuyentar de inmediato a los demonios que habitaban sus rincones más oscuros, dispuesta a recordarle una y otra vez que era digno de ella, de su amor, de ese lugar y de esa vida.

Como parte del exorcismo, convirtió las habitaciones que una vez pertenecieron a Baine en un pequeño jardín interior; un verde y exuberante paraíso oculto en las estancias de la familia, dotando a la zona de olor a tierra, sol y vida.

Cuando entró allí, ella se encontraba inclinada sobre su mesa de trabajo, todavía con el camisón puesto y el pelo recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza. Al acercarse en silencio, se fijó en que estaba rodeada de rosas rosadas. Su presencia fue advertida solo por Trotula, que montaba guardia junto a su dueña con la larga lengua colgando a un lado de la boca, mientras Pippa seguía moviendo la pluma sobre el papel.

Rodeó la cintura de su esposa con uno de sus largos brazos, y sonrió satisfecho cuando el chillido de sorpresa se convirtió en un suspiro tan pronto puso los labios en la tersa piel de su cuello.

—Buenos días —susurró ella, alzando una mano para enredarla en sus cabellos.

¡Dios Santo!, adoraba sus caricias. La premió trazando un círculo con la lengua en el hueco donde el cuello se une al hombro y sonrió contra su piel, satisfecho al notar que se le aceleraba el pulso por él… Solo por él.

—Buenos días, mi condesa. —Miró por encima del hombro de Pippa el diario que había sobre la mesa y el montón de correspondencia cercano—. ¿No es un poco temprano para trabajar?

Ella se giró entre sus brazos y le ofreció sus labios para que le diera un beso más apropiado, algo que él estuvo más que dispuesto a llevar a cabo. Después de un minucioso repaso de su boca, ella se apartó con una sonrisa.

—Es que no podía dormir.

Él la alzó y la sentó en la mesa antes de deslizar una mano por su costado, dibujando sus curvas. Le encantaba su figura, disfrutaba de la sensación de tenerla… Del hecho en sí; apenas creía que fuera suya. Apoyó la frente en la de ella.

—Ya sabes que siempre estoy dispuesto a echarte una mano con ese problema en particular —aseguró—, no necesitas salir de la cama.

Ella se rio. Un sonido cálido y acogedor.

—He notado que tampoco te importa ayudarme fuera de la cama.

—Solo trato de ser el mejor ayudante posible —se justificó él, al tiempo que deslizaba la mano por debajo del borde del camisón para acariciar el delgado y suave tobillo—. ¿En qué estás trabajando ahora?

Ella tuvo que pensárselo, y a él le satisfizo saber que tenía el poder de confundir su mente ágil y hacerla olvidar lo que estaba haciendo. Le gustó también que en vez de seguir pensando la respuesta, ella decidiera besarlo. A conciencia. Hasta que tampoco él pudo pensar en nada.

Esa fue la razón por la que, cuando Pippa alzó la cabeza, interrumpiendo el beso y gritando «¡las rosas!», a él le costara un momento entenderla.

Ella se contorsionó para recoger un papel de la mesa.

—La Real Sociedad Botánica ha tenido en consideración mi investigación y, según hacen constar, nadie había cultivado antes nuevas especies de rosas. Me invitan a asistir a una reunión en su sede el mes que viene y presentarles mi trabajo. Me piden que —leyó—, «informe del nombre que ha elegido para la rosa a la menor brevedad posible».

La vio sonreír con una sensación de admiración y orgullo.

—No es que me sorprenda precisamente, mi preciosa sabionda. De hecho, no esperaba menos. —Cross se tomó su tiempo antes de seguir hablando—. ¿Son conscientes de lo mal que se te da poner nombre a las cosas? —Clavó los ojos en Trotula que dormitaba a la sombra de un helecho.

Ella se echó a reír.

—¡Eso no es cierto! —aseguró siguiendo la dirección de su mirada.

—Es muy cierto. El perro de Castleton tuvo muchísima suerte de que fuera Meghan Knight la que acabara poniéndole nombre. —La noche que Pippa amañó las mesas en Knight's, había dado comienzo un rápido cortejo en el que el conde de Castleton acabó convirtiendo a la hija de Knight en su esposa. Aquel viejo tahúr había conseguido un título para sus descendientes a pesar de haberse quedado sin club.

—Trotula, está hablando mal de ti —confió ella a la perra, aunque la cola del animal comenzó a moverse de inmediato.

Él miró a la sabuesa.

—Podrías haberla llamado de cualquier manera. Daisy, Antoinette, Crisantemo…

—¿Crisantemo? —le cortó ella con una mirada airada.

—No me digas que no es mejor que Trotula —replicó arqueando una ceja.

—No lo es. —Sonrieron, enamorados el uno del otro. Adorando lo bien que se entendían—. De todas maneras, ya le he puesto nombre a la rosa. He pensado que podría llamarla Baine.

Él contuvo el aliento ante la serena seguridad de su voz, consciente de la manera en que ella lograba desnudar su alma al ofrecerle el regalo más sencillo y perfecto que podría hacerle.

—Pippa… —titubeó, moviendo la cabeza—. No sé… ¡Oh, cariño!, no sé qué decir.

Ella sonrió.

—No tienes que decir nada; creo que será un homenaje apropiado para tu hermano.

De pronto, a Cross le resultó muy difícil tragar saliva.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Y también será una excelente herencia para nuestro hijo.

Le resultó difícil seguir respirando.

—¿Nuestro… hijo…?

Pippa sonrió, le tomó la mano y cubrió con ella la suave curva de su vientre.

—Podría ser una niña —le recordó con naturalidad, como si estuvieran hablando del tiempo —. Pero prefiero pensar que es un niño. Un hermoso pelirrojo.

Él clavó los ojos en el lugar donde la tocaba. Aquella mano —su mano— le parecía que no era suya, que correspondía a otra persona. A otras dos personas. No era posible que eso le estuviera ocurriendo a él, que ella fuera suya, que esa vida le perteneciera. Alzó la mirada.

—¿Estás segura?

Ella sonrió.

—Existen ciertas certezas científicas, milord. Una de ellas es que todo el tiempo que hemos dedicado a investigar tiene un resultado concreto —explicó antes de inclinarse hacia él para hablarle al oído—. No se te ocurra pensar que esta vía de investigación está agotada, ¿eh?

Se concentró en ella.

—Me alegra escucharlo.

Pippa le rodeó el muslo con la pierna para acercarlo a ella y le ofreció sus labios. Se besaron durante un buen rato, separándose solo cuando los dos estuvieron sin aliento.

—¿Eres feliz?

—Jamás he sido tan feliz en mi vida —confesó él tras encerrar su cara entre las manos—. Me siento como si estuviera teniendo la mejor racha de buena suerte que haya existido jamás.

—Pensaba que no creías en la suerte.

Él meneó la cabeza.

—Ni siquiera yo soy tan bueno amañando las mesas. —Volvió a acariciarle el tobillo, subiendo por la suave piel de las pantorrillas. Ella se dejó hacer—. Y ya que hablamos de mesas, ¿qué te parece si te recuestas sobre esta?

Pippa rio entre dientes.

—Pues me parece que no terminaré en breve la carta que estoy escribiendo a la Real Sociedad Botánica.

—No me atrevería a contradecirte —bromeó él, dedicado a atormentarle el lóbulo de la oreja —. Después de todo, la tuya es una de las grandes mentes científicas de nuestro tiempo.

—Es un amplio campo de investigación… —La oyó suspirar cuando subió los dedos más arriba, recorriendo la suave piel del interior de los muslos—, pero siempre resulta muy gratificante.

Volvió a besarla. Un beso largo y profundo, lleno de lujuria, mientras le subía el camisón de lino por los muslos y se apretaba entre ellos, lo más cerca que podía. Ella jadeó cuando se meció contra su monte de Venus y llevó las manos al cinturón del batín para abrirlo y, por fin, tocarlo.

Cross emitió un largo y tembloroso suspiro al tiempo que buscaba sus hermosos ojos azules.

—¿Sabías que sigues haciéndome perder el sentido cuando me tocas?

Ella sonrió mientras bajaba las manos por su torso en una lenta y deliciosa promesa.

—No te preocupes, milord, tienes muchos años por delante para acostumbrarte a ello. Es posible que llegue un día en el que no te afecte.

—Eso no ocurrirá nunca. —Él le capturó una mano para llevar aquellos imperfectos dedos perfectos hasta sus labios y besar las puntas antes de recostarla en la mesa—. Pero si quieres, estoy dispuesto a investigar tu teoría.

Ella se rio, enredando los dedos en sus cabellos.

—En nombre de la ciencia, por supuesto.

Él negó con la cabeza.

—Olvídate de la ciencia —sugirió con una mirada ardiente que prometía pasión y mucho,

mucho más—, será por amor.

Nota de la autora

Me he esmerado todo lo posible para asegurarme de que la ciencia a la que hago referencia en el libro sea lo más fiel posible a los conocimientos científicos anteriores a la época victoriana. Solo hay una importante excepción, las rosas de Pippa. Se cree que la primera rosa híbrida es La France, un hermoso ejemplar rosado cultivado en un rosal rojo. Su artífice fue el francés Jean-Baptiste Guillot en 1867. Con permiso de monsieur Guillot, Pippa se le adelanta con sus descubrimientos botánicos. Aunque, eso sí, La Baine es muy similar a La France.

Si la debacle que ocurre en Knight's os resulta familiar, es porque el plan de Pippa está inspirado en el atraco a un casino en una época mucho más actual; el que vemos en *Ocean's Thirteen*. Sería una gran negligencia por mi parte no agradecer a Danny Ocean y a su equipo haberme inspirado a El Ángel Caído y a sus propietarios, tanto la versión de 1960 como la de 2001, entre los que debería incluir a Lewis Milestone, Frank Sinatra, Stephen Soderbergh y George Clooney. Me gusta pensar que Pippa hubiera sido una fabulosa compañera para los once originales.

A otras personas que me gustaría llevar a mi lado como cómplices en el atraco a un casino serían Carrie Feron, mi fantástica editora (sería un cerebro excepcional del plan), a la increíble Tessa Woodward y al resto del equipo de Avon Books, en el que estarían incluidos Pam Spengler-Jaffe, Meredith Burks, Jessie Edwards, Seale Ballenger, Tom Egner, Gail Dobov, Shawn Nicholls, Carla Parker, Brian Grogan y Sara Schwager. Además, por supuesto, de mi agente Alyssa Eisner-Henkin. Sin duda un equipo rompedor que no descansaría hasta que nos encontráramos a salvo en una isla paradisíaca en algún lugar remoto, bebiendo zumos de frutas exóticas, donde sería imposible dar con nosotros.

Gracias asimismo a Sabrina Darby, Sophie Jordan y Carrie Ryan por ser las primeras lectoras de centenares de textos, por las horas al teléfono, por el excelente vino compartido y su inquebrantable amistad. Gracias a Scott Falagan, por ilustrarme sobre la anatomía del ganso y al doctor Dan Medel por las largas charlas sobre historia de la medicina, así como a Meghan Tierney, por permitir que tomara prestado a Beavin.

Estoy profundamente agradecida a mi familia que siempre intenta no molestarme cuando me paso meses en la clandestinidad para escribir, gracias por perdonar mi ausencia. Vosotros sois la prueba de que Cross se equivoca: la suerte sí existe.

Eric, gracias por compartirme con Brad y George durante la «investigación». Sin duda me han superado.

Y a vosotros, adorados lectores, gracias por amar a mis canallas tanto como yo. Espero que no os perdáis el libro de Temple, que se publicará dentro de unos meses.

Table of Contents

Cross
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Nota de la autora